

# GARIBALDI

## ANDREA VIOTTI



BIBLIOTECA DELLE  
GRANDE BIODIETAS





**GARIBALDI**

**BIBLIOTECA SALVAT DE  
GRANDES BIOGRAFIAS**



# GARIBALDI

ANDREA VIOTTI

Prólogo

SANTIAGO PERINAT



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

SALVAT



Versión española de la obra original inglesa *Garibaldi, the Revolutionary and his Men*, publicada por Blandford Press Ltd., Dorset.

Traducción del inglés a cargo de Pilar Bosque Sendra y José Luis Pérez de Arteaga.

# Índice

	<u>Página</u>
Prólogo	9
1. El héroe de los dos Mundos	16
2. De piratas a soldados	24
3. Un sueño de libertad	49
4. Los «Cacciatori delle Alpi»	80
5. La expedición de los Mil	93
6. Por la causa de la libertad en el mundo	140
7. La gran derrota	153
8. El último combate	172
9. La tercera generación	191
10. Los últimos garibaldinos	204
Cronología	212
Testimonios	218
Bibliografía	221

© Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1986.

© Blandford Press Ltd., Dorset, 1979.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).

ISBN: 84-345-8187-6.

Depósito legal: B. 19.354-1985

Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 41-49 - 08029 Barcelona.

Impreso por Gráficas Instar, S.A., Hospitalet (Barcelona), 1986.

Printed in Spain



## Giuseppe Garibaldi (1807-1882)

Giuseppe Garibaldi, figura mítica cuyo nombre evoca mil imágenes románticas, nació en Niza, en 1807. Hijo de un marino de origen genovés, siguió al principio el oficio de su padre, demostrando dotes extraordinarias para la navegación. Pronto se interesó por la política, afiliándose a la Giovane Italia de Mazzini y enrolándose en la marina de guerra piemontesa. Fracasado su intento de provocar la insurrección de Génova, fue condenado a muerte en ausencia por un consejo de guerra y huyó a Brasil. Este exilio no significó para Garibaldi el abandono de su ideal de libertad de los pueblos oprimidos: luchó en apoyo de los rebeldes brasileños contra el emperador Pedro I, y más tarde, en Uruguay, contra el dictador Oribe. Fue en estos momentos cuando comenzó a crearse el mito del «invencible Garibaldi». Vuelto a Italia, combatió contra Austria, Nápoles y el Papado, siempre fiel a su objetivo de conseguir la unificación de Italia, para lo cual organizó una legión de voluntarios de distintas nacionalidades, los «camisas rojas», que movilizaba siempre que era preciso y que seguían infatigables a su líder carismático. Pero sus actuaciones no se limitaron a Italia; había luchado en América y lo haría después en Francia, apoyando a la joven república contra los prusianos. Garibaldi se casó tres veces —la primera con una brasileña, Anita, que le acompañó hasta su muerte en todas sus acciones bélicas— y sus hijos participaron muy activamente en las campañas garibaldinas, tanto en Italia como en Francia y Grecia. Murió a los setenta y cinco años de edad en su isla de Caprera, donde se había recluido, ya anciano y enfermo, a escribir sus memorias, que aparecieron en edición póstuma en 1888.

◀ Giuseppe Garibaldi, pintado por Malinski (Montevideo, 1845).





S. A. Mella. Palazzo Pubblico, Siena

Encuentro de Garibaldi y Víctor Manuel II en Teano, el 26 de octubre de 1860.

## Prólogo

# Garibaldi y la unificación de Italia

por **Santiago Perinat**

La magna reunión de plenipotenciarios que tuvo lugar en Viena entre 1814 y 1815 y que se conoce como Congreso de Viena no tenía otro objeto que reducir Europa a sus «justas» fronteras. Después de la vorágine napoleónica, algunos Estados europeos habían sufrido grandes modificaciones territoriales y otros, como el arcaico Sacro Imperio Romano-Germánico o la república de Venecia, habían desaparecido para siempre. Los príncipes reinantes institucionalizaban su «internacional del poder», la Santa Alianza, y se repartían los territorios sin considerar, de ninguna manera, lo que pudiera interesar, o simplemente apetecer, a sus habitantes.

Aunque tuvo sus aspectos positivos, el Congreso de Viena fue un disparate histórico. Uno de los países más perjudicados fue Italia, dividida en multitud de reinos y ducados, y en ningún otro lugar ni tiempo iba a quedar más patente que las corrientes sociales y nacionales no pueden ser detenidas por unipersonal decreto, aunque éste dimanase de uno de los políticos más brillantes, más vanidosos, más discutidos y, desde luego, más inteligentes de todos los tiempos: Metternich, protagonista del Congreso de Viena y árbitro de Europa durante la primera mitad del siglo XIX.

El Imperio austro-húngaro fue el que más se benefició en el reparto de Italia. No sólo obtuvo el dominio sobre el ducado de Milán y la república de Venecia, sino que podía influir directamente en los asuntos de Toscana, Módena y Parma, en cuyos tronos ducales se habían asentado parientes inmediatos de los Habsburgo. Además, la protección austriaca era patente en los Estados Pontificios y en los reinos de Piamonte y Nápoles. Este último, devuelto a los Borbones, era el más extenso, ya que comprendía Nápoles y Sicilia, con ocho millones de habitantes, pero era también el más atrasado económica, social y culturalmente. Al igual que los Estados de la Iglesia, era un mundo oscurantista, aislado de las corrientes de pensamiento que circulaban por Europa y América del Norte.

Ya en 1820-24 hubo revueltas que anunciaban que aquel sistema de repartos estaba periclitado. Pero había que aguardar a 1831, a caballo del movimiento revolucionario europeo del año anterior, para que apareciesen en varias ciudades del centro de la Península (Módena, Bolonia, Parma) verdaderas manifestaciones del sentimiento unitario.

Si el sentimiento unitario y nacionalista tenía una base popular y burguesa suficientemente amplia, no faltaban los ideólogos. Tales eran



los católicos Rosmini y el abate Gioberti (partidario éste de una federación bajo la presencia del pontífice), Menotti y, sobre todos ellos, Giuseppe Mazzini. La personalidad de Mazzini trascendía la Península italiana y llegaría a todos los rincones del mundo. Su ideología era republicana y unitaria. «El culto de Roma forma parte de mí mismo —había escrito— ¿Por qué una nueva Roma, la del pueblo italiano, no puede levantarse para crear por tercera vez un mundo unido?» Este mundo mazziniano abarcaba toda Europa, donde los nacionalistas románticos exiliados (polacos, húngaros, alemanes) vivían de la esperanza de que, una vez constituidas y reconocidas sus patrias como Estados independientes, se inauguraría una era de armonía y mutua colaboración. Mazzini había fundado en 1831 la sociedad secreta Giovane Italia, y tres años después, la Joven Europa, cuya acta decía: «Cada pueblo tiene su misión especial, con la que cooperará al cumplimiento de la misión general de la Humanidad.» Este tipo de sociedades tendría una influencia inmensa en los acontecimientos históricos. La Joven Polonia, la Joven Alemania y otras colaborarían en sus movimientos independentistas; los Jóvenes Turcos ocuparían el poder, en su país, en un momento muy significativo. Uno de estos movimientos ha llegado a nuestros días: la Joven Irlanda (fundada en 1840), o «fenianos», cuyo brazo armado es el IPA (Ejército Republicano Irlandés).

La intervención de Mazzini en los levantamientos revolucionarios de 1831 no había sido muy feliz. Su último intento fue la invasión de Saboya, desde Suiza, al frente de un pequeño ejército en 1834. En el último momento, éste no contaba sino con 223 hombres, en su mayoría patriotas polacos, y hubieron de regresar tras dos días de inútil incursión. Simultáneamente, un capitán de la marina mercante enrolado como simple marinero en la fragata de guerra Des Geneys, debía apoderarse de ella en el puerto de Génova. Tras el fracaso del movimiento debió huir precipitadamente a Marsella. Su nombre era Giuseppe Garibaldi.

«Tenía una naturaleza de león; su voz era decidida y resuelta. En los momentos de cólera era formidable; pero en el reposo su mirada era tranquila y su sonrisa dulce. No podía decirse que fuera un genio; más bien parecía un apóstol. Creía en sí mismo, y por ello seguía adelante, sin miedo ni vacilaciones. Parecía provocar milagros.» Así lo describía el francés Monjier muchos años después. El papel de Garibaldi en la unificación de Italia sería uno de los más difíciles y contradictorios. Republicano y mazzinista, terminaría acatando a los Saboya. Populista y liberal, crearía una nación aristocrática y elitista. Ateo, se haría recibir y bendecir por los clérigos. Derrotado sólo por los franceses, su último combate lo empeñaría por la defensa de Francia.

### Garibaldi en América

Tras el fracaso de 1834 y huyendo de la represión antirrevolucionaria que se extendió por los diferentes Estados de la Península italia-

na, los mazzinistas se exiliaron. Garibaldi, condenado a muerte por su participación en los hechos de Génova, se trasladó de Marsella a Río de Janeiro en diciembre de 1835. No eran pocos los italianos que le habían precedido en la singladura atlántica. Uno de ellos, Rosetti, estaba complicado en la rebelión de los farrapos, que dos meses antes había estallado en el Brasil. Era un movimiento campesino-ganadero contrario a la corrompida administración poscolonial. Lo dirigía un militar liberal, Benito Gonçalves, jefe de la guarnición de Rio Grande do Sul, Estado que llegó a proclamar su independencia de Brasil. Garibaldi combatió durante cuatro años al lado de Gonçalves, casi siempre como jefe de la diminuta marina republicana. A finales de 1839, agotados sus recursos, se retiró hacia Montevideo en una marcha épica, a través de inmensas extensiones de selva y tierras vírgenes, vadeando ríos caudalosos y perseguido continuamente por las tropas imperiales. En plena marcha, Anita, la bella criolla brasileña con la que Garibaldi se casaría dos años después en Montevideo, dio a luz a su primer hijo, Menotti.

Después de tres años de estancia tranquila en la capital del Uruguay, Garibaldi y los hombres que le siguieron se vieron envueltos en la guerra contra el dictador argentino Rosas. El sitio de Montevideo duró ocho años, y la tenaz resistencia no hubiese sido posible sin la presencia de los grupos de voluntarios de emigrantes europeos. El más célebre fue la Legión Italiana de Garibaldi, uniformada con la camisa roja que iba a ser después el símbolo de todos los revolucionarios. (Se trataba de un stock comprado de ocasión a un confeccionista que trabajaba para los mataderos de Buenos Aires.) Allí, en aquellas lejanas tierras, fue donde empezó la leyenda del revolucionario italiano. El diplomático francés Walewski le calificó de «hombre capaz de triunfar en cualquier empresa»; y el argentino Mitre decía: «Ha conquistado la fama por su valor y su entereza.» En 1845, el propio Mazzini escribía: «La Legión Italiana y Garibaldi han hecho prodigios; son amados y queridos por la población como los salvadores de la ciudad.» En 1848, Garibaldi, que se había mantenido en contacto con los patriotas italianos, se embarcó con Anita y un centenar de sus partidarios hacia Europa. Las noticias que le habían llegado eran esperanzadoras: la lucha por la unificación iba a empezar de un momento a otro. Tenía entonces cuarenta y un años, y era ya un personaje mítico.

### La revolución de 1848

Sin embargo, en 1848, se iban a repetir los errores de 1831. Esta vez, el rey Carlos Alberto del Piamonte estaba dispuesto a recoger la bandera de la unidad italiana. Pero sus desaciertos le hicieron enemigo fácil de los austríacos. El mariscal Radetzky, al frente de un ejército de apenas 90.000 hombres, arrolló fácilmente en Custoza (julio de 1848) y Novara (marzo de 1849) a los 125.000 piamonteses que formaban las fuerzas de Carlos Alberto, carentes de preparación y medios suficientes, y mandadas por aventureros como el polaco Chrzanowsky y el



piamontés Ramorino, que sería fusilado más tarde por su conducta sospechosa.

La rebelión quedó reducida a las ciudades de Roma y Venecia. Pío IX había huido de la primera y Mazzini había proclamado la República. Sin embargo, desde Gaeta y bajo la protección de Fernando II de Borbón, rey de las Dos Sicilias, el papa pidió ayuda a los países católicos para recuperar sus Estados. Tropas austríacas, francesas, españolas y napolitanas marcharon contra la Ciudad Eterna. Enterado de las dificultades que se cernían sobre el gobierno provisional de la República romana, Garibaldi, que no había encontrado hasta entonces su lugar en la lucha, acudió a Roma. Mazzini había perdido la confianza en el general por su acatamiento al rey Carlos Alberto, a cuyas órdenes había luchado baldíamente en los confines de los Alpes. Pero ahora se necesitaban todos los esfuerzos para la defensa y encargó el mando militar a Garibaldi. Sus voluntarios, unidos a los de la Lombardía y a los romanos, infligieron al general francés Oudinot una severa derrota en las mismas puertas de la ciudad el 30 de abril de 1849. Diez días después sorprendió en Palestrina a un ejército de napolitanos, regresando a Roma con gran número de prisioneros. Parecía que las dificultades se habían superado, pero Oudinot recibió importantes refuerzos y pasó al ataque después de bombardear intensamente la ciudad. Cuando estas tropas se lanzaron al asalto final (y según la versión del propio Garibaldi), «los centinelas gritaron la alarma; sonaron las trompetas. Eran las dos de la madrugada. Los bersaglieri, siempre infatigables, corrieron a la Puerta de San Pancraccio. Se hundían hasta las rodillas en las ruinas. Me puse a su cabeza con la espada desenvainada, cantando el himno popular de Italia. Confieso que en ese momento, completamente descorazonado, no tenía más deseo que morir. Todos nos lanzamos sobre los franceses. ¿Qué es lo que pasó? No lo sé. Durante dos horas estuve golpeando y luchando sin descanso, y cuando amaneció estaba cubierto de sangre, pero no tenía una sola herida; esto era un verdadero milagro.»

El 3 de julio Oudinot entró en Roma, en tanto que Garibaldi, con un puñado de seguidores, se adentraba por los Apeninos para refugiarse en Venecia, último baluarte de la independencia. Esta vez, a diferencia de su retirada de Brasil, la fortuna le fue adversa. Anita murió en plena marcha, en una humilde choza de campesinos. Al dolor de la patria perdida, se unió el del final de la mujer amada.

Tras el fracaso de 1848, las esperanzas de los italianos quedaron depositadas en lo que iba a ocurrir en Turín, donde Víctor Manuel II había ocupado el trono. Era un hombre torpe e inculto, más propio de la Edad Media que de los tiempos modernos, y más conocido por sus dotes amatorias con mujeres de baja estofa que por sus posibilidades políticas. Pero en 1852 el juego parlamentario llevó al poder a un político extraordinario: Camilo Benso, conde de Cavour. Era un italiano de educación y gustos británicos. Amigo del progreso económico, había abandonado la carrera de militar para dedicarse a los negocios. Su gobierno impulsó la construcción de ferrocarriles y mejoras técnicas en

los cultivos. Era, desde luego, librecambista, y conocía a fondo el poder de la banca, pues ejerció algún tiempo como banquero. En 1847 había fundado un periódico cuyo nombre sería el de la época más gloriosa de los tiempos que iban a venir: *Il Risorgimento* (El Renacimiento). Trabajador infatigable era también un hombre sin muchos escrúpulos políticos.

La gran habilidad de Cavour fue convencer a Napoleón III para intervenir en los asuntos de Italia. Franceses y piamonteses derrotaron a los austríacos en 1859 en los campos de Magenta y Solferino (4 y 24 de junio de 1859, respectivamente). Esta última fue una batalla particularmente sangrienta. Un testigo, el suizo Henri Dunant, concibió entonces la idea de fundar la Cruz Roja como un remedio a los sufrimientos de la guerra. Tras la derrota de los austríacos, el Milanesado pasó al Piamonte, si bien Napoleón III dejó el Véneto en manos de los austríacos y exigió la entrega de la Alta Saboya y Niza. La decepción de los italianos fue enorme. Napoleón no había cumplido más que con parte de lo pactado. Sin embargo, Toscana, Parma, Módena y la Romagna se sublevaron y afirmaron su unión al Piamonte.

### La expedición de los Mil

Garibaldi emprendió la conquista de Sicilia y Nápoles. Los inicios de esta hazaña fueron fraudulentos. Oficialmente nadie sabía en Turín y Génova que Garibaldi estaba reuniendo sus voluntarios para luchar contra los Borbones. El 6 de mayo de 1860 dos navíos fueron aparentemente violentados en el puerto de Génova, y los Mil (exactamente 1.089 hombres) pusieron rumbo a Marsala, en Sicilia. El 11 de mayo desembarcaron en la isla. A partir de entonces los acontecimientos se desarrollaron de tal forma que resultan inexplicables sin el conocimiento de la situación interna del reino de las Dos Sicilias. Con sus medidas represivas y autoritarias, el rey Fernando II (1810-59) había conseguido mantenerse en el trono, pero el divorcio entre el monarca y sus súbditos era absoluto. El «Rey Bomba», así llamado desde el bombardeo despiadado de Messina en 1848, había muerto el año anterior. Su hijo y sucesor, Francisco II (1836-94), se había mantenido neutral en el conflicto entre el Piamonte y Austria, pero no había podido atraerse las simpatías del pueblo, por lo que pronto los Mil se convirtieron en 4 ó 5.000, ya que contingentes de campesinos y rebeldes se unieron a Garibaldi. El genio militar de éste se puso en seguida de manifiesto. En una campaña de un mes era dueño de la isla.

Después de ocupar Sicilia pasó el estrecho de Messina e inició la conquista de Nápoles. De todas partes aflúan refuerzos, ayuda y simpatías a los garibaldinos. Se llegaron a formar varios batallones de voluntarios extranjeros. La marina británica, que ya le había cubierto durante la travesía desde Génova, se había negado a atender la petición de la corte de Nápoles de bloquear el estrecho de Messina. El final de la dinastía borbónica era inminente. Sus tropas se pasaban en masa a



los invasores. El pueblo le tomaba por un nuevo Jesucristo; decía de sus oficiales que eran apóstoles; ¡se llegó a pedir limosna en nombre de Garibaldi! y hasta los curas se colocaban la camisa roja. El 7 de septiembre realizó su entrada triunfal en la ciudad de Nápoles, pero el 2 del mes siguiente tuvo que combatir duramente en el Volturno. Fue una batalla difícil: las tropas de Francisco II estuvieron a punto de romper el frente. Sólo el genio del general revolucionario pudo contener el ataque y pasar a la contraofensiva hasta conseguir la victoria.

### La unidad italiana

Fue en aquel momento cuando Cavour dio la orden de intervenir. Le movían tanto el recelo de los triunfos de Garibaldi como el deseo de impedir que éste marchara contra Roma. Agentes de Cavour provocaron motines en las ciudades de la Romaña, de la Umbría y de las Marcas, y el ejército del Piamonte invadió los Estados Pontificios, bordeando el Lacio. En Castelfidardo fueron arrolladas las tropas pontificias y los piemonteses se reunieron con las tropas de Garibaldi en la frontera de Nápoles. La unidad de Italia era un hecho. El 26 de octubre se encontraban en Teano Víctor Manuel y Garibaldi: dos mundos opuestos. El líder republicano descendió de su caballo y saludó al «rey de Italia». Era un acto que los revolucionarios le reprocharían siempre: se sacrificaba la libertad a favor de otra ley y otro orden. Los italianos simplemente cambiaban de dueño.

El 18 de febrero de 1861 se reunía en Turín el primer Parlamento del nuevo reino. Los problemas internos eran acuciantes. En la sesión inaugural estalló una violenta disputa entre los dos líderes, Garibaldi y Cavour. Por desgracia, éste iba a morir pocos meses después. La incapacidad de Víctor Manuel quedó, más que nunca, de manifiesto. Los impuestos excesivos crearon un malestar interior. En Sicilia, la guerra civil, endémica, volvió a estallar, esta vez como reacción contra el servicio militar. Quedaban aún tres regiones irredentas: Roma, Venecia y Trento.

La guerra entre Prusia y Austria de 1866 proporcionó la ocasión de recuperar Venecia y Trento. Bismarck buscó la alianza de Italia para envolver a los austríacos, y Viena llegó a ofrecer Venecia a cambio de la neutralidad italiana. Las exigencias del honor patrio llevaron a las fuerzas nacionales al combate, pero fueron derrotadas en Custoza (en el mismo campo de batalla de 1848) y, por mar, en Lissa. Sólo la pequeña fuerza de garibaldinos avanzó hacia Trento. Sin embargo, tras la victoria de los prusianos, Italia obtuvo Venecia, y Garibaldi desalojó el Trentino, que no pasaría a Italia hasta 1918, tras la desmembración del Imperio austro-húngaro.

En 1860, la actitud firme de Cavour no había permitido a Garibaldi proseguir su avance hacia Roma, mas el general revolucionario no había desistido de su empeño. En 1862 partió en aquella dirección con un puñado de «camisas rojas», pero el propio ejército real detuvo su

avance en Aspromonte (Calabria), donde Garibaldi resultó herido y sus voluntarios fueron desarmados. Dos meses más tarde, Garibaldi fue liberado, y en 1867 intentó de nuevo la conquista de Roma. Logró pasar la frontera y poner en fuga a los zuavos pontificios, pero en Mentana los franceses derrotaron totalmente a los «camisas rojas». Tres años después estalló la guerra franco-prusiana, y la guarnición francesa fue llamada a su país, lo cual permitió que Roma fuera ocupada por las tropas italianas. La resistencia de Pío IX y sus zuavos fue puramente simbólica. El 2 de julio de 1871, Víctor Manuel entró en la Ciudad Eterna: «Qui siamo e qui resteremo» (Aquí estamos y aquí nos quedaremos).

Y precisamente en aquellos momentos de triunfo, el hombre que más había luchado por Roma, Garibaldi, se encontraba al frente de 12.000 de sus hombres, combatiendo al lado de los antiguos enemigos franceses contra los prusianos. Su fino instinto revolucionario le había enseñado dónde se encontraban quienes verdaderamente iban a amenazar sus ideales de libertad y fraternidad en los años venideros.



# 1. El héroe de los dos Mundos

Este es un libro que habla de unos hombres que, durante más de ochenta años y a través de medio mundo, fueron los protagonistas de revoluciones, guerras de liberación y otros movimientos políticos y sociales. Escribir acerca de ellos sin intentar un análisis detallado de su evolución política —o, como dirían algunos, involución—, puede parecer superficial. Pero opino que son interesantes precisamente por el hecho de que, a menudo, no tenían idea real de lo que eran ni de lo que hacían: se levantaban en armas contra regímenes poderosos impulsados sólo por un convencimiento instintivo de estar contribuyendo a la lucha por la libertad. Por tanto, me he limitado a reseñar brevemente el desarrollo de sus ideas políticas, subrayando las acciones en que participaron y los efectos que éstas tuvieron en las cancillerías de los Estados europeos.

Algunos historiadores ven una continuación del movimiento garibaldino en la Resistencia surgida durante la II Guerra Mundial, y particularmente en los grupos italianos de partisanos que tomaron el nombre del *Héroe de los dos Mundos*. Desde mi punto de vista, sin embargo, estos grupos —y otros que lucharon también en la Guerra Civil española— no tienen nada en común con la idea esencial de Garibaldi; esto es, con la lucha por la independencia o por la libertad social. Por admirables que sus ideales puedan haber sido, el uso del nombre de Garibaldi era meramente una cuestión de «relaciones públicas». He considerado, por ello, más adecuado concluir la historia de los garibaldinos en la I Guerra Mundial, momento en que combatieron por última vez, en mi opinión, movidos por ideales libertarios, pero sin adoptar una postura «política» precisa.

Por extravagante que pueda parecer, los garibaldinos nunca fueron designados oficialmente con ese nombre. En momentos diferentes, se les conoció como la Legión Italiana, los *Cacciatori delle Alpi*, el Ejército del Sur, el Cuerpo de Voluntarios Italiano, el Ejército de los Vosgos y otras denominaciones. Tampoco llevaron siempre la famosa camisa roja: vistieron también uniformes blancos, túnicas azules, abrigos grises, e incluso el uniforme de la Legión Extranjera. Y sin embargo, fue con el nombre genérico de garibaldinos y con el de «camisas rojas» como llegaron a simbolizar la aspiración del hombre a la libertad.

Nunca constituyeron un ejército en el verdadero sentido de la palabra; se les puede definir, más propiamente, como un movimiento político que empleaba medios militares para promover la libre determinación de los pueblos.

Su actividad se desarrolló sobre todo en Italia, y su contribución a la independencia de este país es fundamental. Su historia es inseparable de la del *Risorgimento* italiano, pero Italia no fue su único campo de operaciones ni todos ellos eran italianos. Ricciotti Garibaldi, el tercer hijo del general y cabeza reconocida del movimiento tras la muerte de su padre, escribió: «La camisa roja, símbolo de la libertad y de la causa del pueblo, es patrimonio de toda la raza humana; se trata de una tradición asumida en todo el mundo.» De hecho, la historia de los garibaldinos comenzó, bastante humildemente, en América del Sur, junto a las costas de Brasil. Y terminó de forma muy poco romántica, ochenta años más tarde, durante la I Guerra Mundial, entre las trincheras del bosque de Argonne. Un mundo completamente dominado por el nuevo ideal del «nacionalismo» había relegado a los garibaldinos, irónicamente, a la condición de un cuerpo militar, que era la auténtica encarnación de la opresión del colonialismo: la Legión Extranjera. Fuera de Italia, los garibaldinos intervinieron en Francia, Grecia, Polonia, España, África del Sur, e incluso en los Balcanes; en suma, allí donde su intervención pudiera ayudar a defender o conquistar la libertad.

A consecuencia de estas intervenciones, muchas personas no italianas se identificaron con el movimiento y tomaron parte activa en él. Por ello, a lo largo de los ochenta años de su historia encontramos garibaldinos polacos, húngaros, americanos, ingleses, franceses, suizos y alemanes.

Su deseo de luchar por la libertad les impidió adquirir una identidad precisa como partido político. Se puede decir que, a través de su historia, se manifestaron mayoritariamente como republicanos con tendencias que hoy llamaríamos socialistas, aunque esto no les impidió aliarse con la monarquía cuando se planteó la posibilidad de resolver, de una vez por todas, el problema de la unificación italiana; muchos monárquicos formaron, de hecho, en sus filas. Una constante de su «política» fue su anticlericalismo, actitud que impregnó virtualmente todo el *Risorgimento* italiano. Conviene matizar, sin embargo, que su anticlericalismo no significaba irreligiosidad. Surgió como consecuencia del hecho de que la Iglesia poseía vastos territorios en la Italia central, a cuya población mantenía en una situación de total atraso e ignorancia. Aliada con las clases dominantes de otros Estados de la Península italiana, la Iglesia utilizó todo su poder para bloquear el proceso de unificación, consiguiendo que los medios políticos europeos se opusieran a la causa italiana.

Pero ¿quiénes eran estos hombres cuyo credo político se resumía sencillamente en la entrega al ideal de la libertad, aun cuando este ideal estuviera expresado de una forma confusa y contradictoria?

Eran hombres corrientes, ciudadanos de a pie, prototipos de las clases medias. El mismo Garibaldi, su líder carismático, era un capitán de la marina mercante y más tarde se hizo granjero; Bixio, su mano derecha, también era marinero; Türr, el cerebro organizativo de la expedición de los Mil, ingeniero civil; Nullo, un industrial dedicado al comercio textil; Bertani era cirujano. Y en sus filas encontramos obreros, estu-



diantes, pintores, carniceros, abogados, corredores de bolsa, diputados y escribanos. En resumen, todas las clases posibles e imaginables para quien una «camisa» era símbolo de su ideal común.

No eran militares profesionales ni profesionalizados: una vez que finalizaba la misión que los había movilizado, regresaban a sus casas y a sus antiguas ocupaciones, pese a que entonces corrían el riesgo de ser detenidos bajo la acusación de «agitación» por las diversas fuerzas policiales burguesas. Por extraño que pueda parecer, a lo largo de su historia los garibaldinos, aunque se hallaran del lado de la libertad (o quizá por esta misma razón), fueron constantemente utilizados como apoyo de los ejércitos regulares, cuando no enviados a la muerte en la primera línea de los frentes; en tiempos de paz, sin embargo, eran temidos y vigilados de cerca por la clase dominante.

El líder indiscutido de estos hombres fue Giuseppe Garibaldi: era invencible en el campo de batalla, tal vez debido a su instinto natural más que por sus anteriores experiencias en América del Sur.

Respecto a su estrategia, una curiosa nota que un corresponsal —quizá el mismo Ferdinand Eber— envió a *The Times* durante la expedición de los Mil, arroja mucha luz sobre la materia: «Sabido que es imposible, con la fuerza que comanda, observar el secreto que se recomienda como la más esencial condición de éxito en asuntos militares, ha optado por hacer absolutamente todo a la luz del día, y anunciar sus planes con gran anticipación, provocando con ello las más variadas especulaciones y haciendo al final exactamente aquello que había anunciado, pero en el momento menos esperado. Ese atrevimiento y ese desdén hacia todo secreto ha confundido más de una vez a sus enemigos.» Pero quizá su habilidad para la victoria dependía principalmente de su profundo entendimiento de la psicología no sólo de su adversario, sino también de sus propios hombres, a los que podía pedir (y lo obtenía) cualquier cosa. Tenía, además, la habilidad de saber estar siempre presente en el lugar clave de cualquier campo de batalla, a menudo con gran riesgo de su persona, para poder espolear a sus hombres en el momento crítico del combate.

Dirigir cuerpos de voluntarios no era sencillo: eran hombres, no se olvide, que habían ido a la guerra por su propio deseo. Lo mismo podían aterrorizarse por nada durante un servicio ordinario de vigilancia que ser valientes hasta la insensatez a la hora de cargar contra el enemigo. Ricciotti los definió a la perfección: «El voluntario es, por naturaleza, extremadamente inteligente e incansable: quiere saberlo todo, razonarlo todo... Es capaz de hacer marchas de increíble distancia, pero que a nadie se le ocurra obligarle a tomar dos veces el mismo camino.»

Pero el general nunca padeció estos problemas: la consideración de sus hombres hacia él rayaba siempre en la idolatría. En cierta ocasión, un ingenioso impreso satírico que circuló entre los garibaldinos, mostraba a Garibaldi de pie sobre un altar, entre rifles y cañones, con la inscripción: «Hijos de Italia, si queréis secar las antiguas lágrimas de Roma y Venecia, no importa que el clérigo no diga misa: éstas son las

velas y éste es el santo.» Y una versión del padrenuestro decía así: «...hágase tu voluntad, en los cuarteles y en el campo de batalla. La munición nuestra de cada día dánosla hoy y no nos dejes caer en la tentación de contar el número de nuestros enemigos, mas líbranos de los austríacos y del clero.» Y un desconocido garibaldino escribió, en una suerte de *Catecismo del Soldado*: «¿Qué obtiene uno de la victoria? La visión de Garibaldi en persona y todo tipo de placer sin dolor. ¿Cuáles son las tres Personas distintas que hay en Garibaldi? Padre de la Nación, Hijo del Pueblo y Espíritu de la Libertad.»

Pero aparte de estos ejemplos, de escaso buen gusto, acerca del fervor de los jóvenes garibaldinos, el general era también el gran favorito del pueblo llano, que se sentía atraído por sus maneras sencillas. Aunque estaba orgulloso de sus humildes orígenes, tendía a rechazar las demostraciones de entusiasmo popular. Pero en cualquier parte del mundo era contemplado como un mesías que traería la libertad. Bakunin escribió: «Muchos campesinos de la Grande y la Pequeña Rusia aguardaban la llegada de Garibaldi.»

Representado de mil modos diferentes —a menudo como Cristo—, la imagen de Garibaldi ocupaba el lugar de honor entre la *Madonna* y el santo patrono local. Los compositores de baladas populares redactaban con frecuencia letras extravagantes, como, por ejemplo, aquella que aseguraba que Santa Rosalía había enviado al general un talismán que ella había forjado en el cielo con sus propias manos. La tantas veces repetida semidivinidad de Garibaldi causaba también una fuerte impresión en sus enemigos. Un soldado napolitano lo explicaba así: «Ese no es un hombre. Un día el diablo hizo el amor a una santa. Después de nueve meses, nació Garibaldi. Cuando pelea, se porta como su padre; pero cuando la batalla ha terminado, es como su madre.» Garibaldi era, de hecho, totalmente despiadado en el combate. Un día le dijo al joven e inexperto Ricciotti: «No te ha de preocupar que el enemigo sea más débil que tú.» Sin embargo, lejos del campo de batalla, su humanidad no tenía paralelo.

Cuando Garibaldi emprendió su extraordinaria aventura, ciertamente no podía saber que el puñado de hombres que iba con él se convertiría un día en un ejército tan fuerte y numeroso que no sólo conquistaría un reino sino que llegaría a subvertir el orden político de naciones enteras.

Las sorprendentes victorias de los garibaldinos se debían no sólo a la labor del general (tal como era llamado ordinariamente), sino también a la de los hombres que asistían y organizaban a sus voluntarios —Anzani, Türr, Cosenz, Bixio, Sirtori, etc.—. Con muchos de ellos llegó a tener serias discrepancias, y a algunos, incluso, como en el caso de Eberhardt, llegó a encontrarlos frente a frente en el bando opuesto de la batalla. Otros consiguieron implicarle en luchas políticas sectarias o le involucraron en empresas que fracasaron estrepitosamente.

Pero Garibaldi se mantuvo, a pesar de todo, como el líder insustituible de estos hombres, el catalizador de sus ideales. Y si muchas de las decisiones políticas o militares adoptadas no procedían directamente



de él, tuvo la suficiente habilidad, indispensable en un líder, para escoger siempre el mejor consejo que se le brindaba.

Aparte de las habilidades personales del general y del considerable talento de sus consejeros, los garibaldinos debían sus extraordinarias victorias a otros factores diversos, tales como su acertada elección de vestimenta y armamento, organización y método de lucha. Era una época en la que los soldados se veían agobiados por su equipo, de modo que los *garibaldinos* redujeron su impedimenta al mínimo esencial. Su uniforme consistía en una blusa, grande y confortable, que normalmente tenía dos amplios bolsillos en el pecho; una capa pequeña (durante la Segunda Guerra de Independencia se confeccionaron para ellos abrigos grandes, pero a causa de la estación en que se desarrolló apenas fueron utilizados) que portaban enrollada y cruzada sobre el pecho cuando no la llevaban puesta; pantalones holgados, que se introducían en mocasines de lona burda o bien se enrollaban en el bajo; un sombrero ligero, con una gran visera rectangular, o preferiblemente un sombrero de amplias alas. Los oficiales vestían como la tropa, a excepción de una estrecha insignia, de oro o plata según la graduación, cosida a sus sombreros y a veces a sus mangas, y de que sus espadas eran habitualmente de su propiedad personal.

Sus avíos eran también prácticos y ligeros. Consistían en un zurrón atado a sus cinturones, que contenía treinta cartuchos (en las batallas se solía distribuir otros treinta suplementarios, que llevaban en el morral), y un saco en el que metían dos camisas y un par de calcetines, un bol de estaño y un barrilito de madera con agua, normalmente mezclada con vino y vinagre. La mochila era entonces completamente desconocida. Incluso a los oficiales se les exigía viajar con equipaje ligero; a lo sumo se les autorizaba a llevar un talego extra.

La ligereza de este equipo mejoraba la movilidad de la tropa, y tenía un efecto positivo sobre su ánimo. Además, se adecuaba perfectamente a la estrategia de Garibaldi, que con frecuencia ordenaba incansables marchas, atrás y adelante, para confundir al enemigo.

Sus armas de fuego eran de los modelos más dispares, y a menudo resultaba un problema encontrar la munición adecuada. Pero esto nunca desanimó a los garibaldinos, cuya arma favorita fue siempre la bayoneta. Sus victorias fueron, en muchas ocasiones, el resultado del terrible efecto de esta arma sobre el enemigo. Carlos Romang, un oficial suizo que sirvió con Garibaldi durante la expedición de los Mil, escribió que un ataque a la bayoneta era más decisivo «que las cuatro o cinco horas de fuego graneado que lo precedían.»

Los garibaldinos se organizaban, la mayor parte de las veces, en batallones de seis compañías (exceptuada la Segunda Guerra de Independencia, cuando adoptaron el sistema de regimiento comprendiendo dos batallones de cuatro compañías cada uno). Dos o tres batallones unidos formaban una brigada, y dos o tres brigadas constituían una división. Pero sólo adoptaron la idea de las brigadas durante la expedición de los Mil. En términos de organización y equipo se les consideraba, por tanto, infantería ligera. Esto fue especialmente evidente durante la

expedición de los Mil, ya que, aunque sus efectivos aumentaron hasta veintiséis mil o más hombres, la artillería y la caballería se ocupaban, principalmente, de misiones de exploración, aunque también tomó parte en algunas cargas furibundas, ineficaces a causa del pequeño número de caballos empleados. Como infantería ligera utilizaban, sobre todo, lo que Romang llama la «gruesa cadena de carabineros», que él describe así: «Durante el ataque, nuestras tropas siempre se movían en dobles anillos, manteniendo una formación de cuatro hombres desplegados en una cadena. Cuando avanzábamos, cada grupo de cuatro era seguido por otro grupo igual, a una distancia de diez pasos. El más inteligente de cada grupo era designado líder del mismo: daba órdenes a sus tres camaradas mostrándoles dónde ponerse a cubierto o cómo agruparse en torno a él, iniciando ofensivas o resistiendo los ataques de la caballería (que eran el terror de los garibaldinos). Cuando no había modo de cubrirse, los tres últimos se colocaban siempre tras el primero. De esta forma podíamos avanzar hasta cincuenta pasos a través de las líneas enemigas rápidamente y casi sin ser vistos.

»La primera ventaja de la cadena de carabineros era su habilidad para avanzar a cubierto, en buen orden y rápidamente, hasta un punto desde el que la primera ronda podía disparar con éxito, constituyendo un frente lo suficientemente fuerte sobre el enemigo sin exponerse demasiado a sus balas. Nuestros ataques rara vez dejaban de producir el efecto deseado.

»En batallas a campo abierto avanzábamos corriendo hasta que alcanzábamos una distancia de treinta a cien pasos respecto del enemigo... Nunca disparábamos desde una distancia menor, y cuando tomábamos al enemigo por sorpresa, con fuego graneado a corto alcance, el efecto de este primer ataque era siempre de tal magnitud que solía decidir la batalla entera a nuestro favor.

»Cuando avanzábamos de esta forma, es decir, en grupos de cuatro hombres con una distancia de diez pasos entre cada grupo, una compañía así desplegada podía a menudo hacer fuego contra un batallón entero sin sufrir grandes pérdidas. La cadena representaba una diana mucho menos accesible para el enemigo que una columna entera. Aún más, el poder efectivo de nuestras armas de fuego era mucho más irresistible que el de cualquier cañón montado preparado por el enemigo. Y nuestros soldados estaban ya acostumbrados a maniobrar en cadena, ya que ésta era casi la única maniobra que se les había enseñado. La rapidez con que podíamos acercarnos al enemigo era la razón principal de esta maniobra y el medio más seguro de evitar imprevistos. Un cuerpo de ejército conducido de esta forma afronta un riesgo mucho menor que el de otro cuerpo que dispara desde una distancia de trescientos o cuatrocientos pasos y que virtualmente permanece inmóvil e inactivo en esta posición, al alcance de las armas enemigas. A menudo ocurría que una bala extraviada pasaba sobre las cabezas de los hombres de primera línea y mataba o hería a alguno que estaba retrasado, en la retaguardia, o que corría indefenso detrás de las líneas.»

Es evidente que este orden abierto (como lo llamaríamos hoy día)



daba a las tropas una gran movilidad y evitaba que quedaran rodeadas, cosa que ocurría muy rara vez. De hecho, como Romang insiste en señalar, «aunque hubiéramos sido parcialmente derrotados, no era difícil volver a atacar al enemigo desde un flanco u otro. Tal derrota, de hecho, era sólo momentánea y ciertamente no suponía una retirada. Al contrario, un oficial habilidoso, avanzando con rapidez, no tardaría en encontrar un punto débil en la línea enemiga, y lo atacaría repetidamente».

La destreza de los oficiales era, ciertamente, un factor esencial en las victorias de los garibaldinos. Todos ellos eran hombres expertos, que habían conseguido sus galones en los campos de batalla de la Europa revolucionaria: de esta manera se había producido el efecto de una especie de selección natural.

En comparación con sus colegas de los ejércitos regulares de la época, los oficiales de Garibaldi gozaban de una gran libertad de acción en el campo de batalla. Romang escribe al respecto:

«Debo aquí mencionar un sistema que Garibaldi utilizaba en la batalla y que es demasiado importante e interesante para ser omitido. Mucha gente cree que durante una batalla las maniobras de casi todas las compañías de carabineros están supervisadas y dirigidas por el general o por el comandante de la división, por medio de órdenes transmitidas por ayudantes que corren incesantemente atrás y adelante. A menudo leemos en los reportajes que una batalla ha concluido negativamente porque un ayudante ha sido alcanzado antes de poder entregar la orden que portaba. Esta es una idea que parte del desconocimiento de la materia; una falta de información, o una orden extraviada, pueden causar serias desventajas, pero esto nunca ocurrió en el caso de Garibaldi. En primer lugar, él solía colocarse al frente de cuerpos de dos o tres mil hombres, para dirigirlos personalmente en la batalla cuando llegase el momento oportuno; y dejaba a los otros cuerpos la libertad de ejecutar los deberes que se les había asignado en la forma que eligieran. (Este experimento ya se había probado con éxito durante la defensa de la República romana). Cada comandante de compañía era responsable de las maniobras de sus propias tropas, y una vez que la batalla había empezado raramente recibía órdenes nuevas. Incluso los cabezas de pelotón organizaban y ejecutaban a su aire las tareas que se les habían asignado. Libres de actuar de acuerdo con su buen criterio, cada oficial podía alterar sus tácticas si las circunstancias lo demandaban; la única restricción consistía en que nunca debían perder de vista el objetivo principal.»

La relación entre los oficiales y la tropa de los garibaldinos era democrática al más alto nivel. A menudo el oficial dormía sobre la paja, junto a sus hombres, y no había traza alguna de la disciplina formal característica de otros ejércitos. Jan Philip Koelman, en sus *Memorias romanas*, relata la llegada de Garibaldi al convento de San Silvestre en Roma, que los garibaldinos acababan de ocupar. Su entrada en el patio no produjo efecto alguno sobre los hombres allí acampados: «Incluso el centinela se mantuvo en su puesto, holgazaneando en un banco, y ni un solo garibaldino se movió.» Sorprendido por esto, Koelman preguntó

al oficial con quien estaba conversando: «¿Es habitual entre los garibaldinos mostrar tan poco respeto hacia su comandante?» Y en la respuesta del oficial yace la explicación entera de la aproximación garibaldina a la vida militar: «Mi querido señor, el general exige disciplina en el campo de batalla, no en las barracas ni en el cuartel...»

Si la disciplina formal no se imponía a la tropa, sin embargo sí se requería de ellos un estricto comportamiento honesto. Romang relata un episodio que ha sido confirmado por otro testigo: «Un día, Bixio vio a dos soldados saliendo de un viñedo con sus pañuelos llenos de uvas. Sin siquiera interrogarlos, el general sacó su revólver y con las palabras «¡No sois dignos de servir en el ejército de Garibaldi!» disparó contra ellos, hiriéndolos de muerte, delante de toda la columna.» Ciertamente, éste fue un gesto excesivo y que confirma el carácter del hombre que lo realizó, pero había dos razones importantes que lo justificaban. La primera, que para los garibaldinos aun la más ligera trasgresión respecto de la propiedad privada de los demás estaba absolutamente prohibida. La segunda, el peligro, siempre presente, de que los delincuentes comunes pudieran esconderse entre los voluntarios, hacía que la necesidad de disciplina «esencial» (contrapuesta a la formal) fuera más importante y capital que en cualquier ejército regular. Los garibaldinos no tenían calabozos ni policía militar, ni siquiera tiempo para este tipo de organización. Aún más: en el caso de la expedición de los Mil, la llegada de los garibaldinos había creado un vacío de poder en los territorios conquistados, situación de la que estaban dispuestos a beneficiarse los bandidos y cualesquiera otros criminales: si se les hubiera permitido aflojar las riendas, las masas hubieran perdido de inmediato su fe en los «camisas rojas» y habrían dejado de apoyarles.

En conjunto, puede afirmarse que hubo muy pocos casos de hurto. Los garibaldinos, esto es seguro, no eran santos de yeso, pero sí muy fanáticos del ideal por el que luchaban —a diferencia de los soldados regulares, que iban a la guerra sin haberlo decidido, los garibaldinos combatían por voluntad propia—. En algunos momentos su fanatismo les llevó a cometer excesos, y no era raro que los oficiales tuvieran que intervenir, en el calor de la batalla, para salvar a prisioneros enemigos de la furia de los soldados.

En mi opinión, sin embargo, el factor determinante para conseguir las victorias era el increíble entusiasmo de estos hombres. No era raro «que el hijo del banquero se hiciera cargo de la paga de toda su compañía, por una o dos semanas». Y deseo concluir este capítulo con las palabras de Romang:

«En el momento en que recibían la orden de avanzar, se lanzaban al frente sin la más mínima consideración sobre su seguridad. Realmente, si alguien les hubiera indicado la conveniencia de ser cautelosos, habría recibido una respuesta indignada. No cabe la más mínima duda de que la mayoría de los garibaldinos eran hombres que luchaban por sus propias convicciones.»



## 2. De piratas a soldados

Al amanecer del 7 de mayo de 1837, una *garopera* —especie de barco pesquero sudamericano de unas veinte toneladas de peso— abandonó el puerto de Río de Janeiro.

El nombre de la embarcación era *Mazzini*, y llevaba una tripulación de trece miembros. Los marineros eran Antonio Illama y Giovanni Fiorentino, de Caparia; Giovanbattista Caruana, de Malta; Maurizio, de Venecia. João Baptista, un brasileño, era el maestro de armas, y el timonel, un genovés llamado Lodola. Luigi Carniglia, de Deiva (en Liguria), y Luigi Calia, de Malta, eran los contramaestres. El segundo teniente era Luigi Rossetti. Y el capitán se llamaba Giuseppe Garibaldi.

En la bodega se almacenaban pescados, carne ahumada y harina, y escondidas debajo de estas provisiones, armas de fuego. El barco dejó atrás la Montaña de Pan de Azúcar y pasó frente al fuerte que dominaba el puerto. En la oficina aduanera, los oficiales subieron a bordo. Cuando hubieron abandonado la bahía de Guanabara, una bandera fue izada en el mástil: tenía barras diagonales, amarillas, verdes y rojas. En este momento de la historia del Brasil, éste era el símbolo de la revolución: la enseña de la república rebelde de Rio Grande do Sul.

«¡Corsarios! Trece camaradas, navegando a través del océano en una *garopera*, estábamos desafiando a un imperio. Eramos los primeros, en aquellas costas sureñas, que enarbolamos una bandera de emancipación: ¡La bandera republicana de Rio Grande!»

Cuando Garibaldi izó aquella bandera, difícilmente podía haber imaginado que este hecho marcaba el comienzo de una aventura que, en sólo unos pocos años, haría de su nombre un sinónimo de libertad y una consigna para las gentes oprimidas de todo el mundo; ni tampoco habría sospechado que aquella variopinta tripulación (cuyo aspecto físico, confesaría más tarde, había juzgado «no demasiado prometedor») podría ser el embrión de ejércitos victoriosos en un movimiento militar, social y político que llevaría su nombre.

Garibaldi había nacido en Niza, el 4 de julio de 1807. Su padre, que poseía unos cuantos barcos y era capitán de la marina mercante sarda, quería que su hijo fuera sacerdote; pero éste no se sentía atraído por la vida contemplativa y prefería el alboroto y bullicio del puerto. En la escuela rehusaba estudiar a menos que el tema le interesara; sus preferencias se centraban en la historia de Roma, los poemas caballerescos y los versos de Ugo Foscolo (un poeta italiano que, inflamado por las ideas de la Revolución francesa, sirvió en el ejército de Napoleón).

Siempre amó el mar. Cuando tenía doce años se aventuraba en el Mediterráneo, en un pequeño bote, acompañado por tres amigos, creando un tumulto en el puerto y distrayendo así a «Mamma Rosa», su madre. Finalmente, su padre se rindió, y el hijo en el que la familia había depositado sus esperanzas religiosas, recibió permiso para recorrer el mar como grumete de un barco que marchaba al Oriente. Rápidamente ascendió en las graduaciones de la marina mercante, gracias a su innata habilidad, que supo mostrar en diversas ocasiones, cuando hubo de enfrentarse a motines o a ataques piratas.

En marzo de 1833 Garibaldi servía como segundo oficial en el carguero *Clorinda*, cuando un grupo de pasajeros embarcó en Marsella. Al frente de los mismos viajaba un intelectual llamado Émile Barrault, que había tenido un cierto éxito como dramaturgo. Hacía poco que se había convertido a las ideas socialistas de Saint-Simon, y en ese momento viajaba con sus amigos a Oriente Medio para fundar una nueva comunidad basada en la igualdad de los sexos y en un absoluto desprecio de las cosas materiales.

El encuentro con Barrault causó una enorme impresión al joven Garibaldi, que entonces contaba veinticinco años: por vez primera en su vida oyó hablar de la libertad y de la justicia social. Hacia el final de este mismo viaje tuvo también ocasión de conocer a Giovan Battista Cuneo —al que llamaban «Il Credente di Taranrog»—, un joven liberal de Liguria que había sido condenado al exilio por su participación en un buen número de conspiraciones contra la dominación austríaca en Italia. Además de las teorías sociales de Barrault, Garibaldi asimilaba ahora la apasionada adhesión de Cuneo a la causa de la liberación nacional.

Pero el encuentro decisivo —el que tuvo con Giuseppe Mazzini— ocurrió poco después del regreso de Garibaldi a Italia. Mazzini, que había nacido en Génova en 1805, estaba destinado a ser la inspiración moral y psicológica no sólo del *Risorgimento* (el renacimiento nacional de Italia durante el siglo XIX), sino de un amplio número de movimientos liberales europeos. Mucho antes de que la gran mayoría de sus compatriotas comenzaran a prestar atención a la «cuestión italiana», Mazzini era ya un firme y decidido campeón de la unidad nacional de Italia. El encuentro de Garibaldi con Mazzini no sólo fue un factor determinante en la evolución de sus ideas políticas; alteró, además, el curso entero de su vida.

Su primer paso, tras estos encuentros, fue unirse a la *Giovane Italia* (Joven Italia), la sociedad secreta que el «profeta» Mazzini había fundado. En 1834, Mazzini intentó organizar una insurrección en el Piamonte, que debería derrocar a la monarquía de Saboya y establecer una forma republicana de gobierno. Un contingente de exiliados políticos debía invadir el Piamonte, mientras que, simultáneamente, se producía un motín naval en Génova. Para este propósito, Garibaldi se había alistado en la marina sarda en el mes de diciembre. Pero comenzó a reclutar adeptos de manera un tanto ingenua, y las autoridades pronto estuvieron al tanto del complot. Consiguió evitar la captura, pero pudo saber por los periódicos que había sido condenado a muerte *in absentia*.



Convertido en un exiliado político, Garibaldi volvió de nuevo al mar, ahora bajo el nombre de Borel. Primero sirvió en la marina mercante francesa, y luego en la flota del bey de Túnez, que le ofreció la comandancia de este cuerpo. Más tarde, al desatarse en Marsella una epidemia de cólera, Garibaldi se enroló como voluntario en los cuerpos de sanidad.

El 16 de diciembre de 1835, disgustado con una Europa donde, aparentemente, los regímenes reaccionarios estaban destinados a permanecer eternamente en el poder, Garibaldi se embarcó como segundo oficial en el bergantín francés *Nautonier*, que partía con rumbo a América del Sur. Tenía en ese momento veintiocho años; no era alto pero sí corpulento, con profundos ojos azules y una orgullosa manera de hablar. Su pelo era claro y ensortijado, y todavía no se había dejado su famosa barba. Estaba desilusionado con la política, y acaso lamentaba el entusiasmo juvenil con el que había abrazado la causa liberal, por la cual se veía ahora obligado a empezar una nueva vida en el continente americano. No imaginaba que le esperaban largos años de conflictos, años que verían la maduración de su genio militar y la confirmación de su pasión por la libertad.

En enero de 1836 llegó a Río de Janeiro. Allí encontró una próspera comunidad de exiliados políticos italianos, que incluía a Cuneo y a Luigi Rossetti un revolucionario genovés que había sido obligado a abandonar Italia en 1827. Garibaldi, Rossetti y otros dos exiliados, Giacomo Picasso y Giacomo Griss, compraron una *garopera*, la bautizaron con el nombre de *Mazzini*, y se dedicaron con ella a negocios de transporte comercial. (Nunca tuvieron un gran éxito, pues eran estafados con suma facilidad.)

La inclinación natural de Garibaldi era la acción política, y pronto se vio conducido de nuevo en esta dirección por Tito Livio Zambeccari, un boloñés que había tomado parte en la abortada revolución napolitana de 1821, y que había vivido en España y en Sudamérica. A través de Zambeccari, Garibaldi entró en contacto con los revolucionarios del Estado brasileño de Rio Grande do Sul. Pronto se convirtió en su mentor político, e introdujo con éxito las ideas de Mazzini.

Brasil se había liberado de su sometimiento a Portugal en 1822, autoproclamándose un imperio. Pero los Estados que lo componían se resentieron pronto de esta monarquía fuertemente centralizada; la mayor parte de ellos hubieran preferido una federación según el modelo de Estados Unidos. Rio Grande, por su parte, aspiraba a una completa independencia, y tenía como líder a Benito Gonçalves da Silva. Zambeccari era el secretario de Gonçalves.

Una insurrección en Porto Alegre, la capital de Rio Grande, había expulsado a las tropas imperiales en septiembre de 1834; estalló la guerra y, en principio, los resultados fueron favorables para Rio Grande, pero en la batalla de la Fanfa (4 de octubre de 1836), Gonçalves, sus generales y Zambeccari fueron hechos prisioneros. Los rebeldes no admitieron la derrota; el 6 de noviembre proclamaron la República y eligieron al propio Gonçalves como su presidente.

Garibaldi y Rossetti visitaron a Zambeccari en la prisión en diversas ocasiones. Y durante una de estas visitas el prisionero les propuso emplear su barco en las acciones de la guerra. «Estoy cansado, bien lo sabe Dios, de esta vida insulsa e inútil como marino mercante», escribió Garibaldi a Cuneo, que había ido a vivir a Montevideo. La oportunidad que se le presentaba parecía demasiado buena para dejarla pasar, de modo que Rossetti y él pusieron manos a la obra para transformar el *Mazzini* en un barco de guerra, arriesgándose limpiamente a ir al patíbulo, —pues ése hubiera sido su destino de haber fracasado—. «El hipogrifo ha levantado el vuelo», escribió Garibaldi a Giuseppe Mazzini, anunciándole de esta forma su nueva vida como corsario.

Su primer acto de piratería fue bastante romántico, pero no muy lucrativo. Se apoderaron del cúter *Maribondo*, y el botín consistió en cuatro toneles de vino y un reloj de plata.

Garibaldi guardó el reloj para sí, y años más tarde serviría para financiar su boda. (¡El salario de la tripulación fue pagado en forma de carne seca!) Al margen de los magros resultados materiales de la operación, sin embargo, estos piratas diletantes hicieron aquel día algo que, a su modo, simboliza a todo el movimiento garibaldino tal como iba a desarrollarse durante décadas. A bordo del *Maribondo* viajaba un esclavo llamado Antonio, que había sido capturado en Africa, su continente natal. Para Garibaldi y Rossetti la libertad no tenía color ni idiomas, de modo que declararon a Antonio hombre libre y le llevaron a bordo del *Mazzini*. Por consiguiente, como pirata de alta mar lo primero que hizo Garibaldi fue poner en práctica sus ideales de igualdad humana y emancipación de los pueblos oprimidos.

Los negocios mejoraron al aproximarse a la isla de Maricá: capturaron la goleta *Luisa* con su carga de café. Dado que éste era un barco mejor que su *garopera*, Garibaldi y sus hombres hundieron el *Mazzini* y se quedaron con el *Luisa*. Dieron a la nave un nuevo nombre, la *Farrroupilha*, derivado de *farrapos* —harapientos—, que era como las fuerzas gubernamentales llamaban, con desprecio, a los rebeldes de Rio Grande. También liberaron en esta ocasión a cuatro esclavos negros, en edades comprendidas entre dieciocho y treinta años; se llamaban Luis, Pedro, Bentura y Manuel, que se unieron a la tripulación de Garibaldi.

Se dirigieron entonces hacia el sur. La tripulación del ex *Luisa* fue abandonada en la costa y João Baptista decidió quedarse con ellos. Esta fue la primera de las cuatro deserciones que Garibaldi iba a contabilizar durante el curso de su primera aventura sudamericana. El 28 de mayo llegaron a Maldonado (hoy llamado Punta del Este), en Uruguay, un país que mantenía relaciones amistosas con Rio Grande. Rossetti marchó a la capital, Montevideo, para reclutar más voluntarios y vender el café capturado con el *Luisa*. Pero súbitamente Uruguay trastocó su actitud hacia Rio Grande, y Garibaldi hubo de partir mar adentro, apresuradamente, en dirección a Punta Jesús y María, donde había planeado encontrarse con Rossetti. Los uruguayos enviaron al cúter *María* y a la goleta *Leba* en su persecución.



A las ocho de la mañana del 25 de junio, los uruguayos descubrieron al barco pirata en Punta Jesús y María. Abrieron fuego, y la primera descarga alcanzó en la cara a Giovanni Fiorentino, el primero de los muchos hombres que morirían al servicio de Garibaldi. Este corrió hacia el timón, pero fue abatido por una segunda descarga, alojándosele una bala debajo del oído. Carniglia tomó el mando del navío, repelió un intento de abordaje de los uruguayos, y puso a salvo la embarcación.

Con Garibaldi al borde de la muerte, el pánico se apoderó de la tripulación: otros tres miembros de la misma desertaron, sin ser molestados por el resto. Los que permanecieron a bordo decidieron, finalmente, rendirse. El 25 de junio se dieron a la vela en dirección al puerto argentino de Guleguai, en donde se entregaron a las autoridades.

Los argentinos, que hasta ese momento habían permanecido neutrales en el conflicto entre Brasil y Rio Grande, se encontraron en una situación embarazosa: no estaba claro qué debían hacer con estos prisioneros que, en el curso del interrogatorio, «nunca dejaron de jactarse de sus extremadamente democráticos principios». Después de seis meses, se decidió trasladar a Garibaldi a Paraná. Garibaldi tuvo noticias de este plan y trató de escapar, pero fue traicionado por su guía, capturado y llevado de vuelta a Guleguai, donde el comandante militar, Leonard Millán, le sometió a rigurosas torturas, en un intento de averiguar quiénes eran sus cómplices. Garibaldi no confesó nada, y fue trasladado a Bajada, la capital de la provincia, gracias a la intervención del gobernador don Pascual Echagüe, que era un admirador suyo. Allí recibió tratamiento médico y fue liberado dos meses después, en los primeros días de marzo de 1838. Garibaldi se reunió con Rossetti y Carniglia, y los tres marcharon a Piratinim, la sede del gobierno de Rio Grande desde que las fuerzas brasileñas ocuparan Puerto Alegre. En esta ciudad pudo encontrarse con Gonçalves, que había escapado de su cautiverio brasileño y estaba inmerso en el proceso de reorganizar el ejército. Gonçalves nombró a Garibaldi comandante en jefe de la marina de Rio Grande y le encargó reagrupar a la flota (se procedía, igualmente, a la destrucción de nuevos barcos en una laguna llamada la Lagoa los Patos). Allí encontró Garibaldi a John Grigg, un americano de buena familia que había estado luchando a favor de Rio Grande mientras esperaba mejorar su fortuna. (No vivió para disfrutar de su herencia.)

Mientras tanto, las fuerzas de Garibaldi iban aumentando con voluntarios de diversas nacionalidades —de los cuales, gran parte procedía de América del Norte—. No podemos estar seguros de hasta qué punto estos hombres estaban motivados por un amor sincero a la libertad y la democracia; el propio Garibaldi se refería a ellos llamándolos *Frères de la Côte*, una expresión que, en América, era una forma eufemística de denominar a los piratas. En cualquier caso, algunos de ellos iban a dar su vida por la República de Rio Grande. Cuatro cúteres fueron puestos a punto: el *Farroupilha Segundo*, el *Republicano*, el *Seival* y el *Río Pardo*. Tan pronto como estuvieron armados, Garibaldi, Rossetti, Grigg y Carniglia se lanzaron a una guerra relámpago, mientras la flota brasileña hacía vanos intentos para capturarlos.

El nombre de Garibaldi pronto empezó a asociarse con estos mal reputados actos de piratería, y su captura significaría para cualquier oficial brasileño cierta promoción. Un tal coronel Moringue estuvo a punto de conseguirlo, pero Garibaldi fue salvado por uno de sus marineros, un hombre negro llamado Procopio, que hirió a Moringue tan sanguinariamente en el brazo que hubo de serle amputado.

En junio de 1839, Gonçalves ordenó a Garibaldi tomar parte, con su flota, en la invasión de Santa Catarina, en el norte del Estado vecino de Rio Grande. Pero los barcos de Garibaldi estaban en su base de la Lagoa los Patos y la cala que conducía desde la laguna hasta el Atlántico estaba ahora defendida por los cañones brasileños. Un intento de hacerse a la mar habría significado una matanza. En esta situación, Garibaldi y Grigg montaron el *Río Pardo* y el *Republicano* sobre un par de enormes furgones, cada uno de ellos arrastrado por cien bueyes, y los arrastraron durante cincuenta y cuatro millas en dirección al mar. Al llegar a la costa de Santa Catarina, sin embargo, padecieron una violenta tormenta. El barco de Grigg consiguió escapar, pero el *Río Pardo*, donde iba Garibaldi, se hundió. Sólo catorce de los treinta hombres a bordo salvaron la vida; Carniglia fue uno de los ahogados. Los supervivientes se unieron al ejército de Rio Grande y tomaron parte en el ataque a Laguna, la capital de Santa Catarina, que cayó el 23 de julio.

Y fue en Laguna donde Rossetti comenzó a dar conferencias sobre los principios de la democracia, y donde Garibaldi encontró a la mujer que iba a permanecer a su lado hasta la muerte, compartiendo con él toda suerte de peligros: la mujer a quien llamaría «la madre de mis hijos». Garibaldi tenía entonces treinta y dos años. Una mañana de octubre de 1839 se hallaba en el alcázar del *Itaparica* (uno de los barcos capturados en Laguna), meditando melancólicamente acerca de la desaparición de sus compañeros, cuando, a través de sus prismáticos, vio a Anita en el muelle.

Anna María de Jesús da Silva, conocida como Anita, era «una belleza de grandes y estupendos ojos, pelo negro, rostro ovalado, ligeramente pecosa, con modales orgullosos». Ella tenía entonces alrededor de diecinueve años. La información que ha llegado hasta nosotros acerca de esta mujer —fallecida el 4 de agosto de 1849— es incompleta y equívoca. Los historiadores brasileños recordarían más tarde los relatos de los pescadores de Laguna, pero esto no nos ayuda demasiado. Conservamos su retrato, pintado en Montevideo, en 1845. Y el tamaño del vestido que recibiera como regalo de las mujeres de San Marino en 1849 nos muestra que era de estatura menuda. Los detalles de su encuentro con Garibaldi están rodeados de misterio. El mismo se muestra reticente en este tema en sus memorias, sin duda a causa de su sensación de haber «agraviado una unión inocente». Anita, de hecho, era ya la esposa de un pescador (o un carpintero) llamado Emanuel Duardo. Se había casado el 30 de agosto de 1835 y, según una leyenda local, un desgraciado augurio había acaecido el día de la boda. Al entrar en la iglesia, Anita tropezó y perdió una zapatilla de satén; esto era considerado como un signo de que estaba destinada a abandonar a su marido.



Anita, en contra de lo dicho por el propio Garibaldi y que han repetido muchos de sus biógrafos, no estaba en absoluto interesada en la «sacrosanta causa de las naciones», ni se sentía especialmente atraída por la guerra. Su valor personal —que, con frecuencia, llegaba al borde mismo de la temeridad— no era de naturaleza ideológica. Ella sólo estaba motivada por su inmenso amor hacia José, junto al que deseaba estar dondequiera que se encontrase. Podía mostrarse celosa hasta la demencia —en más de una ocasión se presentó ante Garibaldi con dos pistolas: una, solía decirle, era para él, y la otra para la que sospechaba era su rival—. En otra ocasión le hizo cortarse su famosa cabellera, que llevaba hasta los hombros: este rasgo le hacía, tal como ella explicaba, demasiado deseable a los ojos de las otras mujeres. Esta muchacha iba a ser la primera de una larga lista de mujeres que iban a vestir la camisa roja, ya fuera en nombre de la libertad, por un inconfesable amor hacia el héroe o por amor a algún otro hombre.

Al final de 1839, los brasileños atacaron de nuevo *en masse* a las fuerzas rebeldes. Estos, que no habían aprovechado aquel respiro de dos meses para mejorar sus posiciones, fueron obligados a retroceder.

Garibaldi, encerrado en Laguna, quedó bajo el fuego del enemigo. Para los brasileños no era más que un simple juego de práctica de tiro al blanco; John Grigg cayó en sus manos con su barco. Viendo que la resistencia era inútil, Garibaldi no tuvo más opción que quemar sus barcos y retirarse con su ejército. Anita partió con él, ganándose con ello su fama de valiente. Un año y medio estuvo luchando sin tregua el ejército de Rio Grande. Los encuentros eran sangrientos, y la vida resultaba feroz. La existencia de la pareja se vio iluminada, sin embargo, por el nacimiento de su primer hijo, Menotti, el 16 de septiembre de 1840. (Este hijo habría de ser, andando el tiempo, el brazo derecho de Garibaldi.) Menotti nació con una cicatriz en la cabeza, causada por una caída de su madre cuando montaba a caballo durante la batalla de Coritibani. En aquel momento, Anita se hallaba embarazada de varios meses, pero aun así se negaba a permanecer como mera espectadora. Se dedicó a supervisar el suministro de armamento del ejército de Rio Grande. Un día, cuando dirigía un cargamento de municiones tras las líneas, se vio rodeada por la caballería enemiga. Exhortó a los soldados que iban con ella a pelear, cuando los brasileños exigieron su rendición. Entonces saltó sobre un caballo y, cabalgando al galope a través de las tropas brasileñas, consiguió huir. Pero su montura fue alcanzada por un disparo, y finalmente Anita fue hecha prisionera. Sin embargo, consiguió escapar más tarde de sus captores, cruzó una tierra de nadie llena de peligros naturales y de trampas colocadas por el hombre y, ocho días después, se reunió de nuevo con su amado José.

Pero ni siquiera la maternidad significó la paz para Anita. Doce días después del nacimiento de Menotti, la finca en la que Garibaldi y ella residían, cerca de San Simón fue rodeada por las tropas del coronel Moringue. Garibaldi había salido para una misión, y Anita, medio desnuda, tomó a su hijo, saltó sobre un caballo y huyó al bosque, en donde permaneció hasta que Garibaldi fue a rescatarla.



Primer encuentro de Garibaldi con Anita, según dibujo de Matania.



A finales de 1840, la guerra se había vuelto definitivamente en contra de Rio Grande. En todas partes, las fuerzas rebeldes se retiraban, perseguidas por los brasileños. Garibaldi se hallaba entonces con una columna dirigida por el general Canavarro, que se retiraba a través de los pasos de montaña del Mato portugués.

Moringue, implacable perseguidor de los republicanos, capturó una partida de retaguardia comandada por Rossetti. Descabalgado y herido, en vez de rendirse, Rossetti siguió luchando hasta que, finalmente, fue muerto por los brasileños. Su desaparición supuso una seria pérdida, no sólo para los garibaldinos sino para todo el movimiento republicano internacional, ya que era uno de sus apologistas políticamente más valiosos.

La retirada a través de las montañas estuvo plagada de horrores. La mayoría llevaba a su familia con ellos, y esto no sólo retrasaba sus movimientos sino que frecuentemente tenía también consecuencias trágicas. Buen número de mujeres y niños murieron de hambre y fatiga; algunos fueron, de hecho, asesinados por sus propios maridos o padres, que preferían verlos muertos antes que permitir que los brasileños les hicieran prisioneros. Garibaldi y Anita estaban aterrados ante la idea de lo que podría pasarle al pequeño Menotti si uno de ellos moría. El frío era intenso en las montañas: Garibaldi llevaba al pequeño en cabestrillo, sujeto a su cuello, esperando mantenerle así caliente con su propia respiración y el calor de su cuerpo, pero esto era insuficiente. En un determinado momento, cuando pareció que Menotti iba a sucumbir por congelación, los garibaldinos tuvieron que quitarse hasta la última de sus vestimentas de lana. Finalmente, los supervivientes del ejército de Rio Grande dejaban las montañas y se adentraban en los llanos. Habían pasado seis años desde que Garibaldi tomara armas en favor de Rio Grande. Estaba cansado de la guerra, y el hecho de que ahora tuviera una familia le suponía nuevos problemas. Necesitaba un descanso, por lo que obtuvo una licencia de Gonçalves y partió para Montevideo. Como compensación por sus años de servicio, se le entregó un rebaño de novecientos bueyes. Se entendía que este capital era para el viaje y para ayudarle a establecerse en su nuevo lugar de residencia. Pero Garibaldi no era un gaucho, y los *vaqueros* que marcharon con él tampoco eran santos. Cuando llegaron a Montevideo, sólo le quedaban trescientas cabezas de ganado, y su estado era tan penoso que hubieron de ser vendidos por un precio simbólico.

La familia llegó a Montevideo en la primavera de 1841, instalándose en un pequeño alojamiento con dos habitaciones y una cocina, en el número 14 de la calle del Portón. Garibaldi encontró trabajo como vendedor, al tiempo que daba clase de matemáticas en una escuela fundada por un sacerdote de Córcega llamado Semidei. Con su libro de matemáticas bajo el brazo, a menudo deambulaba junto a las aduanas del puerto, vestido con un pesado abrigo de color azul oscuro y un sombrero de ala ancha, bajo el cual asomaba su largo cabello rubio. Podía permanecer durante horas con la mirada clavada en el mar. Su padre había muerto recientemente, y su nostalgia por Italia se hacía aún más

intensa a causa de la presencia en Montevideo de una gran colonia de exiliados políticos italianos. Prefería que no se le recordase la historia de Rio Grande, en parte porque la guerra estaba llegando a una fase de estancamiento que como buen hombre de acción le desagradaba; pero sobre todo a causa de un episodio en el que se había visto envuelto y que gravitaba sobre su conciencia. Cuando las fuerzas de Rio Grande habían invadido el Estado de Santa Caterina, la población les había recibido, inicialmente, con entusiasmo. Pero los excesos cometidos por los rebeldes inclinaron a muchos a cambiar de bando. El general Canavarro, comandante de Rio Grande, ordenó a Garibaldi tomar de nuevo la ciudad de Imaruhy, que se había rebelado contra ellos y representaba una amenaza para la retaguardia de Canavarro. Garibaldi la ocupó con facilidad, pero fue incapaz, o no puso suficiente empeño en ello, de evitar que sus tropas saquearan la ciudad «e hicieran cosas peores». En sus memorias relata las escenas de salvajismo que presenció allí. El siguiente hecho puede darnos una idea general de lo que ocurrió: Garibaldi cuenta que había un grupo de soldados jugándose sus porciones de botín a la luz de un candil colocado sobre el vientre de un cadáver. Imaruhy representó, ciertamente, una mancha en el nombre de Garibaldi; nunca más, sin embargo, se permitiría a los hombres que estaban bajo su mando saquear una ciudad conquistada.

Pero si Garibaldi no tenía deseos de regresar a la vida militar, los acontecimientos de Uruguay iban a forzar su destino. La guerra de la independencia de la Ribera Este del Río de la Plata (territorio que coincide más o menos con el Uruguay actual) comenzó el 28 de febrero de 1811, con el llamado *Grito de Asencio*, y se prolongó hasta el final de 1830. Durante este periodo, Uruguay combatió con España y Portugal, y más tarde con Brasil, que trataba de expandirse a expensas de las otras naciones más jóvenes de América de Sur. Junto al líder y héroe nacional, José Artigas, dos de las figuras más significativas en esta guerra fueron Manuel Oribe y Fructuoso Ribera, hombres que, por un capricho del destino, representaban filosofías políticas diametralmente opuestas. En la nueva Sudamérica independiente había dos escuelas de pensamiento rivales: los «unitarios», que defendían la creación de fuertes gobiernos centrales, y los «federalistas» que preferían asociaciones, relativamente relajadas, de provincias autónomas. El conflicto entre las dos tendencias degeneró frecuentemente en sangrientas pendencias. En 1830, Ribera, jefe de la facción unitaria, fue elegido presidente de Uruguay; al término de sus cinco años de mandato, su rival, el federalista Oribe, fue elegido nuevo presidente, sucediéndole en el cargo. Apenas iniciado su mandato, Oribe lanzó falsos cargos de corrupción contra la administración anterior. A modo de respuesta, los hombres de Ribera se levantaron en armas contra Oribe. Las fuerzas federalistas quedaron victoriosas en la batalla de Carpintería (el 19 de septiembre de 1836), y Ribera tuvo que huir a Brasil. Pero dos años más tarde volvió a entrar en Uruguay al frente de un ejército. En Palmar, el 14 de junio de 1838, derrotó a Oribe, que se refugió en Argentina como protegido del dictador platense Rosas. Albergando él mismo deseos anexionistas sobre



Uruguay, Rosas proporcionó a Oribe un ejército. Este fue el principio de la llamada Gran Guerra, que iba a durar desde 1839 a 1851. Al principio, el curso de la guerra sonrió a los unitarios. Consiguieron fomentar revueltas locales dentro de Argentina, y la armada francesa los apoyó bloqueando la flota argentina en el puerto de Buenos Aires. Pero, posteriormente, los argentinos llegaron a un entendimiento diplomático con Francia y procedieron a reorganizar su propia armada bajo el liderazgo del almirante inglés William Brown, en su día discípulo de Nelson. Pronto tomaron posesión de la boca del Río de la Plata (que separa Argentina de Uruguay) y pusieron cerco a Montevideo. Al hacer esto, aislaron a su propio Estado rebelde de Corrientes, que había optado por unirse a Uruguay; esta nación decidió entonces organizar una expedición naval para socorrer a Corrientes.

Esta expedición sólo puede ser definida como suicida. La fuerza uruguaya tenía que navegar río arriba cerca de ochocientos kilómetros a través de territorio enemigo, en una época del año en la que el cauce de los ríos se hallaba por debajo de lo normal, sin ninguna base amiga a lo largo del camino. El motivo era más propagandista que estratégico; otras naciones —especialmente Gran Bretaña y Francia, cuyo apoyo resultaba crucial— podían ser persuadidas de que el ejército de Rosas no era invencible.

La dirección de esta operación fue encomendada al único hombre apto para la tarea: un endurecido veterano de las campañas guerrilleras que, en este punto de su vida, más podía ser descrito como un poeta de las andanzas militares que como un estratega; este hombre era, naturalmente, Giuseppe Garibaldi.

La flotilla preparada para la expedición consistía en dos bergantines, el *Constitución* y el *Pereyra*, más la goleta *Prócida*. La tripulación incluía a muchos veteranos de la campaña de Rio Grande: Manuel Rodríguez, un catalán que había salvado la vida de Garibaldi en Laguna; Gaetano Casella, Luigi de Agostini, el griego Jorge Cardasi y otros varios. También había unos cuantos delincuentes comunes y desertores de diversos ejércitos de muchas nacionalidades, que confiaban en poder empezar una nueva vida.

Garibaldi tomó el mando del *Constitución*, y Manuel Arana el del *Pereyra*. La pequeña flota abandonó Montevideo el 27 de julio de 1842. El primer obstáculo en su ruta fue el fortín de Martín García, que defendía la entrada del delta en el que los ríos Paraná y Uruguay se encuentran para formar el Río de la Plata. Un fuerte fuego de cañón produjo algunas bajas, pero causó muy poco daño a los barcos. A tres millas del fuerte, sin embargo, cuando afortunadamente se hallaba fuera del peligro de los cañones, el *Constitución* encalló. Mientras la tripulación trataba de ponerlo de nuevo a flote, aparecieron cinco buques de guerra argentinos al mando del almirante Brown. Ciertamente se trataba de una severa sucesión de acontecimientos: los garibaldinos eran inferiores en la capacidad de sus armas de fuego y también en número. Tratando de aligerar su carga, el *Constitución* había trasladado su cañón al *Prócida*, que, a su vez, en el apresuramiento de la partida, ni si-

quiera había montado su propio cañón; de este modo, el *Pereyra* era el único navío que se encontraba en condiciones de combatir. Pero un increíble golpe de suerte salvó aquel día a los garibaldinos: el buque insignia argentino *Belgrano* encalló, bloqueando la boca del delta y haciendo imposible cualquier maniobra de sus barcos hermanos. Aprovechándose de esta situación, los garibaldinos redoblaron sus fuerzas y consiguieron, finalmente, volver a poner a flote el *Constitución* (que Garibaldi se resistía a abandonar).

Un segundo golpe de suerte incrementó su ventaja: una espesa niebla se levantó súbitamente sobre el delta, permitiendo a la flotilla uruguaya avanzar sin ser vista; cuando el almirante Brown consiguió, finalmente, liberar a sus propios barcos de la apurada situación en que se encontraban, le resultó imposible saber con exactitud el curso que habían tomado los garibaldinos. Para alcanzar Corrientes, se puede navegar tanto por el río Paraná como por el río Uruguay. El primero corre enteramente a través de territorio argentino, mientras que el segundo forma la linde entre Argentina y Uruguay. De acuerdo con las más elementales reglas de la lógica militar, Garibaldi debería, obviamente, haber elegido el río Uruguay, cuya ribera izquierda le habría proporcionado, al menos, avituallamiento y, en caso de necesidad, una ruta de escape. Lo que Brown no sabía es que Garibaldi no prestaba atención alguna a la lógica militar. En efecto, se había adentrado, río arriba, por el curso del Paraná. Cuando, finalmente, Brown averiguó esto, exclamó: «¡Sólo Garibaldi es capaz de tal locura!» Cuando los barcos argentinos cambiaron el curso emprendido, encallaron varias veces en los bajíos del río Uruguay; hasta el 13 de julio, no pudieron reemprender su persecución Paraná arriba.

Aunque habían escapado de Brown, los garibaldinos pronto se encontraron en lo que podía ser una dificultad aún más seria: no había guías a bordo de sus barcos que conocieran el río Paraná. El gobierno de Montevideo, de hecho, en un intento de mantener secreta la misión y con ánimo de engañar a los espías, ¡había alquilado astutamente guías para el río Uruguay! Y sin guías era virtualmente imposible navegar a través de aquel tortuoso camino de agua, con sus numerosos bancos a poca profundidad. Supo entonces Garibaldi que uno de sus marinos se hallaba medianamente familiarizado con el Paraná, pero había permanecido en silencio con la esperanza de que la misión quedara cancelada. Fue necesario un poco de «persuasión» —un sable en su garganta— para hacerle cambiar de parecer. Tras esto, la expedición pudo reanudarse. El primer combate tuvo lugar cerca de San Nicolás, en la orilla derecha del río, donde los garibaldinos se apoderaron de unos pocos navíos de transporte argentinos y capturaron, asimismo, algunos marineros que conocían bien el río Paraná. El siguiente obstáculo era un fuerte bien provisto de munición, llamado Bajada de Paraná. Para pasar frente a él hubieron de soportar tres horas de fuego de cañón, pero afortunadamente los artilleros argentinos no eran especialmente notables por su puntería y los daños que causaron en los barcos fueron ligeros. Entre el 25 y el 26 de julio tuvieron que pasar frente a otro puesto artillero, El



Cerrito; aquí no sólo salieron ilesos: también consiguieron capturar tres barcos mercantes que habían buscado la protección de los cañones argentinos.

Además de estos encuentros, había escaramuzas diarias con la población local y con la caballería argentina, que les seguía a lo largo de la orilla del río. Conseguir abastecerse de comida y de agua resultaba, en ocasiones, extremadamente difícil; el precio de un costado de buey era, a menudo, una auténtica matanza.

Al ir avanzando río arriba, la navegación se volvió más lenta y difícil. Les llevó diecinueve días sortear los bajíos entre El Cerrito y Costra Brava, distancia consistente en apenas ciento cincuenta kilómetros. En Arroyo Verde, los garibaldinos se reunieron con la flota de Corrientes, al mando del teniente Villegas, que había bajado a lo largo del Paraná para encontrarse con ellos. El refuerzo consistía sólo en una lancha con velamen y otras dos con remos. Pero fue, en cualquier caso, bien recibido, porque más tarde o más temprano Brown alcanzaría la flotilla uruguaya, y entonces iban a necesitar toda la ayuda posible.

La goleta *Prócida*, a bordo de la cual iban algunos de los mejores hombres de Garibaldi (José Napoleón, Carlo Pozzo, Luigi de Agostini, Francisco Blanco) fue enviada por delante a Corrientes; su tripulación debía procurarse armamento para los nuevos barcos capturados y regresar después como refuerzo.

El 14 de agosto, después de cuarenta y ocho días de penalidades y luchas, la flota fue obligada a detenerse cerca de un lugar llamado Costa Brava. Se hallaban a sólo cuarenta kilómetros de su objetivo, pero la profundidad del río era ahora inferior a tres metros. Garibaldi, desde luego, podía haber abandonado el *Constitución*, continuando la ruta con los otros bajeles, más ligeros. Pero tanto él como sus oficiales tenían la sensación de que abandonar la nave capitana sería una traición a los fines propagandísticos de la expedición.

También era perfectamente posible que muchos de los hombres anhelaran ya un combate a gran escala con el enemigo que les había estado persiguiendo durante todo el viaje. En efecto, Brown se aproximaba a gran velocidad; había logrado cubrir en veintiún días la distancia que a los garibaldinos les había costado cuarenta y ocho jornadas.

Garibaldi dispuso sus barcos en tres filas, de una a otra orilla del río. La primera fila agrupaba al *Constitución*, el *Pereyra* y a dos de los barcos capturados, el *Joven Esteban*, armado ahora con cuatro cañones, y el *Bella Margarita*, que no había sido armado por falta de tiempo. La segunda fila estaba formada por los otros dos barcos capturados: el *Santa Ana*, el *María Luisa*, la pequeña goleta *Uruguay* y el *Mercedes*, que ahora estaba equipado como barco hospital. Las ligeras embarcaciones de Villegas, preparadas para transportar varias tripulaciones río arriba en caso de huida, formaban la tercera fila de barcos. Todos los miembros de la tripulación que no eran necesarios para manejar los cañones fueron enviados a la orilla, bajo el mando del teniente Pedro Rodríguez y el subteniente Francisco Aycapuybi, para organizar un posible ataque por tierra.

La flota argentina llegó la noche del 14 de agosto. Al amanecer del día 15, las tropas de tierra, al mando del coronel Montaña, bajaron a la orilla y comenzaron a atacar los barcos de Garibaldi desde la ribera del río. Rodríguez contraatacó. Se desató de inmediato una feroz batalla, a ambos lados del río. Los uruguayos compensaban en bravura su inferioridad numérica, esforzándose en impedir el avance de las tropas de Montaña. Era una escena violenta, salvaje: en ambos lados, la supervivencia dependía de la muerte o la huida del enemigo. Pero al caer la noche cesó la lucha, y las tropas argentinas regresaron a sus barcos. Durante la noche, la flota de Brown se adelantó para preparar la batalla.

Al amanecer del martes 16 de agosto, los enemigos se encontraron cara a cara, dispuesto cada bando a obtener una victoria decisiva. De una parte, el prestigio de un célebre almirante estaba en juego: Brown no podía permitir una vez más que le venciera un «pirata». De la otra, el corsario que había elegido luchar por la libertad en este remoto rincón de América del Sur era, también, el líder de una cuadrilla formada mayoritariamente por desesperados que buscaban una redención social.

La flota argentina estaba formada por tres bergantines, cuatro goletas y tres barcos más pequeños, y tenía, en total, cincuenta y tres cañones de largo alcance y una tripulación de setecientos miembros. Los garibaldinos poseían veintitrés cañones y trescientos hombres en total. Las dos flotas se hallaban a unos quinientos metros la una de la otra, distancia que sólo podía ser atravesada por proyectiles de calibre pesado. Y, realmente, la superioridad de la artillería argentina era evidente. Los barcos de Garibaldi fueron enseguida alcanzados en numerosos puntos, incluso por debajo de la línea de flotación. Las bombas de agua estaban en constante actividad, mientras que los muertos y heridos se apilaban sobre las cubiertas. Llegó la tarde, y con ella una tregua en las hostilidades. Los garibaldinos intentaron una estratagema desesperada: cargaron dos pequeños botes con pólvora y los prendieron fuego, confiando en que la corriente los llevaría río abajo, hasta hacerles explotar en medio de la flota argentina. Pero dos valientes marineros argentinos, B. L. Cordero (que más tarde llegaría al grado de contraalmirante) y Luigi Cavassa (un genovés de nacimiento, promovido al grado de teniente en la batalla), consiguieron conducir las dos «bombas flotantes» lejos de los barcos.

Inmediatamente después, Manuel Arana, el capitán del *Pereyra*, asaltó el bergantín argentino *Echagüe* con cincuenta de sus hombres; pero él mismo fue alcanzado en la frente por una bala. Garibaldi escribiría después estas palabras: «Cuando Arana fue muerto, perdí con él al mejor y más valiente de mis camaradas.» Cundió el pánico entre los hombres, y sólo unos pocos de ellos escaparon con vida. En este momento crucial ocurrió un hecho vergonzoso: las embarcaciones de Corrientes desertaron, dejando a los garibaldinos abandonados a su suerte.

Al día siguiente, los argentinos comenzaron de nuevo su bombardeo, con más fiereza que nunca; los hombres de Garibaldi habían agotado ya las balas de cañón. Como único recurso, usaban eslabones de cadena como proyectiles, pero con escaso éxito. Las bajas habían sido



muy numerosas y las únicas opciones que les quedaban eran la retirada o la rendición. Garibaldi hizo poner a los heridos en las únicas lanchas intactas y dio orden de quemar los barcos, utilizándose licores como combustible. Diez o más de sus hombres decidieron, en cambio, beberse el licor, y quedaron tan incapacitados que hubo que dejarles atrás (cabe suponer que el miedo había embotado por completo sus mentes; de otra manera su ansia por el alcohol difícilmente se habría impuesto sobre su natural instinto de conservación).

Los que sobrevivieron escaparon tierra dentro, y Brown no hizo intento alguno de perseguirles. Se ha escrito que dijo a sus oficiales: «Garibaldi es un hombre valiente, ¡dejadle marchar, y que Dios cuide de él!» En cualquier caso, es cierto que Brown admiraba sinceramente a Garibaldi. Cuando, en 1847, dimitió de su cargo en la armada argentina por orden del Almirantazgo británico, se detuvo en Montevideo en su viaje de regreso a Inglaterra. Solicitó especialmente una entrevista con Garibaldi y ambos mantuvieron una conversación larga y cordial.

Los garibaldinos en retirada estaban físicamente exhaustos después de tres días de batalla, y su moral era baja. Fueron necesarias estrictas medidas disciplinarias para evitar que la situación degenerara por completo. Les tomó tres días recorrer treinta kilómetros a través de pantanos y bosques, con sólo un bizcocho diario por ración, antes de alcanzar un refugio amigo.

El vencedor de la campaña del Paraná era indudablemente el almirante Brown, que fue recibido con excepcionales honores a su retorno a Buenos Aires. Garibaldi, sin embargo, había conseguido al menos su objetivo de demostrar que el poder argentino podía ser desafiado. Pero esta victoria moral perdió todo su valor cuando Oribe derrotó a Ribera en Arroyo Grande el 6 de diciembre de 1842. Los líderes federalistas podían ahora avanzar, sin oposición, sobre Montevideo. La flota uruguaya había sido destruida por Brown, y las municiones eran escasas. Pero ni un alma en la capital se sentía inclinada a la rendición.

Afortunadamente para los uruguayos, un líder capaz y eficiente, el general Paz, se hizo cargo de la defensa de la ciudad, con la cooperación del nuevo ministro de la Guerra, el general Pacheco. Rápidamente, Paz levantó un anillo de fortificaciones alrededor de Montevideo. Reclutando a los gauchos, creó una caballería de la que antes carecían y reorganizó igualmente la infantería, tratando de coordinar las acciones de las unidades supervivientes, desparramadas por toda la campiña. También fueron abiertas de nuevo las fábricas de municiones, las fundiciones de cañones y las sastrerías especializadas en uniformes. A Garibaldi se le encomendó organizar una nueva flota.

El 16 de febrero de 1843 Oribe llegó al puerto de Montevideo con su ejército de catorce mil hombres. Había adquirido ya reputación por su crueldad, y ahora proclamaba que no habría perdón para cualquiera que se resistiese a la conquista de la ciudad. Los extranjeros residentes en Montevideo decidieron tomar parte en la defensa de la República. Los franceses formaron una legión de dos mil quinientos hombres, al mando del coronel Theibaud; los españoles formaron otra legión propia

(que, sin embargo, iba a cambiar de bando unos meses más tarde), y los italianos reunieron a quinientos hombres al mando del coronel Mancini. Con la constitución de la Legión Italiana, el 20 de agosto de 1843, los garibaldinos obtuvieron por vez primera reconocimiento oficial como unidad militar. Aunque Garibaldi no era directamente su comandante, pertenecía al comité fundacional, junto a Cuneo y otros exiliados.

Las primeras experiencias de la legión en el campo de batalla fueron desastrosas, así que Garibaldi decidió tomar el mando personalmente. Su primer paso consistió en fusionar a la legión con sus propios «marineros». Por tanto, los garibaldinos «oficiales» y los hombres que habían estado ya luchando a su lado durante años —blancos y negros, españoles, portugueses, norteamericanos, brasileños—, ahora, bajo el mando de su líder natural, se convertían en la brigada internacional que, como tal, iba a mantenerse incluso después de la defensa de Montevideo.

Entre tanto, Oribe había cercado la ciudad. Ocupó las crestas montañosas que dominaban Montevideo y avanzó hacia el fuerte de El Cerro, que constituía la piedra angular de la defensa de la ciudad. El 10 de junio, el ejército uruguayo fue enviado a desalojar a los argentinos de su posición, situada sobre un monte llamado El Cerrito. La posición clave de Oribe era una elevación mantenida por el ala derecha de su ejército. Estaba rodeado por un amplio foso, que servía como trinchera.

Enfrente de esta trinchera había una casa empleada como avanzada. Garibaldi adivinó dónde se hallaba el punto débil de los argentinos, y obtuvo permiso para atacar la posición. Fue ésta la primera vez que condujo a aquellos hombres en una batalla, así que les dio órdenes precisas: «Cargaremos contra la casa con las bayonetas caladas, sin disparar un solo tiro. ¡Seguidme!» Los soldados quedaron impresionados por sus maneras tranquilas y seguras, y de inmediato asaltaron la casa y la tomaron. Garibaldi ordenó entonces: «Y ahora cargaremos contra el foso exactamente de la misma manera.» La legión cargó y tomó la trinchera sin lucha ninguna: el enemigo, al ver sus brillantes bayonetas, había huido.

La acción de El Cerrito no revestía importancia ni militar ni estratégica, pero contribuyó en gran medida a dar confianza a la legión. También fue ésta la primera vez que pudo verse el método de ataque que, andando el tiempo, llegaría a ser típicamente garibaldino: la carga a la bayoneta, realizada por tropas que avanzaban con la cabeza baja, sin prestar atención al fuego enemigo. Se probaría también su efectividad: el enemigo no solía estar psicológicamente preparado para resistir a una veloz, pero compacta, masa de soldados, precedida por una espesura de brillantes hojas, puntiagudas y afiladas como cuchillas de afeitar. Un ataque de estas características era casi imposible de detener con las armas de fuego utilizadas a mediados del siglo XIX.

En la mañana siguiente a esta acción, durante una revista de las tropas en la plaza de la Matriz, el general Pacheco, ministro de la Guerra, felicitó públicamente a la Legión Italiana por su bravura. Aunque este cuerpo había mejorado enormemente a las pocas semanas de su formación, todavía no satisfacía todos los deseos de Garibaldi. Las discordias



internas eran frecuentes; parecía recomendable un cambio en los cuadros. De acuerdo con el Comité, Garibaldi designó a Francesco Anzani responsable de la tarea de reorganización.

Anzani había nacido cerca de Como, en el seno de una familia acomodada, el 11 de noviembre de 1809. Combatió en 1821 en Grecia; en París, durante los acontecimientos revolucionarios de 1832, y en Portugal, con los constitucionalistas, en 1833. Tras esto, había combatido en España con la Legión Extranjera, una especie de brigada internacional, en la guerra civil entre los liberales y los legitimarios clericales. En esta campaña, recibió un golpe en el pecho con una gran piedra arrojada por un enemigo, lesión que sería, años más tarde, la causa de su muerte. En 1838 regresó a Italia y fue arrestado por la policía austríaca, acusado de abrigar ideas liberales. Al quedar en libertad, solicitó permiso para abandonar el país, y fue autorizado a marchar a América. Llegó a Brasil en 1839 y se enroló como oficial en la infantería de Rio Grande.

Su primer encuentro con Garibaldi fue algo parecido a una escena de un filme de «cowboys». Garibaldi había oído hablar de este curioso personaje, cuya sola apariencia física bastaba para detener a los bandidos en su camino, y decidió conocerle. Con este objetivo viajó a San Gabriel, pero allí averiguó que Anzani había marchado por cuestiones de negocios a otra ciudad, situada a unos ochenta kilómetros. Decidió, entonces, seguir a caballo en aquella dirección para encontrarse con él. En un lugar del camino vio a un hombre, desnudo hasta la cintura, lavando su camisa en un río. Garibaldi se le acercó por detrás; el hombre no llegó a mover su cabeza, pero todos los músculos de su espalda estaban visiblemente apretados. «¡Tú debes ser Anzani!», dijo Garibaldi. Todavía arrodillado junto al río, Anzani volvió la cabeza, miró el cabello y la barba rubios y replicó, sonriendo: «¡Y tú debes ser Garibaldi!» Desde aquel momento se hicieron amigos —Anzani fue uno de los pocos que llegó a llamar a Garibaldi por su nombre de pila— y su amistad continuó siempre fiel hasta la muerte del primero.

Anzani llegó a Montevideo en el mes de julio de 1843. Inmediatamente puso en marcha sus excelentes habilidades organizativas, transformando la legión por el sistema de despedir a los oficiales incompetentes. También la dio un uniforme y una bandera propios. Comprendió que, aunque los uniformes no hacen, por principio, buenos soldados, son, sin embargo, necesarios. Pero la legión carecía de fondos. Esto, de hecho, sería siempre un serio problema para los garibaldinos. ¡Nunca hubo un ejército tan harapiento, raído y desaliñado! Por fortuna, una firma de Montevideo que fabricaba blusas rojas para los carniceros de Buenos Aires se vio obligada, a causa de la guerra, a vender todo su stock. Estas eran unas túnicas holgadas, bastante poco elegantes, que llegaban casi hasta las rodillas. Pero era mejor que nada —y quizá, con un poco de imaginación, se las podía considerar hasta uniformes—. Este, por tanto, fue el origen de las famosas camisas rojas —origen más bien prosaico, que nada tiene que ver con las connotaciones psicológicas y políticas que más tarde iban a adquirir—. La nueva bandera mostraba el monte Vesubio en erupción, sobre un fondo negro.

La legión estaba ahora preparada para regresar a la acción. Anzani temía que la pequeña victoria de El Cerrito hubiera disparado la imaginación de la tropa, y quiso que aprendieran que «la guerra no es una broma». Por ello, les obligó incesantemente a hacer instrucción y a ponerse en la primera línea del frente, donde se experimentaba la mayor tensión. Garibaldi y Anzani tenían, de hecho, un deseo secreto: querían convertir a su legión en un impecable instrumento militar, para usarlo eventualmente en Italia cuando llegara el tiempo apropiado.

Entre tanto, Ribera había reunido un pequeño ejército de seis mil hombres, y con ellos recorría la campiña detrás de las líneas argentinas, atacándolas cuando le era posible. Oribe neutralizaba las ofensivas enviando una parte de sus tropas, al mando del general Urquiza. Pero esto significaba reducir las tropas que sitiaban Montevideo, y los uruguayos decidieron aprovecharlo. Se dispuso que un destacamento trataría de tomar al asalto el puesto argentino de observación de El Cerro, obligando a Oribe a enviar más refuerzos a esa fortaleza. Entonces, los uruguayos estarían en posición de salir y atacar a los argentinos en campo abierto. Pero algo fue mal en este plan. Oribe, de alguna manera, vislumbró la maniobra uruguaya y consiguió interceptarles rodeando a la «fuerza de ataque», que a duras penas consiguió librarse del peligro. Los garibaldinos formaron la retaguardia durante la retirada. La única forma que tenía el destacamento de volver a Montevideo consistía en vadear un fangoso río llamado Bayada. Pero el enemigo había montado cuatro piezas de artillería sobre una cadena montañosa que dominaba el río, y tan pronto como los uruguayos comenzaron a cruzarlo abrió fuego.

Garibaldi dejó algunos de sus hombres defendiendo la ribera, y se lanzó al asalto de la batería argentina con el resto. Consiguió destruirla, y de esta forma fue posible una retirada en orden.

Ese día, los garibaldinos sufrieron sesenta bajas, incluyendo muertos y heridos, pero habían salvado la «fuerza de ataque» y aseguraron su retorno a la ciudad. Tal había sido su valor que el presidente Ribera, en un documento oficial del 30 de agosto de 1845, les asignó, como compensación, tierras y casas. Estos premios, sin embargo, no fueron aceptados. De hecho, la Legión Italiana sirvió sin remuneración alguna. Aquellos que necesitaban dinero se alquilaban, en su tiempo libre, como sustitutos militares de tenderos y comerciantes que, con esta estratagema, conseguían librarse del servicio de las armas. Este servicio les reportaba dos libras francesas por cada turno que cumplían.

La guerra continuaba. Ribera fue derrotado de nuevo en India Muerta; Oribe podía, pues, presionar a su placer contra Montevideo. En ausencia del general Paz, que se hallaba dirigiendo operaciones en el campo, un «triumvirato» formado por el general Pacheco, el coronel Cerrea y Garibaldi, que había sido recientemente ascendido al grado de coronel, tomaron a su cargo la defensa de la ciudad. Hicieron todo lo que estaba en su mano, pero resultaba evidente que Montevideo no podría resistir mucho más tiempo. En último término, eran Francia e Inglaterra, con sus importantes intereses económicos en esa área, quienes iban a salvar la ciudad: inesperadamente, la flota anglo-francesa capturó a la



escuadra argentina fuera del Plata e impuso un bloqueo a la ciudad de Buenos Aires.

Confiando en aprovecharse de ese milagroso evento, los uruguayos decidieron llevar la guerra al territorio enemigo. Tras la derrota de India Muerta, Ribera había huido a Brasil, y sus tropas se habían dispersado. El objetivo era recuperar estas tropas y reanudar las comunicaciones con Brasil, ocupando ciertas ciudades y vías de transporte. Garibaldi fue puesto, una vez más, al frente de esta operación.

Alrededor de setecientos legionarios fueron embarcados en una pequeña flotilla, los cuales, acompañados por la flota anglo-francesa, tomaron la misma ruta que Garibaldi ya había intentado años atrás. Esta vez encontraron el fuerte de Martín García desierto. Lo ocuparon, así como la ciudad de Colonia, que los argentinos habían abandonado ante la proximidad de la flota enemiga. Garibaldi, entonces, enfiló el río Uruguay con su flota; los ingleses y los franceses entraron, a su vez, en el Paraná, y en tres días de combate consiguieron destruir todos los puestos artilleros instalados a lo largo del río.

Garibaldi ocupó todas las ciudades de la ribera del Uruguay, tales como Las Vacas, Mercedes o Gualeguaychú, encontrando una mínima resistencia por parte argentina. Finalmente su flotilla llegó a Salto, una villa que tomaba su nombre de una catarata, tras la cual el río ya no era navegable. El comandante militar de la población era el general argentino Lavalley, quien, al acercarse los garibaldinos, huyó, forzando a los habitantes a acompañarle y a acampar junto a un afluente del río Uruguay, llamado Tapevi. Durante la noche, los garibaldinos junto con un escuadrón de caballería de doscientos hombres, al mando del coronel Báez, que había llegado como refuerzo, se dirigieron hacia el campamento enemigo. Atacaron al amanecer y tras unos pocos minutos de lucha tomaron la posición, haciendo más de cien prisioneros, apoderándose de bastantes caballos y bueyes y, lo más importante, de una pieza de artillería.

Garibaldi envió un correo a Brasil para establecer contacto con los refugiados uruguayos y conseguir que se unieran a su ejército, al tiempo que colocaba una batería de dos cañones en Salto. En la mañana del 6 de diciembre, el general Urquiza llegó a Salto, con tres mil quinientos hombres a caballo, ochocientos soldados de infantería y una batería de artillería ligera. Garibaldi puso a seguro sus barcos y situó a sus hombres en cada uno de los escondrijos y hendiduras de la villa, dejando sólo abierta la calle principal. Alrededor de las nueve de la mañana, los hombres de Urquiza atacaron por diversos puntos, pero se encontraron con más fuego del que habían esperado —disparos desde todas las direcciones— y una embestida de dos cañones. Un momento de vacilación de los argentinos fue suficiente para que Garibaldi ordenara un ataque a la bayoneta con sus dos compañías de reserva. Los argentinos, superados por esta acción, huyeron, no sin sufrir serias pérdidas. Urquiza puso entonces sitio a la villa, pero, después de veintitrés días de repetidos e inútiles ataques, desistió y se retiró a través del río Uruguay, instalando un nuevo campamento en la llanura del Canardia.



*Garibaldi en la batalla de San Antonio de Salto.*



El 7 de febrero, Garibaldi recibió un mensaje de Ribera: Medina, un oficial del ejército uruguayo, marchaba hacia Salto con la vanguardia de su ejército. Al día siguiente —una tórrida jornada—, Garibaldi acudió al encuentro de este destacamento, con ciento ochenta y seis hombres y cien jinetes de la caballería de Báez. Al mediodía, cuando estaban a varios kilómetros de la ciudad, con el río a su izquierda y una cordillera baja no lejos de su derecha, mil doscientos argentinos aparecieron sobre las crestas de esta cadena montañosa mandados por Servando Gómez.

Báez quiso retroceder, pero no había tiempo para la maniobra. Afortunadamente, no lejos del lugar se hallaba una granja en ruinas, y Garibaldi y sus hombres lograron refugio en ella mientras que los hombres de Báez permanecían en el collado para enfrentarse a la carga enemiga. Los trescientos soldados de la infantería argentina avanzaron contra la granja en un ancho frente: un blanco particularmente fácil para los garibaldinos. El enemigo comenzó a hacer fuego mucho antes de tener a sus adversarios dentro del alcance de sus armas, pero Garibaldi había dado a sus hombres la orden de no abrir fuego «¡hasta que estén encima de nosotros!».

Cuando los argentinos se hallaban a treinta metros de distancia los garibaldinos comenzaron a disparar, haciendo estragos en sus filas. A continuación realizaron una serie de cargas a la bayoneta, y la mayor parte de la tarde transcurrió en un fiero combate mano a mano.

Entre tanto, la caballería de Báez, que había sufrido un fuerte ataque, retrocedió en dirección a Salto, dejando a los garibaldinos abandonados a su suerte; sólo diecisiete uruguayos regresaron para unírseles en la granja, que ahora estaba rodeada de cadáveres de hombres y caballos. Los garibaldinos utilizaron los cuerpos de los animales para levantar barricadas en los puntos más expuestos de las ruinas, tratando de guarecerse del cada vez más violento fuego enemigo. Gómez envió un mensajero para exigir su rendición; como respuesta, Garibaldi y los oficiales comenzaron a cantar el himno nacional uruguayo.

Más tarde, la caballería argentina, que había ido en persecución de Báez, regresó, con lo que la legión quedó completamente rodeada. Algunos de los argentinos desmontaron y se sumaron a los repetidos ataques de la infantería; otros permanecieron en el collado. Afortunadamente, no llegó a realizarse ningún ataque en masa y, en conjunto, los atacantes recibieron la peor parte del encuentro, aunque las bajas de Garibaldi iban en aumento; tanto, que los mismos cadáveres se iban convirtiendo en un obstáculo para los atacantes argentinos. Un joven corneta de catorce años, que había estado tocando sin parar desde la mañana, fue herido por la lanza de un jinete argentino. El muchacho agonizante, tiró su corneta y se lanzó sobre la pierna derecha de su adversario, hiriéndole una y otra vez con un cuchillo. Cuando perdió el arma continuó su ataque con los dientes. El jinete se revolvió y acuchilló finalmente al muchacho con su sable, pero no pudo librarse de él; finalmente, una salva de fuego de fusil puso fin a la pelea, pero, incluso muerto, el muchacho permaneció abrazado al jinete.

Alrededor de las ocho y media de la tarde, después de nueve horas de pelea, Garibaldi decidió intentar una retirada. El y sus hombres estaban totalmente rodeados por los enemigos, y tenían que cruzar unos ochocientos metros de terreno abierto antes de alcanzar el río, donde la espesa vegetación podía ofrecerles cierta protección. Sin embargo, lo intentaron, llevándose con ellos a sus heridos —a excepción de un soldado que se hallaba demasiado maltrecho para ser movido—. Garibaldi ordenó que se le administrara el *coup de grâce*: fue una decisión amarga, pero Garibaldi sabía el destino que aguardaba a aquellos que fueran hechos prisioneros en esa guerra inhumana.

Hubieron de luchar durante todo el camino, pulgada a pulgada, bajo el fuego de la infantería de Gómez y las continuas cargas de la caballería. Finalmente, alcanzaron el río y pudieron, al fin, saciar su sed, pero todavía tenían que repeler los ataques argentinos. Volvieron atrás, en dirección de Salto, con el enemigo pisándoles los talones. Al fin, Anzani trajo refuerzos de la caballería de Báez y los argentinos se retiraron. A los garibaldinos les costó cuatro horas y media recorrer apenas seis kilómetros; hasta la una de la mañana no alcanzaron el refugio seguro de la aldea. De los hombres de Garibaldi, cuarenta y tres habían sido muertos y cincuenta y tres estaban heridos; las bajas argentinas superaban los quinientos entre muertos y heridos.

Anzani había permanecido ese día en Salto a causa de una herida en la pierna, y con él estaban otros tantos soldados, demasiado enfermos para pelear, así como los doce artilleros que mantenían la batería. Cuando la caballería argentina llegó a la aldea en persecución de Báez, éste envió un mensajero para decir a Anzani que Garibaldi había muerto, y que su propia vida sería respetada si se rendía.

Anzani replicó que si quería la batería tendría que tomarla a la fuerza; prefería hacer volar toda la instalación y mandarla por los aires antes que aceptar la rendición. Los argentinos no intentaron el ataque. Medina llegó a Salto durante la noche, unas pocas horas después de Garibaldi. Gómez se retiró en dirección a Paysandú.

Dos oficiales médicos de una cañonera francesa, que había acompañado a la flotilla de Garibaldi y que se hallaba anclada en Salto, ayudaron a cuidar de los heridos. Dos hombres sufrieron la amputación de las piernas sin anestesia; muchos de ellos murieron a causa de sus heridas durante los días siguientes. Al despuntar la mañana, Garibaldi volvió al campo de batalla, para recuperar a los muertos. Todos los cadáveres, tanto camaradas como enemigos, fueron llevados hasta Salto y enterrados en una fosa común, adornada con una sencilla cruz.

Cuneo envió noticias de la victoria a Mazzini, que entonces vivía en Londres, en el exilio. Mazzini escribió un reportaje para *The Times*, que el periódico rehusó publicar. Impávido, Mazzini imprimió las noticias en su propio periódico, el *Apostolato Popolare*. Cuando estas nuevas llegaron a Italia, despertaron una gran ola de entusiasmo: el nombre de Garibaldi fue pronunciado en el congreso científico de Génova y saludado con una larga ovación; en Florencia se organizó una suscripción para regalarle una espada de honor. Garibaldi y la Legión eran, desde



luego, la comidilla de Montevideo. En la prensa se publicaron poemas en su honor, declamados luego en el teatro de Comercio. El almirante Lainé escribió una carta a Garibaldi en la que decía que la victoria había sido digna de la *Grande Armée* de Napoleón. El propio Garibaldi dio en elogio de sus hombres: «No cambiaría el honor de pertenecer a la Legión por todo el oro del mundo.»

El gobierno uruguayo, para demostrar su profunda gratitud a la heroica Legión, publicó el siguiente decreto:

«Artículo 1.º—El general Garibaldi y todos aquellos que estaban con él en ese glorioso día son, desde hoy, Miembros de Honor de la República.»

Artículo 2.º—En la bandera de la Legión Italiana, sobre la parte superior del Vesubio, inscribirán estas palabras con letras de oro: «Acción de Febrero de 1846, realizada por la Legión Italiana, al mando de Garibaldi.»

Artículo 3.º—Los nombres de aquellos que lucharon aquel día en la partida de la caballería serán grabados en una lápida que se colgará en la Sala de Gobierno enfrente de las armas de la República. La lista comenzará con los nombres de aquellos que murieron.

Artículo 4.º—Las familias de los muertos recibirán una pensión doble de la que ordinariamente se les hubiera asignado.

Artículo 5.º—Aquellos que lucharon después de la partida de la caballería serán recompensados con una divisa conmemorativa, que llevarán en el brazo izquierdo, con la siguiente inscripción dentro de una corona de laurel: «Invencibles, lucharon el 8 de febrero de 1846.»

Artículo 6.º—Hasta que otro cuerpo de este ejército obtenga una victoria en las armas igualmente gloriosa, la Legión Italiana será la primera en todos los desfiles.

Artículo 7.º—Una copia certificada del presente Decreto se entregará a la Legión Italiana. Será, asimismo, leído en las Ordenes Generales cada aniversario de la victoria.

Artículo 8.º—El ministro de la Guerra será responsable de la ejecución y regulación de este Decreto, que será presentado a la Asamblea de Notables. Será, asimismo, publicado e insertado en la *Gaceta Oficial*.»

El ministro de la Guerra publicó también un decreto propio, ordenando «que el 15 de febrero la guarnición marchase en desfile ante la Legión Italiana en la plaza de la Constitución; el oficial al mando de cada cuerpo gritará este saludo: “Larga vida a la Patria, al general Garibaldi y a sus valerosos camaradas.”»

Los garibaldinos aceptaron estas expresiones públicas de gratitud pero rehusaron los ascensos y promociones de rango que el gobierno les ofrecía. Los únicos emolumentos que aceptaron fueron los destinados a las viudas y a los veteranos inválidos; por su parte, continuaron sirviendo a la causa republicana sin paga alguna. El ministro de la Guerra, Pacheco, señaló más tarde en una de sus publicaciones que «el general Garibaldi, al frente de una Legión en Montevideo, jamás recibió un penique de la nación a la que defendía». Los legionarios eran tan

que no tenían velas en sus casas, dado que éstas no estaban incluidas en la ración de un soldado uruguayo; incluso Garibaldi y su familia vivían con la ración de un soldado ordinario. Un día, Garibaldi encontró a un legionario tan pobre que, literalmente, no tenía ni una camisa propia; Garibaldi se despojó de la suya y se la dio. Cuando regresó a casa le pidió a Anita otra camisa, y ella le replicó: «Sabías perfectamente que sólo tenías una; si la has dado, ¡peor para ti!» Así que Garibaldi se quedó sin camisa hasta que Anita le regaló una nueva, implorándole que, esta vez, la guardara para sí.

La guerra había entrado en un periodo de estancamiento, y la situación política en Uruguay comenzó a deteriorarse. Los líderes comenzaron a disputar entre ellos, fundamentalmente acerca de los intereses extranjeros, ahora preponderantes en los asuntos de la nación. Los garibaldinos vieron que sus servicios ya no eran esenciales.

Por tanto, a finales de 1847, cuando diversas noticias de Italia hicieron renacer el ardor nacionalista de los exiliados políticos de Montevideo, Garibaldi comenzó a pensar en el retorno: en varios Estados de la Península italiana había comenzado un súbito alejamiento de las tesis reaccionarias y un movimiento en pro de un gobierno liberal.

Anzani y Garibaldi escribieron al papa, que parecía ser el guía espiritual de esta transformación, para ofrecerle sus espadas y su Legión. Sin esperar respuesta —que, de hecho, nunca llegó—, empezaron a hacer frenéticos preparativos para su viaje de retorno a casa. Sentían que el nuevo movimiento tenía que ser defendido por la fuerza en contra de los intereses creados a los que se oponían.

Muchos italianos residentes en América del Sur contribuyeron a formar una suscripción para el flete de un nuevo barco, pero esta acción progresó muy lentamente. El 17 de diciembre, Garibaldi despidió a su familia, que marchaba en barco hacia Génova. Junto a Anita y Menotti, había ahora otros dos niños más pequeños: Ricciotti y Teresita.

El 2 de febrero de 1848, Giacomo Medici fue enviado como adeudado a Toscana, donde la expedición planeaba arribar. Medici acababa de cumplir los treinta y un años, y había adquirido ya un firme entrenamiento militar combatiendo junto a los liberales en España. Hombre frío y lúcido, pronto sería uno de los líderes de los garibaldinos (aunque un día iba a abandonar la causa republicana por la monárquica, obteniendo un título).

Anzani, entre tanto, escribió a su hermano autorizándole a disponer de su propiedad, con la esperanza de conseguir doce mil francos con los que financiar la revolución: «Vende o empeña lo poco que poseo, aunque sea a bajo precio, para que pueda satisfacer esta necesidad.» Pero la carrera de Anzani estaba llegando a su fin. Su vieja lesión en el pecho le causaba ahora serios problemas y los doctores temían que el menor mareo en un barco pudiera serle fatal. Le rogaron que permaneciera en Montevideo, pero no lograron convencerle. «Aunque yo muera en el momento mismo en que ponga un pie en Italia —escribió un amigo—, moriría feliz. Por mi parte, he hecho aquello que juré hacer cuando era joven, fuerte y sano.»



El 15 de agosto, un bergantín alquilado, pagado con los fondos de la suscripción, salía de Montevideo. Su nombre era *El Bifronte*, pero los «camisas rojas» lo rebautizaron con el de *Speranza*. Setenta y tres hombres dejaban tras de sí América del Sur. Sonriendo, contemplaban el Atlántico, pero su pensamiento estaba puesto en la causa de la lucha por la libertad que, bien lo sabían, les esperaba. Para la mayor parte de ellos el fin no iba a tardar en llegar: Anzani, por ejemplo, no sobreviviría al viaje. Gaetano Sacchi, sin embargo, que había sido uno de los primeros legionarios de Montevideo y que era un hombre todavía joven, vivió —a pesar de una seria herida en el hombro— para llegar a general en el ejército italiano. Giambattista Culiolo estaría presente en el lecho de muerte de Anita y seguiría a Garibaldi en su segundo exilio. Tommaso Riso, cuya cara estaba cruzada por las cicatrices, moriría en un duelo con un compañero de armas a causa de una insensata cuestión de honor. Pero la mayor parte de ellos estaban destinados a morir ante las murallas de Roma, como Andrés Aguyar (a quien apodaban «El Morde Garibaldi»), un ciudadano de Montevideo mulato que salvaría la vida del general en varias ocasiones) y Giacomo Minuto, quien, al conocer la noticia de la rendición de la ciudad, se arrancarían los vendajes que cubrían sus heridas para desangrarse hasta la muerte.

Estos setenta y tres hombres llevaban a Italia y a Europa su experiencia como combatientes. Al frente de ellos estaba un hombre que había hecho de la libertad la meta de su vida. Aquellos que iban a morir podrían decir, al igual que Anzani, «por mi parte, he hecho aquello que juré hacer».

### 3. Un sueño de libertad

Los cuatro grandes poderes que, en coalición, habían derrotado a Napoleón I —Austria, Rusia, Gran Bretaña y Prusia—, convocaron un congreso en Viena, en 1815, con el propósito de realizar una partición de los Estados que habían sido aliados de Francia y fomentar el restablecimiento de las fronteras nacionales que las guerras napoleónicas habían alterado.

La política a seguir con Polonia, Sajonia y los territorios del Rin fue objeto de airada discusión; pero la política con respecto a Italia fue, simplemente, dejada a la «discreción» de Austria.

El protagonista del congreso fue el príncipe Metternich, canciller del Imperio austríaco, que no había perdonado a los italianos su muy activa participación en las campañas napoleónicas ni su oposición al retorno de las tropas austríacas a su suelo. Las viejas divisiones territoriales de Italia fueron restauradas por los austríacos a punta de bayoneta, regresando a los lindes existentes antes de la Revolución francesa.

En el norte estaban el Piamonte (que, junto con la isla de Cerdeña, constituía el así llamado Reino de Cerdeña), regido por la Casa de Saboya, y el Reino Lombardovéneto, convertido ahora en provincia de la Italia austríaca.

En la Italia central, el ducado de Módena y Reggio era gobernado por la dinastía austro-italiana de Este-Lorena; el ducado de Parma y Piacenza fue entregado a María Luisa, hija del emperador austríaco y segunda esposa de Napoleón. El principado de Lucca fue asignado temporalmente a los Borbones, que iban también a heredar el ducado de Parma tras la muerte de María Luisa. El gran ducado de Toscana era regido por Leopoldo II, sobrino del emperador austríaco, mientras que el papa reinaba sobre los Estados de la Iglesia, sostenidos militarmente por las tropas austríacas.

En el sur, el reino de las Dos Sicilias era gobernado por la dinastía borbónica de Nápoles, estrechamente aliada a los austríacos.

Por tanto, gracias a lazos dinásticos y militares, toda Italia —con excepción del Piamonte— estaba directa o indirectamente bajo el control de Austria.

Cuando alguien sugirió a Metternich que, en consideración a las renovadas aspiraciones del pueblo italiano, acaso era poco prudente insistir en el mantenimiento de estas divisiones, el príncipe replicó: «Italia es una expresión meramente geográfica»; por tanto, no podía haber lugar en su mundo para las aspiraciones nacionales italianas. Pero aunque con



su genio para la política había sido capaz de reimplantar el *statu quo* anterior a la guerra, Metternich se equivocaba al suponer que las ideas libertarias que se habían extendido tan profundamente por Italia después de la Revolución francesa podían ser olvidadas fácilmente.

Entre 1820 y 1845, Italia fue testigo de una prácticamente continua cadena de rebeliones, si bien todas ellas estaban tan pobremente organizadas y mal coordinadas, que sus únicos resultados habían sido terribles baños de sangre para la población y el exilio para sus inspiradores. Aquí mencionaremos sólo las más importantes.

La primera rebelión (la de 1820-21) estalló inicialmente en Nápoles y posteriormente en Turín. Estuvo encabezada por el ejército y las clases medias; su propósito era la democratización del proceso del gobierno y la promulgación de una Constitución, pues muchos italianos consideraban que una Constitución escrita era el primer paso para conseguir la unidad nacional. En el Piamonte, participó en este movimiento incluso Carlos Alberto de Saboya, el heredero del trono (aunque más tarde no sólo no renunciaría a su derecho a la sucesión, sino que iría a España para combatir a los partidarios de la misma Constitución que había ayudado a promover).

La revolución fue reprimida con la intervención de los austríacos. Concluyó con una purga de los elementos democráticos dentro del ejército y múltiples ejecuciones.

Austria había creado previamente, con la cooperación de otros gobiernos autoritarios, una especie de internacional reaccionaria, la Santa Alianza, ideada para combatir el liberalismo en Europa por medio de un intercambio de información entre sus fuerzas policiales que facilitara el arresto de cualquier persona sospechosa de albergar ideas subversivas. Además, cualquiera de los Estados miembros de la Alianza podía requerir la intervención armada de sus aliados para que le ayudaran a reprimir un movimiento democrático de carácter local.

En 1831 estalló otra rebelión a gran escala, que afectó principalmente a los Estados Pontificios y al ducado de Módena. Como en 1820-21, el objetivo principal de los revolucionarios era obtener una Constitución democrática. Esta vez, sin embargo, los militares no tomaron parte en la revuelta, y el apoyo al movimiento vino exclusivamente de los círculos republicanos de la clase media.

El primer levantamiento tuvo lugar en Bolonia, el día 4 de febrero; al día siguiente, en Módena, el duque fue depuesto y enviado al exilio. El 7 de febrero la revuelta se había expandido hasta Ferrara; el 8 llegó a Pesaro, Fossombrone, Fano y Urbino, y el día 13 se unieron Parma, Ascoli, Perugia, Terni, Narni y otras ciudades de los Estados Pontificios.

Pero la represión, una vez más a cargo de los austríacos, fue inmediata, feroz y victoriosa. Muchos patriotas perdieron la vida en la horca; otros fueron enviados a prisión o al exilio.

El fracaso de las dos revoluciones de 1821 y de 1831 marcó el fin del liberalismo «local» al viejo estilo —que sólo había exigido la extensión del poder político en cada Estado, mediante una constitución para las clases sociales que habían sido excluidas del mismo. Esta forma

de conciencia política iba a ser ahora superada, gracias a la influencia de Giuseppe Mazzini, por el convencimiento de que sólo a través de la lucha por la unidad nacional podían los italianos confiar en combatir a la reacción dirigida por Austria.

A pesar de su fracaso, estas revoluciones tempranas forjaron, sin embargo, una nueva generación de hombres de la que saldrían los líderes de futuras luchas. No cabía ya la menor duda acerca de la fragilidad e inconsistencia de los reinos y ducados diseñados por el Congreso de Viena: únicamente el poder del ejército austríaco podía garantizar su supervivencia.

Durante estos años, hubo otros intentos revolucionarios en Italia. En 1834, el propio Mazzini trató de incitar una insurrección en el Piamonte, con el apoyo del joven Garibaldi. Y en 1844, los hermanos Bandiera instigaron una revuelta en el reino de las Dos Sicilias, pero ambos murieron ante un pelotón de ejecución.

Hasta el año 1845 continuaron haciendo erupción pequeñas revueltas aquí y allá, todas avocadas al fracaso desde el principio. Fueron éstos años de fructífero trabajo para las fuerzas policiales reaccionarias, que estaban a la expectativa en todas las ciudades y poblaciones de Italia. Pero cuantos más patriotas eran arrestados, cuantos más eran condenados a muerte, otros muchos surgían para relevarlos. Como Metternich admitiera en cierta ocasión, «cerrad la puerta a las ideas y ellas entrarán por la ventana».

Pronto la «cuestión italiana» comenzó a despertar interés y simpatías más allá de sus fronteras. A finales de 1832 fue publicado el libro autobiográfico de Silvio Pellico *Le mie prigioni* (*Mis prisiones*). Pellico había sido arrestado por la policía austríaca a causa de su participación en la revolución de 1821, y había pasado diez años en la prisión de Spielberg. Su libro exponía, en un estilo gratamente informal, la extrema dureza del sistema penitenciario austríaco. Gracias a su misma simplicidad, se iba a convertir de inmediato en un *best-seller* y sería traducido al francés, inglés, alemán, ruso, español y holandés. La opinión pública internacional no podía ignorar por más tiempo la cuestión italiana, y Austria cosecharía tan mala prensa que el mismo Metternich dijo del libro que era «más catastrófico que una batalla perdida».

En 1843 y 1844 fueron publicados otros dos libros que concentraron la atención del pueblo italiano en sus problemas políticos: el de Vincenzo Gioberti *Del Primato morale e civile degli italiani* (*De la Primacía civil y moral de los italianos*) y el de Cesare Balbo *Delle speranze d'Italia* (*Esperanzas de Italia*). Ambos libros pedían la abolición de las barreras aduaneras entre los diversos Estados italianos en interés de una economía nacional, y abogaban por la creación de una «liga» política que comprendiera a todos los Estados de la península.

Los argumentos de Gioberti y Balbo provocaron una serie de debates públicos. La prensa mostró un vivo interés en el tema, y ni los círculos cortesanos más reaccionarios quedaron a salvo de la polémica. Por primera vez, los italianos de cualquier parte del país comenzaban a hacer inventario de sus intereses comunes.



Una contribución aún más original a la causa de la unidad se produjo a través de los congresos científicos que empezaron a retoñar en un buen número de ciudades italianas: doctas discusiones sobre materias científicas suministraban a los italianos un pretexto para reunirse e intercambiar sus puntos de vista sobre Italia y sus problemas.

Todos estos progresos fueron la obra de hombres a quienes los historiadores clasificarían más tarde como «moderados»: ciudadanos de clase media o alta, progresistas en sus puntos de vista, devotos de la causa italiana, pero opuestos a la revolución como medio de conseguir la unidad. Estos hombres —a diferencia de los republicanos que, anteriormente, habían pretendido derribar los gobiernos por medio de revueltas armadas, pero que habían fracasado a la hora de obtener la participación activa de las masas— tuvieron un éxito enorme al crear un público capaz de realizar una reflexión crítica sobre los problemas de la nación italiana.

Otro libro que influyó significativamente en la formación de la opinión «moderada» fue *Degli ultimi casi di Romagna (Sobre los recientes acontecimientos en Romaña)*, de Massimo d'Azeglio, del que llegaron a venderse dos mil ejemplares en una sola semana. D'Azeglio condenaba al papado por sus métodos brutales y represivos, pero también repudiaba la insurrección popular como forma de lucha política; y lo que era más importante, daba a entender, aunque entre líneas, que sólo la monarquía del Piamonte estaba capacitada para dirigir una posible «Liga Italiana». En este punto difería del libro de Gioberti, que tendía a concebir al papa como líder natural de la Liga.

El Piamonte era uno de los Estados más antiguos de Italia y había sido gobernado por la Casa de Saboya durante casi novecientos años. Hacia 1840, gracias a las reformas económicas de Carlos Alberto, rey de Cerdeña desde 1831, la clase media del Piamonte no sólo había crecido conspicuamente en tamaño y poder, sino que también había convertido a la causa de sus propias aspiraciones liberales a un amplio sector de la aristocracia, así como a los elementos más avanzados de la clase trabajadora.

Tras su propio fracaso en la rebelión de 1820-21, la clase media piamontesa dejó de creer en la revolución. Sin embargo, el Piamonte había sido siempre decididamente antiaustriaco, aunque este sentimiento tenía que ver, probablemente, más con el deseo de seguir siendo independientes que con ningún ideal profundo de nacionalismo italiano.

Cuando, en 1846, los cardenales se encerraron en cónclave tras la muerte del reaccionario Gregorio XVI, su elección del sucesor asombró no sólo a toda Italia, sino también a la corte vienesa. Metternich observaría al respecto: «Esto es algo que nunca pensé que viviría para ver ¡un papa liberal!»

El nuevo papa Pío IX no era, desde luego, un liberal. Pero había adquirido una especie de reputación liberal como obispo de Imola, manteniendo contacto con los círculos progresistas de dicha ciudad. Una vez instalado en la cátedra papal, decidió no clarificar todavía este malentendido; potenció, por el contrario, esta imagen nombrando a un co-

nocido liberal, monseñor Carboli-Bussi, responsable de una comisión pontificia y concediendo una amnistía a los presos políticos.

Muy pronto, en todas las ciudades de Italia el grito «¡larga vida a Pío IX!» se convirtió en una expresión del anhelo popular por el cambio. Los gobiernos fueron conscientes de esto, pero se hallaban indefensos ante tales «manifestaciones de fe». Después de todo, no se podía reprimir a los ciudadanos por vitorear al vicario de Cristo. Pero estos deseos de cambio no llegaron a materializarse. A finales de 1847, Pío IX no había adoptado ninguna de las reformas que se le habían propuesto: abolición de la censura, de los derechos de importación y de la lotería estatal; expansión del sistema escolar elemental y una forma de gobierno más representativa.

En el Piamonte, entre tanto, Carlos Alberto (que, de acuerdo con las propuestas de una Liga Italiana, debería haber ayudado al movimiento de liberación con su liderazgo militar) estaba a punto de declarar la guerra a Austria a causa de una transacción comercial en la que estaba implicada la venta de sal. Desgarrado ante sus propios instintos liberales, largamente reprimidos, y su desconfianza ante la creciente toma de conciencia popular, no fue capaz de actuar.

Los austríacos consumaron la provocación con dos colosales desastres propios: optaron por la ocupación preventiva de Ferrara, una de las ciudades de los Estados Pontificios, y se atrevieron a dirigir una carta abierta a Carlos Alberto, en la que le prevenía de una inminente revolución. La carta no había sido concebida como una amenaza, pero los piamonteses, celosos de su independencia, la tomaron como una inaceptable interferencia en sus asuntos internos. De esta forma, sin pretenderlo, los austríacos aceleraron la organización de la Liga Italiana. En noviembre de 1847 este pequeño «Mercado Común italiano» se había convertido en una realidad. En un momento inicial, lo formaron sólo el Piamonte, Toscana y los Estados Pontificios. Pero la posibilidad de asociación estaba abierta a todos los Estados italianos, con la excepción del reino Lombardoveneto, excluido en tanto continuara siendo provincia austríaca.

El pueblo de Milán, que no había tenido la posibilidad de pedir garantías constitucionales o libertades democráticas, se contentaba cantando frenéticamente «*Va, pensiero, sull'ali dorate...*» junto con el coro, en todas las interpretaciones del *Nabucco* de Verdi, comparando, implícitamente, su propia condición con la sufrida por los antiguos hebreos bajo el yugo de Babilonia. La policía trataba de detenerles. Desde ese momento, los milaneses evitaban drásticamente relacionarse con los austríacos y tachaban de colaboracionista a cualquiera que tuviera contacto con ellos.

Siguiendo el ejemplo de los colonos de Boston, los milaneses ultimaron a principios de 1848 un boicot de tabaco que, en cuarenta y ocho horas, costó a la administración tres mil ducados. La policía respondió fumando por las calles; se desencadenó la lucha, y se produjeron sesenta víctimas. Entonces los milaneses extendieron su boicot a la lotería (que era una inmensa fuente de ingresos para el gobierno) y a La Scala,



donde actuaba una bailarina austríaca. No se vendieron más que nueve entradas para esa función y los asientos vacíos se repartieron entre la soldadesca. Los cabecillas del boicot fueron arrestados, y la protesta popular adquirió tintes cada vez más violentos, hasta el punto de que hubieron de enviarse refuerzos desde Austria a Radetzky, para el comandante militar del Lombardovéneto.

Pero la revolución estalló donde menos se la esperaba: en Sicilia. Esta isla había sido explotada durante siglos por los gobernantes de Nápoles; en el pasado, había solicitado frecuentemente la autonomía local y una reforma política, pero la autoritaria monarquía de los Borbones sólo había respondido a estas peticiones con balas de cañón. El 12 de enero de 1848, los sicilianos se rebelaron, conducidos por Giuseppe La Masa (que se convertiría más tarde en uno de los jefes de los garibaldinos) y Rosolino Pilo. Los insurgentes declararon la independencia de Sicilia y bosquejaron una Constitución. La fuerza expedicionaria que había sido enviada para reprimir la revuelta se retiró derrotada.

El 11 de febrero, un levantamiento popular en el propio Nápoles obligó a Fernando II a otorgar una Constitución y a unirse a la Liga Italiana. En un corto espacio de tiempo, Toscana, el Piamonte y los Estados Pontificios consiguieron también Constituciones propias.

Entre tanto, el continente europeo se estaba viendo sacudido por explosiones de fervor liberal y democrático. La insurrección del 22 de febrero en París derrotó a la monarquía de Luis Felipe; en marzo, la violencia revolucionaria hizo erupción en Viena, Berlín y Budapest.

Venecia se rebeló contra el gobierno austríaco el 17 de marzo, se proclamó la República de San Marcos, y los presos políticos fueron liberados. Al día siguiente, Milán siguió su ejemplo. Tras cinco días de lucha en las calles, los catorce mil austríacos que la ocupaban fueron expulsados de la ciudad. (El número de bajas se elevó a mil doscientas.) El 20 de marzo, Parma y Módena depusieron a sus respectivos duques.

En este momento, todos los territorios implicados en la revuelta confiaban en la protección del Piamonte, con su pequeño pero eficiente ejército. Carlos Alberto entró en la guerra, tras muchas vacilaciones, el 23 de marzo. Pero en vez de acometer mediante un ataque relámpago a los desorganizados y desmoralizados austríacos, se movió con su característica indolencia. En los primeros encuentros de la guerra —en Goito, Monzambano y Valeggio—, los piemonteses no fueron capaces de conseguir una victoria decisiva. Sus oficiales, aunque a menudo valerosos en la acción, resultaron ser bastante irresponsables, y el rey, que tomó personalmente el mando de las operaciones, permaneció irresoluto y rezagado. Incapaz de capitalizar su ventaja inicial, los piemonteses permitieron que los austríacos se refugiaran dentro del cuadrilátero formado por las fortalezas de Mantua, Verona, Peschiera y Legnano. Allí, Radetzky pudo reorganizar a sus hombres y ponerlos a salvo; de hecho, admitiría, más tarde, que, de no haberle dado Carlos Alberto esta oportunidad, Austria podría haber perdido la guerra.

Entre tanto, el resto de Italia ardía en deseos de ir a la guerra al lado del Piamonte. A regañadientes, se enviaron tropas desde el reino

de las Dos Sicilias, los Estados Pontificios y Toscana. Pero lo más importante fue que miles de ciudadanos privados —especialmente estudiantes universitarios, que destacaban más por su determinación que por su pericia militar— se enrolaron desde todos los puntos de la península como voluntarios.

Pero la guerra estaba perdida antes de empezar, no sólo a causa del desastroso liderazgo de Carlos Alberto sino también por la total falta de confianza de sus aliados italianos, con frecuencia más interesados en los aspectos políticos de la guerra que en sus contingencias militares. Las tropas aliadas fueron enviadas demasiado tarde y sin órdenes precisas, y a menudo mostraban mayores deseos de volver a casa que de luchar.

El momento decisivo se produjo el 29 de abril de 1848, cuando llegaron noticias de que el papa había retirado sus tropas y pedía que la guerra terminara. Este cambio de intenciones —si es que fue sólo eso, y no una traición deliberada— provocó el desorden en las fuerzas italianas y contribuyó sustancialmente a su derrota.

Nápoles se retiró inmediatamente de la Liga, y lo mismo hizo Toscana. Por el contrario, la Lombardía, el Véneto, Parma y Módena votaron en favor de la unión con el Piamonte. Pero era demasiado tarde: la anhelada «cruzada italiana» estaba acabada.

Radetzky, bien resguardado en su cuadrilátero, había recibido refuerzos al mando del mariscal Welden, y aunque la rendición de Peschiera había debilitado sus defensas, sin embargo había sido capaz de completar la tarea de reorganizar su ejército. El 25 de junio infligió una dura derrota a los piemonteses en Custoza, forzándoles a firmar un armisticio y a retirarse dentro de sus propios territorios.

Venecia fue sitiada por los austríacos, situación que iba a durar hasta el 30 de agosto de 1849. Hubo algunos otros focos de resistencia, tales como Brescia, que se ganó el sobrenombre de «Leona de Italia». Pero la principal preocupación del mando austríaco era «el sudamericano», que erraba por el norte de la Lombardía con sus mil quinientos hombres.

Garibaldi había tenido noticias de la insurrección en Italia después de cruzar el estrecho de Gibraltar y, olvidando su cita con Medici en Toscana, había puesto rumbo a Génova, adonde arribó el 28 de junio de 1848. Allí, Garibaldi y sus seguidores fueron saludados por una población entusiasta. La prensa no había dejado de hablar de los garibaldinos, y ahora los genoveses se congregaban en masa en el muelle para verlos por sí mismos. Pero los hombres que descendieron a tierra guardaban poca semejanza con los soldados, impecablemente uniformados, que habían aparecido retratados en la prensa ilustrada. Verdaderamente, parecían más bien una banda de forajidos: el pelo les caía sobre los hombros y la barba les llegaba hasta el pecho; llevaban enormes sombreros de ala ancha de fieltro —e incluso de paja—, deformados por la lluvia, y sobretodos desteñidos y andrajosos; los pantalones sin bandas ni galones, lucían tan sólo rodilleras, y eran de todos los cortes y colores imaginables; los arreos eran improvisados; no se veía sobre su ropa



ni un sólo botón brillante. Tampoco resultaban muy marciales en su comportamiento; caminaban con las manos en los bolsillos y con los rifles colgados al hombro. El mismo Garibaldi apenas tenía aspecto de líder militar, con su barba desaseada, su sombrero gaucho y su poncho hecho trizas. Pero un observador atento habría advertido que todas las armas, aunque marcadas por el uso, estaban escrupulosamente prestas para la acción.

La alegría de la ocasión fue mitigada por el dolor ante la muerte de Anzani. Como los médicos temieron, no había podido sobrevivir al viaje. Así, la muerte de Rossetti fue seguida por la de otro de los miembros fundadores del movimiento garibaldino; fue una enorme pérdida. Garibaldi diría más tarde: «Si él hubiera estado al frente de nosotros, seguramente toda la península habría quedado libre, hace ya mucho, del yugo extranjero. Nunca he conocido a un caballero tan auténtico como Anzani, ni a un soldado mejor.»

En Génova, los garibaldinos hicieron una elección que iba a ser de importancia trascendental para la causa de la independencia italiana. Siendo, como eran, republicanos e implacables enemigos de la monarquía, decidieron ahora dejar a un lado las disensiones del pasado y unir su suerte con la de los piemonteses por la causa de la unidad nacional. Carlos Alberto, sin embargo, no estaba tan convencido de que esta alianza fuera deseable.

Mientras Sacchi, a pesar de estar gravemente herido, comenzaba a reclutar voluntarios para una segunda legión, Garibaldi se dirigió a los cuarteles generales del rey para ofrecerle su espada y sus hombres. Pero éste, desconfiando de cualquier cosa que tuviera olor popular, rehusó ver al «hombre de Montevideo» en persona, y ordenó a su ministro de la Guerra atender la entrevista.

La realidad era que nadie quería a los garibaldinos. Durante un mes entero fueron llevados de acá para allá, de un ministerio a otro, de una comisión a la siguiente. Finalmente, se trasladaron a Milán, donde vieron que el comité revolucionario estaba dispuesto a confiar en su experiencia. Pidieron a Garibaldi que organizara un cuerpo de voluntarios que completara su grupo de «sudamericanos». Pese a los considerables obstáculos que encontró, consiguió formar con ayuda de Sacchi y Medici, una legión de cinco mil hombres. El propio Mazzini se sumó a ellos como portaestandarte. Irónicamente, la legión fue uniformada de blanco, con remanentes de los uniformes austríacos requisados de las tiendas militares. «Parecen un regimiento de cocineros», fue el comentario de Medici. Los soldados «sudamericanos» no guardaban, sin embargo, especial semejanza con los cocineros, ya que no tenían intención alguna de abandonar sus famosas camisas rojas.

La columna se dirigió a Como al mando de Andrés Aguyar, que iba armado con su lanza y sus boleadoras. Allí les llegó la noticia de la derrota piemontesa en Custoza. De los cinco mil reclutados, la gran mayoría desertó. Con los mil doscientos hombres restantes, Garibaldi, Medici y Sacchi decidieron seguir adelante con su propia campaña. Enviaron mensajes a los comandantes de otros cuerpos de voluntarios, pro-

poniéndoles unir sus fuerzas. Pero todos se habían retirado ya al Piamonte con el ejército real o habían huido a Suiza, de modo que los garibaldinos se enfrentaron al ejército austríaco con una fuerza de apenas mil quinientos hombres.

Primero ocuparon Arona, junto al lago Mayor. El 15 de agosto fueron atacados por una columna austríaca que les igualaba en efectivos. Aunque Garibaldi se hallaba imposibilitado para luchar a causa de un ataque de fiebre que había contraído en América del Sur, sus hombres consiguieron batir a los austríacos. Pero su posición era precaria. Abandonaron Luino y se dirigieron hacia Varese. Aquí se enteraron de que avanzaban hacia ellos tres columnas austríacas, compuestas por cuatro brigadas y varios escuadrones de caballería, al mando del general D'Aspre. Superados en número, Garibaldi y Medici decidieron dividir los hombres en dos columnas y retirarse a Suiza.

A lo largo del camino, Medici se vio obligado a combatir en varias ocasiones. En San Matteo, a pocas millas de distancia de la frontera suiza, fue rodeado por las tropas enemigas. En lo más reñido de la batalla, se le unió una partida de cazadores del cantón suizo de Ticino, que habían sido alertados por el ruido de los cañones. Usando un sendero sólo conocido por los habitantes de la zona, los ticinenses condujeron a la columna de Medici, sana y salva, a Suiza.

Garibaldi, por su parte, estaba completamente cercado por cinco mil austríacos en Morazzone. Durante todo el día 26 de agosto resistió la embestida del enemigo. Por la noche, en una jugada a la desesperada, lanzó un furioso contraataque y consiguió romper las líneas austríacas. Unas pocas millas más allá de Morazzone, la columna se disolvió y los hombres siguieron por caminos separados, acordando reagruparse después en Legnano.

La actuación de los garibaldinos en estos últimos catorce días de la campaña lombarda, y concretamente el 26 de agosto de 1848, fue justamente valorada por su adversario, el general D'Aspre, quien, años más tarde, conversando con un cónsul piemontés, observó: «El único hombre que podía realmente haberos ayudado a vencer en vuestra guerra de 1848, era aquél a quien volvisteis la espalda: Garibaldi.»

Toda Italia, postrada por la derrota, temía las medidas reaccionarias que sin duda se tomarían tras el desastre. Pero los garibaldinos no tenían intención de rendirse. Se reagruparon en Génova y marcharon hacia Toscana. Pero el gobierno provisional de aquel Estado no quería saber nada de ellos, y les ordenó salir del territorio toscano. Se encaminaron entonces hacia Bolonia, para, desde allí, dirigirse a Venecia, que estaba resistiendo el sitio austríaco. También en Bolonia resultó evidente que su presencia no era deseada. Incluso podrían haber intentado acabar con ellos por las armas de no haberse puesto el pueblo a favor de los garibaldinos. Ante el entusiasmo popular, el general Zucchi, del ejército del papa, cambió de idea y les concedió permiso para acampar en Rávena. Pero allí les llegó una noticia que iba a alterar toda la situación: el papa había huido de Roma, y allí se necesitaba a los garibaldinos! Pío IX había despertado la ira de las masas al retirar su apoyo a la



guerra de liberación el 28 de abril. Trató de restaurar la paz nombrando a Pellegrino Rossi jefe de su gobierno. Rossi era un toscano que había hecho carrera por sus méritos en Francia, llegando a ser senador con Luis Felipe. Era también un conservador al que agradaba pensar que podía mantener al pueblo bajo control. No es necesario decir que sólo consiguió empeorar las cosas.

A primera hora de la tarde del 15 de noviembre de 1848, cuando entraba en el palacio de la Cancillería —la sede de su gobierno—, Rossi fue rodeado por unos sesenta veteranos de la guerra contra Austria que sentían que el papado había traicionado a la causa nacional. Alzaron sus armas al unísono y, cuando se retiraron, Pellegrino Rossi yacía muerto, con una daga clavada en el cuello. Las noticias de su asesinato hicieron estallar una serie de manifestaciones callejeras en contra de Pío IX, que con el tiempo se fueron haciendo cada vez más violentas.

En la noche del 24 de noviembre, vestido como un clérigo ordinario, el papa huyó a Gaeta, en territorio napolitano, donde sabía que podía contar con la protección de Fernando II. Al marchar, excomulgó a los rebeldes de Roma y solicitó formalmente a los poderes católicos de Europa que la restauraran en su trono.

Entre tanto, en Roma se formó un gobierno provisional. Este gobierno pidió a todas las fuerzas voluntarias italianas, incluidos los garibaldinos, que acudieran en su defensa. Pero se suplicaba a los voluntarios que no entraran en la ciudad de Roma ¡porque se temía que las damas pudieran alarmarse! Y de hecho, a juzgar por los dibujos de George Thomas, un artista empleado en el *Illustrated London News*, su aparición había de ser poco tranquilizadora.

Los garibaldinos, por tanto, se vieron obligados a pasar el invierno en los Apeninos, con comida insuficiente y entre una población a veces hostil. En tales condiciones, el mantenimiento de la disciplina no era fácil, pero incluso esto se logró gracias a los esfuerzos de Nino Bixio, un duro genovés que, más tarde, sería segundo en el mando durante la expedición de los Mil. Además de Bixio, otros dos hombres iban a jugar un papel importante en la campaña durante aquel invierno: Angelo Masina y Ugo Bassi.

Angelo de Masini, conocido como Masina, era un noble de la Emilia, que entonces contaba treinta y cuatro años. Previamente, había tomado parte en el levantamiento de 1831 y en la guerra española. Cuando estalló la guerra de 1848, organizó a sus expensas un cuerpo de lanceros conocido como el «Escuadrón de la Muerte». Estaba formado por aristócratas locales, de los que se decía que «despertaban la envidia de las demás milicias por el donaire de sus miembros y la elegancia de su uniforme». Este último, del tipo húsar, consistía en un dormán azul oscuro, con galones negros, pantalones rojos con una amplia franja azul y un quepis rojo con una larga pluma de crin de caballo y un amplio mantillo blanco, cuya capucha llevaba bordada una calavera en un lado.

Bassi, por su parte, era un sacerdote boloñés de ideas liberales, conocido ya como activo político. Ahora se unía a los garibaldinos como capellán, aunque su atavío tenía poco que ver con el de un clérigo.

Al comenzar el mes de enero de 1849, los garibaldinos llegaron a Rieti, una ciudad situada en el valle, donde finalmente pudieron descansar y cambiar de uniforme. Se les proporcionaron sobretodos azul oscuro con cuellos y solapas verdes, pantalones azules con franjas también verdes, y sombreros de Calabria con plumas de gallo y bandas rojas, el único distintivo de este color en todo el uniforme. Algunos de los hombres se resistían a abandonar sus gloriosas camisas rojas, pero no había alternativa si querían renovar los uniformes, y, por otra parte, el gobierno de Roma estaba ansioso por verlos tan «civilizadamente» como fuera posible. Los oficiales conservaron sus uniformes rojos; también se les podía reconocer por las plumas de avestruz de sus gorros. Garibaldi, por su parte, había cambiado su poncho a rayas por uno blanco.

El 20 de enero, Garibaldi fue elegido diputado por Rieti para la Asamblea de Roma, ciudad a la que llegó el 5 de febrero, artrítico y apoyado en el brazo de Ignacio Bueno. Impaciente, tomó parte de inmediato en el debate acerca de la forma de gobierno que debería adoptarse. Observando las dudas y la indecisión de muchos de los delegados, se levantó y pronunció una apasionada arenga: «Os digo que esta Asamblea no debe posponerse. No dejemos que un solo delegado abandone esta sala hasta que las expectativas del pueblo hayan sido satisfechas. El pueblo quiere saber, de una vez por todas, la forma y naturaleza del Estado que va a gobernarle de ahora en adelante.» A continuación, se declaró a favor de una Constitución republicana. La República fue proclamada el 9 de febrero.

Goffredo Mameli (el autor de la letra del himno nacional italiano) cablegrafió a Mazzini: «¡Roma! ¡República! ¡Ven!»

Mazzini, que había sido elegido diputado por sufragio universal, llegó a Roma el 5 de marzo de 1849. Al día siguiente, se dirigió a la Asamblea, exponiendo su programa con una lucidez sin precedente en estas deliberaciones. Después de muchos *hosannas*, fue elegido miembro del triunvirato, junto con Aurelio Saffi y Carlo Armellini. Los tres iban a ocuparse de los asuntos públicos hasta que las circunstancias permitieran que la recién nacida República pudiera ser dotada de estructuras gubernativas normales. De hecho, sin embargo, todo el poder estaba en las manos de Mazzini, y el famoso «visionario» iba muy pronto a dar signos de insospechado realismo y eficiencia.

Mientras tanto, la petición de socorro del papa había sido contestada por las más católicas y reaccionarias naciones de Europa —Austria, España y el reino de las Dos Sicilias—, y, sorprendentemente, también por la republicana y liberal Francia. Después de que la revolución de 1848 hubiera destronado a la dinastía de Orleans, los franceses habían proclamado la Segunda República y habían elegido presidente de la misma a Luis Napoleón Bonaparte, el sobrino de Napoleón el Grande. Luis Napoleón había tomado parte en la revolución liberal de los Estados Pontificios en 1831, y ahora mostraba simpatías hacia la causa de liberación italiana hasta tal punto que llegó a rumorearse la posibilidad de una intervención francesa al lado de los piemonteses. Pero las fuerzas que apoyaban su presidencia eran mayoritariamente católicas y con-



servadoras, y él contaba con ellas para dar el *coup d'état* que ya preparaba para acceder al trono imperial. Presionado por estas fuerzas Luis Napoleón acordó pasar a la acción en contra de la República romana y en favor del papa, —desafiando así el artículo 6.º de la Constitución francesa, que prohibía la intervención armada en países extranjeros.

En Europa, muchos se sintieron alarmados ante las consecuencias de tal intervención. A los británicos, que empezaban a mostrar un interés favorable a la causa de la unidad italiana, Luis Napoleón les tranquilizaba diciendo que su intención era ir a Roma para garantizar la paz entre las fuerzas revolucionarias y el papa. A los piemonteses, que se proponía acudir allí para prevenir un posible ataque austríaco. Al nuncio apostólico le aseguró un total apoyo militar para el papa, mientras que en su propio Parlamento, en el que las fuerzas más progresivas se oponían a cualquier interferencia en los asuntos de la República romana, reafirmaba su apoyo a los romanos y rechazaba públicamente la propuesta austríaca de llevar a cabo una intervención conjunta.

La fuerza expedicionaria francesa se puso en camino, en cualquier caso, con una evidente intención de protagonismo. El general Oudinot —duque de Reggio y comandante de las tropas francesas— tenía la orden de limitar la participación de otros ejércitos que pretendiesen dar muestras de apoyo al papa. Las fuerzas francesas estaban formadas por el Estado Mayor del general, tres brigadas al mando de los generales Mollière, Lavaillante y Chaydeson, tres baterías, dos compañías de ingenieros y dos escuadrones del Primer Regimiento de *Chasseurs à Cheval* en total, siete mil ochocientos hombres.

Oudinot dijo a sus soldados que se les enviaba fuera del país por que Francia «no estaba dispuesta a permitir que el destino del pueblo italiano quedara subordinado a la voluntad de un poder extranjero» aconsejó a los oficiales que consiguieran nuevos uniformes, a fin de no parecer menos elegantes que los austríacos cuando marcharan al combate. Así, todo el mundo tenía la impresión de que estaban yendo en ayuda del pueblo de Roma, amenazado por una invasión austríaca.

La flota francesa arribó a Civitavecchia (dentro del territorio romano) el 25 de abril de 1849. Nadie los esperaba, aunque había habido rumores de que un contingente de voluntarios franceses iba a llegar en breve para combatir por la República. Una vez que hubieron desembarcado, ocuparon el puerto y arrestaron a la guarnición de cuatrocientos hombres —mostrando así lo que su cacareada amistad por el pueblo romano significaba realmente—. Al día siguiente, el coronel Le Blanc fue a ver a Mazzini a Roma y repitió la versión oficial: la invasión era una acción amistosa. Los romanos, por tanto, debían abrir sus puertas al ejército francés.

Mazzini convocó a la Asamblea para discutir la propuesta francesa. La ingenuidad que mostraron él y sus colegas puede sorprendernos hoy día, pero debemos recordar que todos ellos pertenecían a una generación que había sido educada en la noción de que Francia era la patria de la democracia y la libertad. Los tiempos habían cambiado, en

pero, y la liberal Segunda República estaba, en ese momento, en proceso de transformarse en el reaccionario Segundo Imperio. Mazzini presentó los problemas de esta forma: la República tenía dos opciones; podía «resistir, resistir a cualquier precio, en nombre de la independencia, el honor y el derecho de todos los Estados, grandes o pequeños, fuertes o débiles, de gobernarse a sí mismos según su libre albedrío; o bien podía abrir sus puertas, confiando en que la opinión internacional induciría a Francia a respetar su soberanía. La Asamblea votó en favor de resistir hasta el fin por amargo que éste fuera, y confirió poderes absolutos a Mazzini. Esta decisión fue comunicada al capitán francés Fabar. Y cuando Fabar partió para Civitavecchia, el pueblo se manifestó contra los franceses, al grito de «¡Viva Italia!»

Oudinot replicó con una proclama en la que reiteraba sus propósitos amistosos. Pero —de acuerdo con el testimonio de Jan Philip Koelman, un pintor holandés que vivía en Roma y que, más tarde, lucharía por la República— la actitud del pueblo romano hacia este gesto fue más bien escéptica.

Los romanos estaban, de hecho, excitados por la idea de un conflicto armado, que probaría al mundo que su deseo por la libertad no se limitaba a unos cuantos pronunciamientos públicos. Y las altivas palabras dichas por el coronel Le Blanc a Mazzini ardían en sus oídos: «*Les italiens sont des poltrons, ils ne se battent pas*». Todo el mundo quería entrar como voluntario en el servicio activo; incluso las mujeres fueron instruidas en el uso de las armas.

Saffi nos dice que fueron siete mil los ciudadanos que se reunieron en Piazza Santi Apostoli: «... Un número extraordinario, considerando que los hombres más capaces ya habían sido llamados a filas. El entusiasmo alcanzaba su máxima efervescencia. Todos alzaban las gorras sobre sus bayonetas y gritaban al unísono: “¡No queremos extranjeros en Roma!” Los vivas a la República eran interminables. Los diputados de la Asamblea, luciendo bandas tricolores, se mezclaban con los soldados; todos se besaban y abrazaban entre sí; llorando de alegría y con amor fraternal, soldados voluntarios y representantes populares juraban luchar hasta la muerte.»

Explosiones emotivas similares eran también frecuentes entre ciertas secciones de la milicia, tales como los *carabinieri*, sospechosas de abrigar simpatías papales: llorando, imploraban ser enviados a primera línea, «para ser así los primeros en morir».

Entre tanto, los preparativos para la defensa de Roma estaban ya en marcha. Se levantaban barricadas por toda la ciudad, de forma que, en el caso de que los franceses abrieran brecha en las murallas, la lucha pudiera continuar en las calles y callejones. Una «comisión de barricadas» se hizo cargo de construirlas con los más disparatados materiales imaginables. Las puertas de las casas debían quedar abiertas para que los combatientes callejeros pudieran entrar, si era necesario, dentro de ellas y formar núcleos de resistencia. Todos los caballos fueron requisados, tanto en la ciudad como en la campiña que la rodea, excepto los necesarios para la agricultura. Se organizaron también compañías auxi-



liares de *butteri* (los vaqueros de la *campagna romana*). Conocidos como los «tiradores montados», estaban armados con lanzas, pistolas y sables. Vestían trajes civiles, a excepción de las cintas rojas, las escarapelas tricolores y las plumas de gallo de sus sombreros de ala ancha.

Los precios de los comercios quedaron congelados y se impuso un programa de austeridad. Se ordenó que las tiendas no cerraran, pero el orden era superfluo: el espíritu cívico era tan elevado que todo el mundo permaneció en su trabajo, incluso después de empezar los bombardeos. Se instalaron estaciones de telégrafos en los puntos más elevados de la ciudad: la catedral de San Pedro, el palacio de la Consulta, el Capitolio y el campanario de Santa María la Mayor. Hospitales militares en los que ondeaban banderas negras, fueron instalados en las iglesias y palacios, tales como San Juan de Letrán, San Giovanni dei Fiorentini, Santa Trinità dei Pellegrini, San Girolamo degli Schiavoni, San Giacomo, el palacio del Quirinal y el Palazzo Venezia.

Para suplir la carencia de municiones, las gentes aportaban armas de toda condición: estoques, pistolas, alabardas, dagas y hasta viejos trabucos y arcabuces desempolvados de los museos. Entre las nuevas armas inventadas para la ocasión había una variedad de garfios sobre bastones largos que servirían —así se esperaba—, para desmontar a los jinetes franceses: los civiles, organizados en comités de vecinos, fueron armados con este tipo de garrochas. Los herreros fabricaron miles de *triboli* (triángulos con puntiagudas aristas de hierro), que podían diseminarse por las calles para detener el avance de los caballos enemigos.

«El pueblo dio muestras de un entusiasmo tremendo», escribió un testigo de los hechos, Giovita Lazzarini, y ciertamente todos los combatientes estuvieron a la altura de las circunstancias. En una ciudad en la que el pillaje es un medio de vida —según nos dice Koelman—, pronto cesaron todos los robos. Por la noche los ciudadanos dejaban lámparas encendidas en los alféizares de las ventanas para que el trabajo pudiera continuar en las calles.

Las medidas de defensa dentro de los muros se realizaban, por tanto, con considerable ingenuidad. Pero los líderes políticos, con sus limitados conocimientos militares, iban a fallar a la hora de tomar una serie de medidas esenciales para la defensa exterior de la ciudad, tales como el refuerzo de los muros, el bloqueo de las puertas con terraplenes y la demolición de los edificios que sobrepasaban la altura de las murallas y que podían servir a los franceses como base de ataque.

En ese momento, Luciano Manara llegó a Roma con sus ochocientos *bersaglieri*, que se habían distinguido el año anterior en la campaña de la Lombardía. Estaban bien equipados y entrenados; la mayor parte de ellos eran lombardos y monárquicos convencidos, con la Cruz de Sanboya sobre la hebilla de la vaina de sus espadas. Los garibaldinos —que también se habían apresurado a acudir a Roma desde Rieti, al oír las noticias de la invasión francesa— les llamaban, burlescamente, «los aristócratas».

Los «sudamericanos» fueron recibidos apoteósicamente por los romanos. Eran menos elegantes que los *bersaglieri* de Manara, pero con

su experiencia y su reputación en el combate aportaban un envidiable sentido de seguridad militar. Quedaron acuartelados en el convento de San Silvestre. Allí encontraron gran cantidad de ropa blanca abandonada por las monjas, que habían huido; utilizaron esta vestimenta para decorar la fachada del convento. George Thomas, del *Illustrated London News*, nos ha dejado un magnífico recuerdo pictórico de la estancia de los garibaldinos en San Silvestre.

Las fuerzas armadas de la República estaban formadas por tropas regulares y por cuerpos de voluntarios. Las tropas regulares consistían en una línea de infantería (11.700 hombres), una legión romana (810), una legión boloñesa (550), los *bersaglieri* del Tebro, también conocidos como *finanzieri movili* o guardias de frontera (750, incluyendo caballeros y soldados de a pie), dos regimientos de Dragones (590), *carabinieri* a caballo y a pie (602) y artilleros (700). Además, figuraban 450 ingenieros de varias especialidades (zapadores, pontoneros, etc.) y otros 256 hombres pertenecientes al cuerpo médico, a los cuerpos técnicos y al Estado Mayor.

Las unidades de voluntarios comprendían una legión universitaria (450 hombres), la Guardia Municipal Romana (1.400), el *battaglione Speranza* (formado por 100 muchachos conocidos como los *speranzini*), la Guardia Municipal de Umbría (400), la Legión Italiana de Garibaldi (1.500 hombres, incluyendo los 90 lanceros de Masina), la legión de Antonio Arcioni (300), los *bersaglieri* de Manara (600) y los *bersaglieri* de Pietro Pietramellara (475).

En total, las fuerzas regulares y el personal voluntario sumaban 21.633 hombres. Pero la imagen no era tan de color de rosa como los números podrían sugerir. De todos estos hombres, sólo 13.944 estaban en la capital o cerca de ella. El resto permanecía estacionado en Bolonia, Ancona, Spoleto o Viterbo, o repartido por la campiña combatiendo a las guerrillas papales conocidas como *sanfedesti*. Y la composición de los regimientos resultaba mejor sobre el papel que en la realidad. Tan sólo uno de los regimientos de Dragones estaba equipado; el otro ni siquiera había sido provisto de armas. La mayor parte de los setenta y cuatro cañones pertenecientes a la artillería eran viejos y habían sido pobremente reparados, y de ellos, sólo treinta piezas de corto alcance estaban en Roma. Las campanas tuvieron que ser fundidas para hacer nuevos cañones. De los diversos cuerpos de voluntarios que iban a aguantar lo más recio de la lucha, sólo los garibaldinos y los *bersaglieri* de Manara tenían una amplia experiencia bélica previa, y únicamente éstos estaban adecuadamente equipados. El resto de los voluntarios eran indisciplinados, y a menudo se empleaba la fuerza para conseguir que cumplieran el fastidioso deber de hacer guardia. Aún más, las municiones habían sido repartidas en mínimas cantidades.

Contra este abigarrado conjunto avanzaban cuatro ejércitos: español, napolitano, austríaco y francés, y los dos últimos estaban considerados entre los mejores del mundo.

Los 13.944 combatientes de Roma estaban divididos en cuatro brigadas, comandadas por Garibaldi, Luigi Masi, Cherubino Savini y Bar-



tolomeo Galletti. El mando conjunto lo ostentaba el ministro de la Guerra, general Avezzana.

En 1849 las antiguas murallas de Roma permanecían, tal como hoy, más o menos intactas. Sus fortificaciones consistían en veintiún bastiones, espaciados regularmente. Entre los bastiones, los muros eran frágiles y no había defensas externas, tales como zanjas y terraplenes. El río Tíber dividía la población en dos: el centro de la ciudad quedaba en la orilla izquierda, mientras que el Trastevere, en la zona de la orilla derecha, era entonces un suburbio de la clase trabajadora. Al noroeste de la ciudad, las murallas se extendían hasta la cresta de un monte llamado Janicolo, que se elevaba por encima del Trastevere. Por allí penetraban en la ciudad la Via Aurelia, el camino de Civitavecchia y el del noroeste de Italia, todos ellos a través de la Porta San Pancrazio, que estaba defendida por el bastión designado como número ocho.

Los franceses, aproximándose desde Civitavecchia, tenían que cruzar el Tíber para acceder al centro de la ciudad. Había, por tanto, dos puntos en los que su ataque podía preverse. Uno era el puente Milvio al noreste del Janicolo, y los romanos hicieron saltar uno de sus ojos como medida de precaución. El otro era Porta San Pancrazio, que daba acceso al Trastevere y a otro puente, el Ponte Sisto.

La Primera Brigada (la de Garibaldi) ocupó la zona que se extendía desde Porta Portese, en la orilla derecha del Tíber, hasta Porta San Pancrazio; la Segunda Brigada (la de Masi), la zona entre Porta San Pancrazio y San Pedro; la Tercera (la de Savini), desde San Pedro hasta el puente Milvio. La Cuarta Brigada (la de Galletti) quedó en reserva en Piazza Cesarini, a mitad de camino entre el puente Milvio y Porta San Pancrazio. Otros cuerpos fueron ubicados estratégicamente en la ciudad: los *carabinieri* y los *bersaglieri* de Manara, en Via della Lungara (en el Trastevere, bajo el Janicolo), y los *finanzieri*, en el monte Mario, un cerro situado fuera de las murallas por encima de San Pedro.

A las nueve de la mañana del 30 de abril de 1849, el ejército francés fue avistado en la Via Aurelia, a diez kilómetros de los muros de Roma. Las campanas del Capitolio hicieron sonar la alarma, y todas las campanas de la ciudad repicaron en respuesta. Las tropas romanas se encaminaron hacia los muros, junto a los civiles que llevaban sus propias armas. Aquellos que no tenían armas treparon hasta el Pincio (una colina opuesta al Janicolo en la orilla izquierda) para ver el combate desde este punto aventajado. Entre los espectadores estaban numerosas mujeres, preocupadas por el peligro que aguardaba a sus seres queridos entre las nubes de humo a través del río. Al mediodía, los cañones franceses comenzaron a bombardear el Vaticano: un fresco en la capilla Paulina opuesta al Janicolo en la orilla izquierda) para ver el combate desde los tejados. Oudinot ordenó a dos columnas avanzar hasta San Pedro: Mollière debía atacar Porta Pertusa, detrás de los Muros Leoninos (las fortificaciones del Vaticano), mientras que la columna de Levaillant debía avanzar hasta Porta Argelica, que lleva a la plaza de San Pedro.

Cuando el Trigésimo Tercer Regimiento —la vanguardia de la columna de Mollière— apareció, se encontró con tal fuego graneado

los romanos que el propio Mollière se vio obligado a cambiar de táctica y atacar Porta Cavalleggeri, un kilómetro a su derecha. Al mismo tiempo, la columna de Levaillant sufría tantas bajas que era obligada a retirarse (el capitán Fabar estaba entre los muertos).

Mollière llegó a Porta Cavalleggeri y comenzó a atacar, pero los hombres de Garibaldi estaban instalados en el Janicolo, guardando esta puerta, en los jardines de Villa Corsini y Villa Pamphili, y por tanto podían someter a los franceses a un incesante fuego de rifle.

Garibaldi fue atacado a la vez por mil hombres del Vigésimo Regimiento de Infantería francés, que habían arrebatado la Villa Corsini a los trescientos voluntarios de la legión universitaria, por lo que pidió ayuda a Galletti con su legión romana. La inmediata lucha por la posición sólo se resolvió cuando Garibaldi ordenó una carga a la bayoneta a lo largo de todo el frente. Esta se realizó tan enérgicamente que los franceses fueron puestos en fuga. En una de las cargas, los hombres de Bixio consiguieron capturar a trescientos soldados del Vigésimo Regimiento, incluyendo a su coronel, Picard, a quien el propio Bixio agarró por el pelo. Mientras los franceses eran desalojados del Janicolo, Masi contraatacó a Levaillant fuera de Porta Angelica. Sobre las cinco de la tarde, el combate tocaba a su fin. Los franceses estaban en completa retirada, en el camino a Civitavecchia, dejando detrás cerca de quinientos muertos y heridos, y trescientos cincuenta prisioneros.

Con refuerzos, y sin aguardar órdenes, Garibaldi persiguió a las tropas francesas y las alcanzó en Castel di Guido, a unos pocos kilómetros de Roma. En ese momento, los franceses, por medio de Ugo Bassi, al que habían hecho prisionero en Villa Pamphili, pidieron un armisticio, al que Mazzini accedió.

Mazzini no deseaba infligir una humillación al ejército de Oudinot, pensando que eso podía provocar una ola de reacción patriota en Francia que hiciera imposible una adecuada negociación. Pero esto, como luego se vería, fue un grave error. La expedición ya era impopular en Francia; había sido ferozmente discutida en el Parlamento y había habido manifestaciones callejeras en su contra. Una derrota total de las fuerzas de Oudinot podría, posiblemente, haber provocado un clamor público por el final de la guerra. Encantados con el armisticio, Oudinot permaneció en Castel di Guido, y los romanos se dispusieron a ocuparse de los heridos.

Sesenta y nueve hombres de las tropas republicanas habían resultado muertos, y otros doscientos heridos. La Legión Italiana había sufrido las pérdidas más graves, especialmente entre los oficiales, que habían peleado en primera línea. El propio Garibaldi había sido herido en el abdomen, pero imploró al doctor que le trataba, Ripari (que más tarde se convertiría en cirujano de las tropas garibaldinas), que este hecho no fuese conocido: la leyenda de su invulnerabilidad era extremadamente útil desde un punto de vista psicológico.

Tanto los franceses como los romanos heridos fueron llevados a los hospitales preparados para emergencias. Los franceses estaban impresionados por la amabilidad con la que eran tratados, y explicaban re-



petidamente que ellos pensaban que habían venido a Italia a combatir contra los austríacos. Un comité de mujeres, establecido el 27 de abril, se encargó de la asistencia a los heridos (una especie de *Almanach Gothia* femenino del *Risorgimento* italiano). Entre sus miembros estaba Marietta Pisacane (esposa del héroe que moriría más tarde, mientras trataba de fomentar una revuelta en el reino de las Dos Sicilias), Giulia Brivio Paolucci y Cristina Trivulzio di Belgiojoso, que había pertenecido previamente al movimiento revolucionario carbonario y, como exiliada en París y en Suiza, había mantenido un salón frecuentado por Hugo Thiers, Liszt, George Sand, Chopin y De Musset. A su retorno a Italia, Cristina tomó parte en la revuelta milanesa de 1848 y organizó un cuerpo de voluntarios que ella misma subvencionó. Anita Garibaldi también estaba allí: había venido desde Niza para estar al lado de su marido, cruzando las líneas francesas y austríacas. Muchas mujeres del pueblo ofrecieron también sus servicios, y llegó un momento en que en los hospitales había más enfermeras de las que eran necesarias.

Pero pronto se hizo evidente que no había bastantes vendajes, se pidió a la población que entregaran sábanas o cualquier otro tejido que pudiera servir. Giovanni Cadolini, un voluntario garibaldino que más tarde sería senador, habla de un carromato que pasó a través de Valle delle Muratte recogiendo material. Un soldado llamaba a la puerta y gritaba: «¡Ropa blanca para nuestros hermanos heridos!» Entonces de todas las casas de la calle cayó una lluvia de camisas, sábanas y ropa de todo tipo. Se recogió tanta ropa que el sobrante fue enviado al campamento francés, junto con doctores, catres y material médico. Todo ello fue especialmente bien recibido, ya que los heridos en Castel di Guido habían sido tendidos en el suelo y sus heridas cubiertas con improvisados vendajes.

En el campo, entre tanto, el clero estaba organizando bandas de partisanos papales conocidos como *sanfedisti*, que se mostraban especialmente activos en las pequeñas ciudades. A menudo en desacuerdo unos con otros, estos grupos no eran suficientemente poderosos para representar una seria amenaza militar; pero su ferocidad bastaba para sembrar el pánico entre la población rural. El juramento *sanfedista* era ciertamente intransigente:

«Juro permanecer firme en la defensa de la santa causa que he abrazado. No perdonaré a un solo miembro de la infame banda de los liberales, sea cual fuere su nacimiento, familia o riqueza; no me conmovrán las lágrimas de los niños ni de los ancianos; derramaré hasta la última gota de infame sangre liberal, sin atención al sexo o al rango; juro implacable odio a todos los enemigos de nuestra única, verdadera y santa religión Católica Romana.»

Y desde luego eran culpables de atrocidades aterradoras. Hasta ese momento, la población romana había continuado tratando al clero con respeto. Pero los crímenes de los *sanfedisti* provocaron violentas reacciones. Tres vinateros que tuvieron la mala fortuna de ser confundidos con jesuitas fueron asesinados en Ponte Sant' Angelo, y seis clérigos fueron fusilados en las catacumbas de San Calixto, por orden

Callimaco Zambianchi —a quien Mazzini arrestó inmediatamente—. En conjunto, sin embargo, la población permaneció admirablemente tranquila, hasta el punto de que el cónsul de Prusia solicitó al gobierno que retirase la guardia armada que había hecho formar frente al consulado.

Los oficiales franceses que habían sido hechos prisioneros fueron invitados a una cena el 30 de abril por el coronel Cleter, un francés que vivía en Roma y que había abrazado la causa republicana. Todos se unieron en un brindis por las dos repúblicas —la romana y la francesa— que, con la excepción de Suiza, eran en ese momento las únicas de Europa. Otros residentes franceses trataron de convertir a sus compatriotas capturados, pues todavía se esperaba que el gobierno francés cambiara su política. Como un gesto de buena voluntad, los prisioneros franceses fueron liberados, y a los oficiales se les devolvieron sus espadas —con una excepción, al parecer: la del coronel Picard; un estudiante belga, de nombre Víctor, que había ayudado a capturarlo, se había quedado con la espada y se mostraba remiso a devolverla—. Pero los franceses enviaron a los prisioneros liberados a Córcega y más tarde a África del Norte, para que no pudieran informar a la prensa de lo que habían visto y oído en Roma. Oudinot, entretanto, había expuesto ya su propia versión de los hechos. En un intercambio de prisioneros, los franceses liberaron a la guarnición que habían arrestado en Civitavecchia.

El 1 de mayo llegó la noticia de que las tropas napolitanas habían invadido la República desde el sur, con veintiún mil hombres, treinta y seis cañones y una división de caballería. Tal como los franceses habían hecho, anunciaron que acudían motivados solamente por su amistad hacia el pueblo de Roma.

El 4 de mayo Garibaldi avanzó para encontrarse con los napolitanos, al mando de su brigada de dos mil setecientos hombres y junto a los *bersaglieri* de Manara. Partió a las ocho de la tarde, abandonando Roma por Porta del Popolo y marchando hacia el norte por Via Flaminia, confiando, por tanto, en despistar a los espías enemigos dentro de la ciudad. Durante la noche cambió su ruta, y por la mañana estaba en Tivoli, a unos cuarenta kilómetros al este de Roma. Los napolitanos estaban acampados en Velletri, más hacia el sur, y no sabían nada de esta maniobra.

Garibaldi era consciente de que, con la excepción de unos pocos veteranos, la mayor parte de sus hombres eran inexpertos. Por tanto, distribuyó a sus hombres de Montevideo por los distintos destacamentos, de forma que pudieran aportar su inspiración y liderazgo en la acción. El experimento fue un éxito, y la técnica se repitió en ocasiones futuras. Dejando la resolución del mayor número de detalles en manos de sus subordinados, Garibaldi quedaba libre para moverse entre los soldados y animarles en el curso de la batalla.

Al atardecer del día 8 de mayo, los garibaldinos se toparon con la vanguardia napolitana en el monte Porzio Catone y la obligaron a retroceder. Al día siguiente, los napolitanos, con siete mil hombres y ochocientos jinetes, avanzaron de nuevo sobre Palestrina. Formaron dos columnas y trataron de rodear a las tropas de Garibaldi. A las cuatro de



la tarde comenzaron a bombardear a la legión. Los garibaldinos no se limitaron a defenderse devolviendo el fuego, sino que contraatacaron con las bayonetas. Los napolitanos se retiraron, y esa retirada pronto se transformó en huida. Lo hicieron tan precipitadamente que los garibaldinos, sospechando una trampa, no se lanzaron en su persecución. El 11 de mayo, la crónica redactada por el jefe del Estado Mayor de Garibaldi, Francesco Daverio, anunciando la victoria de Palestrina, llegó a Roma en el mismo correo que varias cartas dirigidas a los oficiales napolitanos, los cuales evidentemente, habían esperado estar en la capital en esa fecha. A partir de ese momento, no se volvió a oír nada de los napolitanos y Garibaldi volvió a entrar en Roma el día 12, con tres cañones arrebatados al enemigo.

Nuevos y dramáticos acontecimientos hacían necesaria su presencia allí. Novecientos españoles, incluyendo cuatrocientos hombres a caballo, habían desembarcado en el sur y marchaban hacia Roma, mientras veinte mil austríacos, mandados por el General Wimpfen, invadían la República desde el norte. El 7 de mayo los austríacos habían tomado Ferrara, y el 8 ponían sitio a Bolonia, que estaba defendida solamente por el Cuarto Regimiento de Infantería, un destacamento de *finanzieri*, una unidad de *carabinieri* y ciento cincuenta voluntarios de la universidad dirigidos por el coronel Boldrini, que iba a tener una muerte heroica durante la defensa de la ciudad. El 15 de mayo, después de ocho días de incesante bombardeo, Bolonia se rendía. Los austríacos marcharon entonces sobre Ancona.

Entre tanto, un buen número de personajes, bien conocidos por su devoción a la causa de la libertad, estaban llegando a Roma para ofrecer sus servicios a los revolucionarios. Entre estas personalidades se encontraban el general polaco Nybinski y el coronel austríaco Haugg (de la famosa Legión Académica vienesa), un grupo de oficiales republicanos franceses (que incluía al mayor Gabriel Laviron), el inglés Hugh Forbes y el suizo Hoffstetter. Todos ellos iban a terminar siendo oficiales en la Legión de Garibaldi. Se incorporaron el Segundo y Tercer Regimiento de la Línea de Infantería, así como cuatro baterías de la artillería montada suiza, que se habían destacado el año anterior en la campaña de Lombardía y ahora se habían puesto al servicio de la República. Llegó también la legión de Medici con trescientos hombres, así como la legión polaca, con doscientos al mando de Aleksandr Milbitz, que iba a ser más tarde un oficial garibaldino. La comunidad extranjera de Roma formó una nueva legión de ciento veinte hombres, dirigida por el capitán Gerard; curiosamente, este cuerpo estaba formado exclusivamente por franceses, exceptuando dieciséis ingleses y siete americanos. Otros extranjeros prefirieron alistarse en unidades ya existentes, incluyendo un sueco llamado Palm que puso a prueba la paciencia de sus camaradas al repetir constantemente que no había olvidado su entrenamiento militar cada vez que acertaba un blanco. En suma, fueron alrededor de quinientos extranjeros los que participaron en la defensa de la República romana, a la que consideraban el último bastión de liberalismo en Europa.

El 14 de mayo, el general Rosselli fue puesto al frente del ejército republicano, dado que el doble puesto de ministro de la Guerra y jefe del Estado Mayor del Ejército había resultado ser una empresa demasiado ardua para Avezana. Rosselli no era un mal general, pero afrontaba la guerra de una forma meramente académica; no pensaba más que en grupos bien ordenados moviéndose en formación regular sobre un campo de batalla; incluso carecía del más mínimo atractivo carismático, y esto constituía un grave defecto en un ejército constituido mayoritariamente por voluntarios. Rosselli, de hecho, no sentía más que desprecio hacia los voluntarios, mientras que el especial talento de Garibaldi consistía en saber cómo obtener el máximo de la espontaneidad y de la indiferencia ante el peligro de estos cuerpos. Sin embargo, los triunviros eligieron a Rosselli en lugar de a Garibaldi, ya que, tal como ellos decían, este último era más un «jefe indio» que un general.

Llenos de optimismo, los romanos avanzaron para encontrarse con los napolitanos, que una vez más habían invadido el territorio de la República. Esta vez, el ejército de Nápoles llevaba al frente a su propio rey en persona, Fernando II. Su fuerza consistía en dieciséis mil hombres y cincuenta y dos cañones. La vanguardia del ejército republicano —la Primera Brigada, al mando de Garibaldi— marchó directamente hacia el campamento napolitano en Velletri. El 19 de mayo, Fernando II ordenó al general Casella comandar una salida de la ciudad con dos escuadrones de caballería y un batallón de infantería.

Masina, con sus noventa lanceros, cargó contra los húsares napolitanos, a los que seguía la infantería. Pero los hombres de Masina fueron rechazados y abandonaron el campo, dejando tras ellos a su líder, que consiguió salvarse gracias a su experiencia en el manejo de la espada. Garibaldi, acompañado por Bueno y Aguyar, trató de interceptar la huida a los lanceros, pero en la confusión los tres fueron arrojados al suelo por sus caballos y pisoteados. Fuera de sí, Garibaldi gritó con rabia: «¡Lanceros, cumplid con vuestro deber en el nombre de Dios!» Aún no se había recuperado de la caída, cuando fue atacado por un comandante de los húsares napolitanos, que le habría matado con seguridad de no haber intervenido Aguyar, quien con su lanza derribó al caballo enemigo y a su jinete. En ese momento, los quinceañeros *speranzini* contraatacaron con la bayoneta, permitiendo a los tres conmocionados oficiales escapar por su propio pie. Luego, Daverio y Bixio, junto con los «sudamericanos», se pusieron al frente de los garibaldinos y lanzaron una nueva carga.

La lucha era durísima, pero finalmente los napolitanos se retiraron, refugiándose en Velletri. Entonces —sin siquiera esperar otro combate, seguramente decisivo— retrocedieron hasta sus propios territorios. Garibaldi insistía en perseguirles, pero Rosselli no quería correr ningún riesgo. Esto provocó un agrio altercado entre los dos oficiales.

La huida de los napolitanos se debió, en parte, a un miedo supersticioso: entre los soldados había corrido la leyenda de que los garibaldinos eran invulnerables y, según esta idea, cada vez que eran alcanzados por un disparo se levantaban inmediatamente de un salto. La leyenda



había surgido, según Hoffstetter, porque los adolescentes *speranzini*, demasiado pequeños la mayoría de ellos para sostener adecuadamente los rifles, tenían la costumbre de arrojarse al suelo para recargar, tras lo cual se levantaban de un salto para abrir fuego.

El 31 de mayo, Garibaldi regresó a Roma y se atrincheró de nuevo sobre el Janicolo. Ese mismo día, tras casi un mes de intensas negociaciones, Mazzini y el enviado francés De Lesseps (el ingeniero que más tarde iba a construir el canal de Suez) llegaron a un acuerdo político. Pero Oudinot se negó a ratificarlo. La tan esperada reacción antirrepublicana había comenzado en París: la prensa liberal estaba amordazada, y Victor Hugo vio frustrados sus intentos de dirigirse a la Cámara de Diputados. Se enviaron refuerzos a Oudinot y se ordenó llevar la campaña a una rápida conclusión. Oudinot era consciente de que el general Jean B. P. Vaillant, que había sido enviado para asistirle, tenía instrucciones de tomar el mando de las tropas si él fallaba en su misión. La misión diplomática británica, tras un débil intento de mediación, abandonó la República a su destino.

Oudinot tenía ahora treinta mil hombres en infantería y cuatro mil a caballo, cuarenta piezas de artillería ligera y cuarenta y ocho de asedio de calibre pesado, así como obuses y morteros.

En la noche del 2 de junio la mayor parte de las fuerzas republicanas se hallaba en Roma con permiso, en la seguridad de que el armisticio se prolongaría hasta el día 4. Los oficiales y los soldados se habían dispersado por la ciudad, en casas particulares y en albergues; sólo unos pocos se habían quedado en los cuarteles. Garibaldi, con un fuerte ataque de reuma, estaba descansando en el hotel Inglaterra. Muchos seguidores suyos se hallaban en el Caffè delle Belle Arti (lugar predilecto de artistas y liberales), cantando himnos patrióticos y revolucionarios. Koelman señala que el sonido de aquellas jóvenes voces cantando al unísono, primero *La Marsellesa*, luego *Dios salve a la Reina*, después *Wilhelmus van Nassauwen*, *Was des deutschen Vaterland*, y otras más contagiaba a los oyentes la esperanza en una Europa mejor.

A las tres de la madrugada, los franceses avanzaron sobre Roma. A las afueras de Porta San Pancrazio había dos villas, Villa Corsini y Villa Pamphili, ambas con extensos parques. La primera se hallaba más cerca de las murallas de la ciudad; en Villa Pamphili estaban de guardia esa noche unos cuatrocientos hombres. Entonces, dos columnas francesas, dirigidas por Mollière y Levaillant, entraron en los terrenos de las fincas por el sur y el oeste respectivamente. Tomados por sorpresa, los soldados romanos no pudieron presentar mucha resistencia; algunos consiguieron escapar al cercano convento de San Pancrazio, mientras que el resto fue rodeado y hecho prisionero en el jardín de la Villa Pamphili.

A continuación, los franceses ocuparon el convento, Villa Valentini, Casa Torlonia y Villa Corsini; las tropas se refugiaron en Il Vascello, otra villa situada a unos 250 metros de Porta San Pancrazio. Galletti, de la división de Garibaldi, ordenó entonces al regimiento de Masi que contraatacase: el objetivo era el Casino dei Quattro Venti, edificio en el

parque de Villa Corsini que dominaba toda la posición. Consiguieron conquistarlo, pero lo perdieron de nuevo al cabo de una hora y media.

Se necesitó bastante tiempo para reunir a los oficiales dispersos por la ciudad. Garibaldi llegó a Porta San Pancrazio a las cinco y media de la madrugada; con los pocos hombres de que disponía inició una serie de atrevidos y temerarios asaltos al casino. De hecho, aquel día Garibaldi cometió el error más grave de su carrera militar, error que repitió buen número de veces: con un elevado costo en vidas humanas, envió a sus hombres a un ataque frontal sin darles el necesario respaldo artillero.

Las fuerzas romanas ocupaban en este momento el área comprendida entre Porta San Pancrazio e Il Vascello. Entre los refuerzos que llegaron al Janicolo se encontraba una banda militar, que estuvo tocando sin parar *La Marsellesa*, tratando de hacer entender a los soldados franceses que no luchaban contra los austríacos sino contra unos buenos republicanos como ellos mismos. Sin embargo, en el estruendo de la batalla, la música parecía más una marcha fúnebre que un glorioso himno a la libertad. Entre las nueve y las diez de la mañana, los romanos efectuaron otros dos furiosos ataques contra las posiciones francesas, en especial al Casino dei Quattro Venti.

Por último, los cañones respaldaron la acción de la infantería. A las diez de la mañana, los *bersaglieri* de Manara cargaron, aunque luego retrocedieron ante un fuego graneado. Manara los arengó: «¡Lombardos! ¡La tarea es conquistar la villa, o morir en el intento!» A las once volvieron a atacar; esta vez tomaron el edificio y, estimulados por lo que les había dicho Manara, se negaron a retirarse a pesar del fiero contraataque francés. Se quedaron al descubierto, expuestos a ser aniquilados. El capitán Enrico Dandolo, de veintidós años, murió en la carga; su hermano Emilio, de veinte, un *bersagliere*, dirigió aún otro ataque al casino. Más tarde reconocería que lo hizo para recobrar el cuerpo de su hermano, hecho de innecesario heroísmo que costó catorce vidas. El mismo Garibaldi tuvo que ordenar a los *bersaglieri* que se replegasen.

Bixio entró en acción después de la una de la tarde. Para llegar al Casino dei Quattro Venti desde una de las verjas de la villa, era necesario seguir una estrecha senda de unos doscientos metros de larga, y siempre bajo fuego francés. Bixio dirigió la carga por la senda, pero mataron su caballo de un tiro. Consiguió otro caballo y cargó de nuevo. Esta vez, él y sus hombres alcanzaron la baranda del casino; pero cuando estaban a punto de asaltar el interior, un nuevo contraataque francés les obligó a retirarse. Bixio fue herido, pero los garibaldinos consiguieron llevarle a lugar seguro.

Más tarde, Daverio dirigió un nuevo y violento ataque y tomó el casino, pero, antes de que pudiera consolidar su posición, fue de nuevo desalojado por otro contraataque francés. Daverio murió en esta escaramuza y Masina lo intentó otra vez, contra el expreso deseo de Garibaldi: ya estaba herido, y había dirigido además cuatro ataques aquel día. Masina cargó por aquella senda con sus lanceros, llegó al casino y estaba a punto de tomarlo cuando le derribaron con una violenta ráfaga



de disparos. El caballo, enloquecido, arrastró el cadáver unos setenta metros, y allí lo encontraron, al cabo de un mes, con setenta orificios de bala en el cuerpo.

La noticia de las muertes de Daverio y Masina tuvieron un tremendo efecto sobre las tropas romanas. Gritando los nombres de sus jefes muertos, cargaron contra el casino con Laviron a la cabeza. Pero al poco de haberlo tomado fueron de nuevo desalojados. El resto de la tarde lanzaron un ataque tras otro sin alcanzar su objetivo. Garibaldi, fácilmente reconocible con el poncho, permaneció en medio del combate; a su lado se encontraba Manara, sustituto del difunto Daverio, y el fiel Aguyar, que hacía poco había ascendido a teniente.

Hacia las seis de la tarde la batalla había terminado. Los franceses habían ocupado definitivamente una excelente posición desde la que podían controlar toda la ribera derecha del Tíber. Al instante comenzaron a fortificar el Janicolo, sobre todo el área situada a la izquierda de Porta San Pancrazio. Desde allí podían concentrar el fuego sobre los baluartes seis y siete. Sin embargo, aún no habían conseguido entrar en Roma. Al otro lado de las murallas, los romanos seguían manteniendo varios edificios, entre ellos Il Vascello. A su mando estaba Medici y nada, a no ser una orden de Garibaldi, hubiera podido persuadirle de abandonarlo.

Aquel 3 de junio, sólo la división de Garibaldi perdió mil hombres, entre ellos cien oficiales. Las mayores pérdidas las tuvieron la Legión Italiana y los *bersaglieri* de Manara.

Abundaron las hazañas de gran osadía, rayana en la temeridad: las cargas de Masina por la senda que llevaba al casino son buenos ejemplos. O bien ese garibaldino desconocido que irrumpió en una cabaña en la que se habían hecho fuertes unos soldados franceses y, prendiendo fuego a un barril de pólvora que llevaba, hizo que todo volara, también él, en pedazos; o el *bersagliere* Morini, que cargó contra el enemigo a pesar de tener una pierna destrozada, usando el mosquete como muleta.

Las tropas republicanas estaban tan encolerizadas por la traición de los franceses, al atacar sin previo aviso cuando aún seguía el armisticio, que algunos quisieron vengar a sus camaradas muertos asesinando a los prisioneros franceses; en algunos casos, los oficiales tuvieron que emplear la fuerza para evitar estos hechos. El pueblo de Roma también estaba enfurecido; los franceses habían bombardeado la ciudad indiscriminadamente durante todo el día, y las víctimas civiles habían sido numerosas. De nuevo los garibaldinos tuvieron que proteger a los prisioneros a punta de bayoneta.

La batalla había supuesto una muerte heroica para más de un joven italiano; pero también significó el principio del fin para la República romana. Por la noche, grupos de mujeres deshechas en llanto rodearon la colina, buscando a sus seres queridos.

Los franceses montaron las baterías de asedio, cavaron trincheras y reforzaron las posiciones que habían ocupado. Mientras, los romanos dispusieron dos piezas de calibre 32 en el monte Testaccio, frente a Porta Portese, al otro lado del Tíber, tres piezas de calibre 24 en el Aven-

tino y una batería en el Celio. Con tan inadecuados medios (no tenían ni obuses ni morteros), los romanos hicieron lo que pudieron, entre los días 5 y 9 de junio, por hostigar al enemigo, que se preparaba para asediar la ciudad. Se intercambiaron violentas descargas de artillería; las baterías de los baluartes ocho y nueve, a la derecha y a la izquierda de Porta San Pancrazio, fueron especialmente activas. Estaban dirigidas por Ludovico Calandrelli y por el capitán López.

La escasez y la menor potencia de la artillería romana les obligó a imaginar algunas ingeniosas estratagemas. Equiparon los baluartes que rodeaban el Vaticano con antiguas culebrinas sacadas de los museos (que, afortunadamente para los artilleros romanos, nunca se tuvieron que disparar). Para reducir el riesgo de perder los preciados cañones, después de disparar uno de ellos desde cualquier baluarte se le apartaba arrastrándolo y se le subía a otro diferente; de esta forma, cuando los franceses conseguían devolver el fuego, el cañón estaba fuera de peligro. Las unidades de artillería montada suiza participaron activamente en estas operaciones.

En la mañana del 3 de junio, una de las brigadas de la División Guesviller había ocupado Monte Mario y atacó el puente Milvio. Los romanos, que se defendían en la ribera izquierda, lo habían demolido ya en parte; por tanto, los franceses no consiguieron cruzar el Tíber.

El 4 de junio, un destacamento de tropas especiales logró reparar el puente y cruzó el río. No obstante, la legión de la universidad les rechazó al instante. Durante la noche del día 5, los franceses atacaron de nuevo, con los cazadores de Vincennes. Esta vez no sólo establecieron una cabeza de puente sino que avanzaron por la orilla izquierda y ocuparon una fuerte posición en Casa Polverosi, a mitad de camino entre el puente Milvio y Porta del Popolo. El batallón de la universidad y la legión polaca se atrincheraron en Villa Poniatowski, como a un kilómetro de distancia de Porta del Popolo. Una batería romana situada en Monte Parioli, que dominaba esta zona, hizo lo que pudo para acosar a los franceses.

No hubo mayores cambios en el frente hasta el día 11 de junio; de hecho, el batallón de la universidad pidió ser transferido a Porta San Pancrazio, donde aún seguía la lucha. Pero la mañana del día 11, cuando habían iniciado el camino hacia San Pancrazio, les ordenaron volver: había comenzado el ataque francés. Por la tarde, la legión polaca y el batallón de la universidad atacaron Casa Polverosi, defendida por el Décimo Tercer Regimiento de Línea a las órdenes del capitán Leclerc. Al verse rodeados, los franceses pidieron refuerzos, y los romanos se encontraron, así, entre dos fuegos. El coronel Berti-Pichat, con la legión boloñesa, les socorrió: el contraataque a bayoneta salvó a los polacos y al cuerpo universitario, pero no consiguió rechazar a los franceses.

Las hostilidades continuaron durante tres días en Monte Parioli y sus alrededores, en forma de pequeñas escaramuzas de una brutalidad sin precedentes. Un testigo ocular escribió: «Los alaridos de los combatientes y los quejidos de los heridos, el crepitar de las llamas y el atornar de los cañones, formaban una escena de completo horror.»



El 14 de junio, el coronel Milbitz ordenó al capitán Podulack que cargase con bayonetas contra el enemigo. Podulack le advirtió de la superioridad numérica de los franceses, y expresó serias dudas sobre la conveniencia de tal acción. Milbitz le respondió: «Hijo mío, también aquí está en juego la libertad de Polonia.» El capitán y sus hombres cargaron, pero muy pronto fueron rodeados y Podulack resultó herido. Cuando yacía en el suelo, un oficial francés le hizo señas para que se rindiese; respondió con un pistoletazo, y le acribillaron a balazos. Su amigo, el capitán Taczanowski, intentó salvarle, pero también fue rodeado y herido. Entonces los boloñeses de Pichat cargaron con bayonetas, pero no consiguieron rescatar a Taczanowski, prisionero ya de los franceses, aunque recobraron el cuerpo de Podulack.

Tras tomar Monte Parioli, los franceses siguieron hasta Villa Borghese; pero la batería romana colocada en el Pincio les impedía seguir avanzando. El 12 de junio, Oudinot, que también había sufrido serios reveses en la zona próxima al puente Milvio, pidió una tregua y una conferencia de paz. Los romanos sabían que insistiría en la rendición incondicional y rechazaron la propuesta. En París y Lyon, entre tanto, el pueblo estaba levantando barricadas en protesta por el ataque francés a Roma. Estas manifestaciones fueron brutalmente reprimidas, pero tuvieron la virtud de conseguir que algunos de los regimientos franceses que habían desembarcado en Civitavecchia se negaran a marchar hacia Roma. El 13 de junio, Oudinot cortó varios acueductos que suministraban agua a la ciudad y reanudó el bombardeo, que continuó, con breves pausas, durante todo el mes de junio. El fuego artillero estaba dirigido directamente contra la ciudad, destruyendo obras de arte de valor incalculable. Los consulados de los gobiernos extranjeros protestaron, pero Oudinot no les hizo el menor caso.

La más dañada fue la población del Trastevere, cuyo odio hacia los franceses creció tanto que fueron necesarios bosques de bayonetas para salvar a los prisioneros de sus represalias.

En Porta San Pancrazio, la lucha continuaba día tras día, en especial en la zona de Il Vascello, aún defendido por Medici. El edificio estaba ya casi reducido a un montón de escombros. Así describió su experiencia uno de los hombres allí atrincherados:

«Era horroroso estar dentro de una casa donde las balas rebotaban constantemente sobre cualquier superficie; donde si no te atrapaba una bala de cañón, te podía aplastar la mampostería que se caía a consecuencia del disparo; donde el aire estaba lleno de humo y polvo y de los lamentos de los heridos, y el suelo se había vuelto resbaladizo por la sangre. Era horroroso estar en el interior de un edificio que se estremecía bajo los impactos del implacable cañoneo.»

No obstante, la lucha seguía. Los romanos nunca se descorazonaron, ni dejaron de mofarse de los franceses. Un día, un bromista de la Legión Italiana izó una bandera tricolor sobre el cuartel general de Garibaldi, en la que se había escrito «Buenos días, cardenal Oudinot». Esto y la expresión «soldado del papa» eran los peores insultos con los que se esperaba ofender a los franceses.

Manara fue nombrado jefe del Estado Mayor de la división de Garibaldi. Lo primero que hizo fue construir polvorines protegidos por las murallas, organizar los equipos de ambulancias y mejorar en lo posible las fortificaciones.

Los ciudadanos civiles que acudían a prestar sus servicios fueron divididos en lo que se llamó las «Patrullas de las Siete Colinas». Su misión era encargarse de todo aquello que exigiera un desplazamiento, con el fin de limitar el movimiento de tropas al mínimo. También se echó mano de los niños para llevar mensajes, transportar municiones y recuperar bombas (el gobierno pagaba dieciséis *baiocchi*, por cada proyectil francés que no explotase, con lo que los muchachos se tiraban encima de las granadas encendidas como kamikazes, con la única protección de unos trapos húmedos o barro).

Muchas mujeres prefirieron permanecer junto a sus hombres, y contribuyeron a su manera a la defensa de la ciudad. Transportaban municiones, cargaban rifles, se alistaban como vivanderas o zapadoras, o incluso como artilleras. Colomba Antonietti, zapadora, murió en el parapeto del baluarte trece, después de haber combatido junto a su marido en todas las batallas de la República romana.

El bombardeo ininterrumpido y el fuego de los francotiradores empezó a hacer mella hasta en los nervios más acerados. Los oficiales garibaldinos acusaron al coronel de ingenieros Amadei de no haber hecho trincheras suficientes para la defensa de las posiciones más expuestas; Amadei replicó que los garibaldinos nunca le habían dado la suficiente cobertura para permitirle hacer su trabajo adecuadamente. El general Rosselli acusó a los cuerpos de voluntarios de mal comportamiento con las tropas regulares, pero nunca les relevó de su misión, por lo que tuvieron que soportar sin interrupción alguna lo más duro de los ataques enemigos. Garibaldi hizo arrestar a un oficial por insubordinación; se acusó abiertamente a Rosselli de incompetencia, y había constantes rumores de traición.

Lo cierto es que los franceses ya habían ganado la guerra, pero los republicanos (que durante los dos meses no habían tenido tiempo ni de lavarse la pólvora de la cara) no lo querían admitir. Había espías por todas partes; era casi imposible dormir debido a los bombardeos, que se prolongaban durante toda la noche. Además, el número de combatientes había disminuido de manera muy alarmante: aunque muchos de los heridos habían regresado a las murallas, el número de muertos había sido enorme.

Los cañones franceses habían abierto una brecha en la muralla, entre los baluartes seis y siete; en la noche del 21 de junio, un destacamento de tropas de elite, de seiscientos hombres, a cuyo mando se encontraba el coronel Wiel, se abrió paso por la brecha.

El Regimiento de la Unión, que debía estar guardándola, fue tomado por sorpresa y ofreció escasa resistencia. Cuando se ordenó a Garibaldi que recuperase la posición, éste se negó; hubiera sido un espectáculo magnífico, dijo, pero inútil.

Por aquel entonces la ciudad ya estaba muy desmoralizada y Ou-



dinot podría haberla ocupado con facilidad; prefirió, sin embargo, intensificar el bombardeo. Ocupó los baluartes seis y siete y levantó en ellos baterías, dirigidas sobre la ciudad. Al mismo tiempo incrementó la presión sobre Il Vascello, que seguía defendiendo Medici.

El 28 de junio, las discusiones entre Garibaldi y Rosselli llegaron a un punto culminante, y Garibaldi presentó su dimisión, aunque Manara le convenció para que lo reconsiderara.

En la noche del 29 de junio, estalló una violenta tormenta. Sobre las dos de la madrugada, todas las baterías francesas comenzaron de nuevo a bombardear la ciudad, y mientras las bombas caían indiscriminadamente, los franceses tomaron el baluarte ocho.

En el día 30, por la mañana temprano, Garibaldi ordenó por fin a Medici que abandonase Il Vascello, donde había estado atrincherado durante veinticinco días, y se reuniese con Manara y con él. Tenían que formar la tercera línea de defensa dentro de las murallas; el corazón de la nueva posición defensiva era Villa Spada, defendida por los *bersaglieri* de Manara y por una batería suiza. Los franceses atacaron la villa y la tomaron, pero Manara contraatacó al instante y se la arrebató. Entonces los franceses la rodearon; Garibaldi cargó y los dispersó. Se siguieron una serie de escaramuzas, y durante toda la mañana los garibaldinos y los franceses combatieron duramente, sobre el Janículo, dentro de las murallas. El «Pino», la última batería que seguía en manos romanas, disparaba sin cesar. Con todos los ataques y contraataques, las pérdidas por ambos lados fueron tan altas que se hizo una tregua para que los dos ejércitos pudiesen recoger a sus muertos. Entre los que habían caído estaban Luciano Manara, el comandante de veinticuatro años de edad de los *bersaglieri* lombardos, y Andrés Aguyar. Mientras sus compañeros apartaban el cuerpo del teniente sudamericano, un niño pequeño con camisa roja seguía la camilla, llorando desconsoladamente y diciendo: «¡Andrés, Andrés!» Era Menotti, el hijo de Garibaldi, que sentía un gran afecto por Aguyar. El cadáver de Manara se transportó primero al Ospedale della Scala, y después a la iglesia de San Lorenzo; los miembros supervivientes de su ilustre cuerpo de *bersaglieri* le acompañaron. Aquella mañana había recibido carta de su mujer anunciándole el nacimiento de una hija.

En la lucha final, más de quinientos romanos perdieron la vida; los hechos heroicos se multiplicaron, ya que nadie quería sobrevivir a una derrota.

Las bombas francesas llovían desde Monte Parioli sobre el Pincio, Via di Ripetta y la plaza de España. En San Pietro in Montorio y en el «Pino» los garibaldinos lanzaban sus últimos ataques: «Gritando “viva l'Italia” y “vive la France” —escribe Vecchi—, los hombres se arrojaron unos encima de otros, apuñalando, matando con bayonetas y dagas.» Cuando perdían las armas, luchaban con las manos desnudas y arrojaban piedras o cualquier cosa que pudiese herir. El teniente de artillería Casini no abandonó su cañón sino después de que le partiesen la cabeza diez sables y de que le destrozasen la pierna con otros diez bayonetazos, según informaba la *Gazette médicale de Paris* de enero de 1850.

Se encontró muertos a muchos artilleros de los baluartes, tras el último ataque francés, agarrados a sus cañones. El teniente Tiburzi recibió diecisiete bayonetazos antes de caer; un artillero que había roto el sable defendió su posición con un cepillo de cañón, y cuando estaba ya destrozado, luchó con las manos desnudas hasta que finalmente murió acribillado por las bayonetas. Los tambores tiraban sus instrumentos de percusión, tomaban las armas de los caídos y se unían a la lucha. El cabo Parucco, de la segunda compañía del Segundo Regimiento de Granaderos, luchó con la culata de su rifle hasta que le clavaron a un muro con veintitrés bayonetas. El hedor de los cadáveres bajaba por la colina y llegaba a la ciudad. Garibaldi permaneció en medio del combate, golpeando con el sable. La lucha fue descendiendo del Janicolo al Trastevere, donde los soldados supervivientes se atrincheraron para la última resistencia en Ponte Sisto.

La Asamblea llamó a Garibaldi para pedirle su opinión acerca de si convenía seguir resistiendo. Llegó sangrando por varias heridas, con el sable retorcido y el uniforme hecho trizas. Su consejo fue que no se resistiese más. Dijo a los diputados que los franceses no se arriesgarían a entablar una batalla por las calles de la ciudad, sino que continuarían bombardeándola desde las colinas vecinas.

El 30 de junio de 1849 la Asamblea votó la rendición.

La delegación que se presentó ante Oudinot (que vestía traje de gala) colocó ante él, en silencio, el documento que contenía la resolución de la Asamblea y retrocedió unos pasos. La resolución decía: «En nombre de Dios y del Pueblo: la Asamblea Constitucional romana renuncia a una defensa que se ha hecho imposible y permanece en su sitio. Se encarga a los triunviros de que realicen el presente decreto.»

Oudinot se quedó perplejo ante esta lacónica resolución y preguntó las condiciones con las que esperaban capitular los romanos. Enrico Cernuschi, portavoz de la delegación, respondió: «Usted puede entrar en la ciudad y hacer lo que quiera; no queda nadie que pueda defender Roma.» Los franceses entraron en la ciudad, pero lo hicieron el día 3 de julio. La población los recibió con un silencio gélido, roto sólo por unos pocos insultos contra Pío IX y los invasores extranjeros. Los únicos que les dieron la bienvenida, clérigos y reaccionarios, fueron acuchillados sin que los soldados hicieran nada para salvarlos.

Garibaldi convocó a sus tropas en San Pedro y les dijo:

«La Fortuna, que hoy nos ha traicionado, mañana nos sonreirá. Abandono Roma. Quien desee proseguir la guerra contra el extranjero, que venga conmigo. No le ofrezco ni paga, ni alojamiento ni provisiones; le ofrezco hambre, sed, marchas forzadas, batallas y muerte.»

Cuatro mil hombres le siguieron; salieron por Porta San Giovanni a las cinco de la tarde del día 2 de julio de 1849. Dejaron tras ellos a tres mil quinientos muertos y heridos: ése fue el precio de un solo mes de defensa de la República romana.

El ejército que abandonó Roma estaba compuesto por los restos de los diferentes cuerpos: los *bersaglieri* de Manara y los de Pietramellara, el batallón de la Unión con sus túnicas marrones y los *speranzini*



con las camisas rojas y el ribete verde. La Legión Italiana había vuelto a vestir su gloriosa camisa roja el día 27 del mes anterior. La legión de la universidad, los Dragones y los Lanceros de Masina también estaban representados. Anita, embarazada de cinco meses, se había cortado el cabello y vestía el uniforme de la Legión: blusa, pantalones y botas. Llevaba una faja tricolor sobre el pecho y un sombrero gaucho con plumas en la cabeza, y portaba sable y pistola. Ugo Bassi también vestía una camisa roja, pero llevaba el sombrero tradicional de los sacerdotes y un crucifijo en el cuello, y portaba una bolsa con los vasos sagrados de misa.

La meta de Garibaldi era Venecia, que aún resistía el asedio austríaco. Los expertos han descrito la marcha hacia el norte como una obra maestra del arte militar. Las tropas tenían que cubrir más de ochocientos kilómetros, la mayor parte por terreno montañoso, con cuatro ejércitos enemigos acercándoseles: los austríacos que se dirigían al sur desde Ancona, los franceses, los españoles y los napolitanos, que les perseguían desde el sur. Garibaldi quiso eludirlos, primero dirigiéndose al este, hacia los Abruzos, y luego al norte, hacia Terni, donde se le unió la columna de Hugh Forbes, que había estado combatiendo a los *sanfediti* en aquella área. Luego pasó por Tostana, con una serie de maniobras que confundieron totalmente a los ejércitos perseguidores. Con los hombres debilitados por el hambre y el agotamiento, avanzaba por la noche cuando era posible para ocultar su paradero. Las poblaciones locales, temiendo represalias, solían estar poco dispuestas a ayudarles, e incluso algunas les cerraron las puertas. En Arezzo, donde esto sucedió, Garibaldi apenas pudo contener a sus irritados hombres para que no asaltasen la ciudad.

Las privaciones de la marcha y las constantes escaramuzas con el enemigo (en especial los austríacos, el más inexorable de los perseguidores de Garibaldi) redujeron aún más las filas de los garibaldinos. En aquellos momentos, la disciplina era algo del pasado. Muchas fueron las deserciones, y algunos grupos se convirtieron en asaltantes de caminos.

El 31 de julio el ejército llegó a San Marino, la diminuta y antigua república del norte de Italia. Quedaban mil quinientos hombres, enloquecidos por el constante viajar por las montañas. San Marino les ofreció hospitalidad, pero los austríacos rodearon este pequeño Estado y exigieron que los expulsaran.

Entonces Garibaldi disolvió oficialmente su fuerza, dando libertad a los hombres para que decidiesen su propia suerte. Por la noche, con doscientos cincuenta de sus seguidores más leales, se deslizó a través de las líneas austríacas y se dirigió a Cesenatico, en el Adriático, a donde llegó al día siguiente; una vez allí, se apoderó de trece pesqueros y partió hacia Venecia. En la noche del 2 de agosto, la flota austríaca los descubrió y abrió fuego contra ellos, capturando ocho barcos. Garibaldi, con los cinco restantes, consiguió llegar a la orilla cerca de Magnavaca; luego, buscaron refugio en los pantanos de Comacchio. Dividió a los hombres en dos grupos, para así eludir mejor a los austríacos; sin embargo, el grupo dirigido por Ugo Bassi fue capturado de inmediato y todos sus hombres ejecutados en el acto.

Con Garibaldi estaba Anita. Las mujeres de San Marino le habían pedido que se refugiase en la ciudad, pero había insistido en continuar. Lo único que aceptó de ellas fue un vestido de mujer, puesto que su estado ya no le permitía seguir vistiendo de hombre.

El grupo de Garibaldi vagó durante dos días por los pantanos, torturado por la sed y el miedo. Anita se encontraba en un estado lastimoso, con la cara lívida y el cuerpo hinchado. Pedía una y otra vez agua. «Paciencia, Anita, ten paciencia», le repetía su marido mecánicamente; no podía hacer otra cosa.

La tarde del día 4 de agosto, en una granja donde se habían refugiado, Anita murió. «José, los niños», fueron sus últimas palabras. Garibaldi no tuvo siquiera tiempo para enterrarla, con los austríacos pisándole los talones. Así murió la esposa del héroe, la primera heroína de los «camisas rojas».

Garibaldi y el comandante Culiolo cruzaron de nuevo los Apeninos en dirección opuesta. Les ayudaron unos patriotas que les dieron refugio y les llevaron sin peligro alguno hasta Génova. Allí fueron arrestados inmediatamente por las autoridades del Piamonte, pero tuvieron que ponerles en libertad ante las protestas de la prensa, con la condición de que abandonasen el reino. Antes de partir, Garibaldi visitó a su madre y a sus tres hijos en Niza. Luego se embarcó hacia Londres, y de allí a Nueva York. No regresaría hasta pasados diez años.

Los garibaldinos que fueron arrestados en San Marino o capturados en Magnavacca marcharon, escoltados por una división completa y bajo horribles condiciones, hasta Pietole, cerca de Mantua. No se les permitía detenerse por ninguna razón, y ante cualquier infracción de las reglas se apaleaba al transgresor.

El comandante austríaco había dicho que los garibaldinos eran «malas hierbas que hay que arrancar», y sus hombres le tomaron la palabra. Se ataba a las cureñas a los prisioneros que estaban demasiado débiles para caminar, y los que se caían eran arrastrados. Los hombres que sobrevivieron a la marcha fueron confinados en el terrible campo de prisioneros de Pietole; los barracones estaban medio anegados, y dormían sobre montones de paja que nunca se cambiaban. Las infecciones y las enfermedades encontraron muy poca resistencia en aquellos cuerpos, desgastados por más de un año de marchas y batallas. El que se rebelaba ante este tratamiento recibía como castigo cuarenta golpes de garrote; en su situación, muy pocos lo resistían. Muchos prisioneros pidieron ser fusilados, y su deseo se les concedió.

Este fue el fin de los supervivientes de la Primera Guerra de Independencia y de la República romana: desaparecieron en silencio, en Pietole. No es simple retórica imaginar que muchos fantasmas montarían guardia en el muelle, esperando el regreso de su jefe, que dirigiría a una nueva generación de «camisas rojas» cuando llegase el momento propicio.



## 4. Los «Cacciatori delle Alpi»

Los historiadores del *Risorgimento* denominan el periodo entre 1849 y 1859, año en que estalló la Segunda Guerra de la Independencia, la «década de preparación», denominación muy adecuada, ya que en esos años el Piamonte, el único Estado italiano que mantenía una constitución liberal tras la hecatombe de 1848-1849, se fortaleció política, económica, psicológica y militarmente para la guerra con Austria, que sabía inevitable.

El artífice de dicha preparación fue su primer ministro, Cavour; pero otros dos hombres le prepararon el trabajo defendiendo la Constitución contra todas las fuerzas, internas y externas, que buscaban su derogación: el rey Víctor Manuel II y el marqués Massimo d'Azeglio.

Tras la derrota de Novara, Carlos Alberto había abdicado en su hijo Víctor Manuel. Los liberales del Piamonte temieron que el nuevo rey se inclinase del lado de la reacción, que era la política oficial en muchos otros Estados italianos y europeos; el rey, sin embargo, se apresuró a hacer una proclama en la que afirmaba que sus objetivos eran «preservar nuestro honor nacional, cerrar las heridas del infortunio público y consolidar nuestras instituciones constitucionales». El rey, de veintinueve años de edad, subió al trono en un momento difícil: la derrota había sacudido el país, las arcas estatales estaban vacías y el pueblo se hallaba disgustado por el armisticio con Austria. Al mismo tiempo, las cancillerías de Europa y los conservadores locales le presionaban para que aboliese la temidísima Constitución liberal.

Personalmente Víctor Manuel no era un liberal, pero sabía que habían muerto muchos hombres por esa Constitución y no podía tomar tales muertes a la ligera. Como hombre de palabra, recibió el sobrenombre de «Rey Caballero». Reverenciaba el concepto de la monarquía, pero a veces decía a aquellos de sus cortesanos que se mostraban excesivamente obsequiosos: «¡Déjate de Su Majestad! ¡Llámame Monsú Saboya!» Hablaba y se comportaba más como un mozo de cuadra que como un monarca, y prefería con mucho los cuarteles al escritorio. No obstante, nadie se hubiera atrevido a faltarla el respeto; era muy consciente de que descendía de una casa real cuyos orígenes se perdían en el tiempo.

La reina Victoria, que le conoció muy bien durante su visita a Inglaterra, hizo un acertado retrato de su carácter:

«... A pesar de todas las provocaciones austríacas para irritarle y hacer que abandone su Constitución, permanece firme, mantiene su pa-

labra y es el único rey que se mantiene fiel a las promesas hechas en 1848... Hay en él una total ausencia del cinismo, y no sabría representar una farsa; es de una naturaleza franca y simple, carente del más mínimo refinamiento o blandura, pero le gusta que le hablen con la misma franqueza que él utiliza.»

El otro defensor de la Constitución de Piamonte era, como ya se ha dicho, D'Azeglio. Este patriota había servido como voluntario en la Primera Guerra de la Independencia y había sido herido gravemente en la batalla de Vicenza. En 1849, Víctor Manuel le llamó para que encabezase el gobierno. Su primera tarea fue supervisar las conferencias de paz con Austria; aunque D'Azeglio no tenía de hecho ninguna experiencia política, de tal calibre eran sus habilidades naturales que salió de las negociaciones mucho más que victorioso. Los austríacos, cuyos ejércitos aún acampaban en territorios del Piamonte, exigían la derogación de la Constitución y una indemnización de doscientos millones de francos. D'Azeglio replicó que la Constitución no se aboliría nunca y que solamente pagaría setenta y cinco millones y nada más. Exigía a su vez que los austríacos retirasen las tropas del Piamonte y que se otorgase la amnistía a todos los ciudadanos lombardos que se hubieran comprometido en la revolución.

Cuando sus bienintencionados amigos le aconsejaron prudencia e, incluso, algo de humildad, D'Azeglio replicó: «Puede que tenga que ceder porque soy pequeño, pero nunca pediré perdón porque tengo la razón.» Gracias a su tenacidad, y también a una revuelta en Hungría que presentaba un grave problema interno para el Imperio austríaco, no tuvo que ceder: los austríacos accedieron a todas sus condiciones.

De esta forma el Piamonte se convirtió en la excepción en una Europa donde la reacción y la represión eran la norma. Pronto se hizo lugar de peregrinaje no sólo para los italianos, sino también para todos los europeos que luchaban contra los regímenes conservadores; como dijo Palmerston, constituía «el faro de Europa».

En 1850, entró en el gobierno de D'Azeglio el hombre clave de la «década de preparación»: Camilo Benson, conde Cavour.

Cavour había nacido en Turín, en 1810. Culturalmente, era más europeo que italiano. Tras un breve periodo durante el cual sirvió en la marina de Cerdeña, viajó por Europa observando los aspectos técnicos y comerciales de la revolución industrial, que por entonces estaba transformando el continente, y estudió con gran atención los sistemas parlamentarios de Francia e Inglaterra. Durante esta época desarrolló su pasión por la política, no como un fin por sí mismo, sino como medio para alcanzar la unidad de Italia.

En 1848 fue elegido diputado para el Parlamento del Piamonte. De forma inmediata se le reconoció su don especial, muy raro en Italia, para tratar los problemas de forma práctica y sin vacía retórica. Cínico por naturaleza, apoyó unas veces a la derecha y otras a la izquierda a fin de conseguir que se aprobasen unas leyes que él consideraba útiles. Logró introducir una espía, la condesa de Castiglione, en el lecho de Napoleón III. Durante la guerra de 1859 no dudó en firmar una ley que, de



hecho, no había sido aprobada por el Parlamento, para obtener el crédito necesario. Procuró que el Piamonte alcanzara el nivel de industrialización de Europa. Era el hombre adecuado para forjar la unidad de Italia.

Después de haber sido ministro de Agricultura, de Marina y de Finanzas, se convirtió en primer ministro el día 4 de noviembre de 1852; se mantendría en dicho cargo, casi sin interrupción, hasta su muerte, acaecida diez años más tarde. Comprendió enseguida que las verdaderas razones del fracaso de la Primera Guerra de la Independencia habían sido la discordia entre las fuerzas republicanas y monárquicas, el aislamiento político y la inferioridad militar con respecto a Austria. Por tanto, decidió apadrinar un consenso nacional mediante la reconciliación de los círculos republicanos con la monarquía piemontesa. Su política exterior se centró en establecer alianzas con Inglaterra, el único Estado liberal del momento en Europa, y con Francia, considerado como un aliado potencial en cualquier guerra con Austria, la cual seguía siendo el principal obstáculo a cualquier alteración del *statu quo* en Italia.

El año 1854 estalló la guerra de Crimea, en la que Inglaterra, Francia y Turquía combatían contra Rusia. Los aliados intentaron que Austria se les uniese, pero ésta no deseaba comprometerse militarmente. El miedo que sentía a la expansión rusa por los Balcanes quedaba oscurecido por el temor a que el Piamonte (que de nuevo poseía un ejército moderno y eficaz) aprovechara la situación y atacase por el frente italiano: Austria sabía que si el Piamonte se movilizaba contra ella, el resto de Italia se alzaría en armas. Como, por su parte, los aliados no podían hacer nada sin el apoyo austríaco, decidieron presentar al Piamonte un ultimátum: tenía que enviar una fuerza expedicionaria a Crimea.

En Turín, donde toda interferencia extranjera siempre sentaba terriblemente mal, estalló el escándalo; pero Cavour le devolvió la pelota a la corte aliada: el Piamonte enviaría una fuerza expedicionaria de quince mil hombres, aunque no como mercenarios (como preferían los franceses y los británicos) sino a cargo del Estado y como parte integral de las fuerzas aliadas. La única condición era que cuando se llegase a las negociaciones de paz, la cuestión italiana debía estar entre los puntos de discusión. Para Cavour fue una gran victoria política haber obtenido que su diminuto país ocupara un lugar entre las grandes potencias europeas.

La guerra finalizó con la caída de Sebastopol en septiembre de 1855; la conferencia de paz se abrió en París el día 25 de febrero 1856. Se dedicó una sesión especial a la cuestión italiana y Cavour consiguió obtener un fuerte apoyo, no sólo de los británicos y los franceses, sino también, y aprovechando su encono hacia los austríacos, el de los rusos. El ministro británico Claredon pronunció una terrible diatriba contra el papa y los Borbones de Nápoles, que molestó bastante a sus protectores, los austríacos, y el propio Napoleón III cayó en la trampa hábilmente preparada por el Piamonte. Sabiendo perfectamente que estaba deseoso de restablecer la hegemonía diplomática de su nación sobre Europa, el astuto Cavour le insinuó que Francia podría algún día suplantar

a Austria como la fuerza dominante en Italia. Desde ese momento, y a pesar de la sorpresa y las dudas iniciales, el emperador sería un aliado del Piamonte.

El 24 de enero de 1859, Francia y el Piamonte firmaron una alianza militar que establecía que, en el caso de un «ataque» austríaco contra este último, Francia lucharía en el lado piemontés para liberar la Lombardía y el Véneto.

Cavour provocó el *casus belli*. En la inauguración del Parlamento, el día 10 de enero, Víctor Manuel II había pronunciado una frase decisiva: «... No estamos sordos a los gritos de dolor que nos llegan desde todas partes de Italia.» Esas palabras fueron rápidamente conocidas en toda la península, e inmediatamente empezaron a partir voluntarios hacia el Piamonte. Antes del 20 de marzo llegaron veinte mil, y a finales de junio el número superaba los cuarenta mil, a los que se incorporó también el ejército de Cerdeña. Las cancillerías de Europa presentaron toda clase de soluciones confiando evitar la guerra, pero el 23 de abril Austria hizo público un ultimátum: el Piamonte se tenía que desarmar y licenciar a los voluntarios en un plazo de tres días. Cavour no cabía en sí de alegría; rechazó el ultimátum y se declaró la guerra.

El 26 de abril los austríacos avanzaron sobre el Piamonte con cinco cuerpos de ejército: ciento veinte mil hombres y cuatrocientos cañones. Inexplicablemente, sin embargo, se movieron muy despacio y al hacerlo perdieron la oportunidad de conseguir una victoria importante, ya que los piemonteses, antes de la llegada de los franceses, sólo tenían sesenta mil hombres. Hasta el día 29 de abril no dio el general Gyulai, comandante del ejército austríaco en el frente italiano, la orden de cruzar el Ticino, río que separa el Piamonte de la Lombardía. Los piemonteses obstruyeron la maniobra del enemigo inundando la llanura de Lomellina así como las tierras bajas que rodean Novara.

Mientras el ejército sardo permanecía a la defensiva, el hombre a quien se conocía como el «héroe de los dos Mundos» lanzó un ataque sobre los austríacos con su legión, los *Cacciatori delle Alpi*. Los primeros enfrentamientos tuvieron lugar cerca de Casale.

Tras su salida de Italia en 1849, Garibaldi, al igual que muchos camaradas suyos, intentó comenzar una nueva vida como civil. Llegó a Estados Unidos el 30 de julio de 1850; la ciudad de Nueva York le ofreció honores públicos y una pensión, pero los rechazó. En cambio, encontró trabajo en una fábrica de velas, propiedad de un italiano llamado Meucci. Pero le resultaba imposible llevar una vida tan tranquila, por lo que, tras conseguir la ciudadanía americana, volvió al mar. Entre 1851 y 1854 estuvo viajando a China, Australia y América del Sur. En febrero de 1854 se prometió, en Londres, con una dama inglesa llamada Emma Roberts; no obstante, el compromiso no duró: Garibaldi consideraba que Emma era demasiado frívola y deploraba su costumbre de trasnochar.

Este, sin duda alguna, fue uno de los periodos más amargos de la vida de Garibaldi. Estando en Roma, había mostrado su desacuerdo con Mazzini; en Londres la ruptura se hizo irreparable. Su familia estaba dispersa: Menotti, en una escuela militar en Niza; Ricciotti, en un colegio



de Inglaterra, y Teresita vivía con unos amigos. Sus propios amigos parecían más interesados por el mítico Garibaldi que por el hombre que era entonces. Y la misma cuestión italiana parecía algo remoto. Sin embargo, anhelaba regresar a casa y reunir a su familia de nuevo. Pidió al gobierno del Piamonte autorización para entrar en Italia, lo cual se le concedió a condición de que no provocase problemas. Tenía tal reputación que una palabra suya podía sembrar el pánico entre los poderes europeos, y eso no era compatible con las sutilezas propias de la diplomacia de Cavour.

Regresó a Niza en mayo de 1854. Unos meses más tarde, en noviembre, compró con sus ahorros y una pequeña herencia de un hermano muerto la mitad de la isla de Caprera, a la altura de la punta norte de Cerdeña; en 1865 unos amigos ingleses le regalarían la otra mitad. Se instaló allí, tras una nueva estancia en Londres, en enero de 1857, y se construyó una casa al estilo sudamericano: una planta y tejado plano. La edificó con sus propias manos, aconsejado por un ex sacerdote llamado Gusmaroli, quien le trataba con cierto desdén a causa de sus escasos talentos como albañil. Pasaba el tiempo pescando, cuidando a sus animales y cultivando las hortalizas que, con típica tozudez, había conseguido aclimatar a aquella masa de granito, más apropiada para cabras que para huertos.

Caprera se convirtió en una especie de «Gran Hotel». Constantemente llegaban políticos de todas las naciones, así como exiliados y aventureros con los más descabellados planes. Recibía toneladas de cartas de una gran variedad de admiradoras, entre las que estaban las de Emma Roberts (tal vez, aún con esperanzas) y Jessie White, otra inglesa que más tarde se casaría con el «camisa roja» Alberto Mario y escribiría la historia de los garibaldinos, para los que había servido como enfermera. La condesa Maria Espérance von Schwartz le escribió en un intento desesperado por conseguir sus memorias para publicarlas. Otras de sus corresponsales fueron la duquesa de Sutherland, la señora Seely y la famosa Florence Nightingale.

Desde Caprera, Garibaldi estableció de nuevo contactos con el movimiento liberal, particularmente con el llamado Grupo de Génova. Este grupo estaba formado, sobre todo, por antiguos garibaldinos que habían abandonado el republicanismo y se habían adherido al programa de la Sociedad Nacional, asociación que concebía la unidad italiana con un sistema monárquico. Uno de los fundadores de la Sociedad Nacional, el marqués Giorgio Pallavicino Trivulzio, había sido explícito: «Lo que necesitamos son armas, no la cháchara de Mazzini. El Piamonte tiene soldados y cañones, por tanto, soy piamontés. Hoy el Piamonte es monárquico por tradición y por inteligencia, y está en guardia; por lo tanto, no soy republicano.» La lógica de este alegato parecía impecable, y Garibaldi se unió a la Sociedad Nacional. Cuando esto ocurrió, hasta el más fanático de los republicanos italianos se había convertido al principio monárquico.

Durante 1858 Garibaldi se estuvo reuniendo con Cavour en secreto. En febrero de 1859 se le convocó a Turín y fue nombrado general

de división. No comprendió (o hizo como que no se daba cuenta) que su nombramiento no se debía a su capacidad militar; sencillamente era una forma de asimilar a un héroe popular, cuyo solo nombre bastaba para alistar a numerosos voluntarios en el ejército regular. (Napoleón III había vetado el empleo de tropas irregulares.)

Se puso a Garibaldi al frente de los *Cacciatori delle Alpi* (cazadores alpinos), cuerpo que se creó en aquel momento. De acuerdo con los propósitos de los políticos, no tendría más de tres mil hombres y no incluiría caballería, artillería ni tropas de apoyo o auxiliares. Tan sólo se le asignaron los voluntarios que no se quería en otros cuerpos: aquellos que eran demasiado jóvenes o demasiado viejos, o que no eran aptos físicamente, a pesar de que la mayoría de los voluntarios había ido al Piamonte con la expresa intención de luchar bajo el mando de Garibaldi. Esta no fue la única humillación que tuvieron que soportar los garibaldinos. El general La Marmora, ministro de la Guerra, se negó a reconocer a los oficiales del cuerpo, por lo que Cavour lo adscribió al Ministerio del Interior y firmó personalmente las órdenes. Además, muchos oficiales y clases de tropa tuvieron que aceptar rangos inferiores a los que ya obtuvieron en el campo de batalla en 1848-1849. Lo peor de todo fue que se prohibió la camisa roja; todos tenían que llevar el uniforme piamontés. Hasta Garibaldi tuvo que utilizar un gorro recamado, aunque en cuanto salía de la ciudad lo sustituía por su famoso sombrero gaucho.

Los uniformes llegaban con cuentagotas y apenas había alguno completo, pero aun así los soldados tenían que observar las rígidas regulaciones del ejército piamontés. Todos ellos, incluido Garibaldi, tuvieron que afeitarse la barba y cortarse el cabello. A los oficiales ni siquiera se les dio caballos, de modo que Garibaldi marchó a la campaña sobre su Zani, un caballito negro más propio de una dama que de un soldado.

A los soldados se les entregó sobretodos azules con solapas verdes, chaquetas azules sin solapas y pantalones de varios colores: azul oscuro, azul y pardo para el traje de faena piamontés. El gorro era azul oscuro con una banda verde. Los oficiales llevaban guerreras de paño azul oscuro con solapas verdes, gorros del mismo color y pantalones azules con bandas verdes. Para diferenciarlos de los «caballeros oficiales» del ejército regular, las insignias —unos emblemas dorados— las llevaban en las mangas en lugar de en las hombreras. Dicha distinción se les impuso en 1859, pero los oficiales garibaldinos siguieron llevándolas después con orgullo. Los uniformes de los oficiales también llegaron tarde, y los que no se pudieron hacer uno a la medida partieron a la campaña vistiendo el sobretodo de los soldados.

El trato que Garibaldi recibió de manos de las autoridades no fue, por tanto, el que hubiera deseado. Pero podía contar, por lo menos, con el apoyo de hombres cuya experiencia era valiosa, ya que entre los que se unieron estaban Medici, Sacchi, el cirujano Bertani, Bixio, Cadolini y Guglielmo Cenni. Todos ellos eran veteranos de la campaña de 1848 y de la República romana, y los dos primeros eran «sudamericanos».



Se les unió un nuevo recluta, Enrico Cosenz, el cual se distinguiría por su capacidad técnica y militar. Cosenz nació en Gaeta, en 1820. Había servido en el ejército napolitano, pero en 1848 se había pasado al lado republicano y se convirtió en una de las figuras clave en la defensa de Venecia. Fue uno de los generales más extraordinarios de Garibaldi. A pesar de ser sureño era taciturno y flemático; le faltaba la autoridad de Medici y la fuerza de voluntad optimista de Bixio. Para él, la guerra era una ciencia exacta que no admitía términos medios, y se decía que prefería una derrota bien planeada a una victoria al azar. Resulta, pues, chocante encontrarle entre los garibaldinos, hombres que debían todos sus éxitos a la capacidad de convertir el caos total en una ventaja.

Como siempre, entre los voluntarios garibaldinos se encontraban representadas todas las clases sociales: trabajadores, campesinos y muchos profesionales, en especial abogados. En una ocasión, Medici tuvo problemas para elegir a un cabo, ya que los cuatro candidatos al puesto eran abogados. Había bastantes doctores y cirujanos, por lo que el cuerpo médico era de primera clase. También había arquitectos, pintores, poetas y actores; en los descansos se podía oír a un voluntario declamar los poemas compuestos por algún compañero, o ver a otros dibujando planos o bosquejando paisajes.

Entre los voluntarios destacaban los cinco hermanos Cairoli: Benedetto, Ernesto, Enrico, Giovanni y Luigi. Su madre, una milanese llamada Adelaida, les había inculcado desde la infancia un profundo amor a la patria. Tan grande era su deseo de que participasen en la lucha por la independencia nacional, que les había acompañado cuando se alistaron en 1848 y lo repetía ahora en 1859. Desde ese momento fueron garibaldinos. Sólo Benedetto sobreviviría a las guerras de la independencia, y llegó a ser primer ministro de Italia. Ernesto moriría en Varese, en 1859; Luigi, en la expedición de los Mil, y Enrico y Giovanni, en Villa Glori, durante la fatal campaña de 1867.

Se dividió a los tres mil hombres en un estado mayor general y en tres regimientos de dos batallones cada uno, dirigidos por Cosenz, Medici y Arduino. Ya empezada la ofensiva, se les unieron unos cincuenta «guías montados», que llevaban sus propios uniformes y caballos. Estos guías se convertirían en la clásica caballería de los «camisas rojas» en el resto de las campañas garibaldinas, aunque luego se les complementaría con húsares y otras formas de caballería ligera especializada.

Entre los guías se encontraban unos cuantos hombres que dejarían huella en la historia garibaldina. Su creador fue Francisco Simonetta, quien demostraría ser el oficial más valiente y enérgico de la campaña de 1859. Pronto abandonaría el cuerpo debido a nombramientos de responsabilidad aún mayor, y lo encontraremos dirigiendo una brigada en la expedición de los Mil. Le sustituiría Giuseppe Missori Torriani, quien ya había luchado con dieciséis años de edad en la guerra de 1848, y que permanecería al mando de los guías hasta su jubilación, en 1867.

También se presentaron cincuenta y seis genoveses, autodenominados *carabinieri*, a las órdenes de Antonio Mosto: eran miembros de una asociación de tiro al blanco, y se habían entrenado durante años

con el modelo de 1851 de las carabinas suizas federales. Podían realizar milagros con esta arma, y eran con mucho los tiradores mejor entrenados y equipados de todos los ejércitos. Desde entonces los *carabinieri* genoveses desempeñarían un papel esencial en todas las campañas garibaldinas; a veces se les llamaba también *bersaglieri*, aunque no hay que confundirlos con los *bersaglieri* piemonteses.

El flujo de voluntarios continuó mucho después del inicio de la campaña; se crearon dos regimientos más, y con el tiempo cada regimiento estuvo compuesto por cuatro batallones. En el curso de la campaña se unirían a los cinco regimientos los siguientes grupos: tres compañías de *bersaglieri*, un batallón de *bersaglieri valtellinesi* (es decir, de la Valtellina, valle alpino de la Lombardía), un batallón de jóvenes, una batería de artillería y una compañía de ingenieros. El flanco izquierdo de la ofensiva franco-piemontesa se le asignó a los garibaldinos como teatro de operaciones.

El día 16 de mayo de 1859 fueron en tren hasta Biella. Allí Garibaldi (a quien habían dicho que actuara según su propio criterio) les ordenó que dejaran todo lo que les pudiera retrasar en la marcha, cosas como las mochilas, las camas de los oficiales, las tiendas y el equipo de acampada: los quería totalmente móviles y siempre dispuestos para esos movimientos sorpresa con los que acostumbrada a burlar al enemigo.

El 21 de mayo cruzaron el Ticino, y el 23 entraron en Varese, azotados por una furiosa tormenta (el mal tiempo les acompañaría durante toda la campaña). Los ciudadanos les abrieron las puertas y ayudaron a los soldados a secarse, pero nadie había pensado en Garibaldi, quien no hubiera recibido ni una taza de caldo caliente a no ser por un pobre sacerdote, de nombre Della Valle, que le dio cobijo.

En la mañana del 24 de mayo llegó un mensaje comunicándoles que el vicemariscal austríaco Urban, a quien se le había asignado el mismo teatro de operaciones, marchaba sobre Varese con seis mil soldados de infantería, dos mil de caballería y ocho cañones. Inmediatamente los garibaldinos empezaron a preparar la defensa de la ciudad, levantaron barricadas, abrieron troneras en los muros y fortificaron posiciones.

A las dos de la madrugada del día 26 de mayo, tres cohetes enemigos cruzaron el cielo. Era la señal para el inicio de la batalla. Los austríacos intentaron tomar el emplazamiento en Biuno Inferiore, al sur de la ciudad, pero retrocedieron ante una carga con bayoneta dirigida por el capitán Suzini. No mucho después lo intentaron de nuevo; esta vez Sacchi acudió en ayuda de Suzini y, tras un violento combate, rechazaron de nuevo a los austríacos.

Tras bombardear el emplazamiento con dos cañones y abrir una gran brecha, atacaron por tercera vez. Medici, que había llegado entre tanto al lugar, ordenó a sus hombres que se tumbasen y no devolvieran el fuego. Cosenz también apareció con su regimiento y se situó a la derecha de la línea de ataque austríaca. Cuando estos vieron que no contestaban a su fuego, creyeron que habían abandonado el lugar y se dispusieron a ocuparlo. Medici y Cosenz les atraparon mediante un fuego cruzado y tuvieron que retirarse de nuevo.



Mientras tanto, Garibaldi había salido de la ciudad con cuatro compañías y había rodeado el flanco izquierdo del enemigo. En este momento atacó con ímpetu y le obligó a replegarse hasta los altos de Belforte, a un kilómetro de la ciudad. Entonces Garibaldi, Cosenz y Medici unieron las fuerzas y volvieron a atacar. Los austríacos abandonaron la posición y trataron de atrincherarse de nuevo en Malnate, pero Garibaldi siguió cargando y acabó poniéndoles en fuga. Para el mediodía todo había acabado. Urban se había retirado completamente y los garibaldinos volvieron a entrar en Varese.

En la mañana del 27 de mayo se pusieron en marcha hacia Como; pero para llegar a esta ciudad tenían que pasar un emplazamiento austríaco situado en San Fermo. Este pueblo se encuentra en la ladera de una empinada colina, desde la que se domina el camino a Como. Los austríacos tenían seis mil hombres estacionados allí, y una fuerza de reserva de otros siete mil en el mismo Como. En previsión de un ataque, habían abierto numerosas troneras en las murallas de la población y apostaron tiradores en la torre de la iglesia. Además habían situado tropas en semicírculo al pie de la colina, bloqueando el camino.

A las cinco de la tarde, Garibaldi ordenó al capitán Di Cristoforis que atacase San Fermo con la Tercera Compañía del Segundo Regimiento. Di Cristoforis obedeció, pero fue recibido por una descarga tan densa de fuego que murieron once soldados y todos los oficiales. Urban se sentía seguro, y era lógico: tenía el control del camino y las colinas que le rodeaban eran un obstáculo insuperable para cualquier avance italiano. Pero no sabía que Garibaldi estaba intentando lo imposible; en efecto, mientras la compañía de Di Cristoforis realizaba su carga suicida, la mayor parte de los garibaldinos estaban trepando como cabras por la ladera para alcanzar la parte opuesta del pueblo. De esta forma, consiguieron tomar por sorpresa a los austríacos, cuya retaguardia se refugió dentro de las murallas. Al principio, la lucha se entabló casa por casa, y los garibaldinos hubieron de enfrentarse a los expertos tiradores tirolese; luego, gradualmente, se fue desalojando a los austríacos, que fueron perseguidos ladera abajo. A las siete en punto, un toque de corneta dio la señal para el ataque final, comandado por Garibaldi, Medici y Cosenz. Los austríacos retrocedieron hasta Borgo Vico, aldea cercana a Como.

De nuevo en orden de marcha, aunque esta vez precedidos por los *carabinieri* genoveses (quienes ya habían intercambiado disparos con los tirolese), los *Cacciatori delle Alpi* avanzaron hacia Borgo Vico, preparándose para otro encuentro con los austríacos. Sin embargo, éstos se habían ido: habían abandonado Como. Los italianos entraron en la ciudad a las nueve de la noche, siendo recibidos con tanto entusiasmo como en Varese.

La guerra tal y como la realizaban Garibaldi y Urban era una competición de maniobras en la que no se hacía necesaria la ocupación permanente de las ciudades. La historia todavía no ha hecho justicia al valiente pero infortunado general austríaco, quien sin duda alguna fue el adversario más capaz que Garibaldi nunca tuviera. Urban comprendía

la psicología de Garibaldi e incluso llegó a adoptar sus tácticas. Desgraciadamente le faltaba un elemento crucial con el que Garibaldi sí contaba: el apoyo de la población.

Aunque no era necesario que los garibaldinos mantuviesen las posiciones que habían conquistado, sí tenían que guardarse de ataques por la retaguardia. En este aspecto, las fuerzas enemigas situadas en Laveno constituían una amenaza. Laveno es una pequeña población a orillas del lago Mayor, cerca de la frontera suiza. Allí, los austríacos se habían instalado en tres fortalezas: Forte Nord, Forte Cerro y Forte Castello, defendidas por dieciséis cañones y un firme sistema de murallas, fosos y trincheras, además de varias pequeñas lanchas cañoneras en el lago.

En la noche del 30 de mayo, bajo una lluvia torrencial, Simonetta y Bixio intentaron capturar las lanchas mientras los capitanes Landi y Bronzetti, con dos compañías del Primer Regimiento, avanzaban sobre Forte Castello, piedra angular de las defensas de Laveno. Pero los austríacos les descubrieron y les hicieron retroceder con disparos de fusil. A las cuatro de la madrugada, Landi atacó de nuevo; Bronzetti tenía que atacar a la vez desde la dirección opuesta, pero se había perdido en los bosques. La compañía de Landi consiguió tomar los cañones que rodeaban la fortaleza, y se preparaba para asaltar el acorazado camino de entrada. Pero Bixio y Simonetta habían fracasado en su misión, y las lanchas austríacas estuvieron acibillando a los hombres de Landi hasta que retrocedieron.

Urban, que mientras tanto había reorganizado a sus propias fuerzas (ya tenía a su mando catorce mil hombres) marchó sobre Varese ocupándolo en la tarde del 31 de mayo. Los garibaldinos, que no habían conseguido ocupar Laveno, retrocedieron hasta Como antes de correr el riesgo de ser atrapados entre Varese y las fortalezas. Mientras tanto, la Cuarta División piemontesa, al mando del general Cialdini, había vencido en los austríacos en Palestro y Vinzaglio. El 1 de junio el ejército franco-piamontés volvió a arrebatarse Novara a los austríacos y cruzó el Ticino. Urban debía haber protegido el flanco derecho de su ejército, pero temía un ataque por la retaguardia por parte de Garibaldi y se quedó atrincherado en Varese. Viendo el peligro que corría de ser aplastado entre el ejército franco-piamontés que había cruzado el ticino, y los *Cacciatori delle Alpi* no tuvo más elección que retirarse.

Garibaldi le persiguió implacablemente; el 6 de junio los *cacciatori* tomaron Lecco y en el 8 llegaron a Bérgamo y allí descubrieron que los austríacos habían huido. En ese momento, se recibió un telegrama del mando austríaco en Verona: «No abandonen la posición.» Garibaldi respondió: «Llegada Garibaldini inminente. Envíen refuerzos.» Los austríacos, ignorando que Bérgamo ya había caído, telegrafaron: «Refuerzos enviados inmediatamente.» Sólo se enviaron mil quinientos soldados, pero cuando llegaron a la estación de Seriate los *cacciatori* les estaban esperando.

Durante este tiempo, las filas garibaldinas habían estado creciendo de forma alarmante. Oficialmente sumaban diez mil hombres, pero esta cifra seguramente es demasiado baja. Ni siquiera el perspicaz Cosenz



era capaz de determinar el número de los nuevos reclutas ni de dónde habían salido. Entre los voluntarios había, junto a los auténticos patriotas, criminales y ex colaboradores. Muchos de ellos se dedicaron a requisar alojamiento, vituallas, vestimentas y caballos, por los que firmaban recibos falsos. Otros se dedicaron a robar: hasta las pistolas de Garibaldi desaparecieron. Los oficiales tuvieron que utilizar métodos violentos para detener todos estos abusos. En el caos, los héroes se mezclan con los canallas y los idealistas con aprovechados.

Entre los recién llegados había un selecto grupo de oficiales de la legión húngara, dirigidos por tres coroneles: István Türr, Lajos Tüköry y Sándor Téléki. Al alistarse en el ejército piemontés se les asignó al Estado Mayor de los *Cacciatori delle Alpi*. Todos ellos habían dirigido el movimiento de liberación húngaro: desde entonces estarían unidos a la causa garibaldina. Téléki se convertiría en general de brigada de caballería; Türr y Tüköry tomarían parte de la expedición de los Mil; de hecho, Türr llegaría a ser general de división y el principal oficial de logística de los Mil, y más tarde, del Ejército del Sur. Mancharía su reputación en Caiazzo al ordenar un ataque sin sentido que casi provocó el final desastroso para la expedición entera.

Garibaldi tomó Brescia el 13 de junio. Luego los generales piemonteses le ordenaron que atacase Tre Ponti, defendida por doscientos mil austríacos. Sin saber muy bien en lo que se metía, el 15 de junio atacó; los garibaldinos recibieron una fuerte paliza. Garibaldi estaba furioso por las insensatas órdenes que había recibido y exclamó: «¡Querían reírse de nosotros, pero han llegado a unos extremos muy trágicos!» Lo que los generales realmente querían era asegurarse de que la campaña de 1859 no fuera una serie ininterrumpida de victorias para los garibaldinos.

La batalla discurrió como sigue. Acercándose a la posición austríaca, el Primer Regimiento se encontró bajo un denso fuego de la vanguardia enemiga. Cosenz llegó a la escena, comprendió que estaban frente a la división completa de Urban e intentó desesperadamente replegarse. Es seguro que hubiera sido aniquilado si Garibaldi no hubiera cubierto su retirada. El día estuvo señalado por magníficos, aunque inútiles, hechos de valor. Por ejemplo, Türr dirigió una carga por el puente llamado de San Giacomo y recibió una herida en el brazo (estuvo a punto de que se lo amputasen); el capitán Bronzetti perdió un brazo, destrozado por balas enemigas, pero continuó animando a sus hombres hasta que, finalmente, un tiro le mató.

La victoria de Tre Ponti sería la única que Urban conocería, y no la aprovechó persiguiendo a los garibaldinos. Permitted que le rebasasen y que capturasen la ciudad de Salò en su retaguardia.

Tras Tre Ponti, se ordenó a los *Cacciatori delle Alpi* que guardasen el Passo dello Stelvio, un paso alpino por el que se temía llegasen refuerzos austríacos. Nada ocurrió; el aburrimiento de tan largo periodo de inactividad en las montañas sólo lo rompieron las noticias de las victorias franco-piemontesas en San Martino y Solferino (24 de junio de 1859) y de la paz de Villafranca (11 de julio). Estas dos feroces batallas habían tenido lugar simultáneamente y a pocos kilómetros de distancia;

los piemonteses ganaron en San Martino y los franceses en Solferino. A continuación, Napoleón III exigió que los austríacos aceptasen un armisticio, que se firmaría y que más tarde se convertía en una paz permanente.

Algunos creen que fue el horroroso espectáculo de las dos batallas (veintidós mil austríacos muertos y diecisiete mil franco-piemonteses) lo que hizo que Napoleón III terminase la guerra. Sus verdaderos motivos eran militares y políticos: los austríacos estaban atrincherados en el cuadrilátero, y desalojarlos sería muy difícil y costoso; Inglaterra estaba a favor de la causa italiana, pero no de una excesiva expansión francesa en el continente; Prusia aún seguía dudando, pero como miembro de la Confederación Alemana era de esperar que tarde o temprano entraría en guerra al lado de los austríacos.

En Francia las fuerzas católicas se oponían a la expulsión de los austríacos de Italia, ya que esto debilitaría el poder temporal del papa; conspiraban activamente contra la guerra. El pueblo francés estaba orgulloso de las victorias de sus ejércitos, pero empezaba a preguntarse qué ganaba Francia al luchar por la independencia italiana; además, los asuntos en Italia no progresaban como había confiado Napoleón III.

Según el acuerdo secreto entre Cavour y el emperador, una vez que se arrojase a los austríacos de Lombardovéneto, dicha región sería anexionada por el Piemonte. Francia, por su ayuda, recibiría la ciudad de Niza y la provincia de Saboya, mientras que los Estados de Italia central se amalgamarían bajo una sola monarquía con un gobernante bonapartista.

Pero cuando estos últimos depusieron a sus gobernantes, pidieron la anexión al Piemonte, dejando a Napoleón III que pusiera buena cara al mal tiempo. Como detalle de agradecimiento se le dio Niza y Saboya; además, al aceptar las condiciones de la Paz de Villafranca (que el Piemonte no tuvo más remedio que admitir), olvidó mantener su parte del acuerdo: el Véneto siguió en manos austríacas. En el Parlamento, Garibaldi pronunció una diatriba contra la cesión de su ciudad natal a Francia; pero era un *fait accompli*. En señal de protesta Garibaldi dimitió de su escaño en el Parlamento piemontés.

Cuando se firmó la paz, se disolvió a los *Cacciatori delle Alpi*; se necesitaba a Garibaldi en la Italia central, donde se estaba derrocando a los antiguos gobernantes, y muchos de sus veteranos le siguieron. Los que permanecieron en el ejército piemontés fueron reagrupados para formar la brigada «Alpi»: sus miembros siguen llevando hoy un pañuelo rojo en recuerdo de sus fundadores.

Una demanda popular llevó a Garibaldi a Italia central, para que se hiciese cargo de los ejércitos hasta su fusión con el Piemonte. Los fieles seguidores que le acompañaron esperaban alzarse en armas de nuevo contra Austria y por la liberación de los territorios que aún estaban bajo su égida. Pero los políticos, inquietos por lo que Garibaldi podía hacer, le colocaron a las órdenes del general Fanti. Este era un buen general que además tenía antecedentes liberales, pero ambos hombres eran incompatibles.



---

De hecho, en Florencia, Garibaldi se puso a enviar de inmediato proclamas a las regiones aún dominadas por Austria o el Papado, como Véneto, Marcas y Umbría. Además abrió una suscripción a fin de obtener fondos para un «millón de rifles», ante la consternación de las cancillerías de Europa, que ya tenían las manos ocupadas por los recientes cambios en Italia.

Cavour, temeroso de que algún impetuoso hecho de Garibaldi pudiese en peligro su precaria diplomacia en Italia, imploró al rey (el único piemontés al que Garibaldi escucharía) que le pidiese su dimisión y le exigiera que se callase. Garibaldi comprendió la situación y dimitió.

Los diplomáticos italianos estaban muy satisfechos con los resultados de la Segunda Guerra de la Independencia, que de hecho había sobrepasado sus esperanzas. Esperando a que el momento adecuado se presentase, empezaron a hacer planes para una expedición que, cuando se realizó, iba a ser casi un milagro.

## 5. La expedición de los Mil

Cuando en 1859 se hizo evidente que la guerra entre el Piamonte y Austria era inminente, los miembros sicilianos de la Sociedad Nacional hicieron lo poco que pudieron para involucrar a los Estados del sur de Italia en el conflicto. Pero esto no entraba en los proyectos de Cavour, de modo que en la Paz de Villafranca no se hizo mención alguna a ellos. Los sicilianos pusieron entonces todas sus esperanzas en Garibaldi, e intentaron convencerle para que invadiese la isla a la cabeza de un cuerpo de voluntarios.

Esto no era nada nuevo; el mismo Garibaldi había jugado con la idea de una campaña en Sicilia desde el momento en que regresó de América del Sur, pero siempre había terminado por rechazarla, incluso en ese momento lo dudó. Así, cuando un grupo de jóvenes sicilianos acudieron a él en septiembre de 1859 pidiendo ayuda, les replicó: «Si tienen una oportunidad razonable de éxito, rebélese. Si no, sigan trabajando.» El día 15 de marzo de 1860 escribió al liberal siciliano Rosolino Pilo: «Nunca me echo atrás ante una empresa, por muy peligrosa que sea. Pero no creo que este momento sea el adecuado para una revolución en ningún lugar de Italia.» Sin embargo, los sicilianos no abandonaban tan fácilmente su idea, y mientras esperaban a que Garibaldi cambiase de opinión siguieron planeando la rebelión. Francesco Crispi recorrió la isla entera, explorando las posibilidades revolucionarias.

Crispi había estado exiliado, primero en Malta y más tarde en Londres, desde la caída del gobierno provisional siciliano en 1849. En Londres se casó con Rosalie Montmasson de Saint-Jorioz, dama saboyana que le sería de gran ayuda en su trabajo. Hombre obstinado y perseverante (llegaría a ser primer ministro de Italia), Crispi fue el verdadero artífice de la expedición de los Mil: consiguió persuadir al reluctant Garibaldi.

Existían dos razones para la irresolución de Garibaldi: sus serias dudas sobre el resultado de la rebelión en Sicilia, y el que su propio gobierno le pidiese que no provocara problemas. Medici y Bixio habían visitado a Cavour para obtener su aprobación a una posible intervención en Sicilia, pero el primer ministro había reiterado su petición de que los garibaldinos no realizasen ninguna acción que pudiera interferir con sus propios planes diplomáticos. Medici se inclinaba a cooperar con Cavour, pero Bixio, Agostino Bertani y Türr, junto con Crispi y Rosolino Pilo, decidieron fabricar un *casus belli* con el que forzar la intervención de Garibaldi.



Se decidió que la insurrección comenzaría el día 4 de abril de 1860. La esposa de Crispi partió hacia Sicilia para preparar los necesarios comités revolucionarios locales. Rosolino Pilo y Giovanni Corrao, otro patriota siciliano, también zarparon con la intención de encargarse de las operaciones, pero el balandro en el que iban tuvo problemas y llegaron con una demora de cinco días.

El 4 de abril la revuelta estalló, tal y como se planeó, en Palermo y después en Messina y Catania. Las tropas realistas napolitanas, sin embargo, la aplastaron antes de que progresase más. Cuando Pilo llegó, lo único que pudieron hacer Corrao y él fue reunir a los rebeldes supervivientes y huir a las montañas.

Rosolino Pilo era muy realista y calculador. Sabía que la liberación de Sicilia sin Garibaldi era imposible. Por tanto, con el fin de incitar al general a la acción, envió una serie de comunicados al comité central de Génova en los que hacía una relación falsa de la insurrección: afirmaba que había tenido éxito y que él mismo estaba a punto de entrar en Catania al mando de una multitud de patriotas. En realidad, Corrao y él estaban siendo perseguidos por la policía napolitana de un extremo al otro de la isla; pero mientras huían, prendían la llama de la revolución entre la población local propagando la noticia: «¡Llega Garibaldi! ¡Llega Garibaldi!» Pilo, el «precursor», como le llamaría el general, moriría en combate con los napolitanos el 21 de mayo, cerca de Palermo.

El primer comunicado de la revuelta en Palermo, un despacho de la agencia de noticias *Stefani*, llegó a Génova al cuartel general de la Sociedad Nacional la noche del 6 de abril. Al momento se formó un comité de ayuda; Bixio y Crispi fueron a Turín, donde Garibaldi seguía censurando al gobierno por la cesión de Niza a Francia, y le pidieron que tomase el mando de la expedición armada. No se le convenció fácilmente; tan sólo después de una larga discusión accedió a actuar, y con la condición de que la revolución tuviese un amplio apoyo.

Crispi, con una carta de Garibaldi en el bolsillo, partió inmediatamente hacia Milán para obtener armas y reunir dinero para el «fondo del millón de rifles». Bixio regresó a Génova para consultar con el Estado Mayor garibaldino y empezar a conseguir naves.

Confiando en que se podría inducir al Gobierno para que ayudase, Garibaldi visitó al rey y le pidió que pusiese a su disposición a la Brigada Reggio (Regimientos 45.<sup>o</sup> y 46.<sup>o</sup>), en la que se hallaban sirviendo muchos oficiales y soldados de los *Cacciatori delle Alpi*. Víctor Manuel consultó con Cavour y rechazó la propuesta de Garibaldi. Entonces Bixio y Medici hablaron con Cavour en un último intento de que cambiase de opinión, pero fue en vano. De hecho, Cavour les instó a abandonar la empresa y les mostró un comunicado que había recibido del cónsul piemontés en Sicilia: «Rebeldes rodeados y en minoría. Depuestas armas. Catania, Messina, Palermo sitiados. Desarme general.»

Los garibaldinos, naturalmente, no eran tan fáciles de disuadir. El 12 de abril, Medici, Bixio, Bertani y Giuseppe Finzi decidieron empezar el reclutamiento, y la Sociedad Nacional comunicó a sus sucursales provinciales que Garibaldi necesitaba hombres. El 15 de abril, Garibaldi se

instaló en Villa Spinola, una casa situada en el barrio genovés llamado Quarto.

Las preparaciones ya estaban muy adelantadas, pero Garibaldi aún seguía dudando, en parte debido a la presión continua del gobierno y en parte por los informes contradictorios que seguían llegando de Sicilia. Hubo violentas reuniones del Estado Mayor; Bixio, Türr, Crispi y Medici estaban a favor de la expedición; Gaspere Trecchi y Sacchi, en contra. Crispi con frecuencia perdía el control con sus adversarios, y cuando Garibaldi le preguntó el motivo, le dijo: «Estoy convencido de que esta causa sirve a los intereses de mi país y a los suyos; lo único que temo es al mar.» Garibaldi respondió suspicaz: «Puede contar conmigo en el mar.» «Y en tierra puede contar usted conmigo», replicó Crispi, dándole a entender que la revuelta en Sicilia era una realidad.

Así pues, la expedición se preparó entre disputas, inquietudes y vacilaciones.

En la noche del 27 de abril llegó un telegrama desde Malta de Nicola Fabrizi, uno de los organizadores de la campaña junto con Crispi. Confirmaba el fracaso de la insurrección en Palermo; muchos liberales habían huido a Malta a bordo de buques británicos. Se celebró una reunión, que de nuevo resultó tormentosa, en Villa Spinola; al final, Bixio abandonó la sala enfurecido, dando un portazo, y anunció a los simpatizantes que le esperaban anhelantes en el exterior, que ya no partían. Garibaldi había decidido cancelar la expedición y regresar a Caprera.

No mucho después llegó otro telegrama: «Palermo ha caído ante rebeldes, revuelta extendiéndose provincias.» Era falso: Bixio y Crispi lo habían enviado en un desesperado esfuerzo para salvar la expedición, y ahora lo agitaban en la cara del general. Este cedió y se reanudaron los preparativos.

Ya habían llegado mil rifles, el coronel americano Samuel Colt había enviado cien de sus famosas pistolas, y las negociaciones sobre las naves estaban casi ultimadas. El 9 de abril Garibaldi escribió a Giovanni Battista Fauché, veterano de la rebelión veneciana de 1849 y en aquel momento director de la compañía naviera Rubattino en Génova. El general le explicaba que sólo tenía cien mil francos para toda la expedición y que no podía gastarlo todo en el viaje. Después, Bertani fue a hablar del asunto en persona, y Fauché le dijo que Garibaldi podía tener el *Piemonte* gratis, pero que tendría que «robarlo». La compañía no se lo cedería, ya que el Estado era accionista. Pronto se hizo evidente que un solo navío era insuficiente para transportar a todos los voluntarios. Garibaldi pidió a Fauché que le visitase, y le recibió en presencia de Bixio, sentado en la cama con un mapa de Sicilia abierto sobre las rodillas.

«Bien, Fauché —le dijo—, ¿crees que tendremos éxito en esta expedición?» «Sí, mi general.» «Bien; entonces —continuó amablemente Garibaldi—, ¿qué ocurriría si necesitásemos dos barcos en lugar de uno?» Fauché le ofreció el *Lombardo* además del *Piemonte*. Aquella misma noche se dispusieron todos los detalles del «robo» de los dos vapores entre Bertani, Bixio y Fauché.



El *Lombardo* se había construido en Livorno en 1849; medía 4.785 metros de eslora y 731 de manga, tenía un tonelaje de 238 y un motor de 220 caballos de vapor. Su valor se estimaba en quince mil libras esterlinas. El *Piemonte*, construido en Glasgow en 1851, tenía 4.450 metros de eslora y 700 metros de manga, con un tonelaje de 180, un motor de 160 caballos de vapor y un valor estimado de 11.600 libras esterlinas.

El tiempo se estaba agotando. Los gobiernos europeos estaban presionando sobre el Piamonte, y aunque Cavour por propia iniciativa nunca tomaría un paso tan impopular como prohibir la expedición, podía llegar un momento en que tuviera que hacerlo. Ya había interferido al capturar parte de las armas que se llevaban desde Milán. Los voluntarios vagaban por las calles de Génova y se temía que se produjeran disturbios; alimentarlos y alojarlos se estaba convirtiendo en un problema. Por tanto, se decidió zarpar el 5 de mayo sin esperar a más reclutas.

Los últimos días fueron muy ajetreados. Bertani cayó enfermo, pero siguió dirigiendo las operaciones desde la cama. Hubo que comprar todo a crédito, ya que los fondos que se habían prometido aún no habían llegado. De hecho, no se recibirían hasta la misma noche de partida y en forma de letras de cambio del Banco de Génova, que no se podían utilizar en Sicilia. (Por fortuna, Bertani consiguió cambiarlas en metálico a pesar de lo avanzado de la hora.) Filippo Migliavacca llevó noventa mil liras desde Milán; Enrico Besana había reunido treinta mil liras, y se recibieron treinta y cinco mil más de diferentes fuentes: en total, ciento cincuenta y cinco mil liras, una cifra absurdamente baja.

En la noche del 4 de mayo, Nino Bixio, Benedetto Castiglione y treinta hombres, con armas en la mano, asaltaron los dos barcos en el puerto de Génova. Los marineros, violentamente sacados de su sueño, no presentaron combate: por el contrario, al saber el destino de los mismos, se alistaron al momento. El *Piemonte*, al mando de Bixio, zarpó al instante; sin embargo, el *Lombardo* no lo consiguió hasta que Bixio lo remolcó y lo sacó del puerto, siguiendo instrucciones dadas por Fauché.

Giovanni Battista Fauché pagaría muy cara la ayuda prestada a los garibaldinos. La compañía naviera le despidió al momento, por lo cual se unió a aquéllos en Sicilia y dispuso la organización de la flota de la isla. Tras la unificación de Italia se le dio un trabajo en la Administración Nacional de los Puertos del Mar, pero nunca se le reconocieron sus esfuerzos en la expedición de los Mil; al contrario, más tarde la compañía se arrogaría la gloria de haber suministrado los barcos. Fauché era socialista, y durante las huelgas de 1883 se pondría de lado de los obreros, perdiendo su trabajo de nuevo. Moriría en Venecia, en la más absoluta miseria, en un hospital público.

Mientras Bixio y Castiglione llevaban a cabo su acto de piratería, los garibaldinos se preparaban, en la costa rocosa de Quarto, a embarcarse en los pesqueros que les llevarían al mar. Muchos testigos han descrito esta escena. Los voluntarios se reunieron frente a Villa Spinola, donde recibieron las armas; luego avanzaron hasta la costa en forma ordenada. Bajo una brillante luna, los voluntarios y los espectadores se

mantenían igualmente en silencio; el único sonido que se oía, de cuando en cuando, eran los sollozos de alguna mujer. Los simpatizantes que se quedaban atrás iban de un grupo a otro, estrechando las manos simplemente. No había canciones, gritos ni fanfarronadas. El corresponsal del *Daily News* preguntó: «¿Qué les puede haber ocurrido a estos italianos? Ya no son los seres frívolos y despreocupados que todos conocíamos.»

Hacia la medianoche, Garibaldi bajó a la playa con su pintoresca camisa roja, el poncho y el sable. Con él había mil cuarenta y nueve hombres. (Unos treinta ya estaban a bordo de los navíos; setenta y ocho voluntarios de Livorno, bajo el mando de Andrea Sgarallino, subirían a bordo cerca de Piombino, y otros sesenta en Talamone, lo que hacía un total de mil doscientos diecisiete hombres.) Cuando subieron a bordo, Garibaldi preguntó: «¿Cuántos somos?», asombrándose al oír que, contando a los marineros, eran algo más de mil.

La flor y nata del movimiento revolucionario europeo tomó parte en la expedición, incluyendo muchos veteranos de las anteriores campañas de Garibaldi. Además de Bixio, estaban Hugh Forbes, el inglés que luchó por la República romana; Türr y Tüköry, que habían intervenido en la compañía del año anterior; Milbitz, otro veterano romano; Girolamo Ulloa y György Klapka; Giorgio Manin, hijo de Daniele Manin, presidente de la República veneciana en 1848-1849; los hermanos Cairoli; Ippolito Nievo y Cesare Abba, dos jóvenes y prometedores autores; el pintor Gerolamo Induno, que había servido ya en la campaña de Roma y en 1859; Rosalie Montmasson, esposa de Crispi, y una nueva cara: Giuseppe Sirtori, quien tendría un papel sobresaliente en la expedición. También se encontraban allí los *carabinieri* genoveses, bajo el mando de Mosto, así como los guías (por el momento sin montar), bajo el de Simonetta, Missori, Stadella y Francesco Nullo. También se presentaron civiles que permanecieron en el trabajo hasta el último minuto, como el corredor de Bolsa Davide Uziel.

Un estudio publicado en 1910 habla de que la mitad de los voluntarios eran estudiantes, seguidos por terratenientes, hombres de negocios, administrativos, tenderos, médicos, abogados e ingenieros. Había, además, algunos mozos de cuerda, hosteleros, camareros, mecánicos, horticultores y granjeros. La edad media eran los veinte años: de los mil ochenta y siete hombres que desembarcarían en Marsala, noventa y dos tenían veinte años y setenta y seis veintiuno. El más joven era Giuseppe Marchetti, de once años, pero también había cinco hombres que habían cumplido los setenta. Los Mil incluían, además, quince extranjeros: cuatro húngaros, tres austríacos, tres suizos, tres franceses, un inglés y un griego de Corfú.

En su mayoría vestían de civil, aunque unos cuantos tenían una camisa roja o los restos del uniforme de los *Cacciatori delle Alpi* en la mochila. Crispi llevaba levita, como si fuera a una recepción oficial; Sirtori vestía una camisa a cuadros rojos y blancos bajo su impecable abrigo negro. Tan sólo Garibaldi vestía la camisa roja, y el único que llevaba un iniforme completo era el teniente Constantino Pagani, de la infantería piamontesa, también llamado De Angelis; había desertado de su



regimiento para unirse a Garibaldi y estaba destinado a morir en Calatafimi.

Cosenz, Medici y Bertani se quedaron en Génova para organizar las expediciones que les seguirían.

Finalmente, los vapores aparecieron con el alba a la altura de Quarto. La operación de embarco se realizó rápidamente. Garibaldi tomó el mando del *Piemonte* y Bixio del *Lombardo*; apenas habían navegado una milla cuando se descubrió que, aunque llevaban consigo unos mil rifles, no tenían ninguna munición. Esta y el resto de los rifles se iban a transportar en barcas de remo hasta el *Piemonte* y el *Lombardo*; sin embargo, el piloto que marcaba el camino, un tal Sella, desapareció de pronto en la noche con su esquife, dejando sin ayuda a las barcas. Consiguieron regresar a la costa por la mañana, y Bertani envió las armas a Sicilia en la segunda expedición.

No había tiempo para regresar; Garibaldi decidió dirigirse hacia Orbetello en la costa toscana, e intentar adquirir alguna munición allí. Cuando llegaron, Türr se presentó ante el coronel Giorgini, comandante de la guarnición local, como edecán de Garibaldi. Con una historia muy ingeniosa (la invasión tenía la total aprobación del rey, quien, sin embargo, no podía darle su apoyo abierto debido a razones diplomáticas) convenció a Giorgini no sólo de que les suministrara la munición y las provisiones sino de que les entregara además una pieza de artillería. Giorgini sufrió una corte marcial por su credulidad, pero, afortunadamente para él, cuando el caso llegó a juicio la expedición de Garibaldi ya tenía el apoyo de las autoridades y se le absolvió.

El 9 de mayo los dos navíos zarparon de nuevo. Dejaron atrás un destacamento de ciento treinta voluntarios al mando de Callimaco Zambianchi (el rabioso anticlerical que ordenó la ejecución de los seis sacerdotes en tiempos de la República romana), a quien se asignó la tarea de llevar a cabo una maniobra de distracción en los Estados Pontificios. Los detalles del plan sólo los conocían Garibaldi y Zambianchi: se pretendía que el destacamento desencadenase una revuelta en los Estados Pontificios, para luego invadir el reino de las Dos Sicilias por el norte.

Los «camisas rojas» eran conocidos por sus empresas atrevidas; no obstante, es incomprensible que Garibaldi esperase de Zambianchi (en quien nunca tuvo mucha confianza) que realizara una misión tan ardua con sólo ciento treinta hombres. Más tarde se dijo que el único propósito de Garibaldi fue el de dar la falsa impresión de que la expedición era contra Roma y no contra Sicilia, pero el escaso número del destacamento y el equívoco carácter del líder hacen que esta explicación suene igual de falsa. En cualquier caso, Zambianchi y su columna entraron en los Estados Pontificios el 19 de mayo y se encontraron con un escuadrón de gendarmes en Grotte di Castro que los pusieron en fuga. Luego, inexplicablemente y a pesar de la oposición de sus hombres, Zambianchi ordenó la retirada y regresaron a Toscana, donde todos ellos fueron arrestados por orden del gobernador piemontés y llevados a Orbetello. Más tarde fueron puestos en libertad y, poco a poco, se unieron a Garibaldi en Sicilia; Zambianchi, amenazando revelar la verdad de toda

esta oscura maniobra, obtuvo de Bertani, con la aprobación de Cavour, veinte mil liras y un pasaporte para América. Pero no disfrutó de lo conseguido con su chantaje, ya que murió en el viaje.

El reino de las Dos Sicilias, cuyo territorio invadían los garibaldinos, era el Estado más reaccionario de la Península italiana. Tras la guerra de 1848-1849 se había aislado completamente, y no le había afectado la revolución industrial que estaba transformando con tanta rapidez el resto de Europa. Social y culturalmente, no había cambiado mucho desde la Edad Media; la tierra pertenecía a la nobleza y al clero y estaba subcultivada y, en algunas zonas, sin cultivar. La población rural era analfabeta y estaba sumida en la miseria; las pocas industrias que existían se hallaban protegidas por el Estado y eran tan ineficaces que acabarían hundiéndose, tras la unificación, ante la competencia exterior. Las comunicaciones eran muy difíciles: mil quinientas municipalidades de las mil ochocientas existentes no tenían caminos; es cierto que fue el primer Estado italiano que construyó una línea férrea, pero ésta sólo tenía unos 96 kilómetros de largo y, en realidad, estaba reservada para el uso privado del monarca.

La mayor parte del presupuesto se iba en mantener el ejército; gracias a éste, Fernando II había conseguido aplastar los levantamientos liberales sin ayuda de los austríacos. Esta independencia era muy costosa, ya que los levantamientos eran muy frecuentes, en especial en las áreas rurales. La policía sólo servía para impedir que las ideas liberales circularan fácilmente. Tan represivo era el régimen, que Gladstone, en una carta abierta que conmovió las conciencias de toda Europa, lo denunció como «la negación de Dios».

Entre 1849 y la Liberación hubo varios intentos de revuelta en el reino de las Dos Sicilias, unos de origen popular y otros fomentados por liberales de clase media. Los dos más importantes fueron los dirigidos por los hermanos Bandiera y por Carlo Pisacane. Pero éstos, igual que los otros, fueron sofocados por las bayonetas napolitanas.

El intransigente Fernando II murió en 1859 y le sucedió su hijo Francisco II. Este fue un tirano de menor éxito que el padre, y muy pronto empezaron a reaparecer en escena los partidos políticos a los que el viejo rey había aplastado por completo. Los más subversivos eran el de los separatistas sicilianos y el de los *Murattisti*, que querían llamar al trono a un descendiente del cuñado de Napoleón I, Joaquín Murat, que había reinado en Nápoles de 1808 hasta 1815. Los *Murattisti* tenían el apoyo de Napoleón III, deseoso como siempre de que la hegemonía francesa volviese a Italia.

Cavour estaba tan molesto por este fermento político que escribió al embajador piemontés en Nápoles el 30 de marzo de 1860:

«En caso de una insurrección, ¿qué partido conseguiría el poder? ¿Tienen los *Murattisti* muchos seguidores entre el ejército y la burguesía? ¿Hay alguna posibilidad para un movimiento anexionista parecido al que vimos en Toscana? ¿Siguen siendo los republicanos numerosos e influyentes en Calabria? Sabe que no deseo en lo más mínimo que la cuestión napolitana se apresure hacia una solución prematura; por el



contrario, creo que nos interesa que el *statu quo* permanezca unos cuantos años más. Pero sé, y de muy buena fuente, que Inglaterra ya está desesperando del mismo; seguramente previniendo los futuros cambios ha estacionado su flota en aguas napolitanas. Creo, entonces, que debemos preparar nuestro propio plan, aunque hubiera preferido más tiempo para madurarlo.»

Tras la Segunda Guerra de la Independencia, los piemonteses habían querido aliarse repetidas veces con el reino de las Dos Sicilias; contaban, para ello, con el apoyo de los aliados europeos, que ansiaban evitar otra guerra en Italia. Algunos de los Borbones napolitanos, como el conde de Siracusa, tío del rey, estaban a favor de la alianza con el Piemonte, pero la facción que dominaba en la corte, encabezada por la reina madre, se oponía a la misma. Cuando los Borbones empezaron a considerar seriamente la idea, ya era demasiado tarde: los garibaldinos habían conquistado Sicilia y la negociación no le convenía a Cavour. También fue demasiado tarde para la mediación de las potencias extranjeras. La Constitución, proclamada por la monarquía en el último momento, llegó más tarde aún; los únicos que reaccionaron ante ella fueron los militares, y su reacción fue de protesta.

El viaje hacia Sicilia resultó bastante tranquilo; los voluntarios tuvieron que soportar unos cuarteles atestados, y uno de los hombres de Bixio cayó por la borda, pero fue rescatado. En otra ocasión, sin embargo, estuvieron muy cerca del peligro. La noche del 10 de mayo era brumosa. Los barcos acababan de entrar en aguas napolitanas cuando se avistó humo en la distancia. Se temió que esto indicase la proximidad de la flota enemiga, de modo que se apagaron las luces. Poco antes de medianoche, el *Piemonte*, como era ya costumbre, redujo la marcha para que el *Lombardo*, más lento, se le acercase; Bixio, al timón del *Lombardo*, vislumbró una forma ante él, que tomó por un navío napolitano, y trató de embestirlo. Por fortuna, Garibaldi estaba más atento a lo que ocurría y gritó: «Bixio, ¿de verdad quieres hundirnos?» Bixio reconoció la voz, y consiguió evitar la inminente colisión.

Garibaldi dividió a los Mil en ocho compañías: la primera, a las órdenes de Bixio; la segunda, bajo el mando de Giuseppe Dezza; la tercera, bajo el de Francesco Stocco; la cuarta, con Giuseppe La Masa; la quinta, con Francesco Anfossi; la sexta, con Giacinto Carini; la séptima, con Benedetto Cairoli, y la octava, con Edoardo Bassini. Los *carabinieri* genoveses de Mosto siguieron siendo un cuerpo autónomo. Se nombró a Sirtori jefe del Estado Mayor con Crispi y Manin, segundos en el mando; Istvan Türr y Lajos Tüköry se convirtieron en edecanes del general. Giovanni Acerbi se quedó a cargo de la Intendencia; Filippo Minutilli, de los Ingenieros; Vincenzo Orsini, de la Artillería, y Pietro Ripari, de los Cuerpos Médicos. Garibaldi eligió a estos oficiales de acuerdo con su actuación en campañas anteriores, y les permitió que escogiesen a sus oficiales siguiendo el mismo criterio.

El 11 de mayo los dos vapores llegaron a Marsala. Se eligió este puerto no por consideraciones estratégicas sino porque por la noche habían avistado una columna de humo que se les estaba acercando. De

hecho, procedía del *Stromboli*, un vapor de la Real Marina napolitana, que estaba acompañado por otro vapor y una fragata a vela.

Cuando a las dos de la tarde entraron en el puerto vieron a dos barcos de guerra allí anclados. Hubo un momento de pánico, pero resultaron ser naves británicas, el *Argus* y el *Intrepid*, que habían llegado esa mañana para proteger los intereses de la comunidad británica residente en Marsala. Posteriormente la prensa europea discutía mucho el papel desempeñado por estos barcos, y en la actualidad sigue siendo tema de conjeturas el hecho de si ayudaron o no a los garibaldinos. Parece que no lo hicieron directamente, pero por las cartas de oficiales británicos enviadas a *The Times*, está claro que simpatizaban con estos italianos «de buen aspecto, bien armados y con condecoraciones de la guerra de Crimea».

El *Piemonte* fue remolcado al muelle sin problemas, pero el *Lombardo* embarrancó a unos nueve metros de distancia. Mientras todas las barcas del puerto se apresuraban a llevar a los hombres a la costa, los barcos napolitanos abrieron fuego. Luego cesaron de pronto, y los garibaldinos consiguieron culminar el desembarco a las cuatro de la tarde. El comandante del *Intrepid*, el capitán Marryat, le había pedido al comandante del *Stromboli*, Ferdinand Acton (miembro de una familia irlandesa que había estado al servicio de los Borbones durante generaciones), que respetase la Union Jack, la bandera británica, que ondeaba sobre las casas de los residentes ingleses, y le informó de que varios oficiales británicos estaban en tierra. Es evidente que Acton consideró que era más importante evitar un incidente diplomático que derrotar a los garibaldinos, y ante el asombro de todo el mundo detuvo el bombardeo. Tal vez decidiese que «la discreción es la mejor parte del valor», como dijo un oficial británico, aunque es mucho más posible, como comentó Marryat, que sencillamente estuviera «acobardado, confuso e indeciso». Más tarde haría la muy absurda petición de que se le permitiese exigir la rendición de Garibaldi desde una lancha con bandera inglesa. A las seis y media de la tarde, Acton dio la orden de abordar los barcos de Garibaldi, que estaban ya vacíos, y de abrir fuego sobre la ciudad, consiguiendo tan sólo sembrar el pánico entre la población.

Intentando disculpar su desmañada actuación en el incidente, Acton acusó posteriormente a los británicos de haber colocado deliberadamente sus naves en la línea de fuego, a lo que siguió una nota diplomática. Lord Russell explicó en la Cámara de los Comunes británica que Acton dejó de disparar como acto de cortesía para que los marineros ingleses pudiesen volver a bordo de sus barcos; también señaló que los capitanes Marryat y Winnington-Ingram, del *Argus*, habían aconsejado a los mercantes británicos que se alejasen del puerto para no entremeterse en las operaciones napolitanas.

Los napolitanos capturaron el *Piemonte* y lo remolcaron fuera; algunas semanas después se apartaría de allí al embarrancado *Lombardo*. Ambos barcos tuvieron un final bastante ignominioso, si se considera el papel que desempeñaron en la expedición de los Mil. Tras la unificación de Italia, el *Lombardo* formó parte de la flota mercante y se hundió la



noche del 12 de marzo de 1864 a la altura de las islas Tremiti mientras transportaba tropas. El *Piemonte* acabó moviendo lodo en la bahía de Bari.

Tras el desembarco, los garibaldinos, en grupos de a cuatro, ocuparon Marsala sin incidentes; Garibaldi envió mensajeros a los comités revolucionarios de los villorrios vecinos, mientras Türr ocupaba rápidamente todos los medios de comunicación y cortaba las líneas de telégrafos.

La invasión convirtió Europa en un avispero; se extendió el temor de que alguna potencia interviniese, provocando una guerra generalizada. El ministro de Asuntos Exteriores francés, Thouvenel, envió una ácida nota de protesta al gobierno piemontés, expresando dudas acerca de su fidelidad a los términos de la alianza, cosa comprensible, ya que unos días atrás Cavour le había asegurado que no habría expedición alguna de Garibaldi. Austria también culpaba a Piemonte de todo el asunto; Prusia propuso una alianza política y militar contra «la desbocada ambición del rey de Cerdeña», y Rusia amenazó con una intervención armada al lado de los Borbones de Nápoles. Podemos estar seguros de que Cavour maldijo de todas las formas posibles a los «camisas rojas», pero le dio la vuelta a la tortilla diplomática con su facilidad acostumbrada: «¿Con qué derecho —escribió al embajador británico en Turín— se puede culpar a Cerdeña del desembarco de un atrevido aventurero en Sicilia si la marina napolitana entera no ha podido evitarlo?» Siguió confesando que el gobierno piemontés era incapaz de tratar con Garibaldi, cuya popularidad era mayor que la del mismo rey.

En la mañana del 12 de mayo los garibaldinos abandonaron Marsala y se encaminaron hacia Salemi. El Estado Mayor no tenía un mapa detallado de la zona, por lo que habían de utilizar un mapa de pequeña escala y la información recogida por el camino. Encabezaban la columna los guías de Missori (que aún seguían intentando conseguir monturas), seguidos por los *carabinieri* genoveses y las compañías en orden numérico. Luego iban los hombres de Orsini, arrastrando sus cuatro cañones sobre unas cureñas decrepitas; luego los marineros del *Piemonte* y el *Lombardo*, que estaban al cargo de los carros de municiones. La retaguardia la componían Ripari con cuatro doctores, además de Rosalie Montmasson, Acerbi con cuatro intendentes y Minutilli con los oficiales que debían comandar a los ingenieros, pero que por el momento no disponían de una sola pala. Garibaldi cabalgaba de arriba abajo, seguido por Sirtori (aún con el abrigo negro), Türr y Cenni, uno de sus incansables ayudantes desde la campaña de Roma.

El general le comentó a Türr: «En unos días cada compañía será un batallón, y después un regimiento.» En efecto, ciento cincuenta hombres se habían alistado en Marsala, y ahora eran mil doscientos treinta y siete. En enemigo, sin embargo, contaba con ciento cuarenta mil de los cuales veinticinco mil se encontraban en Sicilia.

El ejército napolitano estaba bien armado y equipado, y tenía unas excelentes unidades especiales, como los *Cacciatori a piedi* y la Caballería. No tenía parangón en cuanto a ceremonias religiosas, desfiles y

uniformes elegantes; pero sus puntos flacos pronto se hicieron manifiestos en el primer encuentro con los garibaldinos.

La debilidad del ejército napolitano no radicaba en las tropas (que, como el mismo Garibaldi reconoció, eran combativas y valerosas), sino en los oficiales, que eran unos cobardes. Pronto se hizo evidente que preferían adaptarse a las circunstancias cambiantes antes que luchar, y en diferentes ocasiones sus propios hombres los fusilaron por traición. Nápoles tenía una buena academia militar, la «*Nunziatella*», pero los mejores oficiales habían dimitido, los habían transferido a alguna provincia remota o, sospechosos de tendencias liberales, tuvieron que huir; tal fue el caso de antiguos oficiales napolitanos como Picasane, Cosenz, Ulloa y Orsini. Los generales napolitanos eran viejos en su mayoría y su experiencia databa de las guerras napoleónicas o de la represión de la revolución de 1849 en Sicilia. Los pocos jefes competentes existentes entre ellos (Bosco, Clary, Polizy, Von Mechel y Pianelli), eran una compensación insuficiente por la mediocridad del mando en conjunto.

Las únicas unidades de confianza habían sido los regimientos suizos; pero los habían disuelto el año anterior, reemplazándolos por «regimientos extranjeros», constituidos por bávaros, austríacos o suizos, que tenían la tendencia a desertar o pasarse a Garibaldi tan pronto como podían.

Garibaldi llegó a Salemi el 13 de mayo y allí, al día siguiente, se le proclamó dictador de Sicilia en nombre de Víctor Manuel II.

En Salemi, los garibaldinos obtuvieron dos cañones más; un sacerdote llamado Gaspare Salvo los había enterrado en 1849 y en ese momento los volvió a desenterrar. Aunque eran unas viejas ruinas de bronce, aún se podían disparar. Los voluntarios también aumentaron: se les unió el barón Sant'Anna y sus hombres procedentes de Alcamo (un cruce entre liberales y *mafiosi*), un pelotón de Santa Ninfa, una unidad montada de Monte San Giuliano al mando de Giuseppe Coppola, y otro pelotón de Vita armado con picas y trabucos. Pero el recién llegado más importante fue fray Pantaleo; el hermano Giovanni Pantaleo de Castelvetro era una extraña clase de capuchino, más soldado que sacerdote. Tomó parte en la campaña de los Mil y continuó sirviendo con los «camisas rojas» como capellán hasta la época de la campaña de los Vosgos.

Garibaldi no estaba seguro de lo que debía hacer; habían pasado tres días desde el desembarco, y las fuerzas realistas napolitanas no se habían movido: temía una trampa. En realidad, se trataba simplemente de un grave error de los napolitanos, que no tomaron la iniciativa; este error no sólo permitió a Garibaldi consolidar su posición en Salemi sino además hacer proselitismo a La Masa en el interior de la isla. Los realistas habían ordenado a la Brigada Bonnano que destrozase la columna rebelde; pero la brigada no se animó a atacarlos, y acabaron llamándolos finalmente a Palermo.

Los garibaldinos tuvieron que decidir entre atacar de una vez Palermo o seguir hacia el interior de la isla con idea de aumentar sus fuerzas. Esta última estrategia conllevaba una serie de factores desconoci-



dos: por ejemplo, aún no estaba demostrado que pudiera confiarse en los pelotones de voluntarios sicilianos. Además, la conquista de la capital de la isla sería una inmensa victoria psicológica; se decidió, por tanto, marchar directamente sobre Palermo. De hecho, Bixio ya había empezado a gritar: «¡A Palermo o al infierno!»

Pero para llegar a Palermo había que pasar por Calatafimi, población ocupada por el general Landi. Hasta el momento, éste había permanecido inactivo, pero cuando recibió la orden de regresar a Palermo para celebrar una reunión con los comandantes de todas las columnas móviles, decidió no dejar el camino de la capital sin defensa. Envió unos cuantos destacamentos en dirección a Salemi, y esperó con el grueso de sus tropas cerca de Calatafimi. No deseaba una confrontación con los «camisas rojas»; su principal objetivo era intimidar a la población local y evitar que ayudasen a Garibaldi.

Muy probablemente, todo el mando napolitano deseaba evitar un enfrentamiento prematuro. Ambos lados comprendían que el primer encuentro, por muy pequeño que fuera, influiría en el apoyo popular con el que Garibaldi podría contar. Esta es la única explicación racional para el hecho de que veinticinco mil hombres permaneciesen inmóviles mientras que los adversarios buscaban desesperadamente una confrontación.

El conflicto, cuando llegó, lo provocaron los garibaldinos. Estos habían partido de Salemi el 15 de mayo, con dirección Alcamo, a las cinco y media de la madrugada. No muchos kilómetros más adelante, Missori y sus guías llegaron a un pueblo, de nombre Vita, donde encontraron a las seis compañías que constituían la vanguardia napolitana instaladas sobre una colina cercana. Tras un intercambio de disparos, Missori y sus hombres regresaron para informar al general acerca de la localización del enemigo. Los garibaldinos continuaron la marcha hasta Calatafimi, donde ocuparon la colina de Pietralunga. En la colina opuesta, llamada Pianto di Romano, se encontraba el Octavo Batallón de los *Cacciatori a piedi* napolitanos, a las órdenes del comandante Sforza. Este había recibido órdenes de evitar el combate; pero se sentía tan seguro de que los «mendigos» se dispersarían con sólo ver sus tropas, que no hizo caso de la orden. Sin embargo, antes intentó impresionar a sus adversarios haciendo que sus hombres realizasen una serie de ejercicios. Los «camisas rojas» aclamaron la impecable actuación.

Türr dispuso a los garibaldinos en un semicírculo en la cima de Pietralunga. En el centro estaban la Quinta, Sexta y Séptima compañías con la bandera, en la que Italia se hallaba representada por una hermosa mujer flanqueada por trofeos de oro y plata (en la otra cara estaba la inscripción: «A Giuseppe Garibaldi, de los residentes italianos en Valparaíso.») (Se la habían donado en 1855.) Tras ellas estaban la compañía de Bixio en el centro, la Novena compañía a la izquierda y la Octava a la derecha. Los voluntarios sicilianos, doscientos en total, se situaron a ambos lados de esta formación. La compañía de Dezza se mantuvo en la reserva; la artillería de Orsini aún seguía de camino hasta Salemi. La tarea de Anfossi era proteger a la artillería y cubrir la retaguardia de toda la operación.

Garibaldi se sentó en una roca y se fumó tranquilamente un cigarrillo; pero esta calma era sólo aparente. Sabía bien que el éxito de la expedición entera estaba en juego; los voluntarios sicilianos no lo habían hecho muy bien hasta el momento, y en aquel instante parecían más dispuestos a observar que a luchar.

Los ejércitos se miraron durante horas por encima del valle que separa ambas colinas. Cada uno estaba satisfecho de su propia posición y por tanto era reacio a atacar primero. Era un día bochornoso y sin viento. A mediodía, rompieron el silencio los clarines napolitanos; en respuesta, Garibaldi hizo que su corneta tocase el único son que conocía: *reveille*. El enemigo cargó bajando por la ladera de Pianto di Romano y subiendo Pietralunga, mientras gritaba insultos.

Garibaldi se encontraba con los *carabinieri* genoveses, y dio su acostumbrada orden de no disparar hasta tenerlos encima; pero algunos de sus hombres, incapaces de esperar, contraatacaron; el caos estalló. Türr, a caballo, dirigió el ataque; detrás de él iban Bixio, Sirtori y Carini.

Los garibaldinos rechazaron a los napolitanos, y persiguiéndoles cruzaron el valle y subieron por la ladera de la colina opuesta. Pianto di Romano no es alta ni pendiente; gran parte de ella estaba convertida en huertos, dispuestos sobre terrazas de uno o dos metros de alto. Los garibaldinos iban subiendo de terraza en terraza, refugiándose tras los muros. Tan feroz fue el contraataque que los napolitanos reclamaron refuerzos del pueblo; muy pronto tenían allí cinco compañías de infantería de línea, unas cuantas unidades de caballería y dos cañones. Sumaban ya dos mil trescientos. El cañón empezó a disparar metralla sobre los garibaldinos. Estos ocuparon la terraza más baja, y los napolitanos, en lugar de contraatacar al momento, les dejaron recobrar el aliento al amparo del muro. Por un momento pareció como si aquella primera carga les hubiese agotado; Bixio corrió a lo largo de la línea, jurando y maldiciendo, tratando de reavivar el ánimo de sus hombres. Sirtori, cuyo abrigo estaba hecho jirones, hizo lo que pudo para reorganizar las filas. Luego siguieron para tomar la segunda terraza; esta vez utilizaron casi exclusivamente su arma preferida, la bayoneta; los rifles de cañones lisos no eran muy certeros. Los *carabinieri* genoveses les cubrían con sus famosas carabinas suizas.

Garibaldi estaba luchando al descubierto, en primera línea, donde la camisa roja constituía un excelente blanco para los napolitanos. Los hombres le pedían que no se expusiera, y un voluntario le arrojó por encima una capa oscura, mientras que Manin, Sirtori, Stocco y Nullo se turnaban para colocarse entre él y el enemigo.

La batalla no iba bien. Bixio sugirió la retirada, pero Garibaldi replicó: «¡Aquí construimos Italia o morimos intentándolo!» Luego regresó a primera línea. Sospechaba que Bixio tenía razón, pero estaba decidido a aventurarse. Se hallaba a punto de llamar a las reservas que estaban bajo el mando de Dezza, cuando éste apareció. «El Ingeniero», como siempre le llamaba Garibaldi, había visto la gravedad de la situación y, sin esperar las órdenes, había llevado allí a sus tropas desde la retaguar-



dia. En ese mismo momento, Orsini consiguió poner sus cañones a tiro del campo de batalla: no es que sirvieran de mucho en la práctica, pero el impacto psicológico fue considerable.

A las tres de la tarde Garibaldi alzó el sable en señal de ataque a la última terraza; él mismo dirigió la carga. Una vez más, reinó la confusión. Cuando los napolitanos se quedaron sin munición y rompieron los puñales, continuaron combatiendo, arrojando piedras y utilizando los rifles como garrotes. Menotti Garibaldi, Augusto Elia y Simone Schiaffino, conocidos como «los Tres Mosqueteros», lucharon juntos en defensa de la bandera que se les había confiado. Los napolitanos intentaron capturarla; Schiaffino murió de un disparo y Menotti se encargó de ella, pero también fue herido. Elia intentó salvarla, pero en vano. Los napolitanos tomaron la bandera, aunque Damiani, un guía, consiguió romper las cintas. Los garibaldinos se quedaron con el asta; poco después, Elia, que estaba protegiendo a Garibaldi, recibió una bala en la boca. Cuando Bixio lo oyó, exclamó a su típica manera: «¡Decidle que la escupa!»

A las cinco de la tarde, la batalla había terminado. Los agotados napolitanos no tuvieron otra elección que retirarse, abandonando la población de Calatafimi y un cañón en manos de los garibaldinos. Estos estaban al cuidado de la admirable Rosalie Montmasson, que había pasado el día entero en el campo de batalla, curando a los heridos.

Los napolitanos habían sufrido ciento cincuenta bajas entre muertos y heridos; los garibaldinos sufrieron doscientas diez. Entre los heridos estaban Nullo, Missori, Elia y Sirtori. No obstante, el camino a Palermo estaba abierto, y el apoyo de los sicilianos, que habían esperado a ver lo que ocurría, ya estaba asegurado.

La victoria de Calatafimi tuvo mayor importancia psicológica que militar; como el propio Garibaldi dijo en sus memorias, «desmoralizó al enemigo, que, con su ferviente imaginación sureña, atribuyeron prodigios a los Mil». Es decir, vino a corroborar la creencia popular de que los garibaldinos eran invencibles.

La retirada del general Landi fue estorbada por las revueltas que se desataban en las poblaciones por las que pasaba y por el crecimiento de las Patrullas de Acción sicilianas. Una conmoción relativamente menor estaba sacando a la superficie la profunda debilidad del régimen realista. El Estado Mayor napolitano seguía ordenando a sus tropas que se retirasen en lugar de atacar, incluso cuando ganaban. El rey, en quien radicaba la última autoridad decisoria, estaba preocupado ante todo por los uniformes que las tropas lucirían si había que abandonar la isla. En resumen, nadie sabía qué hacer.

El único napolitano que mostró algún sentido común fue el coronel Bosco, comandante del Noveno Regimiento de *cacciatori*; Bosco comprendió que las tácticas defensivas del ejército tan sólo ayudaban a la rebelión, y propuso la formación inmediata de un cuerpo de seis mil hombres con el que llevar a los garibaldinos de nuevo hacia el interior de la isla, donde se les podría derrotar con facilidad. El plan de Bosco era perfecto, tanto psicológica como militarmente, pero nadie le hizo caso. Bosco escribió a un amigo: «¡Es lamentable que toda nuestra energía se des-

perdicie en acciones tan desencaminadas que claman la maldición de los Cielos!»

Tras Calatafimi el avance de los garibaldinos fue triunfal; en todas partes se les acogía con entusiasmo. La única nota amarga la constituyó el incidente de Partinico. La rebelión de esta población había hecho reaccionar a las tropas, lo cual, a su vez, había encendido la ira del pueblo, que degeneró tras la retirada del ejército en una orgía anárquica. «La ciudad estaba medio quemada —escribió Abba—, y Garibaldi se echó el sombrero sobre los ojos para no ver a un grupo de mujeres que bailaban en corro alrededor de unos cadáveres napolitanos.» La escena era tan horrenda que las tropas prefirieron vivaquear bajo la lluvia antes que permanecer en esa población «dejada de Dios».

Garibaldi ordenó a Pilo y La Masa que avanzasen hasta Monreale con las escuadras sicilianas, y ocupasen las alturas que rodean Palermo. Los sicilianos combatieron en los alrededores de la capital durante cuatro días y sin respiro. Atormentaron a las columnas de Von Mechel y Bosco que les perseguían, con ataques, fintas y emboscadas. En varias ocasiones, éstas les dispersaron por un tiempo, pero nunca perdieron el control de sus posiciones; la suerte les acompañaba.

En una ocasión, Von Mechel y Bosco, que les habían vencido, empezaron a perseguir a los rebeldes en dirección a Piana dei Greci; pero se encontraron con el general napolitano Colonna, quien les ordenó que regresasen: las operaciones tenían que limitarse al distrito de Palermo.

Las escuadras de voluntarios sicilianos, constituidas por unos tres mil hombres, adquirieron una valiosa experiencia militar en estos cuatro días, pero aún seguían siendo un gentío desorganizado y mal equipado. Tras la conquista de Palermo, Garibaldi los organizaría en dos regimientos, y más tarde tomarían parte en las operaciones en el continente. Dos de estas escuadras destacarían singularmente: la que comandó Corrao tras la muerte de Pilo, que llegaría a ser un regimiento excelente, y los *cacciatori* de Monte Etna, compuesta por albanos procedentes de Piana dei Greci. Estos eran un grupo étnico que se había instalado en Sicilia siglos atrás y que incluso hoy mantienen su idioma y tradiciones.

El 22 de mayo los Mil llegaron a Parco; desde allí, y guiados por las escuadras sicilianas, se dirigieron a Piana dei Greci.

Los ciudadanos de Palermo, mientras tanto, vivían llenos de inquietud, a pesar de los esfuerzos de los gobernantes por tranquilizarlos. Se cerraron oficinas y tiendas; muchas familias huyeron a Nápoles por mar, al tiempo que barcos de guerra extranjeros entraban en el puerto para proteger los consulados de sus gobiernos. Nápoles envió al general Lanza para que sustituyese al príncipe de Castelcigala como gobernador de la isla. Lanza proclamó una amnistía para todos los insurgentes que entregasen las armas, y anunció que un príncipe de sangre real pronto llegaría para satisfacer «las justas exigencias del pueblo siciliano». Pero ya era demasiado tarde y nadie le escuchaba.

Aunque las escuadras sicilianas mantenían sus posiciones alrededor de Palermo, la operación no había concluido. La ciudad estaba defendida por veinte mil hombres, una fortaleza y los buques de guerra na-



politanos. Mientras las fuerzas realistas siguiesen vigilantes, sería casi imposible superarles; además, las columnas de Bosco y Von Mechel constituían aún una amenaza. Por tanto, se planeó una maniobra que más tarde los historiadores militares denominarían «la maniobra de diversión de Corleone». Con ella se quería atraer a una gran parte del ejército napolitano fuera de la ciudad y sus defensas. Se trataba de dar la impresión de que los garibaldinos se retiraban al interior de la isla.

Se puso a Orsini a la cabeza de la operación. Con sus estropeados cañones, cuarenta artilleros, algunos heridos y ciento diez sicilianos de la escuadra Corleone, inició la marcha al sur, levantando el mayor polvo posible. Orsini era nativo de Palermo y se había educado en la academia militar napolitana. En 1848 había tomado parte en la insurrección siciliana como oficial de artillería, y después se había exiliado a Turquía. Tan pronto como oyó hablar de la posible expedición, se unió a Garibaldi en Génova. Mientras él y sus hombres desfilaban ante el general, Crispi comentó moviendo la cabeza: «Pobre Orsini, va camino del matadero.» El pobre Orsini era de hecho un conejillo de indias. Sólo gracias a su extraordinaria buena fortuna consiguió salir del inevitable encuentro con la única pérdida de siete artilleros.

Von Mechel y Bosco salieron en persecución de Orsini, tal y como se esperaba que hicieran. Cuando descubrieron la jugarreta era ya demasiado tarde: los garibaldinos habían entrado en Palermo.

En la noche del 24 de mayo, Garibaldi marchó sobre Gibilrossa. La Masa ya se encontraba allí intentando manejar a los impresionables sicilianos, quienes se habían creído el informe de que Garibaldi huía al sur. La llegada del general puso fin a la discusión.

Garibaldi reorganizó a los voluntarios sicilianos, dividiéndolos en patrullas de diez hombres dirigidas por un cabo, al que se reconocía por el brazalete tricolor. Ya tenía tres mil setecientos cincuenta hombres frente a la guarnición de Palermo, que incluso en su reducido estado contaba con quince mil hombres y treinta piezas de artillería. No obstante, los oficiales más capaces napolitanos estaban persiguiendo la nube de polvo de Orsini.

En la noche del 25, en Gibilrossa, se presentaron ante Garibaldi tres oficiales navales británicos y el corresponsal del *The Times*, Nándor Eber. Este último había nacido en Hungría en 1825; exiliado a Turquía por su actuación en la rebelión húngara, había llegado a ser un estudioso orientalista. En 1851 marchó a Londres, donde estudió el arte de la guerra; como corresponsal de *The Times* siguió la de Crimea, aunque también tomó parte activa en el combate: ascendió hasta el rango de coronel en el ejército turco. En 1859, *The Times* le envió a Italia; el comité revolucionario húngaro le reconoció el rango y combatió en las batallas de Magenta y Solferino. Cuando oyó hablar del desembarco de Garibaldi en Sicilia, Eber se apresuró a acudir a Palermo y de allí a Gibilrossa, llevándose información detallada sobre las defensas de la capital. Combatió con los garibaldinos durante toda la campaña y con el tiempo ascendió a general de brigada, aunque continuó enviando artículos a *The Times*.

Eber no fue el único periodista que se unió a los garibaldinos; reportajes de primera mano sobre la campaña se pueden encontrar en muchos periódicos de la época. En Inglaterra, además de *The Times*, estaban *Daily News*, *Morning Post* y *The Observer*; *Illustrated London* presentaba los comunicados de Barx Tucket (quien moriría en Capua el 19 de octubre) y los dibujos de George Thomas y Frank Vizetelly. En Francia, la campaña la cubrían *Le Siècle*, ilustrado por Hugues de Montalant, y *L'Opinion Nationale*, con el corresponsal Émile Louis Maison, quien combatiría con los tiradores de Rüstow en la división de Medici. América estaba representada por el *World*, el *Herald* y el *Daily Tribune*, cuyo corresponsal fue nada menos que Karl Marx. Otros periódicos con corresponsales fueron el alemán *Kladderadatsch*; *Étoile Belge* y el *Journal de Bruxelles*, de Bélgica; el *Neue Zürcher Zeitung* y la *Revue de Genève*, de Suiza, y el *Corrière Mercantile*, *Il Diritto*, *La Gazette del Popolo*, *Il Mondo Illustrato* y *L'Opinione*, de Italia.

Garibaldi decidió, basándose en lo que contara Eber, centrar el ataque contra Palermo en Porta Termini; no se presentaba nada fácil, ya que suponía el cruce de un estrecho puente, llamado Ponte dell'Ammiraglio, sobre un canal. Pero Porta Termini era la única puerta de la ciudad que no estaba defendida por artillería.

La munición que quedaba se repartió entre las tropas: cuatro cartuchos a cada uno. Siempre estaban las bayonetas, aunque muchos sicilianos habían llevado rifles de caza a los que éstas no se podían fijar. La Masa, que estaba al mando de los voluntarios sicilianos, les dijo: «Usad las armas que tengáis, y que Dios os proteja.» El armamento que poseían iba desde las escopetas recortadas hasta picas y horcas.

En la noche del 26 de mayo iniciaron el descenso de las montañas. A la cabeza de la columna iba Missori con una vanguardia selecta de treinta hombres; luego marchaba La Masa con los sicilianos, y después Garibaldi con sus hombres divididos en dos batallones, dirigidos por Bixio y Carini, a los que se habían sumado los *carabinieri* genoveses. La escuadra de Sant'Anna formaba la retaguardia. Se había exhortado a las tropas para que guardasen la calma y permaneciesen en silencio, pero el descenso se fue haciendo cada vez más caótico, hasta que, a las dos de la madrugada, Garibaldi ordenó parar. Sólo Tüköry seguiría adelante con un pequeño grupo de exploradores, protegidos por los sicilianos de La Masa. No obstante, el orden se esfumó cuando aparecieron las primeras casas de las afueras de la ciudad. Gritando «¡Palermo, Palermo!», los sicilianos intentaron adelantar a los exploradores de Tüköry. Fray Pantaleo, La Masa y Bixio consiguieron persuadirles para que retrocediesen y se calmasen, pero el daño ya estaba hecho: las tropas que defendían Ponte dell'Ammiraglio ya se habían despertado, y el ataque por sorpresa había fracasado.

Aunque sin artillería, el Ponte dell'Ammiraglio estaba bien defendido. Tüköry y sus exploradores se arrojaron adelante esperando romper la línea, pero una densa ráfaga de disparos los detuvo. Los muchachos de La Masa, tras su prematuro alarde de entusiasmo, se dispersaron llenos de pánico.



En ese momento, Garibaldi apareció con los *carabinieri* genoveses y el batallón de Bixio. «¡Da ejemplo, ataca!», le gritó a Nullo, quien acto seguido cargó a caballo, como hiciera años atrás con los lanceros de Masina. Rompió las líneas napolitanas y le siguieron inmediatamente Türköry y Bixio. El primero cayó herido, y unos días después moriría de gangrena; Bixio también fue herido en el pecho, pero se sacó él mismo la bala y continuó luchando.

El encuentro duró media hora. Dirigidos por Bixio, los garibaldinos habían entrado en Palermo por Porta Termini. Sin embargo, dentro de la ciudad los combates dispersos continuaron durante algunos días. Las campanas tocaron a arrebató, y el pueblo abandonó las casas para ayudar a los libertadores. Se alzaron barricadas por doquier; Garibaldi estableció el cuartel general en Palazzo Pretorio y ordenó a Sirtori que ocupase el puerto y cortase a los napolitanos el paso al mar. Mientras tanto, Crispi se reunió con el comité revolucionario para organizar un gobierno provisional.

Los garibaldinos tomaron con facilidad algunos de los focos de resistencia, como los cuarteles de Sant' Antonio, pero en Porta Maqueda, donde las fuerzas realistas tenían dos cañones, el combate fue muy duro. La compañía de Vittore Tasca, de Bérgamo, y la escuadra siciliana de Luigi La Porta finalmente ocuparon la posición enemiga, pero a costa de muchas vidas. Sirtori tomó el puerto y lo dejó a cargo de Giovanni Corrao; luego dirigió su atención al distrito de Porta Montalto, pero allí los napolitanos estaban tan bien atrincherados que, a pesar de repetidos ataques, hasta muy entrada la noche no pudo ocupar el convento de la Anunciación, que era tan sólo uno de los puntos de resistencia.

En las luchas por las callejuelas de Palermo, los garibaldinos se encontraron a menudo con una tremenda oposición. En esos casos utilizaban una vieja treta, relatada por G. Romano de Catania, testigo ocular de los hechos. Gesticulando hacia camaradas imaginarios que se encontrarían fuera de la vista del enemigo, gritaban órdenes ficticias como «Primera compañía, ¡bayonetas!» o «Primer batallón, ¡carguen!». La mayoría de las veces el truco funcionaba y los realistas huían, convencidos de la superioridad del enemigo.

Hacia el mediodía los napolitanos empezaron a replegarse al Palacio Real, donde se atrincheraron. Bixio, que había continuado luchando toda la mañana a pesar de la gran pérdida de sangre, apareció en el cuartel general de Garibaldi, blandiendo un fragmento de sable. Estaba enfurecido porque alguien había osado aconsejarle que recibiera ayuda médica. «¡Vamos! —gritó—, necesito a veinte hombres de buena voluntad. De todas formas habremos muerto en media hora. ¡Al palacio!» Garibaldi le ordenó descansar, y el valiente e indomable Bixio le obedeció sin chistar.

El ataque había tomado por sorpresa al general Lanza, y no se le ocurrió otra respuesta que ordenar a la fortaleza que dominaba la ciudad y a los barcos anclados en la bahía que bombardeasen Palermo indiscriminadamente. En tres días, murieron trescientos civiles y quinientos fueron heridos. Los cadáveres se amontonaban en las calles; las fa-

mias sin hogar vagaban buscando dónde refugiarse, ya que las tropas napolitanas disparaban contra todos los civiles que veían con la excusa de que podían ser revolucionarios. Los soldados se dedicaron a la rapiña y violaron a un gran número de mujeres, a las que mataban a bayonetas, dejando luego sus cadáveres abandonados en las calles.

Las granadas también cayeron sobre iglesias y conventos, que en su mayor parte se habían convertido en hospitales o refugios. La iglesia de Santa Ana y el convento de las Descalzas fueron destrozados completamente, y los médicos, enfermeras y pacientes quedaron enterrados entre los escombros. Con gran dificultad se consiguió rescatar a Stefano Canzio, Benedetto Cairoli y Giorgio Manin, que estaban entre los heridos.

El bombardeo no tuvo el efecto deseado; las gentes de Palermo se pusieron del lado de los garibaldinos, les sirvieron de guías en el laberinto de callejas de la población, levantaron barricadas y tomaron parte en los combates.

Por la tarde los napolitanos intentaron el contraataque; su objetivo era reconquistar las posiciones perdidas en Porta di Castro y el puerto, pero en ambos lugares fueron rechazados. A la noche todo lo que les quedaba era el Palacio Real, el Ministerio de Hacienda, el fuerte de Castellamare y unos pocos focos de resistencia aislados. Incluso después del anochecer los combates prosiguieron; igual que hicieran los romanos en 1849, la gente de Palermo colocó luces en las ventanas para ayudar a los combatientes en las calles.

Con el alba los napolitanos reanudaron el bombardeo y los ataques en las calles. Fue una lucha feroz. No perdonaron ni los edificios religiosos, muchos de los cuales fueron incendiados, como el convento de Badia Nuova y el monasterio de los Siete Angeles (los garibaldinos consiguieron rescatar a las monjas de las llamas). Dicha acción dio lugar a una leyenda que ayudaría a mejorar la reputación que Garibaldi gozaba entre los sicilianos. Las monjas inventaron la historia de que el general era descendiente directo de la familia Sinibaldi de Palermo, a la que perteneciera Santa Rosalía, la protectora de la ciudad. Se decía que la santa había enviado a Garibaldi para salvar a Palermo del fuego. Fray Pantaleo, que conocía muy bien a sus compatriotas sicilianos, confirmó la historia en todos sus detalles.

Los napolitanos empezaron a abandonar los focos de resistencia de forma gradual y la noche del 28 de mayo sólo les quedaba una posición. El día 29 el bombardeo comenzó más tarde de lo normal, sobre las diez de la mañana; Garibaldi había dado órdenes para que se completase la ocupación del área situada en torno a la puerta Montalto, y tras cuatro horas de salvajes e inhumanos asaltos, Sirtori, con la ayuda de las compañías Sexta y Séptima, lo había conseguido. Abba escribió: «Había tal cantidad de cadáveres realistas que aún sigo sin comprender quién pudo matar a tantos.»

Mientras el combate rugía en Porta Montalto, tropas napolitanas salieron del Palacio Real y atacaron las barricadas de Via Bonello, Via Pireto y, sobre todo, Via Toledo. La defensa estaba a cargo de civiles



ayudados por los voluntarios sicilianos; Garibaldi apareció con dos compañías y al cabo de una hora los napolitanos tuvieron que retirarse.

Los oficiales y soldados napolitanos que desertaron para unirse a Garibaldi informaron de que sus antiguos compañeros no podían resistir más tiempo. De hecho, el 29 de mayo, los realistas, a través del almirante británico Mundy, pidieron una tregua. Esa misma tarde, Garibaldi, en uniforme de general piemontés y acompañado por Crispi, subió a bordo del *Hannibal* para celebrar una conferencia con el general napolitano Letizia. Las charlas tuvieron muy mal inicio; Letizia no quería que los capitanes de los buques extranjeros presenciaran el encuentro, y se negó a reconocer el título de dictador de Garibaldi. Al final cedió y leyó un borrador del acuerdo, que le había dictado Lanza; Garibaldi, sin embargo, rechazó algunas cláusulas y la reunión terminó sin resultados concretos. No obstante, la mañana siguiente Lanza pidió un armisticio.

Bosco, Von Mechel y Polizy pidieron, con una insistencia que rayaba con la insubordinación, que se les permitiese atacar a los garibaldinos. Pero fue en vano: se firmó el armisticio, y se acordó que el día 6 de junio los napolitanos (que habían sufrido 816 bajas) saldrían de Palermo. Lanza sufriría las consecuencias de dicha rendición, aunque la culpa no fue sólo suya. Era víctima de un sistema que no le permitía el ejercicio pleno del mando. No hay duda de que la firma del armisticio fue un error lamentable, ya que sus tropas, en gran parte, aún podían seguir combatiendo; pero fue el rey quien decidió la rendición.

Consideraciones políticas aparte, no cabe duda de que, desde el punto de vista militar, la forma que tuvieron los napolitanos de llevar la campaña no tiene excusa. Los garibaldinos habían conseguido pulverizar a un ejército de veinticinco mil hombres que contaba con varias fortalezas y que podía hacer llegar refuerzos por mar. Nunca se utilizó a las tropas para una ofensiva en masa; los napolitanos no hicieron el menor intento por detener a Garibaldi en cuanto desembarcó en Marsala, y en Calatafimi no enviaron refuerzos a Sforza hasta que fue demasiado tarde. Y la retirada de Landi a Palermo por orden de Castelcigala había sido un error, ya que las tropas podían haberse atrincherado fácilmente en Alcamo. Finalmente, en Palermo, tan sólo intervinieron en la lucha aquellas tropas que se encontraron directamente con los garibaldinos. Ciertamente, Garibaldi había conseguido una ventaja psicológica desde el primer momento. Era un maestro en esta forma de combate, pero los napolitanos nunca intentaron oponérsele en serio.

La mejor conclusión que puede extraerse de estos acontecimientos la hizo el propio Garibaldi: «Realmente pareció un milagro que veinte mil soldados al servicio de la tiranía capitularan ante un puñado de ciudadanos, juramentados para llegar hasta el sacrificio y el martirio.»

Con la caída de Palermo la expedición de los Mil, propiamente dicha, llegó a su fin. Años después, cuando el gobierno italiano asignó pensiones a todos los que habían intervenido en la conquista del reino de las Dos Sicilias, hizo una distinción especial entre las tropas que habían desembarcado en Marsala y las que llegaron después. Dos comisiones

encabezadas por Medici, Bixio y Türr fueron las encargadas de detallar los nombres de los participantes, y en 1882 un tal Pavia reunió sus retratos en un álbum fotográfico.

Mientras los ciudadanos de Palermo recuperaban los cuerpos de sus muertos de entre los escombros, los garibaldinos se colocaban una vez más la camisa roja y empezaban a elaborar una nueva estructura política para la ciudad. Garibaldi había vencido en muchas campañas, pero nunca había gobernado una sola provincia; su única experiencia en el gobierno había sido como miembro del «Triunvirato de Defensa» de Montevideo, pero entonces se había ocupado exclusivamente de los problemas militares.

En contra de lo que mucha gente esperaba, el gobierno de Garibaldi fue, si no asombroso, sí al menos competente. Aunque mantuvo el título de Dictador, tuvo la prudencia de dejar en manos de Crispi, el Secretario de Estado, los detalles del gobierno. Crispi sabía cómo defender los intereses de Garibaldi ante los intrigantes políticos que aún confiaban bloquear la expedición o por lo menos limitar su objetivo. Además conocía en profundidad al pueblo siciliano, que entonces empezaba a revelar las verdaderas razones de su apoyo en la lucha contra los Borbones.

Cuando los voluntarios sicilianos se alistaron, les movió a ello no tanto el ideal de la unidad nacional como la esperanza de que la derrota napolitana podría dar lugar a la realización de sus metas sociales: la reforma de la propiedad de las tierras, la igualdad de derechos, un tratamiento más humano para los obreros y otras parecidas. En muchos pueblos, el grito de «¡viva Garibaldi!» se mezclaba con el de «¡muerte a la aristocracia!». En algunos lugares, la ira de un pueblo humillado por siglos de explotación dio lugar a excesos sanguinarios. Los garibaldinos (cuyas mentalidades, en su mayoría, estaban enraizadas en tradiciones históricas completamente diferentes) no veían con simpatía tales excesos, y recurrieron a la violencia para poner fin a los mismos. En Bronte, donde la población había asesinado a los notables del lugar, saqueando después sus casas, Bixio intervino con sus tropas y ahorcó a diecisiete lugareños como advertencia para el resto de la isla.

Las injusticias de las que eran víctimas las masas rurales tanto en Sicilia como en el resto del sur de Italia no fueron remediadas por los garibaldinos ni, después, por el gobierno de la Italia unificada. La incompreensión de los libertadores fue tan completa que muchos campesinos sicilianos que se habían unido a Garibaldi con la esperanza de levantar un mundo mejor, acabaron lanzándose al bandidaje. La represión que siguió a esto sólo sirvió para ensanchar el abismo que separaba a las «dos Italias», cuyos funestos efectos aún pueden verse en la actualidad.

Mientras tanto, en Génova, el infatigable Bertani había organizado otras fuerzas expedicionarias. El 7 de junio, Carmelo Agnetta llegó a Palermo con sesenta hombres y mil rifles; Fabrizi envió otros mil quinientos rifles desde Malta. El día 8, Clemente Corte se hizo a la mar con novecientos hombres en el clíper americano *Charles and June*. Aunque llevaba la bandera de Estados Unidos, la nave fue capturada por dos bu-



ques napolitanos, el *Fulminante* y el *Fieramosca*, y llevada a Gaeta. El gobierno americano intervino y el 30 de junio Corte y sus hombres fueron puestos en libertad, permitiéndoseles continuar el viaje.

Bertani había sido uno de los seguidores más leales de Garibaldi desde la época de la República romana. Fue un médico muy capaz, y sirvió como oficial médico en todas las campañas del *Risorgimento* italiano. Dirigió la organización y los aspectos financieros de la expedición de los Mil, y sirvió de vínculo entre el general y los diferentes «Fondos Garibaldi» que habían surgido por el mundo. Como apasionado republicano que era, se oponía con acritud a la idea de poner todo el sur de Italia a los pies del rey piemontés. Esto creó muchos problemas a Garibaldi, pero nunca dejaron de colaborar en estas empresas y siguieron siendo buenos amigos. Influido por Mazzini, Bertani intentó emplear contra los Estados Pontificios algunos de los refuerzos destinados a Garibaldi en Sicilia, lo cual hubiera provocado la fuerte oposición del gobierno piemontés y, sin duda, hubiera dado lugar a la intervención armada de Francia. Por fortuna, hombres como Medici, Cosenz y von Rüstow fueron capaces de resistir la tentación de intervenir en tal proyecto, que ciertamente hubiera desvirtuado los resultados positivos obtenidos hasta el momento.

Por el contrario a Medici y a Cosenz les resultó más difícil oponerse a los propósitos de Bertani que a Garibaldi, ya que los lazos de amistad eran más fuertes. Pero hallaron un aliado en Cavour, quien, tras el éxito de la aventura de Garibaldi, había cambiado de opinión sobre la campaña siciliana: estaba dispuesto a apoyarla, para poder luego determinar los resultados. Puso veto al ataque contra Roma, sueño constante de los garibaldinos, pero al mismo tiempo les dio cobertura diplomática. Así pudieron comprar una importante cantidad de rifles Enfield y organizar las nuevas expediciones, esta vez abiertamente.

La compra de tres navíos en Marsella con las 752.000 liras suministradas por el Fondo Garibaldi de París fue algo más complicada. Las autoridades francesas se oponían a la expedición de Garibaldi, por lo que fue necesario pretextar que el dinero era para un embarque de azúcar, arpillera y otras mercancías. Los tres barcos los compró oficialmente el comodoro americano William de Rohan (llegaría a ser contraalmirante en la marina de Garibaldi), el cual los rebautizó como *Washington*, *Franklin* y *Oregon*.

El *Franklin* se dirigió hacia Livorno para recoger a los voluntarios toscanos del coronel Malenchini, mientras que los dos mil quinientos hombres de Medici se embarcaban en los otros dos navíos en Génova el día 10 de junio. Bajo bandera americana, las tres naves se encontraron a la altura de la costa ligur, para dirigirse juntas hacia Cagliari. Allí los voluntarios recibieron un uniforme nada garibaldino: gorro azul con ribetes rojos y visera negra de cuero, blusa color café con una ancha banda roja vertical y bolsillos rojos en el pecho, pantalones de lino marrones, mochila, cantimplora y una manta militar que se llevaba al hombro. Los uniformes de los oficiales eran idénticos, con las insignias de rango en las mangas y el gorro.

Medici desembarcó en Castellmare, Sicilia, la noche del 17 de junio; el 9 de julio Cosenz, con mil quinientos hombres adicionales, llegó a bordo del *Washington* y otro vapor, el *Wellington*, recién adquirido.

A estos voluntarios italianos se unió un número notable de extranjeros, atraídos por la defensa garibaldina de la causa de la libertad. No está dentro de nuestros objetivos dar cuenta de los individuos que intervinieron; sólo podemos indicar las legiones más importantes y otros grupos.

Buen número húngaros habían llegado a Palermo, y el 16 de junio consiguieron permiso de Garibaldi para constituir una legión a las órdenes del comandante Adolf Mogyoródy. Esta legión húngara se había iniciado con cincuenta y un hombres, aunque pronto creció hasta alcanzar un total de quinientos cuatro. Además había numerosos oficiales y soldados húngaros que no se unieron a aquellos sino que prefirieron servir en otras unidades garibaldinas. El 27 de julio se constituyó el Primer Escuadrón de Húsares Húngaros, dirigidos por el comandante Fülöp Fügymesy; después se formó el Segundo Escuadrón, con el comandante Scheiter. Entre ambos contaron con doscientos quince caballos.

La legión y los húsares se incluyeron en las brigadas de Eber y Milán en la división de Türr. Entre los húngaros más conocidos estaban, además de Türr, Tüköry y Eber, Sándor Téléki (que ya había combatido junto a Garibaldi el año anterior), los tenientes coroneles Kiss y Csudaffy, Konrad Eberhardt (que dirigiría una brigada en la división de Bixio y se alistaría después en el ejército italiano, luchando contra Garibaldi en Aspromonte) y Gusztav Frigyesy, uno de los dirigentes del movimiento garibaldino internacional. Era éste un veterano de la guerra de 1859; participaría en la campaña de 1860, y después en las de 1861, 1866 y 1867. Murió en 1878, en Milán, sumido en la pobreza y loco.

Hacia mediados de junio, el inglés John William Dunne con cuarenta compatriotas constituyeron un batallón inglés en Palermo. Con el tiempo se les unieron otros ingleses y muchos sicilianos, creciendo hasta convertirse en un regimiento de mil quinientos hombres y, después, en una brigada. Dunne seguía al mando; fue uno de los grandes protagonistas del movimiento liberal europeo: tras adquirir experiencia militar en la India y Crimea siguió luchando por la independencia nacional en Italia, Polonia y Dinamarca.

Un mes después de su formación, el batallón se ganó la admiración de Garibaldi por su actuación en la batalla de Milazzo. Acto seguido, Hugh Forbes, el garibaldino inglés de Roma, propuso la creación de una legión británica. La idea fue recibida con gran entusiasmo por John Peard, Edward y Alfred Styles, Percy Windham, Peter Cunningham (un antiguo marinero que sería el primero en escalar los muros de Milazzo), el teniente Blakeney y otros «camisas rojas» ingleses. Dunne, que era el soldado más serio de todos ellos, dio su aprobación con la condición de que se le permitiese examinar a todas las tropas en persona. El plan se puso en marcha, pero fue un desastre.

La legión británica no entró al servicio de Garibaldi efectivamente hasta el 15 de octubre, cuando estaban ya en Nápoles. Su indisciplina



crónica creó todo tipo de problemas al Ejército del Sur, hasta el punto de que Garibaldi estuvo considerando seriamente su disolución. La legión era completamente capaz de combatir con gran valor en el campo de batalla, como se demostró en Capua el 19 de octubre, pero le perseguía la mala suerte y soportaba a un comandante nada adecuado.

El asunto empezó muy bien. Alfred Styles fue a Londres a buscar reclutas, y el número de voluntarios pronto excedió todas las expectativas. Pero dejó el trabajo de organización de la legión a cierto capitán Boyle Minchin, quien entregó los diferentes mandos a oficiales del Cuerpo de Fusileros Voluntarios en lugar de dárselo a soldados que hubiesen demostrado su temple en la India y en Crimea. (La experiencia de los Fusileros Voluntarios se limitaba al tiro al blanco y a unos desfiles llenos de color por Hyde Park.) Los métodos seguidos por Boyle Minchin ofendieron a numerosos veteranos, los cuales abandonaron la empresa o se alistaron en la brigada de Dunne o en otras divisiones. Otras desertiones se debieron a la pésima administración del Fondo Garibaldi local, que dejó a los voluntarios esperando durante semanas y sin medio de subsistencia en las calles londinenses.

El peor error, no obstante, lo cometió el propio Garibaldi al dar a John Peard el mando de la legión. Este tenía cuarenta y nueve años, y había combatido el año anterior en las filas de los *Cacciatori delle Alpi* en calidad de soldado. No hay duda de que era un hombre valeroso, pero no tenía ninguna de las virtudes necesarias para dirigir un cuerpo de voluntarios. Años después, intentando culpar a otros de sus errores, escribió: «Muchos de los oficiales eran indisciplinados y otros tenían incluso peores defectos. Doy gracias a Dios de que la legión ya no exista.» Pero él mismo fue el principal responsable de la mala reputación de la legión británica.

Sin embargo, la actuación de la legión fue mucho más que compensada por otros ingleses al servicio de Garibaldi; además de la brigada de Dunne, estaban los marineros del *Agamemnon* y el *Renown*, los cuales acabaron desertando para unirse a los garibaldinos y bajo el mando del teniente Cooper sirvieron valientemente en una batería en la batalla del Volturno; también estaban los zuavos (infantería) de Wyndham y el batallón de Hugh Forbes.

Otros nombres prestigiosos ingleses fueron el de Charles Stuart Forbes, entonces de treinta años de edad, que culminaría su carrera como comodoro en la flota británica; Dowling, antiguo capitán de artillería que se uniría a Garibaldi con una batería de cañones Whitworth y llegaría a ser el general inspector de la artillería garibaldina; Edward F. Jarvis y R. L. Weeks, quienes dimitieron de la Marina Real para servir bajo el mando del general.

Pero la más digna de mención fue Jessie White Mario. Era una enérgica e inteligente mujer, antigua estudiante de medicina, casada con uno de los hombres más próximos al general, Alberto Mario, y que se unió a Garibaldi en la segunda expedición de Medici. Trabajó junto a Ripari en la tarea de establecer y administrar los servicios del hospital, consiguiendo la ayuda de la Sociedad de Socorro Mutuo de Damas Garibal-

di, dirigida por la condesa de Shaftesbury. Una de sus cartas, publicada en todos los periódicos ingleses, provocó una avalancha de material médico, que incluía varios brazos y piernas artificiales. En resumen, fue la Florence Nightingale de los «camisas rojas». Después de 1860, siguió interesándose por los conflictos sociales en los que los garibaldinos tomaron parte, aunque la preocupación de esta mujer era más humanitaria que política.

Para un inglés era relativamente fácil unirse a Garibaldi; pero no así para un francés. El gobierno de Napoleón III se oponía de forma total a su causa; Garibaldi había luchado contra los franceses en 1849, en tiempos de la República romana, y eso no se lo perdonaba. Sin embargo, el héroe italiano tenía muchos simpatizantes entre los franceses, en especial entre los republicanos, y el emperador no dudó en utilizar la fuerza para aplastar las manifestaciones en favor de Garibaldi en las calles de París y Lyon. Y cuando *Le Siècle* y *L'Opinion* abrieron una suscripción para conseguir fondos para los garibaldinos, la policía les puso un fin de obstáculos. El Fondo Garibaldi de París tuvo que poner un anuncio en los periódicos, diciendo que no podía ofrecer ayuda a los voluntarios que desearan unirse al general. No obstante, cuando conseguía eludir la vigilancia policial, este organismo enviaba fondos y hombres; su mejor hazaña fue la venta clandestina de los tres navíos a De Rohan.

A diferencia de los otros voluntarios, que estaban motivados por ideas liberales o por el odio al «pulpo reaccionario», los franceses eran verdaderos hombres del «87», inflamados por el espíritu de la gloriosa Revolución francesa. De hecho, cuando Paul de Flotte, el indiscutible jefe de la legión francesa, se arrojó contra la fortaleza de Torre Cavallo para provocar a los napolitanos, no gritó «¡viva Italia!» ni «¡viva Garibaldi!» como hacían los otros voluntarios, sino «¡viva la República!». Para los «camisas rojas» franceses, Garibaldi era sobre todo un dirigente del movimiento republicano internacional.

Los primeros voluntarios franceses llegaron a Palermo con la expedición dirigida por Cosenz. Eran setenta y cuatro en total, al mando de Paul de Flotte y de Phillipe Bourdon. De Flotte era teniente de la marina francesa, pero abandonó el ejército en 1849, cuando se hicieron evidentes las metas reaccionarias de Luis Napoleón. Garibaldi le ascendió a comandante. Moriría en Calabria tras el desembarco. Bourdon, de treinta y nueve años, había combatido con el ejército francés en Crimea y en Italia; bajo las órdenes de Garibaldi llegó a ser jefe de los ingenieros. Tomaría parte en todas las campañas garibaldinas hasta que, en 1870, le nombraron jefe del Estado Mayor del Ejército de los Vosgos. Como otros muchos garibaldinos, moriría en la pobreza.

La legión francesa, que a la muerte de su jefe cambiaría el nombre por el de Legión De Flotte, creció rápidamente hasta contar, a finales de julio, con quinientos hombres. Incluida en la división que dirigiera primero Cosenz y luego Milbitz, se distinguió en Milazzo y en el Volturno.

Es difícil establecer las identidades de los voluntarios franceses, ya que éstos solían utilizar nombres falsos para evitar ser reconocidos por



la policía de Napoleón III. De los que hemos llegado a conocer, los más importantes son: Maxim du Camp, oficial del Estado Mayor de Türr, que escribiría después un buen libro sobre la expedición; Ulrique de Fonvielle; Jules Abrie Baillot, capitán de artillería en el Segundo Regimiento de la división de Cosenz; Kolbi, oficial de suministros de Bixio; Rouet, capitán de caballería; Delacroix, teniente que había servido en Argelia; el coronel Galopain; Franqueville d'Orthal, y el coronel Gustave Paul Cluseret, parisiense de treinta y siete años que combatió en Argelia durante la revolución de 1848 y en la guerra de Crimea, y que tomaría el mando de la legión a la muerte de De Flotte.

El más famoso de los franceses que se unieron a Garibaldi fue el novelista y dramaturgo Alejandro Dumas, padre. Destacó desde el principio, gracias a su conducta extravagante y gracias también a su compañera, una hermosa joven llamada Emma que gustaba vestirse de almirante. Más tarde Dumas escribiría una biografía bastante novelada del general y una historia de la expedición de los Mil en la que se describe a sí mismo con un héroe (aunque en la realidad siguió la campaña cómodamente desde su yate). No obstante constituyó, o más bien su compañera Emma, un agradecido toque de color.

El 19 de junio se creó la legión extranjera; estaba formada por unos cien hombres, en su mayoría suizos y alemanes, que habían luchado por los napolitanos en Calatafimi en el Octavo Batallón de *cacciatori* y en el batallón de *carabinieri*, y que luego habían cambiado de lado. Los garibaldinos los recibieron con recelo, ya que no veían muy claro que lucharan contra sus antiguos compañeros de armas. Sin embargo, su actuación se ganó muy pronto el respeto y la admiración de sus nuevas camaradas y se les autorizó a que adoptaran el nombre de «Compañía Extranjera de *cacciatori*».

Tuvieron un mal comienzo, marcado por la indisciplina y unos cuantos casos de robo; pero su comandante, Adolf Wolff, realizó una implacable purga en sus filas y consiguió convertir esa legión en un instrumento militar reducido pero muy eficaz que se distinguiría a lo largo de la campaña dentro de la brigada de Eber en la división de Türr. Wolff era un discípulo bávaro de Mazzini que había aprendido el arte de la guerra en Crimea; en 1866 luchó de nuevo con los garibaldinos y tomó parte en diferentes intentos abortados de revoluciones republicanas. Sólo después de la caída del Segundo Imperio se descubrió que, durante más de veinte años, Wolff había sido un agente secreto responsable directo ante Napoleón III y con un sueldo de doce mil francos anuales.

Al principio las fuerzas de la legión extranjera siguieron vistiendo el uniforme napolitano, con un pañuelo rojo alrededor del cuello; después de la reorganización de Wolff llevaron camisetas rojas.

La contribución alemana no se limitó a la legión extranjera; el ejército garibaldino contaba con bastantes oficiales y soldados de origen alemán. De ellos, el nombre más prestigioso es el de Friedrich Wilhelm von Rüstow, un brandenburgo experto en ciencia militar. Con el tiempo llegó a ser el jefe de Estado Mayor de Garibaldi, y escribió valiosos estudios sobre los garibaldinos y sus campañas.

Naturalmente, no faltaban los voluntarios polacos: habían estado entre los primeros extranjeros que lucharon con Garibaldi, pero esta vez, el contingente polaco era más pequeño que el de 1849, aunque quizá de mayor calidad. Entre los oficiales destacados que sirvieron en la campaña de 1860 se encontraban Marian Langiewicz (el edecán de Garibaldi), Konstantin Ordon, Eduard Lange (que se convertiría en un general garibaldino), el general Ludwig Mierolawski (que estuvo al cargo de la defensa de Sicilia en 1849) y el general Aleksander Milbitz. Este último había dirigido la legión polaca durante la campaña de la República romana; pronto llegaría a ser general de división (al mando de la Decimotercera), y más tarde haría ganar a sus tropas un gran renombre en la batalla del Volturno.

También se recibió un apoyo muy activo de Estados Unidos, donde se habían afincado muchos exiliados políticos italianos (entre ellos el general Avezzana, ministro de la Guerra de la República romana). La recaudación de fondos para la causa italiana había comenzado en 1859, cuando fue enviada desde San Francisco una letra de cambio por valor de setecientos ochenta y cuatro libras esterlinas sobre la banca Rothschild.

Las noticias del éxito de Garibaldi estimularon un enorme aumento en las contribuciones. Sólo la ciudad de Nueva York consiguió cien mil dólares, mientras que California enviaba tres mil y un contingente de procedencias tan diversas como la comunidad alemana en Newark, la Unión Perú de Lexington y el Club de fusileros de Worcester, en Massachusetts.

Los fondos para la liberación de Italia siguieron reuniéndose en Estados Unidos incluso después de finalizar la campaña. El día 3 de abril de 1862, *L'Opinione* de Turín anunció que se habían construido con las contribuciones americanas treinta y cuatro cañones rayados, del calibre 16, y que cuatro de ellos (los números 1, 12, 13 y 27) llevaban la inscripción «A Italia, de sus hijos en California».

Además de ayuda económica, América envió voluntarios, aunque no llegaron en grandes cantidades ni formaron una legión propia. Podemos recordar al coronel C. C. Hicks, que llegó a formar parte del Estado Mayor de Garibaldi; al capitán Van Benthuyzen, de Louisiana; al teniente Frank Maury, de Tennessee; al teniente Spencer, hijo del cónsul de Estados Unidos en París; a Baughman, de Virginia; a Alexander Moore, de Nueva York; al general Wheat y a William de Rohan, el más importante, que llegaría a ser contraalmirante de la marina de Garibaldi.

Cuando todas estas nuevas fuerzas estuvieron reunidas, Garibaldi pudo reanudar su campaña contra los realistas. Los Mil estaban reestructurados en cuatro divisiones, a las que se numeró como si hubieran sido añadidas a las catorce divisiones ya existentes en el ejército italiano regular: la Decimoquinta, bajo el mando de Türr; la Decimosexta, bajo el de Cosenz y, más tarde, de Milbitz; la Decimoséptima, bajo el de Medici, y la Decimoctava, de Bixio. En este momento se las denominaba Ejército del Sur, con Türr como general inspector. No obstante, los garibaldinos prefirieron seguir llamando a sus divisiones «brigadas»,



y continuaron refiriéndose a cada regimiento con el nombre del oficial al mando.

El siguiente paso estratégico fue la invasión de la Italia continental; pero primero era necesario tomar posesión de todas las fortalezas que protegían el estrecho de Messina, en especial la de Milazzo. Por tanto, la división de Medici partió a lo largo de la costa hacia Milazzo, mientras que la de Türr y la de Bixio se encaminaban al interior, donde confiaban alzar a la población contra las restantes guarniciones napolitanas. El ejército se tenía que reunir en Punta del Faro, en el estrecho de Messina.

El 14 de julio, el general Clary, que comandaba las fuerzas de Messina, ordenó al coronel Bosco que acudiese a la defensa de Milazzo con cuatro batallones, un escuadrón de caballería y una batería. Medici, que ya había ocupado la cercana población de Barcellona, envió al teniente coronel Simonetta con doscientos cincuenta garibaldinos a una aldea llamada Archi, situada en la ruta de Messina a Milazzo. Bosco ya había pasado cuando llegó Simonetta, pero había dejado al comandante Maring con el Octavo Batallón de *cacciatori*, un pelotón de caballería y dos obuses, para que guardase el lugar. Se produjo una escaramuza, y los napolitanos obligaron a los garibaldinos a retirarse. No obstante, temiendo que volviesen con más fuerzas, Maring no consolidó su posición y se retiró a Milazzo. Bosco se puso furioso y le arrestó, ordenando que la columna regresase a Archi. Los soldados permanecieron leales a su comandante y se negaron a moverse, por lo que Bosco tuvo que enviar a otras seis compañías, dirigidas por el teniente coronel Marra. Durante esta confusión habían ocupado la posición los voluntarios sicilianos del coronel Interdonato, y Bosco tuvo que llamar a sus tropas definitivamente de vuelta a Milazzo. Todos los caminos que iban a Milazzo estaban en manos de Medici; Bosco no podía hacer nada, sino esperar el ataque.

Medici tenía dos mil quinientos hombres; el 19 de julio apareció la división de Cosenz, con mil quinientos soldados, y Garibaldi, que había llegado el 18 de julio, se les sumó con los cuatrocientos hombres que tenía a su disposición. Por otro lado, las tropas de Bosco junto con la guarnición de Milazzo, a las órdenes del coronel Pironti, totalizaban ciento veinte oficiales y cuatro mil quinientos hombres. Se les desplegó por el promontorio en el que se alzaban las ciudades y la fortaleza de Milazzo.

Los garibaldinos iniciaron el ataque la mañana del 20 de julio de 1860. El primero en avanzar fue Medici, con dos columnas dirigidas por Simonetta y Malenchini, cada una formada por cuatro batallones. Se envió a Nicola Fabrizi al camino principal de Messina para que rechazase a los refuerzos napolitanos. Pero no tuvo ocasión de combatir: los refuerzos regresaron a Messina cuando supieron que Milazzo ya estaba cortada por los garibaldinos. Cosenz permaneció en Meri con una fuerza de reserva.

Cuando Malenchini llegó al pueblo de San Pietro le recibió un denso fuego de artillería que dispersó a sus tropas; parecía que el ataque se iniciaba muy mal. Cuando Garibaldi comprendió lo que ocurría, en-

vió a Cosenz a rechazar el contraataque del enemigo. La columna de Simonetta también fue detenida por descargas artilleras realistas, y la situación se estancó hasta el mediodía. Los *carabinieri* genoveses fueron quienes sufrieron mayor daño: dejaron a la mitad de los hombres en el campo.

Entonces Garibaldi, que había desmontado y se había acercado demasiado a las líneas enemigas, fue rodeado por un destacamento de caballería napolitana mandado por el capitán Giuliani. Le rescató Missori, que lanzó una carga victoriosa sobre Giuliani y puso en fuga a los napolitanos. Poco después, desde el tejado de una casa a donde había subido para observar los movimientos del enemigo, Garibaldi atisbó el vapor *Tüköry* a la altura de la costa. Era uno de los primeros barcos de guerra garibaldinos y llegaba de Palermo con un batallón de refuerzos. Garibaldi ordenó que fuera a toda máquina hacia la playa de San Papiño. Allí, fuera del alcance de los cañones de la fortaleza de Milazzo, el *Tüköry* empezó a bombardear el flanco derecho de la fuerza napolitana. El bombardeo rompió las líneas realistas y las tropas se retiraron.

Entonces Medici ordenó a sus hombres que atacaran; la brigada de Dunne rompió las líneas enemigas y entró en la ciudad, obligando al enemigo a refugiarse en la fortaleza. Mientras tanto, el *Tüköry* había entrado en el puerto a vela: las máquinas no funcionaban.

Garibaldi notificó a Bosco sus exigencias: rendición incondicional excepto para los oficiales, que podrían regresar a Nápoles. Bosco se negó; declaró que sólo capitularía bajo condiciones honrosas y con el consentimiento del gobierno. Mientras tanto, pretendía defenderse con honor. «Si Garibaldi decidía minar la fortaleza —añadió—, se sentaría sobre el túnel, fumando un cigarro, y cuando lo volasen gritaría ¡viva el Rey!»

Se suspendieron las negociaciones. Luego aparecieron cuatro fragatas napolitanas a la altura de Milazzo. Por un momento se temió que llevasen refuerzos; luego bajó a tierra el general Anzani: se le había ordenado negociar la capitulación.

Se acordó que los napolitanos abandonarían el fuerte con honores militares, mientras que se entregaría el edificio, con el material y las provisiones que contuviera, a Garibaldi. Las tropas napolitanas volverían a Nápoles en las fragatas. Finalmente, Bosco partió hacia Messina.

Las bajas de Garibaldi fueron setecientas cincuenta, entre heridos y muertos. Entre los heridos se encontraba Cosenz, quien, como Bixio, volvió de inmediato a la lucha. Las bajas napolitanas fueron ciento treinta y dos.

El 25 de julio, Messina abrió sus puertas a las tropas de Medici, aunque los napolitanos mantenían el control de la ciudadela. El 1 de agosto cayeron Siracusa y Augusta. Toda Sicilia se encontraba ya en manos de Garibaldi, excepto la ciudadela de Messina, que se mantendría hasta el 12 de marzo de 1861, día en que finalmente se rindió, tras sufrir un denso bombardeo del general piemontés Cialdini.

Los garibaldinos se prepararon para iniciar la invasión del continente; pero, de nuevo, la diplomacia intentó detenerlos. El rey, el único pia-



montés al que Garibaldi escucharía aún, le escribió una carta pidiéndole que no continuase. La carta, naturalmente, procedía de Cavour, preocupado como siempre por las posibles repercusiones de las acciones de Garibaldi. Este, sin embargo, decidió seguir adelante; concentró sus fuerzas en las cercanías de Messina, siendo la base de operaciones el pequeño puerto de Punta de Faro, en el extremo norte del estrecho. Orsini, comandante general de la artillería, dispuso allí los treinta y cinco cañones de diferentes calibres tomados a los napolitanos.

El 8 de agosto, De Flotte requisó doscientos barcos y los preparó para transportar a las tropas y cruzar el estrecho.

Mientras los garibaldinos avanzaban hacia Punta del Faro, una cuarta fuerza expedicionaria partía de Génova. La dirigía el coronel Pianciani, devoto republicano; Von Rüstow era el jefe del Estado Mayor. Las tropas estaban formadas por seis mil hombres, divididos en cuatro brigadas bajo el mando de los coroneles Eberhardt, Tarrena, Gandini y Puppi. Giovanni Nicotera formó una quinta brigada en Toscana y Romaña. Según un plan no oficial pergeñado por el irrefrenable Bertani, estos hombres no irían a Sicilia, sino que invadirían los Estados Pontificios, liberarían Roma, se unirían a Garibaldi y luego marcharían sobre Venecia para terminar de una vez con la cuestión italiana.

El gobierno piemontés se oponía vehementemente al proyecto. Cavour ordenó al almirante Persano que impidiese el desembarco de los voluntarios en el territorio pontificio, y se ordenó al ejército que guardase la frontera. El astuto Cavour había permitido de forma deliberada que Pianciani reuniera esta fuerza expedicionaria bullente de republicanos. Pretendía que el proyecto se conociese públicamente y que llegasen noticias del mismo a la corte de Napoleón III, para así poder él pedir ayuda al emperador contra una amenaza republicana en Italia. Evidentemente, no era seguro que, en caso de salir victoriosa la facción republicana, Garibaldi cumpliera la promesa de entregar el sur de Italia a Víctor Manuel II. Además, era muy posible que, tras la toma de Nápoles, los garibaldinos marchasen sobre Roma. Si se quería salvar al papa, había que parar a Garibaldi; pero, para detenerlo, los piemonteses tendrían que ir al sur a través de los Estados Pontificios, y el papa temía, con mucha razón, que dicha operación conllevarse la anexión de gran parte del territorio por parte del Piemonte. Napoleón III, quizá harto de la carga que suponía para él la defensa del poder temporal del papa, dio su consentimiento.

Pero, ya que las cosas iban como ellos querían, los piemonteses no se apresuraron. Tardaron un mes y dos días en llegar al Volturno; derrotaron al ejército pontificio en Castelfidardo y luego, tranquilamente, se dirigieron al sur, dejando solamente el Lacio (la provincia que rodea a Roma) en poder del papa.

El mismo Garibaldi se oponía al plan de Bertani, ya que temía que comprometiera a la expedición completa, e informó a Pianciani que su presencia era necesaria en Sicilia. Pianciani obedeció órdenes, y desembarcó a sus tropas en Palermo el 14 y el 16 de agosto. Poco tiempo después, junto con Tarrena, presentó su dimisión.



Garibaldi en la batalla del Volturno, por G. Induno.



La brigada de Tarrena se entregó al comandante Spinazzi; Von Rüstow tomó el mando de tres brigadas (tres mil quinientos hombres) y se dirigió a Milazzo, mientras que Eberhardt y su brigada se unían a la división de Bixio, estacionada en Taormina.

Los Mil que desembarcaran en Marsala habían incrementado su número; en este momento (20 de agosto de 1860) había aproximadamente unos veinte mil voluntarios garibaldinos en Sicilia. Las dos divisiones napolitanas que defendían Calabria constaban de diecisiete mil hombres y treinta y dos cañones. Las dirigía el general Vial y estaban divididas en cuatro brigadas a las órdenes de los generales Ghio, Meléndez, Briganti y Caldarelli. Apoyo adicional le dio la guarnición existente en Reggio, y las baterías en Alta Fiumara, Villa San Giovanni, Punta del Faro, Torre Cavallo y Castello di Scilla.

El estrecho estaba defendido por unos diez barcos a las órdenes del almirante Salazar; pero no constituyeron un gran obstáculo. Persano, anclado en Palermo, le escribió a Cavour el 31 de julio: «La presencia de unos cuantos buques nuestros en Punta del Faro bastará para neutralizar a la flota napolitana. Si luchan, será sólo un gesto; se retirarán a la primera señal de dificultad. Por lo menos eso es lo que hemos acordado con algunos oficiales.» El 16 de agosto Persano volvió a escribir: «Ya podemos contar con la mayoría de los oficiales de la marina napolitana.» La flota napolitana, de hecho, se limitó a disparar algunas veces contra las baterías en Punta del Faro; cuando Garibaldi desembarcó en la costa calabresa, el general Meléndez escribió: «La marina no hizo nada para detenerle.»

Aunque la marina no hizo nada, sin embargo, las fortalezas de la costa calabresa tenían una posición muy ventajosa para observar los movimientos de naves en las aguas del estrecho. En la noche del 8 de agosto, una pequeña flota de doce barcos con cuatrocientos garibaldinos a bordo cruzó el estrecho de Messina en absoluto silencio. Sin embargo, fueron avistados a unas millas de la costa y los cañones napolitanos abrieron fuego sobre ellos. Solamente ciento cincuenta hombres consiguieron llegar a tierra; eran demasiado pocos para establecer una cabeza de puente, de modo que tuvieron que esconderse en Aspromonte (cadena de montañas por encima de Reggio) y esperar a los refuerzos que, de acuerdo con el plan, llegaban desde Taormina.

Nápoles, mientras tanto, estaba preparando su propia defensa, ya que se temía un desembarco en la costa cerca de Salerno. Garibaldi se enteró de esto y quiso aumentar los temores de los realistas multiplicando ostentadamente las actividades en Punta del Faro. Luego se dirigió apresuradamente a Taormina para unirse a Bixio, el cual estaba embarcando su división en los vapores *Torino* y *Franklin*. El día 19 cruzaron el mar, desembarcaron en Melito e iniciaron la marcha hacia Reggio Calabria.

El Decimocuarto Regimiento de Línea, bajo el mando del coronel Dusmet, defendía la ciudad. Era un bravo soldado, y cuando se enteró del desembarco en Melito salió de Reggio para enfrentarse con los garibaldinos, dejando la ciudad al cargo de un batallón de *cacciatori* y de

una batería de campo a las órdenes del general Gallotti. La confrontación se inició a mediodía del 20 de agosto; los realistas retrocedieron al principio, luego se rehicieron al grito de «¡viva el Rey!» y reanudaron la ofensiva. Pero esta vez fueron rechazados definitivamente y se retiraron a la plaza de la catedral de Reggio.

Por la tarde, los garibaldinos atacaron la ciudad. Las tropas napolitanas combatieron valerosamente bajo el mando de su coronel, pero cuando Dusmet recibió una herida mortal en el abdomen (moriría en brazos de su hijo, oficial de tropa en el mismo Regimiento) se dispersaron y más tarde se rindieron.

Las bajas napolitanas eran mínimas; los voluntarios, por el contrario, habían perdido ciento cuarenta y siete hombres, incluyendo a muertos y heridos (el indomable Bixio se contaba entre los heridos). Pero habían conquistado una ciudad, un castillo, treinta cañones de posición, ocho piezas de campo y casi dos mil rifles.

Sin pérdida de tiempo, Garibaldi marchó sobre Villa San Giovanni con el grueso de las fuerzas. Quería alcanzar la llanura de Maida lo antes posible. En la noche del 21 de agosto, Cosenz desembarcó en Favazzana con la legión de De Flotte y con la brigada de Assanti. Atacó el pueblo de Solano, tan bien defendido por una unidad de *cacciatori* que tuvo que ordenar una carga a bayoneta. En el transcurso de ésta murió De Flotte.

Tras ocupar Solano, Cosenz siguió al sur para unirse a Garibaldi en Villa San Giovanni. Atrapado entre las dos columnas estaba el general Briganti con las tropas realistas. Los garibaldinos eran unos cinco mil, y los napolitanos algo más numerosos. El general Briganti se dio cuenta del peligro, pero los comandantes realistas ya habían sucumbido al fatalismo, y no hizo nada. Permitted que le atacasen y perdió doscientos hombres. Luego se retiró a Gallico.

Este fue prácticamente el único conflicto armado de toda la campaña calabresa. Meléndez, con siete mil hombres y doce cañones, fue rodeado y se rindió sin presentar batalla. Los otros puntos de resistencia hicieron lo mismo. Es cierto que el general Ghio hizo un intento de defensa, reuniendo a unos diez mil soldados dispersos en la llanura de Maida; pero cuando aparecieron la brigada de Eber y la división de Cosenz, también se rindió entregando más de diez mil rifles, doce cañones y trescientos caballos.

El ejército napolitano de hecho, había claudicado; a menudo, y sin saber cómo, se encontró rodeado: el hábil Türr había utilizado la flota garibaldina (como seguiría haciendo en toda la campaña) para enviar a las tropas tras las líneas enemigas. La flota realista nunca intervino: después del desembarco en la ciudad de Calabria, de hecho, la flota partió hacia Nápoles, bordeando las costas de Sicilia para evitar toda posibilidad de conflicto.

La tendencia de los oficiales a rendirse provocó la indignación de las tropas napolitanas, que llegaron a disparar sobre sus superiores. El general Briganti murió a manos de sus propios hombres, pero la única respuesta del rey fue un juicio sumarísimo a los soldados, culpándolos



del desastre. Igualmente, la tripulación de un barco de guerra fue castigada por encerrar a los oficiales en las cabinas; éstos, que no habían hecho nada para oponerse a los garibaldinos, fueron absueltos.

El desembarco de los «camisas rojas» en el continente provocó revueltas en varias ciudades de Calabria, Apulia y Lucania. Se organizaron bandas armadas, sobre todo en Calabria, que se autodenominaron Guardia Nacional. Aquí, el apoyo de las masas no fue, sin embargo, tan fervoroso como en Sicilia: gran parte de la población permanecía fiel a los Borbones, especialmente en la región de Nápoles.

Una vez destruido el ejército de Calabria, el camino a Nápoles estaba abierto ante Garibaldi. El 14 de agosto se proclamó el estado de sitio en la ciudad, pero esto no evitó que dos comités liberales, formados con la aprobación de Cavour y denominados «Orden» y «Acción», operasen más o menos abiertamente. La revolución estaba en el aire, pero no se materializó, en parte debido a la presencia del rey y también porque la posición del ejército ante ella era aún desconocida.

Pero la corte de Nápoles tenía que hacer algo; los piemonteses llegaban desde el norte, y los garibaldinos, desde el sur. Algunos, como el primer ministro, Liborio Romano, y el tío del rey, conde de Siracusa (converso a la causa de la unidad italiana), estaban pidiendo la abdicación del soberano. Francisco II no podía aceptar dicha solución ni presentar ninguna otra; lo único que se podía hacer era derrotar a los garibaldinos, lo cual, a su vez, detendría a los piemonteses.

El rey concentró a todas sus tropas en el área existente entre Eboli, Salerno y Avellino, y él mismo fue a reunírseles allí. Todo el mundo creyó que por fin se proponía dirigir a su ejército en un encuentro decisivo con el invasor. Pero cuando supo que Avellino se había levantado en armas y que la división de Türr había desembarcado en Sapri (2 de septiembre) y se unía al resto de las tropas de Garibaldi, decidió, contra el consejo de sus propios generales Pianell y Bosco, retirar las tropas al norte de Nápoles, concentrándolas a lo largo del río Volturno y contando con las fortalezas de Gaeta y Capua.

La tarde del día 6 de septiembre, el rey Francisco II abandonó Nápoles; nunca volvería allí.

La incierta lealtad de los napolitanos y la retirada definitiva del rey solamente podían facilitar el avance de Garibaldi. Marchaba en dirección norte a paso rápido, gracias al genio de Türr, que movía las diferentes unidades por mar, desembarcándolas en puntos claves de la costa. Por tanto, en su avance Garibaldi encontraba constantemente tropas de refresco a su disposición; si Francisco II realmente hubiera pretendido atacarle en el camino entre Salerno y Sapri, el general hubiera estado preparado con todo su ejército concentrado en esta última ciudad.

Cuando Garibaldi supo que los realistas habían abandonado Salerno, ordenó a Von Rüstow que, con las brigadas de Spinazzi y de Puppi, así como con la de Milán, ocupase la población. El mismo entró en la ciudad ese día con todo su Estado Mayor y fue acogido con entusiasmo por la población.

Allí recibió una carta de Liborio Romano, que había tomado las riendas del gobierno tras la partida del rey. Decía que «Nápoles esperaba al redentor de Italia para poner su destino en sus manos». Evidentemente, el primer ministro estaba dispuesto a cambiar de señor.

A la mañana siguiente llegó una delegación de Nápoles. Confirmaron la carta de Liborio y pidieron a Garibaldi con insistencia que saliese inmediatamente hacia la capital, donde se le esperaba con ansiedad. Sin duda alguna, ante la falta de una autoridad, la situación podía escaparse de las manos.

Sin embargo, el Estado Mayor era de la opinión de que el general no debía ir a Nápoles hasta que un gran número de garibaldinos hubiese ocupado la ciudad. Se envió a Gandini desde Eboli a Vietri, población que estaba en la línea férrea de la capital; allí requisó todos los vagones de ferrocarril que pudo encontrar, los atestó de tropas y partió.

Garibaldi, no obstante, estaba demasiado impaciente como para esperar la llegada de la brigada de Gandini. Partió aquel mismo día, en un tren especial, acompañado por una escolta de siete hombres.

En la tarde del día 7 de septiembre, en un carruaje abierto, entró en Nápoles en medio de manifestaciones de alegría popular. Marchó directamente al Palacio Real y allí, desde un balcón, dio las gracias al pueblo napolitano «en nombre de toda Italia, que, gracias a su cooperación, finalmente se ha convertido en una nación». Esto era una falsedad completa: el pueblo napolitano no había hecho nada por cooperar. Evidentemente, la faceta de político estaba ganando en Garibaldi a la del soldado.

Los buques anclados en la bahía dispararon salvas e izaron la bandera tricolor con las armas de la Casa de Saboya; la guarnición realista (diez mil hombres dirigidos por el general Cataldo), estuvo presente en silencio.

Unos cuantos incidentes demostraron, sin embargo, que las tropas napolitanas no carecían de lealtad y honor, y que podían aún defender una causa perdida con dignidad. Un grupo de cadetes de la academia militar huyó y se unió al rey en Gaeta; se les ascendió inmediatamente al rango de abanderados. El coronel Liguori hizo desfilar al Noveno Regimiento de Línea por las calles de Nápoles, banderas al viento y al son de la banda, en dirección a Capua. Le siguieron ocho compañías del Sexto Regimiento de Línea a las órdenes del teniente coronel Perrone, y el Primer Regimiento de Línea, que había huido de Villa San Giovanni y que se redimiría combatiendo valientemente en la defensa de Gaeta. El Regimiento de Infantería de Marina se amotinó, y muchos oficiales y soldados se unieron al rey. El anciano comandante Livrea, que se mantenía en la plaza fuerte de Baia con ciento cuarenta y cinco hombres, rechazó todo intento por convencerle de que se rindiera.

El general trató de frenar estas «deserciones» y emitió una proclama:

«Si no desdeñáis a Garibaldi como compañero de armas, comprobareis que su único deseo es combatir a los enemigos de la Madre Patria a vuestro lado.»



Pero no sirvió de nada. Aunque la lealtad a la corona había vacilado hasta este momento, se reavivó muchísimo cuando la tragedia de la Casa de Borbón se acercaba a su fin. Garibaldi asumió la dictadura de Nápoles y formó un nuevo gobierno, con Cosenz como ministro de la Guerra y Sirtori como vicedictador de los territorios continentales napolitanos. Se confió a Türr el mando militar de Nápoles; la marina de guerra y la mercante se incorporaron a la flota garibaldina, y los antiguos oficiales del reino de las Dos Sicilias juraron lealtad al nuevo régimen.

Las filas del Ejército del Sur se habían aumentado con unos veinte mil nuevos reclutas; no obstante, la mayoría eran miembros de la Guardia Nacional, que permaneció en sus propias ciudades y pueblos para asegurar el orden público. La fuerza de combate real no sobrepasó los veinticuatro mil hombres.

En los alrededores de Nápoles muchos de los antiguos súbditos de Francisco II permanecieron leales a la causa borbónica, y junto con tropas dispersas del ejército derrotado empezaron a organizar una resistencia antigaribaldina. El movimiento era muy fuerte en Isernia; de allí se extendió a Ariano, donde el obispo, con el apoyo de los generales Flores y Bonanno, fomentó la rebelión. Hubiera sido muy peligroso a no ser por la intervención de Türr, el cual se movió rápidamente con la brigada de Milán. Al mismo tiempo, la Guardia Nacional derrotó y dispersó a una banda de realistas en Dentecane.

En Nápoles, mientras tanto, Garibaldi se hallaba en medio de una tormenta política. Pretendía derrotar a Francisco II y luego continuar la guerra hasta que Roma y Venecia fuesen liberadas. Para realizar su plan, confiaba explotar la autoridad que le confería el título de dictador de las Dos Sicilias. Cavour temía que si se le permitía continuar en dicho cargo, esto diese a la facción republicana ventaja sobre los monárquicos; por tanto, se propuso conseguir la inmediata anexión de los territorios conquistados por los garibaldinos al Piamonte y la dimisión de Garibaldi como dictador.

El conflicto se planteaba ahora entre la Italia revolucionaria y la Italia de los poderes establecidos. Los moderados intentaron ejercer presión sobre Garibaldi incitando contra él a la misma muchedumbre que le había aplaudido pocos días atrás, mientras que Bertani y Mazzini corrían a Nápoles con la esperanza de recuperarlo para la causa republicana.

Cavour vio dónde residía el peligro, y en lugar de negociar con el general le quitó su principal apoyo: el del rey. Por otra parte, la propia intransigencia de Garibaldi facilitó la maniobra al primer ministro.

En un momento pareció como si el conflicto político fuese a terminar en guerra civil. Cavour escribió a un agente suyo en la corte francesa: «La Guardia Nacional de Turín se levantaría en armas contra él, y Fanti y Cialdini, los generales piemonteses que habían ocupado Umbria y las marcas, no querrían nada mejor que una oportunidad para librar al país de los "camisas rojas". El rey ha decidido poner fin al asunto, y yo mismo no dudaría.» Puede ser una exageración para tranquiliz-

zar a Napoleón III, pero debió de haber algo de verdad en ello, ya que el rey, admirador de Garibaldi, le dijo a un enviado del general: «Dile que proclame la anexión al momento, o que dimita.»

Garibaldi no tenía mucho sentido político; pero comprendió que no tendría muchas posibilidades de éxito en una guerra civil si sus adversarios tenían el apoyo de Francia y Austria. No sólo no podría tomar Roma y Venecia, sino que con toda seguridad sus logros se perderían. Por tanto, cedió e invitó a Víctor Manuel a ir a Nápoles para tomar posesión de los nuevos territorios.

Pero no había terminado aún con el ejército napolitano; Francisco II no sólo no quería abandonar, sino que había dicho que reconquistaría la ciudad y su antiguo poder. El mariscal Giosuè Ritucci concentró sus tropas a lo largo del Volturno, al tiempo que Gaeta y Capua se preparaban para resistir a toda costa.

Garibaldi regresó a Palermo, donde ya habían comenzado las agitaciones anexionistas, mientras que Türr, con siete mil hombres, se dirigía al Volturno para realizar un reconocimiento de las posiciones e intenciones del enemigo. La base de operaciones se hallaba en Caserta.

El 14 de septiembre, los garibaldinos empezaron a concentrarse a lo largo del Volturno; los primeros en moverse fueron las brigadas de Spangaro, La Masa, Sacchi, Puppi y la de Milán junto con los regimientos de La Porta y Corrao (llamado el de este último los *cacciatori* sicilianos). El día 15, los realistas atacaron la ciudad de Santa María, pero la brigada de Eber los rechazó; al día siguiente intentaron tomar San Leucio, siendo esta vez la brigada de Puppi quien los hizo retroceder.

Türr sacó la conclusión de que los realistas estaban planeando una ofensiva general, y de que estos ataques habían sido para reconocer las posiciones garibaldinas y probar su fuerza. Por tanto, decidió confundir al enemigo siendo el primero en atacar, aunque todavía no había llegado al frente la brigada de Medici, lo cual fue un error.

El 19 de septiembre de 1860 ordenó a las brigadas de La Masa, Spangaro y Milán, a las órdenes de Von Rüstow (a quien ya había nombrado jefe de Estado Mayor el día 16), que avanzasen sobre Capua; la brigada de Eber tenía que atacar Sant'Angelo. Pero la situación fue mal desde el principio.

Von Rüstow persiguió a la infantería napolitana hasta los muros de Capua, pero allí sufrió graves pérdidas debido a los cañones enemigos. La brigada de Puppi fue al rescate, combatiendo con gran valor, pero la artillería napolitana redujo sus fuerzas a la mitad; el mismo Puppi murió. La situación era crítica y Von Rüstow ordenó la retirada. Los realistas intentaron aumentar su ventaja persiguiéndoles, pero la rápida intervención de la brigada de La Masa les hizo retroceder.

Los napolitanos destruyeron una batería garibaldina en un lugar llamado La Fornace, mientras que Sacchi solamente consiguió resistir en La Scafa della Formicola.

A las once de la mañana, Türr ordenó la retirada en todo el frente; los napolitanos aprovecharon para atacar Santa María, pero Von Rüstow los detuvo con un contraataque.



Mientras tanto, el comandante Cattabene y sus *cacciatori* boloñeses cruzaron el Volturno, ocuparon Caiazzo a pesar de las dos brigadas napolitanas que lo defendían, y se atrincheraron en espera de los refuerzos. No obstante, no se podía utilizar ninguna tropa de la zona por lo que se hizo venir al regimiento del coronel Vacchieri en Nápoles. Este avanzó tan deprisa como pudo, pero llegó demasiado tarde. Dos columnas napolitanas bajo el mando de Von Mechel y Colonna contraatacaron a Caiazzo, rodeando a Cattabene, y la población local (leal a los Borbones) comenzó a emboscar a los garibaldinos. Cattabene fue herido gravemente y ordenó la retirada, pero muchos hombres se ahogaron intentando cruzar el Volturno. Cuando Vacchieri llegó, los napolitanos se encontraban de nuevo firmemente atrincherados en Caiazzo.

Esta fue la única derrota sufrida por los garibaldinos en toda la campaña. De los mil doscientos hombres que componían los regimientos de Cattabene y Vacchieri, tan sólo cuatrocientos cincuenta regresaron a Caserta. Además de las bajas, se hicieron doscientos prisioneros, entre ellos el mismo Cattabene.

Vacchieri fue al campamento garibaldino en Maddaloni y protestó firmemente por la falta de apoyo adecuado para esta empresa ardua y difícil. El primer objetivo de sus críticas fue el general Türr, que se encontraba a cargo de las operaciones y que, como escribió Garibaldi, «supuso que ninguna empresa se hallaba fuera de la capacidad de nuestros atrevidos voluntarios». Años después, Missori también expresaría una opinión muy negativa sobre la dirección de Türr en Caiazzo. Ante estas acusaciones, Türr viajó especialmente a Roma para defender su caso ante Ricciotti Garibaldi, hijo del general y en ese momento jefe indiscutible de los garibaldinos; dijo que durante toda la campaña había estado tosiendo sangre y esto le había debilitado mucho; Medici debía haberle relevado, pero llegó demasiado tarde. Después de una derrota son inevitables las controversias de este estilo. Türr sigue siendo una de las figuras más admirables en la épica garibaldina. Además, el ataque a Caiazzo, por muy desastroso que fuera, sirvió para retrasar la batalla decisiva durante diez días, dándole a Garibaldi la oportunidad de llevar todas las tropas al Volturno.

En cualquier caso, Medici tomó el mando de los cuerpos de reconocimiento en el Volturno, con Von Rüstow como jefe de Estado Mayor; Milbitz tomó el mando sobre las tropas.

Los siguientes días estuvieron marcados por unas escaramuzas menores en el frente. El día 30 de septiembre, por ejemplo, los napolitanos hicieron una demostración de fuerza en Santa María e intentaron cruzar el río en Triflisco, para ser rechazados por la brigada de Spangaro. Las fuerzas realistas se estaban poniendo nerviosas: empezaban a sentir el aliento del ejército piemontés que se les aproximaba desde el norte. Por tanto, decidieron lanzar un ataque decisivo el 1 de octubre.

Según el plan, las divisiones dirigidas por el general Afán de Rivera y el general de brigada Tabacchi tenían que atacar Santa María y Sant'Angelo directamente, romper las líneas garibaldinas y dirigirse sobre Caserta. Las columnas de Von Mechel, bajo el mando del general

Ruiz y el coronel Perrone, saldrían de Ducenta y Limatola, tomarían los altos de Maddaloni y Caserta Vecchia, y cortarían las comunicaciones entre Caserta y Nápoles. El general Sergardi, con dos regimientos de lanceros, atacaría y ocuparía San Tammaro. El general Colonna, con la Tercera División, apoyaría todas estas operaciones bombardeando a los garibaldinos desde la orilla derecha del Volturno.

El conjunto de las fuerzas realistas en Gaeta, Capua y en el río Volturno entre Triflisco y Caiazzo (cincuenta mil hombres y cuarenta y dos cañones) doblaban en número a las de Garibaldi, pero sólo enviaron a la mitad a la batalla del Volturno. Estaban organizadas en dos divisiones de infantería y una de caballería; la fuerza total estaba mandada por el mariscal Ritucci.

1.<sup>a</sup> DIVISIÓN (general Afán de Rivera): 10.000 hombres.

*Primera Brigada* (general de brigada Polizy):

4 regimientos de *cacciatori* (7.<sup>o</sup>, 8.<sup>o</sup>, 9.<sup>o</sup> y 10.<sup>o</sup>).

8 piezas de artillería.

*Segunda Brigada* (general de brigada Barbalonga):

2 regimientos de *cacciatori* (2.<sup>o</sup> y 14.<sup>o</sup>).

1 batallón de *tiragliatori* (tiradores de elite)

8 piezas de artillería.

2 escuadrones de caballería.

2.<sup>a</sup> DIVISIÓN (general de brigada Tabacchi): 7.000 hombres.

*Primera Brigada* (coronel D'Orgemont):

3.<sup>er</sup> Regimiento de Guardias de Infantería.

1 batallón de *tiragliatori*.

4 piezas de artillería.

*Segunda Brigada* (coronel Marulli)

1.<sup>o</sup> y 2.<sup>o</sup> Regimientos de Guardias de Infantería.

9.<sup>o</sup> Batallón de Línea.

1 batería de posición (coronel Negri).

DIVISIÓN DE CABALLERÍA (general de brigada Ruggero):

21 escuadrones y 9 piezas de artillería

2.<sup>o</sup> Regimiento de Húsares.

1.<sup>o</sup> y 2.<sup>o</sup> Regimientos de Lanceros.

1.<sup>o</sup> y 2.<sup>o</sup> Regimientos de Dragones.

Además de estas tropas estaban la brigada de Von Mechel (tres batallones de extranjeros y tres baterías) y las de Ruiz y Perrone. Las fuerzas consistían en tres regimientos de caballería y la Tercera División del general Colonna, que debía reforzar a los hombres que atacaban Sant'Angelo.

Los garibaldinos se extendían entre San Tammaro, Santa María, Sant'Angelo, San Leucio y Valle. Parece que eran 25.600 hombres, aunque la cifra no es muy segura, ya que no existen informes de algunas unidades. Otras estaban alteradas de manera drástica por los combates de los días 19 y 21 de septiembre: la brigada de Puppi, por ejemplo, había tenido tantas pérdidas que hubo de ser reorganizada en un regimien-



to dirigido por el teniente coronel Bossi. También hay que recordar que, aunque otras unidades se seguían llamando regimientos, de hecho apenas eran más numerosas que un batallón corriente.

Al desplegar sus fuerzas a lo largo del Volturno, Sirtori alteró la estructura interna de las divisiones. Estas estaban compuestas, la mañana del 1 de octubre, de la siguiente manera:

15.<sup>a</sup> DIVISIÓN (Türr): 9.327 hombres (en reserva en Caserta, excepto la brigada de Sacchi, que estaba estacionada entre Castel Morone y San leucio; suministró constantemente refuerzos a Medici y Milbitz).

*Brigada de Sacchi:*

3 regimientos (teniente coronel Isnardi, Pellegrini y teniente coronel Bossi).

1 batallón de *bersaglieri* (comandante Bronzetti).

1 regimiento de Ingenieros (coronel Brocchi).

*Brigada de Assanti:*

3 regimientos (tenientes coroneles Gazioli, Borghesi y Albuzzi).

1 batallón de *bersaglieri* (comandante Sgarallino).

*Brigada de Eber:*

2 regimientos (tenientes coroneles Bassini y Cossovich).

1 batallón de *bersaglieri* (teniente coronel Tanara).

Legión extranjera (Wolff).

Legión húngara (teniente coronel Magiarody).

1.<sup>er</sup> Escuadrón de húsares húngaros (teniente coronel Figyelmesy).

*Brigada de corte:*

2 regimientos (tenientes coroneles Cararà y Graziotti).

*Brigada de Milán (De Georgis):*

3 batallones.

*Bersaglieri* lombardos.

2.<sup>o</sup> Escuadrón de húsares húngaros (comandante Scheiter).

*Artillería:*

2 baterías (12 cañones).

16.<sup>a</sup> DIVISIÓN (Milbitz): 5.089 hombres (entre Santa María, San Tammaro y San Prisco).

*Brigada de La Masa:*

2 regimientos (tenientes coroneles La Porta y Corrao).

*Brigada de Malenchini:*

Regimiento de Malenchini.

6 batallones (Palizzolo, Pace, Laugè, Sprovieri, Fardella y Bentivoglia).

Montañeros del Vesubio (teniente coronel Casalta d'Ornano).

Legión francesa (coronel Cluseret).

*Artillería:*

1 batería de 2 piezas.

17.<sup>a</sup> DIVISIÓN (Medici): 4.585 hombres (en Sant'Angelo).

*Brigada de Spangaro:*

4 batallones.

1 batallón de *bersaglieri* (Farinelli).

*Brigada de Simonetta:*

2 regimientos (teniente coronel Cadolini; coronel Vacchieri).

*Brigada de Dunne:*

(Sin subdividir en regimientos.)

*Carabinieri genoveses* (comandante Mosto).

*Artillería:*

1 batería de 6 cañones.

1 batería de 3 obuses.

18.<sup>a</sup> DIVISIÓN (Bixio): 6.087 hombres (entre Valle y Monte Caro).

*Brigada de Spinazzi:*

2 batallones de *bersaglieri* (comandantes Menotti Garibaldi y Boldrini).

*Brigada de Dezza:*

8 batallones.

*Brigada de Fabrizi:*

6 batallones.

*Brigada de Eberhardt:*

2 regimientos (coronel Penzo; comandante Dunyow).

*Artillería:*

1 batería de 2 cañones.

Unos 452 artilleros adicionales se repartían entre todas las fuerzas, y 60 lanceros, llamados «lanceros de Garibaldi», asistían a los diversos mandos en calidad de guías y mensajeros.

En la madrugada del 1 de octubre de 1860, el Décimo Regimiento napolitano (teniente coronel Capecelatro, brigada de Polizy) inició el fuego. Cargó sobre la avanzadilla garibaldina cercana a Sant'Angelo, obligando a la tropa a retirarse. Los garibaldinos contraatacaron y recuperaron el terreno perdido. Luego intervino la brigada de Barbalonga y ocupó las casas situadas a las afueras de Sant'Angelo; resistió allí hasta la tarde.

Al mismo tiempo, la división de Tabacchi atacó Santa María y rompió la avanzadilla de La Masa, mientras que Segardi y sus lanceros derrotaban a los voluntarios de Fardella en San Tammaro. Entre tanto, el mismo Francisco II apareció en el frente con sus hermanos, el conde de Trapani y el conde de Caserta. Su presencia, así como la ventaja que habían ganado, llenó a las tropas de confianza.

Sin embargo, el ataque napolitano pronto perdió ímpetu. Los batallones de Laugè y Sprovieri, apoyados por Corrao y La Porta, presentaron una obstinada resistencia y derrotaron al coronel D'Orgemont (división de Tabacchi). La brigada de Marulli fue a su rescate, mientras que el coronel Negri bombardeaba las filas garibaldinas con la batería de ocho piezas a su cargo.

El general de brigada Tabacchi reorganizó sus filas y envió unos destacamentos a rodear Santa María y cortar las comunicaciones con Sant'Angelo. La operación casi tuvo éxito, pero la brigada de Assanti, junto con el Segundo Batallón (*bersaglieri* de Gioacchino Bonnet) y dos



regimientos (los de Borghesi y Fazioli) consiguió llegar a tiempo de frustrarla.

Entre tanto, la división de Afán de Rivera, apoyada por un denso fuego artillero, atacó a Medici en Sant'Angelo. Medici contraatacó, pero Polizy consiguió llegar a las afueras del pueblo y llevar a los garibaldinos hasta Monte Sant'Iorio. Medici sabía que perder Sant'Angelo sería equivalente a perder la batalla: se rodearían de inmediato las posiciones de Santa María y no se podría evitar que los napolitanos ocupasen Caserta y después Nápoles. Confiando en la batería del teniente Cooper y en la brigada de Spangaro (ambas dentro de la división de Medici), presentó una resistencia tan feroz como el ataque napolitano. Sin embargo, todavía parecía que le superarían.

En ese momento, Garibaldi salió de Santa María y se dirigió a Sant'Angelo acompañado por Missori, Arrigo Basso, Giovanni Arrivabene y algunos guías. Cuando se acercaron a las afueras del pueblo, se encontraron en medio de las fuerzas napolitanas, que intentaban llegar a la retaguardia de Medici. Los napolitanos dispararon sobre el carruaje del general, mataron un caballo e hirieron a Arrivabene haciéndole prisionero.

Entonces, apareció la Séptima Compañía del capitán Pratelli (brigada de Spangaro); los recién llegados se abrieron paso entre los napolitanos a bayonetazos y liberaron a Garibaldi, quien se apresuró a unirse a Medici en Monte Sant'Iorio. Allí reunió las tropas que estaban disponibles (los *carabinieri* genoveses, los batallones de Farinelli y Morici) y, respaldado por dos cañones, se arrojó sobre los napolitanos, que estaban finalizando su movimiento envolvente. Medici también contraatacó y recuperó Sant'Angelo, mientras la brigada de Dunne conseguía reconquistar las baterías que había perdido con anterioridad aquel día.

La situación, mientras tanto, en Santa María se estaba haciendo muy crítica. El general Milbitz fue retirado, herido, del frente; la batería del comandante Angherà, que había actuado admirablemente durante todo el día, empezó a mostrar señales de fatiga. Y la legión francesa, que llevaba horas sufriendo el ataque de la población, empezaba a debilitarse. Garibaldi fue a Santa María y ordenó a Türr que se le uniese allí con las brigadas de Eber y de Milán, las únicas unidades que quedaban en reserva: se movieron en tren y llegaron al frente en muy poco tiempo. Junto con Türr venía Sirtori.

Tan pronto como llegó la brigada de Milán, Garibaldi la tomó a sus órdenes y partieron hacia la ciudad. La brigada de Eber fue dividida en unidades más pequeñas que eran enviadas allí donde las tropas eran más necesarias. Los húsares húngaros, los *bersaglieri* y el Primer Regimiento se encaminaron hacia San Tammaro, mientras la legión húngara, la legión extranjera y el Segundo Regimiento iban al área comprendida entre Sant'Angelo y Capua.

Gracias a estas acciones, y en especial a las incesantes cargas de los húsares húngaros del comandante Scheiter, Medici consiguió recobrar el control de la situación. Con las brigadas de Simonetta y de Dunne se obligó a la división de Afán de Rivera a retroceder hasta Capua.

En Santa María, un ataque combinado del teniente coronel Bassini, La Porta y Corrao sobre el convento de los Capuchinos, último foco de resistencia, puso fin al día en aquel sector. La división de Tabacchi también se retiró hacia Capua; a las seis de la tarde, la línea entre Santa María y Sant'Angelo se hallaba de nuevo en manos de Garibaldi. Mientras se desarrollaban estos combates, otros dos se habían realizado en la línea entre Monte Tifata y Monte Viro, y en el camino a Maddaloni, que estaban defendidos por la brigada de Sacchi y la división de Bixio.

En la mañana del 1 de octubre, una columna realista de dos mil hombres, dirigida por el coronel Perrone, salió de Limatola y atacó las posiciones en Grottole y Sant'Annunziata. El batallón de Ferracini retrocedió hasta San Leucio, donde se encontraba Sacchi. Este reorganizó rápidamente el batallón, lo reforzó con el regimiento de Bossi y lo envió a las alturas de Castel Morone, donde Pilade Bronzetti y sus doscientos cincuenta *bersaglieri* a duras penas resistían.

La ayuda llegó demasiado tarde. Bronzetti no tenía munición y estaba en minoría; luchó lo mejor que pudo, pero cuando murió alcanzado por un disparo sus pocas tropas supervivientes no tuvieron otra elección que rendirse. El hermano de Bronzetti había muerto el año anterior con los *Cacciatori delle Alpi*.

Cuando Bossi llegó a Castel Morone, se encontró también con problemas; para no ser rodeado, retrocedió hasta la granja de San Silvestre, donde consiguió detener a los napolitanos. Estos, sin embargo, tras un asalto sin éxito, partieron hacia las colinas que les rodeaban y desde allí avanzaron, sin oposición alguna, hacia Caserta Vecchia.

Entre tanto, Bixio se enfrentaba a la columna de siete mil hombres y tres baterías de Von Mechel, que había caído sobre él entre Monte Caro y Valle, en el camino de Maddaloni.

En la noche del 30 de septiembre, Von Mechel había cruzado el Volturno y ocupado Ducenta. Desde allí, al amanecer del día 1, con la ayuda de la artillería, atacó la avanzadilla de la división de Bixio. Superó a las brigadas de Eberhardt y Spinazzi, que abandonaron las posiciones y se retiraron en desorden.

Debido a este revés, Bixio tuvo que retirarse para proteger el camino a Caserta en Villa Gualtieri. Luego ordenó a la brigada de Fabrizi que se estacionase entre Maddaloni y el acueducto de San Leucio para evitar que se uniesen Von Mechel y Perrone. Ordenó al coronel Dezza que recuperase Monte Caro.

Dezza unió sus fuerzas con los *bersaglieri* de Menotti y, flanqueado por Taddei, empezó a atacar. Monte Caro estaba defendido por los Batallones Extranjeros napolitanos, con unidades de línea, un escuadrón de caballería y una potente fuerza de artillería. Dezza y Menotti atacaron de frente resueltamente, cada carga más sangrienta que la anterior. Von Mechel se defendió con inteligencia, amenazando a sus asaltantes con un ataque de flanco; pero Dezza contestó a este movimiento enviando las tropas que había mantenido en reserva. Los napolitanos se retiraron de Monte Caro a Ducenta, y luego abandonaron también este pueblo.



Bixio perdió doscientos veintiún hombres aquel día, y los napolitanos ciento veinticinco; una vez más el enemigo sufrió menores bajas pero huyó.

En la tarde del 1 de octubre, el general Sirtori telegrafió a Cosenza en Nápoles: «Hemos tenido éxito en todo el frente. Sólo una columna realista se encuentra aislada cerca de Caserta.» En efecto, la columna de Perrone, ignorando el resultado del combate, marchaba sobre Caserta Vecchia por la noche, sin establecer contacto con Von Mechel. Perrone había unido el Sexto Regimiento de Línea a su propia unidad y ahora tenía tres mil soldados. No era un número grande, pero bastaba para constituir una amenaza para la retaguardia de Garibaldi.

Los hombres del general habían luchado durante doce horas sin descanso, y estaban agotados. Muchos de ellos se hallaban durmiendo en las mismas posiciones que tan laboriosamente habían recuperado. Por tanto, Sirtori reunió una fuerza de ataque en Caserta, utilizando a las tropas que habían tenido menos acción: un regimiento de la brigada de Corte, otro de la de Assanti, unas pocas compañías de la brigada de Spangaro y los *carabinieri* genoveses. Estos últimos estaban bastante fatigados, pero su apoyo era necesario.

Se ordenó a Bixio que se dirigiera hacia Monte Viro para cortar el paso a los napolitanos. Missori, que había ido de reconocimiento, regresó a Caserta al alba e informó al general sobre la disposición de las tropas enemigas en Caserta Vecchia. Entre las cuatro y las cinco de la madrugada del día 2 de octubre, los garibaldinos partieron hacia San Leucio. Bixio dejó a la brigada de Fabrizi para que defendiera Maddaloni y ordenó a Eberhardt que se dirigiera hacia Caserta Vecchia. Muy pronto la columna de Perrone fue rodeada y muy pocos realistas escaparon.

De esta manera terminó el combate conocido como la batalla del Volturmo. Fue la más importante de las que conocieran los garibaldinos, tanto por sus consecuencias políticas como por el número de soldados que allí participaron. Para ambos bandos representó la batalla decisiva por sus ideales; la derrota de los napolitanos supuso el fin de un reino. Si los garibaldinos la hubiesen perdido, ello habría significado el final de una lucha que hasta entonces había estado coronada por el éxito. La victoria napolitana habría estimulado a las potencias europeas a apoyar de forma más activa a la Casa de Borbón, y el ejército piemontés habría visto detenido su avance. Sin embargo, la verdadera importancia de estos acontecimientos no se reconoció públicamente hasta muchos años después. La nueva clase gobernante, la burguesía, no podía admitir que la unidad de Italia se debía a un ejército del pueblo.

La batalla del Volturmo es única también por ser la primera y última vez que los garibaldinos hicieron una batalla esencialmente defensiva. Los napolitanos estaban mejor equipados, pero sus mandos, como de costumbre, no tenían capacidad ni resolución. Los garibaldinos compensaron su inferioridad material con su habilidad y, sobre todo, con la capacidad de los oficiales para controlar a las tropas.

Posteriores críticos comentarían que la extensión del frente fue excesiva teniendo en cuenta el número de las fuerzas: veinticinco mil hom-

bres se extendieron sobre más de veinte kilómetros. Pero Sirtori y su Estado Mayor no podían hacer otra cosa: para evitar que les cortasen la comunicación con Nápoles, tenían que dominar todos los caminos que desde Capua y otros lugares llevaban a la capital.

Los napolitanos cometieron el error de espaciar demasiado los ataques al intentar romper la línea. El mismo Garibaldi reconoció que si los realistas se hubieran concentrado sobre San Tammaro o Maddaloni, restringiendo los movimientos de los voluntarios al área de Capua, hubieran obtenido «una fácil victoria».

Los garibaldinos sufrieron 1.634 bajas, con 389 capturados o desaparecidos. Las bajas napolitanas contabilizaban 1.128 con 2.160 capturados o desaparecidos.

Garibaldi hizo una declaración lamentando la batalla fratricida «en la que italianos combatieron contra italianos», y expresando su gratitud a todos sus hombres, en especial a los «húngaros, franceses e ingleses, pocos en número pero de gran valor, que reforzaron las filas del Ejército del Sur y con nobleza mantuvieron en alto el honor marcial de sus compatriotas».

El día 26 de octubre de 1860, Garibaldi se encontró con el rey en Teano y le hizo entrega oficialmente de los territorios conquistados. La actitud del rey hacia los «camisas rojas» se pueden resumir en las palabras utilizadas por Garibaldi para describir la actitud de los políticos en general: «Creen que los hombres son como las naranjas, que se estruja la última gota de zumo y se tira la cáscara.» Ciertamente, Víctor Manuel le ofreció recompensas tales como el rango de general de división, el título de príncipe de Calatafimi, una buena pensión e incluso un castillo. Pero lo que realmente deseaba Garibaldi era la continuación de la guerra y el reconocimiento para sus hombres, que ni siquiera se mencionó. El rey se negó a pasar revista a las tropas y la proclama que les envió ni siquiera llevaba su firma.

Garibaldi rechazó todos los honores que se le ofrecieron, incluido el nombramiento de Menotti como edecán de su majestad. Abandonó Nápoles y partió hacia su amada Caprera, llevándose como botín un saco de semillas, algo de café y de azúcar, un paquete de pescado salado y macarrones suficientes para un año.

La batalla del Volturmo marcó el final de la campaña de 1860. La ciudadela de Messina aún se encontraba en manos napolitanas, al igual que la fortaleza de Gaeta, refugio de Francisco II y sus últimos cortesanos. Los piemonteses tendrían el dudoso honor de conquistarlas, tras un largo e inhumano bombardeo.

La campaña terminó de una forma que *The Times* describía como realmente criminal. Cuando Garibaldi partió hacia Caprera, había confiado sus garibaldinos al rey, pero pronto se hizo evidente que Víctor Manuel no podía utilizar este ejército demasiado liberal y algo socialista. Le pasó el problema del Ejército del Sur al general Fanti, uno de los hombres más contrarios a los «camisas rojas». La comisión que se formó para examinar las calificaciones de los oficiales garibaldinos que habían pedido el ingreso en el ejército regular estaba presidida por el general



Della Rocca, un exponente típico de la casta militar piamontesa cerrada y exclusivista.

El gobierno ofreció la paga por adelantado de seis meses a todo oficial que entregase su dimisión, pero fue en vano. Tan sólo cuando se comprendió que el gobierno no tenía intención de luchar por la liberación de Roma y Venecia, muchos garibaldinos decidieron abandonar la vida militar. Prefirieron regresar a sus ocupaciones civiles antes que servir donde ya no se les quería. Otros, sin embargo, decidieron quedarse en el ejército, para estar dispuestos ante los conflictos que sabían inevitables si se quería zanjar la cuestión italiana.

De las filas garibaldinas procedían las tres cuartas partes de la intelectualidad de la nueva nación; a pesar de sus múltiples errores, su contribución al progreso y desarrollo de la misma fue muy duradera. En justicia al gobierno del Piamonte, hay que decir que se encontraba bajo considerable presión internacional para que disolviera esta milicia, potencialmente revolucionaria.

El problema del Ejército del Sur se arrastró durante casi dos años. Fue discutido, por lo menos, en tres tormentosas sesiones del Parlamento, en los días 18, 19 y 20 de abril de 1861. El problema más peliagudo lo constituían los oficiales que no habían dimitido, pero que tampoco querían permanecer en el ejército regular; la discusión se agriaba aún más por la presencia de muchos garibaldinos elegidos diputados, como Bixio, Cadolini y el mismo Garibaldi.

Por último, la moción de Bettino Ricasoli que proponía la creación de un cuerpo especial, separado del ejército, fue aprobada por 194 votos contra 79. No obstante, nunca se llevaron a cabo estas decisiones votadas en el Parlamento; al final, fueron tantos los garibaldinos que habían abandonado el cuerpo, que el día 27 de enero de 1862 éste se disolvió y sus miembros fueron incorporados al nuevo ejército italiano.

Los generales piamonteses tenían ciertamente razón cuando decían que el ejército de Garibaldi tenía demasiados oficiales, en especial de estado mayor. En el área napolitana, los cuadros estaban tan hinchados con falsos «camisas rojas» que el rango de comandante era el más bajo: estos hombres confiaban en sacar provecho del cambio de régimen, sin hacer ninguna contribución militar; de hecho, lo único que consiguieron fue producir un mayor caos. Los sicilianos y los calabreses habían sido responsables de horribles matanzas; algunos de ellos habían sido bandidos, y lo que les había impulsado a luchar eran sobre todo consideraciones regionales. Pero lo cierto es que dieron cuerpo y alma a los garibaldinos. Los napolitanos, por el contrario, sólo se preocupaban por el cargo (de comandante para arriba, naturalmente). Nunca quedó muy claro quiénes eran o dónde habían conseguido el rango; eran los típicos «misterios napolitanos», como dijo un subteniente de la división de Medici. Aparte de estos héroes de último minuto, es muy cierto que el ejército de Garibaldi estaba sobresaturado de oficiales: en octubre de 1860 eran siete mil trescientos de entre cincuenta mil hombres. Pero también es cierto que, en el mismo Nápoles, se despidió a tres mil cuando se pudo comprobar sus credenciales al finalizar la contienda.

El auténtico problema era que el ejército regular no podía soportar la idea de que estos descuidados y variopintos voluntarios habían conquistado la mitad de Italia en menos de seis meses. El rencor de los piamonteses duraría muchos años; los garibaldinos que ingresaron en el ejército tuvieron que aceptar un rango inferior al que habían obtenido en el campo de batalla, mientras que los oficiales napolitanos y austríacos que ingresaron al mismo tiempo a menudo ascendían con más rapidez, incluso aunque sus expedientes no tuvieran nada de especial. Así, el nuevo ejército italiano desperdició una ocasión de alistar a excelentes cuadros de oficiales que se habían entrenado en muchas partes de Europa. Unos años después, en 1866, cuando el ejército italiano se encontró por primera vez en guerra, las únicas divisiones que se comportaron con honor fueron las comandadas por Medici, Cosenz, Bixio y Sirtori, que ya habían ingresado en el ejército regular.

Además, muy pronto se hizo evidente la diferencia intelectual; aquellos garibaldinos que se sometieron al humillante examen de ingreso al ejército regular probaron con facilidad poseer una educación superior, ante la gran confusión de los piamonteses.

Cuando estuvieron seguros de que la guerra no seguiría adelante, las legiones extranjeras también se disolvieron. La única excepción fue la legión húngara que, incorporada por completo al ejército italiano, permaneció en él hasta 1867.

Tampoco los extranjeros lo encontraron fácil. Cuando los voluntarios ingleses regresaron a su patria, se encontraron abandonados por todos, dada la falta de organización del comité londinés. Si el gobierno piamontés no hubiera intervenido, los garibaldinos ingleses se podrían haber muerto de hambre bajo los puentes de Londres; Cavour ordenó a la embajada del Piamonte en la capital inglesa que proveyera a todas sus necesidades: comida, alojamiento e incluso atención médica.

Así, la gran aventura que en unos cinco meses había concluido con la conquista de un reino, que había destronado a una antigua dinastía, transformando la configuración política de toda la Península italiana y poniendo en marcha grandes mecanismos de cambios sociales, terminó en viajes de vuelta a casa, crisis financieras y luchas parlamentarias.

Enriquecidos por la experiencia moral y militar, los garibaldinos se volvieron a otras tierras y otros asuntos.



## 6. Por la causa de la libertad en el mundo

Tras la expedición de los Mil, la popularidad de Garibaldi y de los «camisas rojas» aumentó enormemente; su nombre se convirtió en fuente de esperanza para los pueblos oprimidos del mundo.

Hasta en la lejana Siberia tenían los garibaldinos admiradores y seguidores que en secreto soñaban con una intervención suya en Rusia. Bakunin, el famoso revolucionario ruso, escribió: «Puedo afirmar que todos los ciudadanos de Irkutsk, casi sin excepción: comerciantes, artesanos, trabajadores e incluso los burócratas, tomaron apasionadamente el partido de la libertad contra el fiel aliado del zar, el rey de las Dos Sicilias.» Y en 1860 y 1863, «cuando la campaña rusa se hallaba en plena ebullición revolucionaria, no pocos campesinos de la Gran y Pequeña Rusia esperaban la llegada de Garibaldi».

Cuando en 1863 estallaron las revueltas en Polonia y se creyó que Garibaldi iba a combatir por la libertad de esta nación, el pueblo de Rusia pensó que si el general iba a liberar a los polacos, la causa polaca debía ser justa y, por tanto, los rusos no debían seguir oprimiéndolos.

Esta lógica tan simplista es un buen ejemplo de lo que significaba el nombre de Garibaldi en la segunda mitad del siglo XIX para aquellos pueblos que nunca habían conocido la libertad democrática, y muestra el ansia con que esperaban al «Libertador».

En aquellos años, corría a menudo el rumor de que Garibaldi estaba a punto de intervenir en Herzegovina, Grecia, Polonia, Hungría e incluso en el propio Imperio otomano. Las cancillerías temblaban. Los detalles de algunos de estos proyectos los planeaban los «precursores», aunque la mayoría de los garibaldinos permanecieron en Italia, esperando las órdenes precisas del general.

Vamos a tratar de presentar, a continuación, los principales acontecimientos desarrollados desde 1861 hasta 1866.

A finales de 1860, el garibaldino Zucconi (que había dimitido del Ejército del Sur) marchó con un pequeño grupo de voluntarios a luchar con los griegos en contra de los turcos.

En 1861 estalló la Guerra Civil americana. Los secesionistas tuvieron éxito en las primeras batallas, y el presidente Lincoln consideró la posibilidad de alistar a oficiales y soldados europeos experimentados. Pensó especialmente en Italia, donde, en aquellos momentos, el Ejército del Sur se estaba desmovilizando.

La opinión pública italiana se hallaba, de forma unánime, a favor de la causa de la Unión. Algo por los pelos, la prensa comparó los esfuer-

zos de Lincoln por mantener la Unión con el reciente conflicto por la unificación de Italia. Sin embargo, la cuestión que más pasiones motivó fue la esclavitud; muchos italianos veían un paralelo entre la situación de los esclavos negros y la de los súbditos de gobiernos reaccionarios en Europa. Hasta la misma Jessie White Mario se sumó al frenesí de publicaciones sobre el asunto con el estudio *Slavery and the American Civil War*. Gracias a la obra de historiadores recientes, tenemos una buena idea de los motivos reales que provocaron la guerra entre los Estados. En aquel tiempo, sin embargo, la mayoría de la gente creía que se luchaba por la emancipación de los esclavos, y por tanto muchos garibaldinos sintieron el deseo de unirse al ejército de la Unión.

A partir de mayo de 1861, Romaine Dillon, encargado de negocios en la delegación de Estados Unidos en Turín, recibió numerosas peticiones de alistamiento, en especial de oficiales y soldados «camisas rojas». Entre ellos estaban el coronel Francesco Anfossi, de los Mil; el coronel Gustav Cluseret, comandante de la legión francesa que llegaría a ser general en el ejército de McClellan; Ulloa y también algunos húngaros.

El gobierno de Washington, aunque encantado de tener a estos expertos a su lado, deseaba, y con razón, evitar la internacionalización de la guerra, y tampoco quería dar la impresión de que reclutaba mercenarios. Por tanto, dejó bien claro que esperaba que todos los voluntarios se costearan el viaje a América de su propio bolsillo (y el viaje era muy costoso); a la llegada se les concedería de inmediato la ciudadanía de Estados Unidos y se les enviaría al frente como soldados regulares. También se negó a admitir ningún tipo de cuerpo especial, como el organizado por el coronel Cattabene (el hombre que dirigió el desafortunado ataque a Caiazzo), a pesar de que los hombres de Cattabene estaban dispuestos a ser tratados como soldados regulares de la Unión.

La razón del gran interés mostrado por los garibaldinos en la causa de la Unión (el embajador de Estados Unidos en el nuevo reino de Italia, George Perkins Marsh, comunicó que había quince mil voluntarios dispuestos a salir de Italia en dos o tres meses) se puede deducir, quizá, del último párrafo de la propuesta del coronel Cattabene: «En el momento en que el general Garibaldi ponga pie en América, la legión pasará a su mando con el nombre de Primer Regimiento; constituirá su vanguardia.» Estaban seguros de que iría.

Durante algún tiempo había corrido el rumor, repetido varias veces por la prensa, de que Garibaldi había aceptado la invitación del presidente Lincoln para luchar por el Norte. Tras la batalla de Bull Run, donde el ejército del Potomac fue reducido a un estado lamentable, Lincoln necesitaba desesperadamente un general hábil y valiente que llevase a los ejércitos norteamericanos a una victoria rápida. En el mercado no había un hombre mejor que Garibaldi, que había conquistado un reino entero en el espacio de unos cuantos meses.

El cónsul en Amberes, James W. Quiggle, fue el primero en ponerse en contacto con Garibaldi. «De acuerdo con los periódicos —le escribió—, usted tiene la intención de ir a Estados Unidos para unirse al



ejército del Norte en el presente conflicto. Si lo hace, su fama será mayor que la de Lafayette.» Es dudoso que Garibaldi estuviera muy interesado en competir con el difunto marqués; sus condiciones para intervenir en la guerra aparecen claras en la respuesta dada a Quiggle: «Dígame si el propósito de todo esto es liberar a los negros o no.» A pesar de todas las especulaciones sobre dicho asunto, de hecho aún no se había proclamado la emancipación de los esclavos.

Quiggle no podía llevar a cabo una operación tan delicada, y el gobierno de Estados Unidos deseaba evitar toda publicidad, por lo que la misión ante Garibaldi se confió a dos diplomáticos ya curtidos: el embajador Marsh y el enviado del gobierno en Bélgica, Henry Schelton Sanford.

El 7 de septiembre de 1861, Sanford fue a Caprera a bordo de un barco alquilado y tuvo una larga conversación con el general. Luego envió un informe detallado a Washington, declarando que Garibaldi no intervendría, a pesar de sus fervientes deseos, a no ser que se cumplieran ciertas condiciones. En primer lugar, habría de nombrarse comandante en jefe de sus fuerzas, pues sin este título pensaba que su presencia no tendría ningún propósito. Recibiría, además, poderes para abolir la esclavitud. Garibaldi sentía que ambos lados estaban combatiendo sencilla y llanamente por intereses materiales y afirmaba que, tal y como estaban las cosas, la guerra era un simple enfrentamiento civil y que ningún lado podía de verdad ser defendido por los amigos europeos de la libertad y el progreso. Sanford expresó sus dudas de que Garibaldi interviniese en el conflicto a no ser que se le convenciese de que el gobierno y el pueblo del Norte estaban unidos en la determinación de seguir una política que llevase a la abolición de la esclavitud.

A pesar de las precauciones, pronto llegaron a la prensa rumores de que Garibaldi podía partir para América; en realidad habían sido propagados por los mismos amigos del general, que esperaban que el gobierno italiano, por miedo a perderlo, decidiera saldar la cuenta con Austria de una vez por todas. Pero lo cierto es que el gobierno no tenía la más mínima intención de impedirle la marcha; se le informó que si optaba por lanzarse a aquella aventura tendría la aprobación del rey.

Las reacciones en América ante estos rumores fueron muy variadas. El *World* estaba entusiasmado, mientras que el *Herald* se oponía a la idea; el *New York Times* escribió: «Confiamos en que la guerra no continuará tanto como para hacer necesaria su intervención.»

En octubre de 1862, Garibaldi contestó a otra de estas peticiones como era habitual: sólo si se liberaba a los esclavos. Sería absurdo suponer que Garibaldi indujo a Lincoln a dar la Proclama de la Emancipación; pero también es cierto que difundió la idea de que la emancipación tenía que ser lógicamente el objetivo de la Guerra Civil americana. La proclama se publicó el 1 de enero de 1863; Garibaldi estaba contentísimo, y escribió a Lincoln dirigiéndose a él con el nombre de «el Emancipador».

En realidad, Garibaldi nunca tomó parte en la Guerra Civil americana. No obstante, muchos de sus seguidores sí lo hicieron, aunque no

se conoce el número exacto de los mismos. Se asignó un grupo muy amplio de oficiales garibaldinos al Departamento del Oeste bajo las órdenes del general de división John Charles Frémont. El 28 de mayo de 1861 se creó en Nueva York un regimiento de voluntarios, el trigésimo noveno, bajo el mando del coronel húngaro D'Utassy. Se le llamaba la Guardia de Garibaldi, y estaba compuesto por una compañía de italianos, otra de franceses, tres de alemanes, tres de húngaros, una de españoles y otra y suizos.

Los Guardias de Garibaldi llevaban un uniforme al estilo de los *bersaglieri*: chaqueta y pantalones azules, con cuello, puños, solapas y ribetes en un color rojo fuerte, y un sombrero emplumado con las iniciales «G. G.» en el frente. El regimiento combatió en la primera batalla de Bull Run, en Harper's Ferry y en Gettysburg. Poco a poco se fue abandonando el característico uniforme italiano. Se formó otro cuerpo de los Guardias de Garibaldi en la Compañía B de la Novena Reserva de Pennsylvania.

Los confederados también utilizaron el nombre de Garibaldi: un cuerpo de voluntarios de Luisiana se llamó a sí mismo la Legión de Garibaldi. Podemos estar seguros de que ningún garibaldino pertenecía al mismo.

Siendo cada vez más remota la posibilidad de que se uniese al ejército de la Unión, Roma se convirtió una vez más en el principal objetivo del general. Siempre había sostenido la idea de que cuando un gobierno, por motivos políticos, no puede promover la causa de la unidad nacional, es lícito que los voluntarios tomen una acción independiente. Cavour nunca repudió dicha teoría; a veces, incluso, convenía a sus propósitos, como en aquella ocasión en que había utilizado la amenaza de una posible marcha sobre Roma de los garibaldinos como pretexto para su propia invasión de los Estados Pontificios.

Pero, para tener éxito con semejantes estratagemas, que amenazaban con romper el delicado equilibrio de Europa y que chocaban con los intereses del todopoderoso Imperio francés, se necesitaba ser un diplomático tan taimado como Cavour. E, infortunadamente para Italia, Cavour murió de apoplejía el día 6 de junio de 1861.

Llevaba enfermo algún tiempo, pero en lugar de cuidar su salud se había volcado aún más a su tarea: la unidad nacional había llevado consigo una vasta colección de problemas que requerían atención inmediata para que Italia alcanzara la estabilidad. Cavour empleó toda su energía en forjar una Italia que pudiese no sólo presentar cara a Austria y a las demás grandes potencias, sino enfrentarse al mismo tiempo con sus propias divisiones políticas internas. Triunfó siempre en su empeño, pero su salud quedó irremediabilmente minada por el esfuerzo.

Garibaldi, su peor enemigo político, fue quien le asestó el último golpe. En un debate parlamentario, el general le acusó de haber intentado fomentar una guerra civil entre los piemonteses y los «camisas rojas» en la época de la invasión de los Estados Pontificios. Aquello desató un infierno de protestas que afectaron profundamente a Cavour. Este confesaría después: «La herida empeoró porque tuve que ocultarla.»



El hombre que reemplazó a Cavour fue, quizá, el menos adecuado de todos los posibles candidatos: Urbano Rattazzi, un antiguo dirigente de la izquierda que tenía fuertes lazos en la corte y que disfrutaba el favor del rey. Había sido un íntimo colaborador de Cavour e intentó aplicar sus métodos, aunque carecía de la habilidad del difunto líder.

Lo que aconteció después está envuelto en el secreto, pero lo cierto es que Garibaldi partió para la expedición de Aspromonte con la aprobación del rey, si no con la del gobierno. El propio Víctor Manuel había admitido demasiado, y los diplomáticos extranjeros fueron de esa misma opinión. El plan de Rattazzi era bastante sencillo: Garibaldi marcharía sobre Roma con un ejército de voluntarios reclutado en el sur; al mismo tiempo el ejército italiano, sin saberlo el general pero con las bendiciones de Napoleón III, invadiría los Estados Pontificios con el pretexto de proteger al papa de los «camisas rojas». No obstante, los franceses no cayeron en este truco por segunda vez, y el gobierno de Rattazzi no fue capaz de idear alguna línea de acción alternativa. Este fue el origen de la tragedia de Aspromonte.

Garibaldi llegó a Palermo en junio de 1862. La ciudad se volvió loca de alegría con la presencia de su libertador, el descendiente de Santa Rosalía; la bienvenida fue tan grande que los hijos del rey, que también estaban en la ciudad, pasaron inadvertidos.

La estrategia del general era obvia a todos, y pronto se oiría el grito de «¡Roma o muerte!» por todas partes, aunque había sido prohibido por el gobierno, que había jurado a los franceses que no atacaría al papa. Las autoridades, sin embargo, no hicieron nada por detener las constantes manifestaciones de apoyo popular, en las que hasta los concejales locales aparecieron con la banda tricolor, mientras que la Guardia Nacional desfilaba ante el general como si el rey hubiese dado su aprobación total.

Varios fieles ayudantes, mientras tanto, se habían apresurado a acudir al lado del general, entre ellos fray Pantaleo, Türr, Corrao, Nullo y Eber (que aparecía de nuevo como corresponsal de *The Times*). Medici, Bixio, Cosenz y Sirtori estaban ausentes: servían en el ejército regular.

Garibaldi reclutó a tres mil hombres en poco tiempo; pero algunos de sus seguidores, que habían observado mejor que él el cariz de los acontecimientos, trataron de ponerle en guardia. Lajos Kossuth y György Klapka intentaron que anulase la nueva expedición, al igual que Mordini, Cadolini y Fabrizi, ex garibaldinos que se habían convertido en diputados. El mismo Medici, uno de los pocos hombres que podían influir en Garibaldi, le advirtió: «El camino que está tomando conduce inevitablemente a la guerra civil.» Türr recibió un mensaje del comité húngaro en Turín, ordenándole que no fuese contra la voluntad del soberano, y éste retiró sus servicios.

El 3 de agosto, el mismo Víctor Manuel dio una proclama repudiando toda la operación y declarando que aquellos que desafiasen la directiva real serían perseguidos por la ley. El aviso fue suficientemente claro, pero Garibaldi no le prestó atención. ¿Cómo podía el rey desauto-

rizarle? Las tropas con que se encontraba no intentaban detenerle; por el contrario, le suministraban provisiones.

De hecho, el gobierno, temiendo la reacción del pueblo, había desautorizado la misión de Garibaldi sin ordenar al ejército que lo detuviese. Las instrucciones que se enviaron al almirante Albini, comandante del escuadrón en el estrecho de Messina, muestran lo equívoca que era la actitud de Rattazzi: «Tome las medidas que puedan ser necesarias, pero recuerde que antes que nada debe prevalecer el bien del rey y del país.» Albini creyó que el bien del país se hallaba en permitir a Garibaldi cruzar el estrecho, y eso es lo que hizo. ¡Pobre almirante! En el curso normal de los acontecimientos podía muy bien haber ascendido a comandante de la Flota; tal como fueron las cosas, tuvo que presentar su dimisión. Y Garibaldi fue arrestado.

La tragedia había comenzado poco después del desembarco en Calabria el 25 de agosto. Cuando los garibaldinos marchaban hacia Reggio, un pequeño destacamento de *bersaglieri* disparó contra ellos. Para evitar un conflicto, se retiraron a las montañas de la cadena Aspromonte. Fue un rudo despertar; marcharon toda la noche bajo una lluvia torrencial; el entusiasmo cedió su lugar a la depresión, y luego al miedo, y hubo muchas deserciones. Solamente quedaban quinientos voluntarios cuando, en Santo Stefano d'Aspromonte a las tres de la tarde del día 29 de agosto de 1862, se encontraron frente a dos regimientos de línea y dos batallones de *bersaglieri*, enviados a detenerles.

Garibaldi ordenó a sus hombres que no disparasen en ningún caso, y luego partió solo a hablar con sus adversarios. Pero en cuanto estuvo al descubierto, le dispararon; una bala le entró por el muslo izquierdo, y otra en el pie derecho. Enrico Carioli, gritando «¡viva Italia!», corrió a su lado y le llevó a rastras a sitio seguro. Enfurecidos al ver a su jefe herido, los garibaldinos empezaron a devolver los disparos.

El enfrentamiento sólo duró diez minutos, pero bastó para matar a doce hombres (cinco garibaldinos y siete *bersaglieri*) y herir a treinta y cuatro (catorce *bersaglieri* y veinte garibaldinos). Después se hizo el silencio; los antagonistas se miraron horrorizados: ¡sus dos años de unidad nacional no tenían mucho valor!

Un teniente, de nombre Carlo Rotondo se adelantó de entre las filas gubernamentales y con tono arrogante exigió a Garibaldi que se rindiese. «¡Esa no es forma de hablar para un enviado! —gritó el general—. ¡Desarmadle!» La escena se repitió con un comandante de los *bersaglieri*; por último, el coronel Pallavicino, comandante de las fuerzas reales, se acercó con la cabeza descubierta. «Debo realizar un desagradable deber», dijo, y Garibaldi se rindió. Estaba rojo de ira mientras Ripari le vendaba las heridas; fumaba nerviosamente y no miraba a nadie, ni a sus propios hombres (entre los que estaba su propio hijo Menotti, también herido) ni a los *bersaglieri* (en cuyas filas se encontraba Eberhardt).

Tardaron toda la noche en bajar al general herido de las montañas en una camilla improvisada. Fue un viaje doloroso aunque sus hombres hicieron todo lo que pudieron por él, vertiendo agua fresca en las heridas y cediéndole sus capas para mantenerle en calor. Cuando llegaron



al mar, le llevaron a bordo de la fragata de vapor *Duca di Genova*. Mientras le llevaban a bordo se encontró con el general Cialdini, quien le había retado a un duelo el año anterior y que ahora se negó a saludarle. Como Indro Montanelli ha dicho, «los generales del ejército piemontés rara vez ganaron, y cuando lo hicieron, eran malos ganadores».

Garibaldi fue encerrado en la fortaleza Varignano en La Spezia. Nadie sabía qué hacer con él: ¿Juzgarle, ponerle en libertad? Los círculos militares piemonteses querían hacer algo ejemplar con él: una corte marcial les daría la oportunidad de vengarse de los «camisas rojas». Hablaban de Aspromonte como si fuera una gran operación, entregando setenta y seis medallas y cubriendo a Pallavicino de honores.

Mientras tanto, la fortaleza se convirtió rápidamente en un lugar de peregrinaje. Los seguidores se quedaban fuera noche y día esperando los boletines médicos. El gobierno italiano se cubrió aún más de ridículo rodeando el edificio con un regimiento de infantería.

La herida de la pierna se curó rápidamente, pero la del pie derecho era mucho más grave: la bala se había alojado en el hueso del tobillo. No menos de veintitrés cirujanos, incluyendo al inglés Partridge, el francés Nélaton, el suizo Zoply y el ruso Pirogoff, examinaron al paciente y se temía que sería necesario amputar el pie. Las constantes exploraciones de los cirujanos eran terriblemente dolorosas, pero Garibaldi soportó todo sin quejas.

Entretanto, se habían formado comités para la liberación del general en Leipzig, Estocolmo, París, Londres y muchos otros lugares de Europa. La prensa centró en el emperador francés (de quien se decía que había instigado el arresto) todos sus ataques. El *Daily News* llegó a decir: «Si Napoleón está cansado de vivir, sólo tiene que tocar un cabello de la cabeza del general».

El 11 de octubre se le dio la libertad oficialmente, pero no se encontró bien para abandonar el fuerte hasta el día 22. Se le trasladó al hotel Milán, donde se prolongaron las consultas médicas. Sus tormentos continuaron hasta el 23 de noviembre, cuando al cabo de ochenta y siete días el profesor Zanetti de Florencia le extrajo la bala. Para evitar que gritase de dolor, le amordazaron; Jessie White Mario le sostenía las manos. Los doctores Ripari, Basile, Albanese y el belga Jean-Baptiste Allart ayudaron a Zanetti.

La operación terminó y Europa se alegró. La bota y el calcetín del general, con sus respectivos agujeros de bala, fueron expuestos en una urna en Roma, donde aún hoy pueden verse.

El 20 de diciembre llevaron a Garibaldi a Caprera para que completase la convalecencia. Estuvo en cama hasta enero de 1863; tuvo que utilizar silla de ruedas hasta junio, y después muletas. Para navidad ya había vuelto a andar, pero tuvo que llevar bastón el resto de su vida.

Aún hubo otro epílogo a la tragedia de Aspromonte que demostró que el gobierno italiano también era un mal vencedor. A los siete garibaldinos muertos se les negó el entierro, y otros siete (en su mayoría procedentes del 25.º Batallón de *bersaglieri*), tras un juicio sumarísimo acusados de desertión, fueron ejecutados. El resto fue encerrado en la

fortaleza de Venadio en el Piemonte, donde, el capitán de Estado Mayor Giuria, haciendo caso omiso a las órdenes recibidas, permitió impasible que diez de ellos murieran debido a los malos tratos y a las privaciones.

No obstante, muchos «camisas rojas» parecieron extraer nuevas energías de todo este triste asunto. En realidad, uno de ellos, después de ser puesto en libertad de la prisión gubernamental, partió inmediatamente a combatir por una nueva causa: la liberación de Polonia.

Polonia siempre había tenido que luchar por su independencia contra las políticas expansionistas de Rusia, Prusia y Austria. Durante el siglo XVIII se la habían repartido entre ellas, y acabó por desaparecer como entidad nacional; en 1807, con la creación del ducado de Varsovia, Napoleón había restaurado parcialmente su independencia, pero el Congreso de Viena, una vez más, asignó el oeste a Prusia y el sur a Austria. El ducado permaneció nominalmente autónomo bajo la soberanía rusa, pero tras la infructuosa revolución de 1830-1831 se convirtió en provincia del Imperio de los zares.

Los polacos, sin embargo, nunca habían abandonado su lucha, y en 1863 estalló otra gran revuelta. Tampoco tuvo éxito, y como resultado el pueblo polaco fue mucho más esclavizado que nunca.

La opinión pública en Europa siempre había visto con simpatía la causa polaca, y cuando Garibaldi pidió al mundo que no abandonara a Polonia, brotaron comités de todo tipo por Europa para denunciar a los opresores y prestar ayuda a los oprimidos. El grito de guerra de los polacos que lucharon con los garibaldinos en 1848-1849 fue: «¡Vuestra libertad y la nuestra!» Los «camisas rojas» no podían permanecer insensibles ante la revuelta de Polonia, por lo que empezaron a organizar una expedición.

A pesar de su herida, Garibaldi ofreció su espada a Langiewicz, uno de los dirigentes de la revuelta que ya había combatido con él en 1860. Pero su oferta fue rechazada: el Comité de Varsovia contaba con el apoyo de toda la sociedad polaca, y temían que la intervención de Garibaldi pudiera introducir disensiones en el movimiento.

Hubo un garibaldino que a pesar de todo fue a Polonia. Se trata de Francesco Nullo, «Checco» para sus amigos, un caballero algo snob procedente de Bérgamo, y al que Abba describió como «el más hermoso de todos los Mil». Fundador de una fábrica de tejidos de renombre internacional, Nullo dividía su tiempo entre sus fructíferas actividades de negocios y la causa liberal. Nacido el 1 de marzo de 1826, a la edad de veintidós años había participado en la Primera Guerra de la Independencia y en la defensa de Roma como lancero de Masina. En 1859 se unió a los guías de Garibaldi, y al final de la campaña había alcanzado ya el rango de teniente. En 1860 había ido a Sicilia a la cabeza de doscientos sesenta y cuatro compatriotas de Bérgamo con los Mil; dirigió la carga en Ponte dell'Ammiraglio y siguió ascendiendo hasta llegar a ser teniente coronel. En 1862 estuvo con Garibaldi en Aspromonte; y ahora, una vez más, interrumpía sus asuntos comerciales y corría hacia Polonia.



El número de voluntarios fue bastante reducido: veintisiete italianos, ocho franceses y tres húngaros. Todos ellos tenían gran experiencia, habían tomado parte en las guerras de 1848-1849 y 1859-1860, y además seis de ellos habían participado en los Mil. Todos excepto Luigi Caroli, otro rico bergamés de vida decadente, que «había tenido una aventura con la segunda esposa de Garibaldi, la condesa Raimondi; un asunto sórdido que tuvo trágicas consecuencias para los tres».

Para llegar a Polonia tenían que cruzar el Imperio austríaco; con el fin de evitar las sospechas de la policía viajaban en grupos pequeños, pasando por Venecia, Trieste y Viena. Se encontrarían en Cracovia el 1 de mayo. Allí la policía austríaca detuvo a diez de ellos y los expatrió.

Aiace Sassi tuvo suerte y consiguió escaparse del tren en marcha y regresar a Cracovia, donde se unió a la legión francesa de Rochebrune; la legión se dispersó tras un encuentro con los rusos el 4 de mayo. Giambattista Bellotti, hermano de la prometida de Nullo, convenció a sus captores para que le dejaran en libertad en Suiza; tras muchas dificultades regresó a Polonia de nuevo y se unió al coronel Wirzbiki. Murió en el campo de batalla en julio de 1863, en Grownó.

Después de los arrestos, la pequeña legión de Nullo se había reducido a veintiséis hombres. En Cracovia se les unieron seiscientos polacos a las órdenes de Józef Miniewski, ascendido a general por el Comité de Varsovia en reconocimiento a su sustanciosa contribución financiera a la causa polaca. En la tarde del 2 de mayo cruzaron la frontera sin mayores problemas. De hecho, los austríacos estaban encantados de ver abandonar el país a estos revolucionarios. Marcharon toda la noche por pantanos y bosques; después de nueve horas llegaron a un claro donde encontraron los cajones de armas y uniformes que había dejado para ellos el Comité de Varsovia. Había incluso camisetas rojas.

La fuerza polaca estaba formada por cuatro compañías y un reducido escuadrón de caballería; muchos de ellos no eran más que jóvenes inexpertos en cuestiones militares. Los «camisetas rojas» tenían mucha, pero como ninguno sabía hablar polaco tuvieron que permanecer en un grupo aparte. La bandera que llevaban representaba la imagen de Nuestra Señora de Chestokova, patrona de Polonia.

En la madrugada del 5 de mayo de 1863 (aniversario del embarco en Quarto) llegaron a Krzykawa, a unas leguas de la ciudad de Olkusz. Descansaban junto a un camino rural, terraplanado a ambos lados, que formaba una especie de trinchera natural, cuando de un bosque cercano llegó una ráfaga de disparos; era la vanguardia de las tropas rusas del príncipe Szachowskoy, que les iban buscando. El teniente Elia Marchetti cayó herido, así como su amigo Febo Arcangeli, que se había adelantado para ayudarlo cuando le vio caer.

Los rusos no parecían haber decidido un ataque frontal, y la munición era preciosa, por lo que Nullo ordenó el alto el fuego. No obstante, los polacos querían entrar en acción, saltaron fuera del foso y cargaron. El enemigo, planeando una emboscada, fingió retirarse al bosque. Nullo adivinó lo que querían hacer; montó en su caballo y, adelantándose a los polacos, les ordenó volver a la trinchera. Mientras les veía

retroceder, su caballo fue herido por una bala, y al caer le aprisionó la pierna. El intérprete polaco Zajczkowski y el capitán francés Camille Didiers se apresuraron a llevarle a lugar seguro.

Al ver herido a Nullo tras aquella malograda carga, los polacos, que no se habían dado cuenta antes del peligro, se desmoralizaron. En parte para animarles, y en parte también para tener una mejor idea de los movimientos del enemigo, Nullo se subió a un montículo cercano; un instante después cayó rodando al suelo sin proferir un grito.

La muerte de Nullo asestó un penoso golpe a la moral de los voluntarios, y el inexperto Miniewski no supo cómo reaccionar. La legión se retiró, al principio en orden, pero cuando llegaron al borde del bosque los rusos (que los esperaban) les recibieron con una ráfaga de fuego, produciendo el pánico entre los polacos. Muchos de los jóvenes voluntarios arrojaron las armas y se dieron a la fuga; separados del resto fueron presa fácil de los cosacos. Algunos de los veteranos también huyeron, y al final tan sólo un pequeño grupo consiguió permanecer unido.

Los rusos les rodearon y estuvieron a punto de aniquilarlos, pero el príncipe Szachowskoy ordenó lo contrario: admiraba su valor y salvó sus vidas. Luigi Caroli, Febo Arcangeli, Alessandro Venanzio, Ambrogio Giupponi, Giuseppe Clerici, los hermanos Meuli, Ernesto Bendi, Emile Andreoli, Luis Alfred Dié, Charles Richard, Josef Czerny, Ritter, Leczinsky y el capitán Krasuski fueron hechos prisioneros. Se les llevó ante una corte militar que les condenó a la horca, a pesar de sus protestas de que como soldados tenían derecho a ser fusilados. Más tarde la pena fue conmutada por trabajos forzados en Siberia, y pasaron años de infernal dureza en las minas de sal en Kadayá. El 7 de diciembre de 1866 se amnistió a estos prisioneros políticos; pero no todos ellos llegaron a casa: Krasuski fue devorado por los lobos en un intento de fuga y Caroli murió de cansancio. De los que consiguieron volver hubo muchos que nunca recobraron la salud.

Así acabó la campaña polaca de los garibaldinos; en la práctica no consiguieron nada, pero moralmente esta empresa ayudó a perpetuar la fama sobre la devoción de los «camisetas rojas» a la libertad internacional.

Hoy los polacos siguen venerando la memoria de Nullo: existen monumentos en su nombre por todas partes; varias plazas y el 50.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería llevan su nombre. El único recuerdo de los otros, sin embargo, es una caricatura que Krasuski dibujó: aparecen marchando, con cadenas en los pies, cada uno de ellos con un instrumento musical en la mano.

En 1864 Garibaldi fue invitado a visitar Inglaterra. No era la primera vez que ocurría, pero siempre había declinado la oferta, pues sabía que, aunque el gobierno británico le veía con buenos ojos, prefería evitar la visita de un «demagogo» que provocaba revueltas en países con los que Inglaterra tenía lazos amistosos. De hecho, la noticia de su visita conmocionó al gobierno, que obviamente no había podido impedirlo.

Pero los británicos no fueron los únicos en sentirse molestos. La noticia de que Garibaldi iba a salir de Caprera causó una gran alarma



en el régimen italiano. La Bolsa cayó, y los magistrados provinciales pidieron al gobierno central instrucciones sobre las medidas que se debían tomar si desembarcaba en sus territorios. Nápoles llegó a pedir que se enviaran lanchas cañoneras para impedir un posible desembarco en aquella área.

Ignorando la conmoción que estaba provocando, el general, cojo y ya con cincuenta y siete años sobre sus espaldas, embarcó en el vapor de la Compañía Peninsular Oriental. El navío iba en ruta desde Marsella a Malta y se había detenido en Caprera solamente para recogerle. Con él iban el señor y la señora Chambers, la pareja británica que le había convencido para que fuera a Londres, sus hijos Menotti y Ricciotti, el doctor Basile, Basso Mordini y su secretario Guerzoni. En Malta abordaron el *Ripon* con rumbo a Southampton.

No se sabe con exactitud la razón de su visita a Inglaterra: Garibaldi odiaba las manifestaciones populares en su honor, y sabía el tipo de recibimiento que le esperaba. Dio tres explicaciones diferentes de la visita, según fuera la persona con quien hablaba: buscaba el apoyo británico para la liberación de Grecia, Polonia y Venecia; quería apoyar a Dinamarca en la cuestión Schleswig-Holstein; iba a asistir a una cumbre de los revolucionarios del mundo. Nunca se sabrá la verdad, pero debido a su tendencia a entusiasmarse es posible que alguien insinuase algún apoyo para una de estas causas.

El *Ripon* atracó en Southampton el 3 de abril de 1864. A pesar de la lluvia torrencial, el muelle estaba atestado de personas que habían acudido a recibir a Garibaldi. Los barcos en el puerto estaban adornados con banderas, y los colores británicos e italianos ondeaban por toda la población. La admiración que los británicos sentían por Garibaldi era muy sincera, pero también tenía sus lados absurdos. Las camisas rojas se convirtieron en el atavío de moda femenina y los niños vestían «trajes Garibaldi». Se explotaba su popularidad en todos los sentidos: había una polca Garibaldi, un vals Garibaldi, una galleta Garibaldi, un alfiler de corbata Garibaldi, e incluso un perfume Garibaldi que se anunciaba como «irresistible» y se vendía en botellas a unos cinco chelines.

Las razones de esta popularidad son bastante claras. Nadie podía permanecer insensible ante el mito del héroe tímido con incontables hazañas heroicas en su haber, el hombre del pueblo que se había levantado hasta la cumbre del poder y el éxito. Tenía un considerable carisma, y podemos estar seguros de que más de una dama victoriana soñaría con el guerrero rubio y de ojos azules. Las clases obreras le veían como el defensor de sus derechos, el hombre que podía enfrentarse con reyes y emperadores, pero que seguía estando orgulloso de sus humildes orígenes y había declarado en el censo que su profesión era «campesino». También había razones políticas: después de todo era el enemigo de Napoleón III y del papa, personajes que no tenían muchos admiradores en Inglaterra. No hay, pues, que maravillarse de que la gente no perdiera ocasión para gritar: «¡Dios te bendiga, Garibaldi!»

De pie en el puente del *Ripon*, Garibaldi saludó con el sombrero en respuesta a los hurras de la multitud; pero en cuanto llegó a tierra,

le recibieron el duque de Sutherland, el señor Seely y el signor Negretti del comité de bienvenida, los cuales se lo llevaron de allí inmediatamente, a pesar de las protestas de los trabajadores, que le consideraban uno de ellos y no querían que fuese monopolizado por los «señores». Entre los que le presentaron sus respetos se encontraban el príncipe de Gales, Gladstone (entonces ministro de Hacienda), Tennyson, Florence Nightingale (con quien mantenía correspondencia desde hacía algún tiempo) y los colegiales de Eton, que le honraron con tres hurras. La flota le invitó a un simulacro de batalla naval en Portsmouth, como si fuese el rey de Italia. Su amigo Herzen, exiliado político ruso que vivía en Londres desde 1847, nos ha dejado una divertida descripción del homenaje que recibió:

«La puerta se abrió y un maestro de ceremonias improvisado para la ocasión, con una lista en la mano, empezó a anunciar los nombres y títulos de los que entraban: el muy honorable Fulano de Tal... El honorable... Lady... El señor... Lord... La señorita... etc. No tenía fin.

»Con cada nombre, entraban por la puerta miriñaques viejos y jóvenes, cabezas blancas y cabezas calvas, pequeñas y regordetas damas ancianas, jirafas delgadas pero vigorosas y sin patas traseras que, como si no fuesen ya bastante altas, intentaban serlo aún más apuntalando la parte superior de la cabeza sobre enormes dientes amarillos... Cada invitado varón iba acompañado por cuatro o cinco damas, lo cual era bueno, pues ocupaban el espacio de cincuenta personas y así evitaron que el salón se llenase en exceso.

»Se aproximaron a Garibaldi por turno; los hombres estrechaban su mano con energía, y luego retrocedían como si hubiesen metido el dedo en agua hirviendo.

»Unos cuantos le dijeron algunas palabras, pero la mayoría permanecía en silencio y así se alejaban. Las damas también permanecieron en silencio, pero le miraron tanto y tan apasionadamente, que este año numerosas criaturas nacerán con sus facciones. Como ya es costumbre vestir a los niños con camisas rojas, el único problema será la capa.»

El 11 de abril, medio millón de londinenses salió a la calle a festejar su llegada. «La gente esperó durante horas en los tejados, balcones, ventanas, en todas partes. Garibaldi llegó a la estación de Nine Helms a las dos y media, pero hasta las ocho y media no alcanzó Stafford House, donde le esperaban el duque de Sutherland y su cónyuge.» Fue una recepción realmente memorable.

«En el puente de Westminster, cerca del Parlamento, la multitud era tan densa que el carruaje, que se movía a paso de caracol, tuvo que detenerse. Una comitiva de un kilómetro de largo, con banderas y música, consiguió atravesar aquella compacta multitud. El gentío se apretujaba alrededor del carruaje entre sonoros hurras: todo el mundo quería estrechar la mano del general o besar el borde su abrigo; todos gritaban: «¡Bienvenido!»

Garibaldi permaneció virtualmente prisionero en Stafford House hasta el 22 de abril. Ningún extranjero, ni siquiera un jefe de Estado, había recibido tal serie de ceremonias, bailes y banquetes. Pero las activi-



dades en su honor, como muestra el libro de compromisos, le mantuvieron alejado del pueblo.

La mañana del 12 de abril, el día siguiente a su llegada, recibió el homenaje de los habitantes del vecindario de Stafford House; luego fue a almorzar con la duquesa viuda de Sutherland: los invitados eran lord Granville, lord Russell, el duque y la duquesa de Argyll, Gladstone y esposa, y el conde y la condesa de Clarendon. Fuera, la banda de los Life-Guards, uno de los regimientos de escolta de la familia real, tocaba una y otra vez el «himno» de Garibaldi. Por la noche, otro banquete. El día siguiente visitó la fábrica de cañones de Woolwich (por fin, los trabajadores pudieron acercársele y darle muestras de su afecto). Por la noche asistió a un banquete para cuarenta personas, donde fue presentado a la flor y nata de la aristocracia británica. La noche siguiente hubo una gala en el Covent Garden, donde literalmente le enterraron en flores. En una ceremonia en el Guildhall se le otorgó la ciudadanía de honor de la ciudad de Londres.

Aunque agradecido a sus anfitriones, Garibaldi apenas disfrutó con esta serie de ocasiones festivas, almuerzos oficiales, aleluyas y horas tardías; además no soportaba el café inglés, por lo que se preparaba el suyo propio.

No todo el mundo compartió en Inglaterra la euforia general; unos cuantos llegaron a protestar contra la manía garibaldina que recorría el país. La reina Victoria consideró que era algo excesiva; el obispo Manning advirtió a sus feligreses contra «este representante de la revolución socialista en Italia, cuyas teorías no necesito describir». Disraeli se negó a conocerle, y el embajador austríaco expresó su asombro de que un *Unwaltungsgeneral* (general revolucionario) recibiera tal bienvenida. Karl Marx dijo de todo este asunto que era una «triste payasada». No obstante, el noventa por ciento de la población, y en especial las clases trabajadoras, se declararon a favor de Garibaldi.

El 17 de abril le visitó el doctor Fergusson, médico de la reina, quien le encontró fatigado y enfermo. No era cierto, pero sí una buena excusa para mandarle a casa; Garibaldi lo consultó con Palmerston, que estuvo de acuerdo en que abandonara Inglaterra. El día 22, fecha de la partida, una gran multitud se agolpaba en las calles pidiéndole que no se marchara.

El gobierno, de quien se sospechaba que le había presionado para que se fuera, tuvo que aguantar bastante resentimiento público. La acusación se presentó en el Parlamento, y Palmerston y Gladstone se encontraron en una molesta situación.

La visita final de Garibaldi fue a Peard, que se había retirado a Cornwall. Luego envió un mensaje agradeciendo al gobierno y a la población su hospitalidad, y salió hacia Caprera.

No se había realizado ninguna de sus esperanzas. Como dijo Guerzoni, «Garibaldi consiguió de los británicos todo, excepto lo que más deseaba en su corazón». Pasó los dos años siguientes en Caprera cultivando su huerto y cuidando a sus animales.

Pero esa «inútil vida de holganza» se estaba acercando a su fin.

## 7. La gran derrota

En 1866, Italia tenía todo el derecho a estar orgullosa de sí misma. En unos cuantos años de lucha contra las grandes potencias y los intereses internacionales había conseguido la independencia y la categoría de nación. El ochenta por ciento del territorio italiano estaba ya unificado; para terminar el proceso faltaban dos ciudades por liberar: Venecia (con el territorio hasta los Alpes) y Roma.

La liberación de Roma era todavía un objetivo muy problemático, ya que Napoleón III perseveraba en el papel de garantizador del poder temporal del papa, y Víctor Manuel estaba unido al emperador por una amistad profunda y leal. La cuestión veneciana era más simple: Italia era aún el enemigo jurado de Austria y había estado intentando minar su poder desde 1861 fomentando revueltas en Hungría y los Balcanes, aunque ninguna tuvo éxito.

La solución al problema veneciano pareció presentarse en 1866, cuando Italia se alió a Prusia. Desde 1859 el canciller prusiano Otto von Bismarck había estado intentando lograr para su país, con relación al resto de Alemania, la misma función que tenía el Piamonte en Italia, para lo cual se había aprovechado de las complicaciones que ésta había creado en Europa. Alemania, al igual que ésta, estaba en realidad dividida en numerosos pequeños Estados, someramente unidos en una confederación dirigida por Austria, que naturalmente controlaba todo según sus propios intereses. Prusia también pertenecía a la Confederación, donde se encontraba en una situación ambigua: por un lado, estaba subordinada a Austria y, por otro, se la consideraba una gran potencia debido a su participación en la derrota de Napoleón I, y con gran frecuencia se la consultaba en las disputas internacionales.

Bismarck creyó que ya estaba preparado para hacer realidad el sueño de millones de alemanes de establecer una «Gran Alemania», naturalmente con Prusia a la cabeza. El precio que tendría que pagar por tal proyecto serían los conflictos con Austria.

Muchos estados alemanes eran leales al Imperio austríaco, por lo que Bismarck necesitaba aliados. Una nación que podía ganar mucho de una guerra contra Austria era Italia. Esta parecía ser fuerte, y no sólo tenía puestos los ojos en Venecia, sino que además necesitaba unas fronteras con el imperio de los Habsburgo mucho más defendibles. Así se formó la alianza italo-prusiana, que se ratificó el día 8 de abril de 1866. Pero Italia había cambiado mucho desde 1860; había perdido bastante de su ímpetu por lograr la independencia, y además estaban aparecien-



do numerosas contradicciones internas: se debían a la unificación demasiado rápida de una tierra en la que coexistían mentalidades y tradiciones administrativas radicalmente diferentes.

Se acababa de poner fin al fenómeno del bandolerismo político; pero, para ello, habían sido necesarios cinco años y la mitad del ejército. Había sido un problema que dividía a los italianos, dejándoles una profunda amargura. La deuda pública seguía creciendo. El ejército estaba formado por cuatrocientos mil hombres, pero de hecho se hallaba en ruinas; los diferentes ejércitos anteriores a la unificación fueron reunidos oficialmente en 1861, pero aún no estaban amalgamados del todo. Muchos oficiales se sentían unidos a las casas reales depuestas, mientras que los piemonteses tendían a crear una casta propia. Se repartían entre ellos los mandos más importantes, con lo que fomentaban la envidia y el descontento. Los generales se llevaban a matar debido a las rivalidades personales, y había mucho rencor entre los que habían combatido en las campañas revolucionarias y los que poseían un historial cortesano. Por otro lado, los soldados rasos estaban separados por diferencias lingüísticas, lo que constituía un serio obstáculo para fomentar un *espíritu de cuerpo*.

En resumen, Italia no estaba preparada para ir a la guerra. El choque con la realidad daría lugar a lo que, en el futuro, sería su peor defecto psicológico: la falta de confianza en sí misma. No obstante, cuando Austria, confiando bajarle los humos a la alianza italo-prusiana, ofreció a Italia el Véneto a cambio de su neutralidad, fueron los militares de escalafones superiores y la clase gobernante del país quienes lo rechazaron. Estaban decididos a demostrar el temple de la nación.

El primer ministro de la época era el general Alfonso La Marmora, un hombre totalmente desprovisto de sentido político, a pesar de haber colaborado con Cavour durante años. No sólo desaprovechó las ventajas políticas que la alianza con Prusia le ofrecía, tales como recibir todo el Véneto, gratis y sin guerra, sino que además agravó el error asumiendo el mando de las operaciones militares. Se negó a coordinar su propia estrategia con la de los prusianos. Bismarck quería que abriese un tercer frente en Dalmacia con los garibaldinos, los cuales podían incitar a la población a que se rebelara y marchara sobre Viena. La Marmora replicó que provocar revueltas era un asunto vergonzoso, «contrario a todos los principios humanos, morales y políticos». El plenipotenciario alemán Von Bernhard se asombró tanto ante esto que comentó: «No puedo librarme de la dolorosa sospecha de que este hombre no es el adecuado para esta tarea. De hecho, no parece comprender la naturaleza real del problema que tiene ante sí.»

La Marmora puso en marcha sus operaciones; pero debido a su rivalidad personal no informó de ello al general Cialdini, que comandaba el Ejército del Po, al sur del frente austríaco. El único combate importante entre los ejércitos austríaco e italiano fue la batalla de Custoza (24 de junio de 1866). El general Govone y el príncipe Umberto resistieron el ataque austríaco con tenacidad, pero les superaban en número. Durante todo el día pidieron desesperadamente refuerzos, pero La Mar-

mora no ordenó al general Della Rocca, tranquilamente sentado en un café en Villafranca, que le enviase ayuda. Von Moltke escribiría más tarde que se debía haber dado el apoyo necesario a Govone. Los generales no parecen haberlo comprendido así; Govone fue uno de los pocos que querían la victoria.

Sólo participó una pequeña parte del ejército en Custoza, en total sólo cinco divisiones; aquel día acabó en desastre. La Marmora ni siquiera intentó recuperar el dominio de la situación, aunque el enemigo estaba agotado y casi sin reservas. En vez de eso, ordenó la retirada, inmovilizó al ejército (que ya estaba preparado para el contraataque) y sumergió a la nación entera en el pánico con un mensaje en el que anunciaba a los asombrados austríacos que habían obtenido «una gran victoria».

Nunca se debió colocar a La Marmora en el mando; llevaba dos años separado del ejército, demasiado tiempo cuando se piensa en los profundos cambios que se habían realizado. La actuación de los otros generales no fue mucho mejor; más tarde intercambiarían acusaciones inútiles, intentando echar la culpa de la derrota a los demás. Los únicos oficiales en esta guerra que tuvieron una actuación honorable fueron los generales de división Medici, Bixio, Sirtori y Cosenz, y un antiguo general napolitano, Pianell.

La actuación de la marina empeoró las cosas: sufrió una derrota en Lissa el 20 de julio, una vez más debido a la indolencia del alto mando.

Así pues, Italia fracasó en su primera prueba militar. Cuando, después de que los prusianos derrotaran a los austríacos en Sadowa el 3 de julio de 1866, los participantes se sentaron en la mesa de negociaciones, lo único que Italia pudo presentar eran las victorias obtenidas por los despreciados garibaldinos.

Tan sólo habían transcurrido cuatro años desde Aspromonte, pero cuando Fabrizi, en nombre del gobierno, fue a Caprera a ofrecerle al general el mando de los voluntarios, éste aceptó de inmediato. «Perdono los agravios con rapidez», escribió.

Como siempre, hubo gran oposición a los «Cuerpos de Voluntarios Italianos», nombre que se dió a los garibaldinos en la Tercera Guerra de Independencia. En realidad, si la opinión pública no hubiese estado a su favor, y si el acuerdo italo-prusiano de forma específica no los hubiese mencionado, es muy posible los «camisas rojas» no hubieran intervenido. Con todo, los jefes del ejército hicieron lo que pudieron para entorpecer el reclutamiento, en un «esfuerzo constante por sabotearlo». Garibaldi escribió que podría haber alistado a cien mil voluntarios; la cifra parece algo exagerada, pero es cierto que de los cuarenta mil hombres que intentaron alistarse, se envió de vuelta a casa a más de la mitad. Sin embargo, el número ascendió a treinta y tres mil durante el curso de la campaña, ya que bastantes voluntarios se unieron directamente a los regimientos, sin pasar por los centros de reclutamiento del ejército regular.

Una vez más, se trató mal y se equipó peor a los voluntarios. Se les entregó unos viejos rifles, y al principio no se les proveyó de caño-



nes, porque, decían, podían perderlos. Las cartucheras de cuero estaban mal hechas, y la munición se mojaba con gran frecuencia; hubo incluso escasez de uniformes. Pero también una vez más, Garibaldi pudo contar con un probado y auténtico Estado Mayor, compuesto por antiguos compañeros de armas como Fabrizi, Bertani, Mosto, Missori y Cairolì, y oficiales jóvenes pero suficientemente experimentados como Menotti Garibaldi y Stefano Canzio, el yerno del general que se había unido a sus filas.

El plan de Bismarck fue rechazado y se asignó a los «camisas rojas» al flanco izquierdo más lejano del ejército, en el área montañosa que rodea el lago Garda. No era un sector clave, pero incluso allí los garibaldinos, dirigidos por un general de cincuenta y nueve años, medio inválido y lleno de achaques (dirigió gran parte de las operaciones desde su carruaje), consiguieron la única victoria de importancia en toda la campaña.

«¡Sed águilas!», dijo Garibaldi, y los garibaldinos lo fueron: sin darle tiempo al enemigo para respirar capturaron una tras otra las cimas de las montañas. Así vencieron en Monte Suello, en Caffaro, en Forte Ampolla y por último en Bezzeca, tras un duro día de combate que solamente a los garibaldinos les costó dos mil trescientos ochenta y dos hombres.

Tras la victoria en Bezzeca, el camino hacia Trento y Austria permanecía abierto. Lo que les detuvo no fue el ejército de Francisco José, sino un telegrama de La Marmora que les ordenaba la retirada inmediata de las fronteras del Tirol.

La paz había llegado. La orden, no obstante, era no sólo detenerse sino abandonar gran parte del territorio conquistado. Unas horas después, Garibaldi replicó: «Recibido despacho. Obedezco.» Tan lacónico mensaje no daba idea de la rabia de los garibaldinos, que habían avanzado constantemente y con gran costo de vidas (hasta Garibaldi estaba herido), asaltando cada cumbre que había en el camino, y que se veían obligados a detenerse en ese momento a unos pocos kilómetros de Trento (ciudad que cuarenta y nueve años después costaría a Italia más de tres años de guerra y seiscientos mil muertos).

Una vez más Jessie White Mario fue testigo de los sucesos, y nos ha dejado una vívida descripción de la forma en que habían recibido la orden los garibaldinos: «Les vi romper las espadas, quebrar las bayonetas. Muchos se arrojaron al suelo y rodaron por la tierra aún empapada en la sangre de sus hermanos.»

Tras la guerra los garibaldinos regresaron a casa, llenos de rencor hacia los que les habían detenido. De nuevo el gobierno se estaba preparando para jugarles una cruel travesura y ellos, tan inocentes como siempre, de nuevo caerían en ella.

El 15 de septiembre de 1864, Italia había firmado un acuerdo con Francia en el que daba marcha atrás en su afirmación de que Roma era la capital natural del nuevo Estado italiano, y transfería la sede del gobierno a Florencia. A su vez, Napoleón III retiraba sus tropas de la Ciudad Eterna.

El historiador Gregorovius, observador imparcial de los hechos, escribió: «Es una crisis seria, de verdad; Italia juega a hacer saltar la banca. O bien el plan de Cavour (convertir a Roma en la capital) tiene éxito, o el país se hundirá en la anarquía.» Italia no podía cambiar sin problemas la capital a Florencia; Turín era la cuna de la monarquía saboyana y había sido el corazón del movimiento de independencia. Si ya no iba a ser la capital, ésta tenía que ser Roma, cuyo nombre se había usado en la propaganda del *Risorgimento*. El rey había aceptado la idea en público, pero en privado no tenía intención alguna de abandonar su amado Turín. Sin embargo, el traslado se le impuso; la izquierda estaba a favor de la idea, ya que creían que «italianizaría» al nuevo Estado, que corría peligro de convertirse en una versión agrandada del Piamonte. Los militares opinaban que Turín estaba peligrosamente expuesto a las invasiones desde la cesión de Saboya; Napoleón III, en su ingrato papel de Cancerbero de Roma, confiaba en que creciesen en torno a la nueva capital poderosos intereses que hicieran olvidar a la población la «cuestión romana». Así pues, y contra su voluntad, el rey tuvo que ceder.

La mayoría de la población creyó que el acuerdo con Francia contenía el germen de la paz entre el joven Estado y el papa, quien, unos años atrás, había excomulgado virtualmente a media Italia. Pero Gregorovius escribió: «No creo que el Papado se reconcilie; no cesará de reclamar sus provincias perdidas»; y tuvo razón. Los políticos sabían muy bien que la reconciliación con el papa era imposible, no sólo debido a los territorios que se le habían tomado en las guerras de 1859 y 1860, sino también debido a las leyes italianas que habían secularizado las propiedades de la Iglesia. Pero confiaban en que, con las tropas francesas fuera, podrían provocar una rebelión en los Estados Pontificios que justificase su propia intervención armada, y por último, la anexión de Roma.

Era el único camino que le quedaba a Italia; cualquier otro llevaría a la guerra con Francia, y eso les pondría en manos de los intereses opuestos a la unificación. El trabajo de muchos años se iría en humo. Los franceses, por su parte, sabiendo que apenas se podía esperar de los italianos que renunciasen a su ideal, sustituyeron a la Legión de Antibes, formada por veteranos del ejército francés, con un Cuerpo de Observación en Roma.

La Silla de Pedro aún estaba ocupada por Pío IX. Con los años se había serenado más, en apariencia, pero seguía tan empeñado como siempre en defender un poder temporal que ya se había hecho anacrónico. Persistía en negarse a ver más allá de los soñolientos muros de su parasitaria ciudad atestada de sacerdotes, monjes y la llamada «aristocracia negra». La mitad de su población vivía de las limosnas o de la caridad pública, mientras que a su alrededor el mundo cambiaba rápidamente y nuevos problemas afectaban la conciencia de la humanidad.

Los círculos gobernantes de la Iglesia estaban ocupados ante todo en proteger sus intereses; pero entre ellos había quien comprendía que los tiempos habían cambiado y que el poder temporal era un obstáculo para la reconciliación de los «pecadores liberales» con la Iglesia. Pío IX replicó a los esfuerzos vacilantes de estos católicos liberales en diciem-



bre de 1864 con la encíclica *Quanta Cura* y el «Extracto de Errores» adjunto, en que confirmaba su condena a todos los dogmas básicos del liberalismo: la tolerancia religiosa, la libertad de conciencia y de prensa, y la legislación «destructiva» (se refería a la democrática). Al mismo tiempo condenó el socialismo, el racionalismo y los grupos de estudios bíblicos, llegando a afirmar que la libertad de discusión ponía en peligro el alma y que él, el papa, nunca podría «reconciliarse y adaptarse al progreso, al liberalismo y a la civilización moderna».

En otras palabras, el «Extracto» era una rotunda condena de todo lo que era democrático y progresivo, y de los mismos cimientos del *Risorgimento* italiano. Levantó una enorme indignación; Crispi declaró en el Parlamento: «La cristiandad debe purgarse de los vicios de la Iglesia de Roma, o está condenada a perecer.»

El gobierno, que con toda claridad no buscaba una conclusión pacífica para el asunto, se aprovechó de la ola de anticlericalismo provocada por el «Extracto» y disolvió veinticinco mil organizaciones religiosas (además de las trece mil que ya habían sido disueltas), confiscando sus posesiones. Esto produjo un mayor endurecimiento de la actitud de la Iglesia; en los Estados Pontificios reinaban el miedo y las sospechas, la policía aumentó sus actividades y los arrestos y los registros estuvieron a la orden del día.

Se convocó un Congreso Internacional para la Paz en Ginebra en la segunda semana de septiembre de 1867. Constituyó un fracaso, debido en parte a los espías enviados por las diferentes naciones beligerantes, sospechosas de esta extraña conferencia compuesta principalmente por republicanos, pero sobre todo porque los propios delegados eran «más belicistas que pacifistas», como Dostoievsky que estuvo presente, afirmó. Los organizadores, en realidad, eran antiguos revolucionarios, la mayoría de ellos veteranos de alzamientos liberales y de guerras de liberación nacional, que se identificaban con el movimiento socialista.

Naturalmente, la presencia de Garibaldi en este congreso «pacifista» era esencial; ya en octubre de 1860, de hecho, el general había enviado un memorándum a las potencias europeas, pidiendo el desarme general y el arbitraje internacional en las disputas.

Llegó a Ginebra el 8 de septiembre, acompañado por Benedetto Cairoli, Jessie White Mario y otros leales seguidores; muchos de ellos, como el mismo Türr, se convertirían en enérgicos partidarios del movimiento. En esta ocasión, Garibaldi mostró mejor sentido político de lo acostumbrado; por una vez su tendencia a adherirse a causas sagradas que tuvieran trágicas consecuencias para él y sus hombres no triunfó. En su discurso del 9 de septiembre evitó tomar una postura extrema, para no chocar con los delegados austríacos y alemanes, que tampoco eran demasiado radicales, ni con los franceses, algunos de los cuales admiraban a Napoleón III. El discurso no agradó a los republicanos intransigentes que habían deseado más que nadie su presencia; en realidad, los confundió del todo con aclaraciones como, «No soy de los que desean derrocar monarquías para crear repúblicas, sino más bien de los

que quieren abolir el absolutismo y establecer sobre sus ruinas el reino de la libertad y la justicia.»

Sin embargo, después de realizar este discurso tan moderado, presentó una moción que sorprendió bastante a muchos de los delegados, sobre todo debido al ataque algo ingenuo a la Iglesia (que se había convertido en la aversión particular de Garibaldi) y debido a la anticuada concepción de la Razón como Dios. No obstante, otras partes de la misma son realmente progresivas. La última cláusula en particular expresa la esencia de la filosofía política garibaldina.

A continuación reproducimos el texto completo de la moción para que sea el lector quien extraiga sus conclusiones.

1. Todas las naciones son hermanas.
2. La guerra entre ellas es imposible.
3. Las disputas que surjan entre las naciones se deben resolver en un Congreso (una especie de Naciones Unidas *avant la lettre*.)
4. Los miembros del Congreso serán elegidos por las sociedades democráticas de los pueblos.
5. Cada pueblo tendrá derecho a votar en el Congreso, sin tener en cuenta el tamaño de su representación.
6. Por la presente queda abolido el Papado, la más perniciosa de las sectas.
7. El Congreso adoptará la religión de Dios, y cada miembro tendrá que propagarla. Por religión de Dios quiero decir la religión de la Verdad y la Razón.
8. El sacerdocio de la revelación y la ignorancia será sustituido por el sacerdocio de la Ciencia y la Inteligencia.
9. La democracia es el único remedio para la pestilencia de la guerra.
10. Sólo el esclavo tiene derecho a declarar la guerra al tirano; ésta es la única circunstancia en que la guerra está justificada.

Naturalmente la moción no fue aprobada, no tanto «porque era más radical que Lutero y Calvino», sino porque estaba por delante de su tiempo: en este momento el nacionalismo, con todas las trágicas consecuencias que tendría para el mundo, aún estaba en alza.

A pesar de sus propuestas, Garibaldi apenas podía decir que era un pacifista acérrimo. En ese mismo momento, y todos lo sabían, estaba ocupadísimo organizando una expedición para lograr lo que era su meta más obsesiva: la liberación de Roma.

El 12 de septiembre, sin esperar al voto de su moción, abandonó el Congreso. Desde enero de 1867, Garibaldi, contra su costumbre, había estado metido en política, arengando a toda Italia con discursos inflamados, rabiosamente anticlericales sobre la cuestión romana. La respuesta fue entusiasta; en Siena, durante un banquete dado en su honor por la Accademia dei Rossi, hizo un comentario que muy pronto se extendió: «Cuando llegue el tiempo frío, entraremos en acción.»

En 1867 el primer ministro era Urbano Rattazzi, el político que había enviado las tropas contra Garibaldi en Aspromonte. En ese momento, como ocurriera cinco años atrás, tenía que tratar con un Garibaldi



que estaba removiendo el sentimiento popular al grito de «¡Roma o muerte!». Veía que tenía que hacer algo para contrarrestarlo, pero la situación política no era la más apropiada para gestos violentos. La reciente guerra había sido muy humillante para Italia, a pesar de que le había proporcionado la anexión del Véneto, y la confianza pública en el gobierno estaba en un nivel muy bajo. Tras la muerte de Cavour, la lucha parlamentaria había producido una serie de gobiernos de corta vida. Además, en este sentido, el propio Parlamento estaba dividido en torno a la cuestión romana; algunos diputados querían que se solucionara de una vez para siempre, y otros creían que los problemas sociales de Italia debían tener prioridad.

Víctor Manuel II, nada dispuesto a ir en contra de Napoleón III, se oponía a todo tipo de aventura. Rattazzi confiaba en una solución política al problema; quería, si los franceses se lo permitían, repetir la maniobra que ya le había salido mal, a él y también a los garibaldinos, en la época de Aspromonte: permitir a los «camisas rojas» marchar sobre Roma e incitar una revuelta que justificase la intervención del ejército.

Rattazzi sabía que Napoleón, apoyado por los católicos franceses, se oponía al plan; también sabía que una división comandada por el general De Failly se encontraba estacionada en Toulon, y que estaba preparada para partir al momento, pudiendo llegar a Civitavecchia en veinticuatro horas. No obstante, animó a Garibaldi a emprender la aventura, asegurándole que Francia permitiría la liberación de Roma. Convenció de lo mismo al gobierno y a la Administración, e hizo que un funcionario llamado Cirillo Monzani redactase una proclama, con fecha de 16 de octubre de 1867, en que se anunciara la conquista de Roma. (Algunos aseguraron más tarde que el instigador del plan no fue Rattazzi sino el rey, que estaba buscando un pretexto para acabar con los «camisas rojas» desde que éstos habían empezado a intervenir en los problemas sociales).

La historia de esta corta y trágica campaña es extremadamente complicada y puede dar lugar a todo tipo de conjeturas. No obstante, unas pocas cosas sí son ciertas: Garibaldi fue derrotado; el rey no era tal «caballero» después de todo, y el primer ministro era un político inepto que, cuando llegó el momento de la verdad, sólo supo dimitir para no hacerse responsable de las consecuencias.

El generoso e ingenuo Garibaldi dio su aprobación al plan de Rattazzi. Tal vez fue ésta la ocasión, y no en 1866, en la que debió escribir: «Perdono los agravios con rapidez»; en cualquier caso, en su opinión, la cuestión romana sólo podía ser resuelta por el pueblo italiano. Por tanto, puso en marcha su campaña, y cuando Rattazzi comprendió al fin lo peligroso de la empresa e intentó detenerle, era demasiado tarde: los «camisas rojas» marchaban hacia su primera gran derrota.

Cuando regresó de Ginebra, Garibaldi dio los últimos toques a sus planes. Los «camisas rojas» ya se estaban movilizand, y se daba por supuesto que la población de Roma se rebelaría en cuanto la expedición se acercase a la ciudad. Los comités revolucionarios romanos pedían armas y dinero.

Los franceses protestaron en cuanto conocieron los preparativos de Garibaldi. Rattazzi no hizo nada para detenerlo en Florencia ni en Arezzo, donde hubo una gran manifestación en su favor. Sin embargo, la noche del 24 de septiembre, mientras se hospedaba en casa del ingeniero Luigi Angelucci en Sinalunga (un pueblo cercano a Siena), fue arrestado y llevado a Alessandria, donde se le encerró en una fortaleza. La noticia de su arresto se extendió como el fuego y se celebraron reuniones de protesta por toda Italia. Cuando atravesó Pistoia, bajo custodia, la multitud golpeó a unos sacerdotes, e incluso el ejército (por lo general tan leal a la monarquía) pareció ponerse de su lado. En Alessandria los soldados de la guarnición se agolparon bajo la ventana de su cuarto gritando: «¡A Roma, a Roma!»

Aunque Rattazzi recibió muchas cartas que le felicitaban por «su valeroso movimiento», sabía muy bien que no podía mantener a Garibaldi en prisión por mucho tiempo. Por tanto, hizo que lo llevaran a Caprera; allí se pidió al general que jurase por su honor que no intentaría escapar, pero él se negó. En consecuencia, la isla fue rodeada por ocho barcos de guerra, con instrucciones de retenerle en ella a toda costa.

La ausencia del jefe no puso fin a la movilización de los garibaldinos. Por el contrario, organizaron tres columnas: una al noroeste de Roma (entre Pitigliano y Arcidosso), a las órdenes de Acerbi; otra al noreste (entre Narni y Terni), bajo el mando de Menotti, y otra al sudeste (entre Nápoles y el Molise), bajo el de Nicotera. Sin embargo, las columnas eran sólo una amalgama de hombres desorganizados y totalmente indisciplinados (uno de los factores negativos de esta campaña).

En esta ocasión había pocos expertos militares en las filas. Menotti tomó el mando general en ausencia de su padre, pero no consiguió mantener a las otras columnas bajo un control total. En la campaña intervinieron soldados capaces como Missori, Frigyesi, Salomone, Francesco Vigo-Pellizzari, Guido Evangelisti y Francesco Biderchini, pero ninguno tenía la categoría de un Bixio o un Türr. La mayoría de ellos eran rabiosos anticlericales, más preocupados por «izar la tricolor en todos los campanarios» (para aterrar a los sacerdotes rurales) que en proveer a los «camisas rojas» de unas estructuras y servicios adecuados.

Los comandantes de las tres columnas no mostraron mucha habilidad, ni militar ni política. Acerbi había tomado parte en varias campañas de Garibaldi e incluso había sido el comisario general de los Mil, pero fue incapaz de conducir a sus tropas a la acción. Tan sólo una oportuna victoria de Garibaldi en Monterotondo le evitó huir de la región de Viterbo a toda velocidad.

Nicotera era más político que soldado; en aquel momento era ya diputado y en el futuro encabezaría varios ministerios. Su experiencia militar se limitaba a la defensa de Roma en 1849 y a la campaña de Trentino en 1866. Ciertamente no era capaz de comandar una columna independiente; sus tropas eran las más desorganizadas y no sólo fueron derrotadas varias veces sino que a menudo carecían de provisiones. Más tarde, cuando el rey se opuso a la expedición, Nicotera desertó de las filas de los garibaldinos.



Lo peor de todo fue que estos comandantes no unieron sus fuerzas con Garibaldi cuando éste tomó bajo su mando a los «camisas rojas», ni aprovecharon la oportunidad que se presentó cuando las fuerzas pontificias concentraron la ofensiva sobre la columna dirigida por Garibaldi.

La columna de Menotti era la mejor de las tres. El hijo primogénito del general era un oficial capaz; a los diecinueve años había servido con los *Cacciatori delle Alpi*, y estaba en esta época siempre al lado del padre. Pero no era un estratega, y desde el principio cometió una serie de errores increíblemente tontos.

Un grupo de cuarenta hombres entró en territorio pontificio el 28 de septiembre de 1867, pero fueron inmediatamente dispersados en Ronciglione. Otras bandas tuvieron la misma suerte en Acquapendente, San Lorenzo, Nerola, Moricone, Montemaggiore, Ischia di Castro, Farnese, Bagnoregio y Subiaco.

En resumen, desde el 28 de septiembre hasta el 23 de octubre, cuando Garibaldi llegó, los «camisas rojas» estaban siendo sistemáticamente derrotados. Solamente Menotti consiguió una o dos victorias; con su columna ocupó Montelibretti tras un combate difícil. Allí les atacaron los zuavos del coronel Anastase de Charette, y tras un feroz combate los garibaldinos les obligaron a retirarse. Luego, inexplicablemente, el mismo Menotti ordenó la retirada. La cabeza de puente que abandonó fue formada de nuevo, unas horas después, por cincuenta gendarmes pontificios.

«Menotti, Acerbi y Nicotera pagaron así, los tres en el mismo día, su impetuosidad. Se dieron cuenta de su error: habían supuesto que se podría improvisar todo en unas cuantas horas y que derrotarían al enemigo con sólo mostrar la cara.» Así se expresó Felice Cavallotti, un garibaldino de toda la vida y miembro del Parlamento.

Su principal error había sido la excesiva fragmentación de la ofensiva. Al atacar en grupos tan pequeños, permitieron que las poderosas «columnas móviles» del papa les derrotaran con facilidad, minando así la confianza en sí mismos que necesitarían para la confrontación final. Por otro lado, el ataque en masa hubiera desmoralizado al enemigo y hubiera dado una excusa a Napoleón III para resistir la presión de los católicos referente a la intervención en la guerra (de hecho, las tropas francesas no llegarían hasta un mes más tarde).

Tras la caída de la República romana, los Estados Pontificios habían confiado en el apoyo militar francés, sin preocuparse por reconstruir su propio ejército. No obstante, cuando el gobierno pontificio vio en 1859 que Napoleón no intentaba detener la anexión de la Romaña por el Piamonte, comprendió que tendría que defenderse solo en el futuro e hizo lo posible para remediar su error. Monseñor de Mérode, un antiguo oficial del ejército belga y en ese momento primer ministro de Armamento, reorganizó el ejército pontificio. La causa del papa no encontró mucho entusiasmo entre el pueblo, por lo que Mérode tuvo que recurrir a voluntarios extranjeros que se alistaban movidos por sus convicciones religiosas.

En realidad, cuando se examinan los efectivos de los diferentes batallones y regimientos pontificios, uno se asombra ante el gran número de nombres originarios de países católicos, como la Vendée, Bretaña, Bélgica, Austria, Irlanda, Bavaria y el Canadá francés; muchos de ellos precedidos por el «de» o el «von». Una especie de Internacional religioso-conservadora, superviviente de la época anterior a la Revolución francesa, se preparaba para el choque con el mundo «socialista» que había emergido en el siglo XIX y que haría valer sus méritos en la Comuna de París y en la Revolución de Octubre.

Tras su derrota por el Piamonte en 1860, las fuerzas pontificias estaban reorganizadas en las unidades siguientes: un regimiento de infantería, un batallón de cazadores, un batallón de carabineros, un regimiento de dragones, una legión de gendarmes, artillería e ingenieros, más una serie de pequeños cuerpos como el de los *Zampitti* (especie de fuerza policial rural) y las Reservas de Voluntarios. A la cabeza de todo el ejército se encontraba el general Hermann Kanzler, alemán de Baden que llevaba años al servicio del papa y que se había distinguido en 1848 y 1860.

Garibaldi, confinado en su isla, no tardó en recibir noticias de los errores cometidos por sus hombres y comprendió que debía escapar para dirigir las operaciones. La huida de Garibaldi de Caprera, en octubre de 1867, es como un capítulo de una novela de aventuras de su amigo Dumas. La prensa europea la relató con asombro, admiración y desaliento.

Sus primeros intentos terminaron mal. El 8 de octubre intentó escaparse a bordo del barco correo de La Maddalena, una isla situada a unas millas de distancia, pero el barco fue interceptado por uno de los navíos de guerra y Garibaldi llevado de vuelta a Caprera. Después, Stefano Canzio intentó sacarle en una barca de pesca; en esta ocasión, la marina disparó incluso sobre ellos. Teresita, que estaba con él a bordo y que se parecía a su madre, preguntó a gritos a los marinos si pretendían «vengarse de la derrota en Lissa sobre sus mujeres». Una vez más, el intento falló.

La marina, naturalmente, había confiscado todos los barcos de Caprera, pero habían pasado por alto un pequeño bote que hacía agua y en el que sólo cabía hombre. Nadie había creído que fuera muy marinero. Garibaldi fingió encontrarse enfermo durante dos días y permaneció encerrado en la casa. La noche del 17 de octubre, en medio de una espesa niebla, se hizo a la mar en tan diminuta barca; maniobrando silenciosamente con un remo, consiguió deslizarse entre los buques de guerra, pasando tan cerca de ellos que pudo escuchar la conversación de los marineros, temiendo que una gran ola le estrellase contra el costado de algún barco. Remó hasta La Maddalena, donde le esperaban Susini y Basso en la casa de unos ingleses, los Collins. Al día siguiente, disfrazado de pescador y con la barba teñida de negro, desembarcó en Cerdeña con sus dos cómplices. Allí le esperaba Canzio con un balandro; cruzaron el mar Tirreno y desembarcaron en Livorno el día 19 de octubre. Hacia el mediodía del 20, Garibaldi se encontraba ya en Florencia.



Rattazi le había arrestado en Sinalunga sin dudarle un momento, pero no lo iba a intentar de nuevo; había demasiada gente en Florencia preparada para defenderle a cualquier precio. De todas formas, Rattazi ya había presentado su dimisión y su sucesor, el general Cialdini, estaba mucho menos dispuesto que él a llevar a cabo una acción tan peligrosa. Cialdini intentó la vía de la persuasión, pero había entre ellos una agria enemistad y Garibaldi no le escuchó. Siguió hasta Terni, donde se encontró con Crispi, y envió instrucciones, que no se obedecieron, a Acerbi y Nicotera, ordenándoles que unieran sus fuerzas con él. En Passo Corese, el día 23 de octubre, Menotti le entregó el mando del cuerpo de voluntarios, que ya contaba con casi siete mil hombres, aunque algunos de ellos se encontraban con Nicotera y Acerbi.

Mientras tanto, informes confusos y contradictorios llegaban de Roma, donde se había preparado una insurrección para el día 27. Había, como puede adivinarse, dos comités revolucionarios en la ciudad: uno republicano y otro favorable a la monarquía italiana. Ninguno había hecho mucho más que organizar unas cuantas manifestaciones poco entusiastas, publicar unos panfletos o distribuir falsas fotografías de la antigua reina Sofía de Nápoles en posturas pornográficas. En vez de prepararse para la lucha, hablaban de política en los salones, sin intentar guardar el secreto; así, toda Roma sabía que la tarde del día 22 de octubre el pueblo se iba a rebelar. Gregorovius, que pasó la tarde en un bar, la Osteria del Falcone, nos cuenta que dos de los clientes regulares, unos jóvenes con los que tenía amistad, le explicaron hasta el más mínimo detalle lo que se suponía iba a ocurrir. Los gendarmes, naturalmente, estaban allí, esperando a los revolucionarios, pero hicieron muy pocos arrestos: un repentino nubarrón había convencido a la mayoría de los insurrectos a posponer la acción. Los comités revolucionarios no daban órdenes ni distribuían armas; en realidad, cuando comprendieron que el ejército italiano no iba a intervenir, dimitieron; la mayoría de ellos, además, temía más a los «camisas rojas», que por aquella época ya estaban completamente identificados con la izquierda, que a la policía pontificia.

Garibaldi y sus hombres se quedaron sin apoyo. Los escasos episodios de violencia revolucionaria que se desarrollaron en Roma no consiguieron despertar a la ciudad de su somnolencia. Alguien arrojó una bomba en Castel Sant'Angelo, y hubo un intento de volar los nuevos cuarteles Serristori. En el momento de la explosión no había nadie en el cuartel excepto la banda de cornetas, pero las tropas regresaron a tiempo de detener a los dinamiteros, Giuseppe Monti y Gaetano Tognetti, que fueron sentenciados a la guillotina. Otras acciones fueron obra de los emisarios de los garibaldinos; Francesco Cucchi intentó asaltar el Capitolio, pero con un grupo de seguidores tan pequeño que los pocos guardias que estaban de servicio pudieron rechazarlos. Guerzoni tenía que forzar la entrada en Porta San Paolo para pasar algunas armas a la ciudad, pero también fracasó por falta de ayuda.

Enrico y Giovanni Cairoli intentaron a su vez suministrar armas a los insurgentes, pero murieron en la fracasada intentona de los «Setenta de

Villa Glori». Nicola Fabrizi, un viejo revolucionario (tenía entonces sesenta y dos años de edad) que no se había creído las fáciles predicciones de éxito para el día 22, les aconsejó enviar las armas camufladas en tren. Pero eso no pareció viable, y los hermanos decidieron llevar el cargamento ellos mismos Tíber abajo. Conociendo bien los riesgos de la misión, seleccionaron en persona a sus asociados y se formó un cuerpo especial de setenta y seis hombres.

Cargaron las armas en dos barcazas, y partieron a las tres de la tarde del día 22 de octubre. Poco después del anochecer, la corriente del río los llevó a un punto cerca del monte Antenna, a un kilómetro aproximadamente de Porta del Popolo. Allí desembarcaron como se había planeado, pero no había nadie de los comités revolucionarios esperándoles.

La insurrección debía haber comenzado, pero no se oían disparos ni gritos dentro de las murallas. Los hermanos Cairoli se preocuparon; el grupo se ocultó entre la maleza existente a lo largo del río, enviando a uno de ellos a la ciudad para hacer un reconocimiento. Por la mañana supieron que la insurrección había fracasado; se les aconsejaba que permaneciesen escondidos hasta el anochecer, momento en que se haría un nuevo intento. Llevaron las armas a una colina cercana donde, en medio de un gran parque, se alzaba «una encantadora casita» de un tal señor Glori. Allí esperarían hasta la noche, pero a las cuatro de la tarde llegaron las tropas pontificias, unos cuatrocientos hombres, entre zúavos y *carabinieri* extranjeros. Lo prudente habría sido huir, pero los «setenta» decidieron hacerles frente: decisión muy heroica pero que, no obstante, llevaría a un inútil sacrificio de vidas.

El grupo dirigido por Giovanni, estacionado al borde del parque, soportó el choque inicial del ataque. Las fuerzas pontificias, armadas con Remingtons, tenían ventaja sobre los garibaldinos con sus rifles de la época de la Guardia Nacional. Enrico vio que tendría que ir a su rescate. «¡Bayonetas!», ordenó. Muchos de sus hombres cayeron bajo el fuego enemigo, pero los pontificios retrocedieron. Entonces, los garibaldinos los alcanzaron y se produjo una batalla cuerpo a cuerpo; Enrico saltó sobre el capitán Meyer y casi le venció, pero los zúavos fueron en defensa de su jefe.

Enrico estaba rodeado y, debilitado por las heridas recibidas, cayó al pie de un almendro (que aún existe en la actualidad). El sargento Hoffstetter le dio el golpe de gracia con la bayoneta; Giovanni, que también estaba herido, corrió junto a su hermano; Enrico murmuró: «Di adiós a mamá..., los amigos...» Giovanni nunca se recuperaría ni de sus heridas ni del recuerdo de verse cubierto por la sangre de Enrico; moriría también al día siguiente.

El combate sólo había durado media hora, y los garibaldinos habían perdido veinticinco camaradas, además de los jefes; pero los pontificios se habían retirado. Los supervivientes pasaron la noche en la villa, cuidando a los heridos y temiendo un nuevo ataque. A las seis de la madrugada del día 23 celebraron una asamblea, y varios de ellos decidieron reunirse con Garibaldi.



Cuando los pontificios regresaron con una gran fuerza a las diez en punto, encontraron solamente a los muertos, los heridos y a unos pocos hombres que se habían quedado para cuidarlos.

Las otras dos tragedias acaecieron después de la escaramuza en Villa Glori: la defensa de la fábrica de lana Ajani y la matanza de Villa Cecchini.

El local de Giulio Ajani servía desde hacía mucho tiempo como factoría secreta de las «bombas Orsini» (bombas de mano del tipo inventado por el revolucionario Felice Orsini) y como depósito de armas. Tras la fracasada insurrección del 22 de octubre, la policía empezó a registrar Roma edificio por edificio, a la caza de subversivos. El día 25 se presentaron en la casa de Ajani; dentro se encontraba Giuditta Tavani Arquati —una mujer de cuarenta y siete años y madre de nueve hijos, que era el alma de este grupo de revolucionarios—, su marido, Francesco, el hijo más joven de ambos, Antonio, de catorce años de edad, y unas veinticinco personas más. (El número exacto no es seguro porque un tal Rinaldo Marinelli, implicado en el asunto y arrestado, suministró a la policía los nombres de los supervivientes de la matanza, confiando en ello salvar su propia piel. Pero ni la policía consideró su información digna de crédito.) Cuando se les ordenó abrir, Antonio arrojó una bomba desde el tejado, matando a varios gendarmes. Entonces llegó la Tercera Compañía de Zuavos, que se encontraba en la cercana plaza de Santa María en Trastevere. Rodearon la casa y exigieron la rendición de los revolucionarios: Giuditta gritó: «¡Nadie entra aquí!», y comenzó a disparar. El intercambio de disparos de rifle duró una hora.

Viendo que los del interior estaban decididos a resistir, los zuavos prendieron fuego al edificio. Alguien empezó a ondear una bandera blanca en una ventana de la segunda planta; los pontificios entraron en la casa, y un joven llamado Angelo Marinelli arrojó una bomba por la escalera contra ellos, que no explotó. El sargento Arnaud de los zuavos le atravesó con la bayoneta, disparando el rifle al mismo tiempo, y Marinelli murió instantáneamente. Así comenzó la matanza. Los zuavos, locos de furia, acuchillaron a los rebeldes con las bayonetas y les golpeaban con las culatas de los rifles. Giuditta se hallaba con su marido y su hijo, pistola en mano, gritando «¡Permaneced junto a mí, moriremos o viviremos juntos!» Murieron: marido, hijo y por último Giuditta, con una bayoneta en el abdomen. Los que consiguieron escapar se escondieron en las casas vecinas; algunos fueron denunciados a la policía por informadores «cristianos», siendo arrestados y ejecutados en el acto.

Según el informe archivado por los gendarmes, murieron trece revolucionarios y cuatro más fueron heridos; pero como tres de los heridos murieron, el total de las víctimas fue de dieciséis.

En la Villa Cecchini, el último refugio de los rebeldes, se repitió la misma escena. El coronel Charette de los zuavos lo resume en su informe: *La plupart des garibaldiens furent passés au fil de la baïonnette.* (La mayoría de los garibaldinos fue acribillada a bayonetazos).

El fracaso de la revolución y la indiferencia del pueblo romano (como escribiera Gregorovius, «la pasividad con que Roma espera su

destino es un gran enigma») dejaron hondamente preocupado a Garibaldi. Como siempre, había basado su estrategia en que se produciría un masivo apoyo popular; sin él no podía hacer nada. Sabía por experiencia que la milicia voluntaria crecía rápidamente cuando tenía el apoyo y el entusiasmo de las masas, pero que disminuía con la misma rapidez si tenía que enfrentarse con la apatía o, peor, con la hostilidad de los civiles.

De hecho, las noticias del revés sufrido en Roma ya habían enfriado el ardor de muchos voluntarios; la indisciplina y las deserciones aumentaron. Estaba claro que se necesitaba una victoria que confirmara la leyenda de la invencibilidad de los «camisas rojas» e incitase a las masas a la rebelión.

El 23 de octubre Garibaldi avanzó para atacar Monterotondo. La guarnición pontificia allí no era muy numerosa: consistía en dos compañías de la Legión de Antibes, una de *carabinieri* extranjeros, una sección de artillería, un pelotón de dragones y algunos gendarmes. Pero la población estaba muy bien protegida por un sólido recinto amurallado. El día 24, los garibaldinos ocuparon la estación de ferrocarril de Monterotondo, desmontando los raíles y cortando la línea telegráfica.

El día 25 atacaron la población, concentrándose especialmente en la puerta conocida como de San Rocco. Los pontificios la defendieron con valor; hacia las dos de la madrugada consiguieron los garibaldinos prender fuego a la puerta y entrar en la ciudad. Los dragones se rindieron; pero el resto de los soldados del papa se encerraron en el castillo y continuaron resistiendo. A las nueve de la mañana siguiente izaron bandera blanca; Garibaldi tomó posesión de dos cañones y setenta cargas de munición, que entregó a su hijo Ricciotti. El cuerpo expedicionario por fin tenía artillería.

La batalla de Monterotondo fue una victoria; pero también expuso los defectos latentes y la indisciplina de los «camisas rojas», como puede verse en el siguiente ejemplo. Cuando los garibaldinos atacaron la ciudad, dejaron a los heridos en la estación de ferrocarril, pero no dejaron las fuerzas suficientes para su protección. Un batallón de zuavos se acercó a Monterotondo, pretendiendo llevar refuerzos a la guarnición; cuando vieron que la población estaba rodeada se dirigieron a la estación, donde desahogaron su ira aniquilando a los indefensos garibaldinos que allí encontraron.

No obstante, la toma de Monterotondo provocó una oleada de entusiasmo en toda Italia. El nuevo primer ministro, el general Menabrèa, tuvo que ordenar al general Cardona que avanzase «pacíficamente» al territorio pontificio para restaurar el orden. Parecía como si el plan de Rattazzi fuese a tener éxito después de todo.

Pero se había perdido demasiado tiempo; el 26 de octubre la división de De Failly, con veinte mil hombres, partió de Toulon: reaparecía el espectro de 1848. Cuando tuvo noticias de la intervención francesa, el rey subrayó su oposición a los garibaldinos, declarando que habían sido «seducidos y dirigidos por una facción política que no tiene mi autorización ni la de mi gobierno».



Roma se preparó para una tenaz resistencia; las murallas se fortificaron y armaron con cañones, mientras todas las tropas pontificias se apresuraban a acudir en defensa de la ciudad.

Garibaldi intentó rodearla con unidades móviles, pero fue una maniobra inútil. Movi6 hombres de Via Salaria a Via Nomentana, y luego a Via Tiburtina, dejando así al enemigo demasiado campo libre. Ocupó Castel Giubileo, no lejos de Roma. El 29 de octubre llegó a Tívoli.

Mientras tanto, los franceses habían desembarcado y De Failly se encontraba ya en Roma. Por tanto, la fuerza de Kanzler, de quince mil hombres, se vio reforzado con los veinte mil franceses bien armados y bien equipados. Estaban, además, concentrados en una pequeña área, mientras que los garibaldinos se extendían por los tres caminos ya mencionados, así como a lo largo de Via Prenestina y Via Casilina. Garibaldi decidió reagrupar a todas sus fuerzas en una posición buena y de fácil defensa como Monterotondo, aumentar su fuerza y derrotar a las tropas del papa y a los franceses por separado.

Ordenó la retirada a Monterotondo; pero la orden irritó a los voluntarios. Aquella noche, en parte debido a que el rey les había desautorizado, y en parte a que muchos estaban convencidos de que la campaña había llegado a su fin, el resultado fue que dos mil hombres no se presentaron a la llamada.

En Roma, los aliados no se ponían de acuerdo sobre las tácticas a desarrollar.

De Failly quería mantener todas las tropas en la ciudad como elemento disuasivo y atacar a los garibaldinos cuando se presentara la ocasión; parecía más preocupado por evitar todo conflicto con las tropas italianas regulares, que se encontraban estacionadas en las fronteras, que por derrotar a los «camisas rojas».

Kanzler, por otro lado, quería «caerles encima como un relámpago, tomar a Garibaldi por sorpresa e infligirle, ante todo el mundo, un severo y merecidísimo castigo». Evidentemente Kanzler temía que si permitía a las diferentes columnas de voluntarios reagruparse y penetrar más en el territorio romano, la temida rebelión se haría realidad.

Kanzler impuso su criterio. El domingo 3 de noviembre se reunió con las tropas en el cuartel de Macao y salió de Porta Pia a las cuatro de la madrugada, dirigiéndose hacia Mentana. El ejército franco-pontificio estaba compuesto por siete mil hombres, divididos en dos columnas. Las tropas pontificias estaban a las órdenes del general Raphaël de Courten, y las francesas, a las del general De Pohlés. Un gran número de voluntarios filopontificios se añadieron a los combatientes. El coronel de Charette registró sus nombres, y observando las listas se tiene la impresión de que toda la nobleza de Europa se había apresurado a acudir a Roma para aplastar a los subversivos y mantener un poder temporal al que ni los cataclismos, los cismas ni las revoluciones habían conseguido hacer temblar. Entre los nombres más ilustres están los del conde de Caserta, hermano del antiguo rey de Nápoles, con sus edecanes Usani y Afán de Rivera; el barón Sonnenberg, comandante de la Guardia Suiza; el teniente coronel conde Carpegna; el conde Víctor de Courten,

hermano del general y alistado en los *carabinieri* extranjeros; De Christen, comandante de los cazadores extranjeros; el vizconde de Saint-Priest, el duque de Lorges, Benoit d'Azy, de Saint-Maur, de Luppé, Vrignault...

Según las órdenes de Garibaldi, los «camisas rojas» debían salir de Monterotondo a las seis de la madrugada y avanzar sobre Tívoli de nuevo. El cuerpo de Menotti debió haber sido el primero en partir, pero los hombres estaban casi descalzos y Menotti pidió un retraso para poder distribuir un gran cargamento de zapatos que había llegado la noche anterior. Esto llevó mucho tiempo, y hasta casi el mediodía las columnas no se pusieron en marcha. A menudo se ha atribuido la derrota a esas seis horas de tiempo perdido; pero la verdad es que los garibaldinos en esta campaña no estuvieron a la altura de anteriores. Hasta la actuación de probados y auténticos jefes dejó mucho que desear; por ejemplo, Ciotti había ocupado Mentana la noche anterior y en el alba salió hacia Tívoli de acuerdo con las órdenes recibidas, porque nadie pensó la conveniencia de informarle del retraso de Monterotondo.

Los garibaldinos salieron hacia Mentana a las once y media de la mañana; pero antes de que llegaran, la vanguardia fue atacada por las tropas pontificias, que en ausencia de Ciotti no habían tenido mucho problema en ocupar la ciudad.

Los zuavos se lanzaron al ataque, pero en ese momento apareció el cuerpo principal de los garibaldinos y les hicieron retroceder, ocupando de nuevo Mentana. Ante esto, los pontificios contraatacaron en masa. En la primera carga, los garibaldinos, bajo el mando del teniente coronel Missori, el comandante Antonio Burlandi y el capitán Mayer, defendieron el terreno; pero con la segunda, el enemigo consiguió expulsar a muchos de ellos de la población.

Las tropas pontificias combatieron con valentía, y especialmente los zuavos, que, dirigidos por los coroneles Allet y De Charette, resultaron imparables. Por un momento pareció como si la batalla estuviese perdida, pero entonces, gracias a los dos cañones capturados en Monterotondo, los garibaldinos consiguieron reducir el ataque enemigo. En este momento, bajaron las bayonetas y comenzaron a contraatacar a su vez. La lucha fue terriblemente feroz cerca de Villa Santucci y en el castillo. Las tropas pontificias fueron rechazadas y Mentana pasó de nuevo a manos garibaldinas.

A las tres de la tarde, la batalla iba a favor de los garibaldinos, que estaban a punto de desarrollar un movimiento envolvente contra el flanco enemigo que podría haber sido decisivo. Pero «entonces otro enemigo invisible descendió sobre nosotros, diezmado nuestras filas... Buscamos al enemigo, pero en vano; el único signo de su presencia eran los muertos que conseguían entre los nuestros... Disparamos, pero nuestras balas no llegaban ni a la mitad del alcance de las suyas...»

Lo decisivo fueron los *chassepots* franceses. Kanzler había enviado a todas sus reservas a la línea de frente sin resultado; luego llamó a la columna de Pohlés. En un instante los franceses sometieron a los garibaldinos «a un fuego de rifle tan intenso y mortal que no tuvieron más



remedio que retirarse inmediatamente». Garibaldi ordenó a la artillería que abriera fuego, pero las setenta cargas ya se habían acabado; los cartuchos estaban quedándose cortos también. La única alternativa era la acostumbrada carga a bayoneta, pero las tropas no podían avanzar ante tal volumen de disparos. Los franceses intentaron la maniobra envolvente y los garibaldinos empezaron a retroceder. La retirada se convirtió pronto en una huida precipitada en dirección de Passo Corese. Nunca antes se había conseguido derrotar a los garibaldinos de forma tan completa.

Garibaldi hizo todo lo que pudo para detenerlos, pero era imposible. Estaba a punto de cargar, marchando hacia una muerte segura, cuando Canzio, asiendo la rienda del caballo, gritó: «¿Por quién desea morir, mi general?, ¿por quién?», y le arrastró lejos de allí. Parecía haber envejecido veinte años y sufría mucho con el reuma; pero se negó a aceptar el carruaje que le ofrecieron.

«Es la primera vez que me vuelven la espalda», le dijo a Guerzoni. Sus amigos intentaron explicar la derrota: fue culpa de los *chassepots*, de los zapatos, de los elementos indeseables que se habían alistado, de los «aficionados que creyeron que podían entrar en Roma y conseguir un triunfo fácil». Culparon al rey, al gobierno y a los mazzinianos. Las recriminaciones eran interminables, ya que cada uno quería echar su parte de la responsabilidad sobre los hombros de demás. Todos fueron responsables en algún grado, incluyendo al mismo Garibaldi: tenía ya sesenta años, se encontraba medio inválido a consecuencia de las heridas y el reuma, y dirigía las batallas habitualmente desde un carruaje, por lo que no podía esperar enardecer los corazones de sus hombres, como antes hiciera, con su sola presencia entre ellos. Además, su Estado Mayor ya no estaba a la altura de la tarea.

Murieron seiscientos garibaldinos en la campaña romana de 1867, y mil setecientos fueron hechos prisioneros. Tras la derrota de Garibaldi, las otras columnas también abandonaron el territorio pontificio. Una vez más los garibaldinos se enfrentaban con la prisión; el ejército italiano, de hecho, les esperaba en las fronteras para desarmarlos y detenerlos; pero se llevó a la mayoría bajo escolta a sus casas.

Garibaldi, no obstante, fue arrestado en Figline, en el tren que le llevaba a Livorno. La pequeña estación estaba ocupada por una unidad de *bersaglieri* y por un pelotón de *carabinieri*. El general descendió del tren y el teniente coronel Camozzi, que estaba al mando, le notificó en nombre del gobierno que estaba arrestado. Guerzoni nos ha dejado el relato del acalorado diálogo que hubo entre ellos; también lo presenciaron Francesco Crispi, que había ido a recibir al general, y los que le acompañaban en el viaje:

«¿Tiene usted una orden de arresto oficial?», preguntó Garibaldi.

«No —replicó Camozzi—, pero tengo órdenes de arrestarle.»

«¿Se da cuenta de que está cometiendo un acto ilegal? No soy culpable de ninguna acción contra el Estado italiano o sus leyes. Ni usted me ha capturado cometiendo algún crimen, ni tiene derecho alguno a arrestarme, y me niego a ceder ante un acto de violencia.»

Camozzi telegrafió a Florencia, pidiendo que se revocasen sus órdenes; pero no llegó ninguna respuesta. Una hora después, anunció que tenía que llevarlas a cabo; por tanto, cuatro *carabinieri* llevaron a Garibaldi a la fortaleza de Varignano, donde ya había estado encarcelado después de Aspromonte. Canzio y otros miembros de su familia le acompañaron; pero casi de inmediato llegó una amnistía. El gobierno no quería tener que hacer frente a las protestas y al desorden que provocarían con toda seguridad las noticias del arresto de Garibaldi.

A pesar de la victoria franco-pontificia en Mentana, los días del poder temporal del papa estaban contados. Era, sencillamente, una carga inútil para la Iglesia, carga que contradecía su propia naturaleza. Muy pronto, Roma se convertiría en la capital del reino de Italia.



## 8. El último combate

Entre 1860 y 1870 Napoleón III intentó poner en práctica algunas de las ideas que le inculcara en su juventud su tutor, el jacobino Le Bas. Pero lo hizo de una manera contradictoria, pues al tiempo que daba reconocimiento oficial a las organizaciones obreras y sancionaba el derecho a la huelga, utilizaba al ejército para proteger los intereses del capital. Hay que decir en favor suyo, sin embargo, que, sentó las bases de la Francia moderna e industrial.

Las inclinaciones liberales del emperador provocaron una seria oposición en la corte, donde había surgido una facción conservadora en torno a la emperatriz Eugenia. Ella influyó sobre Napoleón para que se embarcase en operaciones militares desastrosas, como la expedición mexicana de 1862-1867, que marcó el principio del fin del Segundo Imperio. Las conquistas coloniales en Asia no bastaron para compensar tales fracasos.

Mientras Francia entraba en una fase de decadencia política, la Alemania de Bismarck estaba en alza. La economía de ambos países estaba en un periodo de expansión y no tardaron en entrar en conflicto. Durante los años 1867-1868 se produjeron varias disputas y sólo la mediación de otras potencias europeas consiguió conjurar la amenaza de guerra.

Un periódico de la época escribió: «El destino parece haber decidido que las dos grandes razas que hasta ahora han alternado su hegemonía en Europa sean incapaces de vivir una junta a la otra en paz. Están destinadas a chocar periódicamente con todo su poderío, en un intento de arrebatarse la supremacía.»

En 1870 surgió un problema que al principio no pareció ser muy grave; pero que, debido sobre todo a la intransigencia de la emperatriz, acabaría en guerra. España acababa de pasar una nueva guerra civil (1868-1870); la reina Isabel II había sido destronada, y el país buscaba un nuevo soberano. En 1870, después de consultar a diferentes príncipes europeos, se ofreció la corona a Leopoldo von Hohenzollern, sobrino del rey de Prusia, que la aceptó. Esta solución encontró una fuerte oposición en Francia, en especial en la facción de la emperatriz. Eugenia era española por nacimiento, y su opinión sobre este asunto era estrictamente personal. Se inició una campaña antialemana cuyo principio básico era que «el gobierno no debía permitir que una potencia extranjera colocara a un príncipe en el trono español, ya que esto ofendería el honor y la dignidad de Francia». Leopoldo se inclinó ante la presión fran-

cesa y renunció a la corona con lo que los partidarios de la guerra se quedaron sin pretexto, y pareció que todo el incidente iba a quedar en el olvido. Pero aquella parte de la prensa que hacía de portavoz de la corte continuó escribiendo: «La guerra, en este momento preciso, es un imperativo dictado por los intereses de Francia además de por exigencias dinásticas.»

Bismarck consideró que la guerra sería beneficiosa para Prusia tanto política como económicamente, y con mucha habilidad manejó la situación a su favor. Cuando los franceses exigieron que el rey de Prusia renunciase a toda demanda sobre España tanto en el presente como en el futuro, rompió las negociaciones con Benedetti, el embajador francés, y el 13 de julio de 1870 emitió un comunicado en tono tan brutal que, como él deseaba, tuvo «el efecto de un trapo rojo ante el toro galo». De hecho, los periódicos franceses salieron con grandes titulares: «¡A Berlín, a Berlín!» La guerra había estallado.

En aquellos días, los periódicos a favor del gobierno aún escribían: «Nunca ha estado Francia tan preparada para la guerra como en este momento.» Pero se precipitaban en sus juicios. Cuando, más tarde, durante las negociaciones para la capitulación de Sedán, Von Moltke le dijo al general francés Wimpffen que Francia había dirigido la guerra «presuntuosamente» y «sin método», tan sólo decía la verdad.

En realidad, la falta de preparación militar de Francia dio lugar a una asombrosa serie de derrotas que culminaron en la de Sedán el día 2 de septiembre de 1870, donde el emperador mismo fue hecho prisionero junto a ciento setenta mil hombres.

Aún quedaban dos baluartes en manos francesas: París y Metz, y los ojos de la nación estaban puestos en esta ciudad.

El rápido colapso del Segundo Imperio junto con la captura de Napoleón III transformaron la situación política en Italia: los Estados Pontificios habían perdido a su protector. Un periódico italiano escribió:

«En unos cuantos días los franceses habrán abandonado el patrimonio de Pedro. [Y de hecho, el Cuerpo de Observación pronto fue llamado a Francia.] El papa se quedará solo para enfrentarse con sus súbditos. Es una situación muy ventajosa, que puede dar lugar a la definitiva solución de la cuestión romana, si nuestro gobierno sabe encontrar una forma de actuar prudente y audaz.»

Ante este asunto, el Parlamento se dividió; una facción, encabezada por el rey, favorecía la intervención inmediata en la guerra al lado de los franceses, por lealtad a la alianza con Napoleón III. La otra facción, más realista, mantenía que la deuda de Italia con Francia estaba más que pagada con la cesión de Niza y Saboya y que cualquier obligación moral había terminado en Mentana.

Con el tiempo el rey cedió: el 11 de septiembre las tropas italianas invadieron los territorios pontificios. El día 20 asaltaron las murallas por Porta Pia y entraron en Roma, que de este modo se convirtió en la capital de Italia.

Garibaldi no aprobó la operación, aunque él mismo había marchado dos veces sobre Roma y había luchado por su liberación: juzgaba



que no era justo aprovecharse de las desgracias de otras personas. Una vez más demostraba su ingenuidad política, porque obviamente la actuación italiana se ajustaba al sentido común y a la lógica política. Los detractores de Garibaldi dijeron después que su silencio sobre el asunto se debió a que no le habían pedido su opinión. En cualquier caso, el general tenía en aquel momento problemas totalmente diferentes que afrontar.

Dos días después de la capitulación en Sedán, el 4 de septiembre de 1870, el pueblo de París había entrado en la Asamblea y había proclamado la Tercera República.

Garibaldi siempre había tenido una relación muy compleja con Francia; por un lado, no podía olvidar la República romana ni Mentana; por otro, era consciente de que Francia había dado a luz la Revolución de 1789, el hito histórico que había sido su fuente de inspiración. Y los republicanos franceses siempre le habían prestado su ayuda y apoyo. En cambio, había sentido desde siempre una profunda aversión hacia Napoleón III; cuando oyó hablar de la derrota del ejército francés comentó que Alemania le había hecho con ello un gran servicio a la humanidad. Pero entonces llegaron las noticias de que se había restablecido el gobierno republicano y que los alemanes avanzaban sobre la capital. Esto cambiaba el asunto: ya no había un tirano, y la integridad territorial de Francia era algo que había que defender. Impetuosamente, el 7 de septiembre envió un telegrama al Gobierno de Defensa Nacional francés: «Todo lo que queda de mí está a su disposición: utilízelo.»

No todo el mundo comprendió la actitud de Garibaldi, ni su distinción entre una Francia imperialista, que había invadido e intervenido en otras naciones, y una Francia republicana que luchaba por su propia libertad. *L'Opinione* escribió:

«El comportamiento del general Garibaldi es muy extravagante. No hace más de dos meses, cuando empezó esta guerra, escribió una carta pidiendo la victoria alemana, con la que pretendía, además, incitar a Niza a sublevarse, confiando arrebatarla a Francia. Y ahora está en Tours ofreciendo a este país el don de su habilidad y su fama.»

Tampoco lo entendieron todos los franceses; mucho más tarde, en 1882, el periódico *Le Grelot* publicó un dibujo en primera página con el comentario *La dernière pensée de Garibaldi*: se representaba al general defecando sobre Francia las palabras con que recibiera la derrota de Napoleón III. Ni tampoco le comprendieron todos sus compañeros de armas. Así pues, Garibaldi publicó el siguiente llamamiento:

«Ayer, yo pedía la guerra a muerte contra Bonaparte. Hoy digo: apoyemos a la República con todos los medios a nuestro alcance. Aunque soy un inválido, he ofrecido mis servicios al gobierno provisional en París, y confío que no me será imposible cumplir con mi deber. Sí, ciudadanos, debemos considerar como un sagrado deber el socorrer a nuestros hermanos en Francia. Nuestra meta, ciertamente, no será combatir a nuestros hermanos alemanes, los agentes de la Providencia que han arrojado al polvo la pesadilla de tiranía que oprimía el mundo. Debemos apoyar al único sistema que puede asegurar la paz y la prospe-

ridad entre las naciones. Repito: apoyaremos con toda nuestra fuerza a la República francesa, que, con las lecciones que nos diera en el pasado, siempre será uno de los grandes pilares de la regeneración humana.»

No obstante, muchos de los hombres de la «vieja guardia» no se sobrepusieron nunca a la amargura de las derrotas de Roma y Mentana; a pesar de ser republicanos convencidos, no pudieron animarse a luchar por Francia, y cuando se recibió la noticia de que Garibaldi se encontraba en Marsella, sólo unos pocos miles de italianos se animaron a unírsele.

Francia empezó a reclutar tropas para el general. El coronel Philippe Bourdon, un viejo camarada de los días de los Mil, fue a Caprera para escoltarle hasta París. Zarparon el 6 de octubre de 1870; la mitad de la flota italiana estaba presente, pero esta vez no hubo necesidad de eludir a los cañoneros por medio de subterfugios. El gobierno estaba realmente encantado de que Garibaldi se fuera tan lejos en busca de combate, sobre todo porque se llevaría con él a algunos de los más furibundos republicanos y socialistas que por aquel entonces se manifestaban por las calles en favor de los derechos de los trabajadores.

Desembarcó en Marsella la tarde del 7 de octubre y fue recibido como un héroe. Tan pronto como la ciudad supo que su barco, el *Ville de Paris*, había atracado, una inmensa multitud, entre la que se encontraban las autoridades municipales, bajó al muelle a recibirle. En respuesta al discurso del alcalde, Garibaldi dijo: «Esta es la segunda vez que vengo a Marsella. La primera había sido condenado a muerte por los opresores de mi país, y vosotros generosamente me disteis asilo. Ahora he venido a pagar mi deuda con Francia, a colaborar en la liberación de su territorio de las hordas prusianas y a alzar una vez más el glorioso estandarte de la República.»

No todo el mundo se deshizo en alabanzas. Isaac-Moïse Crémieux, secretario de Estado del Gobierno de Defensa Nacional, había dicho días atrás: «¡Ah, Garibaldi! Si pudiéramos traerle a París, ¡qué efecto produciría!» Pero en ese momento exclamó: «¡Sí que viene... Como si no tuviésemos bastantes problemas ya!» Ciertamente, algo de verdad había en lo que dijo: Garibaldi creaba problemas por donde iba, y los franceses no necesitaban ninguno más. Cada vez se hacía más concreta la posibilidad de una restauración bonapartista; la próxima revuelta de los comuneros estaba ya en el aire, y los prusianos se acercaban a París. Sin embargo, Garibaldi era ya un símbolo viviente, y los franceses lo acogieron con los brazos abiertos.

El viaje hasta Tours, donde el triunvirato (Crémieux, Alexandre-Oliver Bizoin y Clément Laurier) había establecido la sede del gobierno, fue triunfal. Pero no había tiempo que perder en fiestas: la situación era desesperada. Un periódico escribió: «Le estamos agradecidos al héroe de Marsala y Messina por haber ofrecido su temible espada al servicio de nuestra defensa nacional. Pero si quiere ganarse nuestra gratitud, debe ocupar su sitio sin más retrasos en el campo de batalla. Entonces sí tendrá nuestro aplauso y nuestras aclamaciones.» Pero, naturalmente, en cuanto se decidió a ocupar ese puesto en el campo de batalla, se



hizo patente que hasta en este caso de emergencia muchos franceses le temían a él más de lo que temían a los prusianos.

Garibaldi llegó a Tours el día 9 de octubre. El ministro del Interior, Léon Gambetta, le esperaba: había hecho el viaje desde París en globo aerostático. Agradeció a Garibaldi su generosa ayuda y le invitó a ir a Chambéry a tomar el mando de ¡trescientos voluntarios! Garibaldi se sintió mortalmente ofendido por tan ridícula oferta; le escribió a Gambetta una violenta carta, anunciándole que salía hacia Caprera al día siguiente. Muchos generales, que habían visto con muy poca ilusión la participación de Garibaldi desde el principio, se alegraron de su marcha; Gambetta, como muchos de sus colegas, era de la misma opinión, pero tenía mayor conocimiento de la situación que los otros y sabía que la reacción pública a la partida de Garibaldi sería muy negativa. No se podía descartar al general tan a la ligera; aún podía servir, como tantas veces hiciera en el pasado, como bandera en torno a la cual se agruparan numerosos voluntarios. Consecuentemente, el ministro envió a dos de sus secretarios para que rogasen a Garibaldi que no se fuera sin antes haberle visto. Estaba claro que no conocía el temperamento del general. «Si monsieur Gambetta desea verme —replicó—, puede venir mañana por la mañana temprano: tengo la intención de salir a las ocho.» La mañana siguiente, a las ocho, Gambetta estaba allí para nombrarle general del Ejército de los Vosgos.

El 13 de octubre Garibaldi salió de Tours con rumbo a Dôle, donde se le había ordenado establecer su cuartel general. Muy pronto pudo descubrir lo que era el Ejército de los Vosgos. Con la excepción de una brigada bien organizada de guardias móviles, estaba formado por una curiosa mezcla de unidades de fusileros que ostentaban nombres extravagantes: los *Franc-tireurs de la Mort*, los *Enfants Perdus*, los *Volontaires de la Mort et de la Revanche*, y otros similares. En cuanto a los uniformes, parecían una combinación de cantantes de ópera, dandis, militares y bandidos: ni en su momento más loco los garibaldinos se encontraron tan excéntricos. En sus filas había franceses, ingleses, españoles, griegos, italianos, montevideanos, argelinos y egipcios.

Aunque Francia los abandonaría a su suerte, estos nombres eran los representantes genuinos del pueblo francés, y encontraron a su líder natural en Garibaldi. Aunque no debemos exagerar la importancia de su contribución, también es cierto que fueron responsables de las únicas victorias francesas de 1870 y 1871.

Además de los mencionados grupos de extranjeros, unos dos mil italianos se apresuraron a acudir en defensa de la joven República. Se encargaron de reunirlos en Chambéry y en Aix-les-Bains dos veteranos de la expedición de los Mil: el teniente coronel Faustino Tanara y el mayor Filippo Erba. Como en el pasado, entre los voluntarios había una unidad de *carabinieri* genoveses con su elegante uniforme gris. Esta vez los había organizado Stefano Canzio; como siempre, formaron el cuerpo de elite del ejército de Garibaldi.

Canzio tendría un papel decisivo en esta campaña. Había servido bajo el mando del general cuando era un joven de veinte años en los

*Cacciatori delle Alpi*, y más tarde le siguió a Sicilia. Tras la campaña de los Mil se trasladó a Caprera; fue un íntimo colaborador del general y se casó con su hija Teresita.

Garibaldi dividió a las tropas en tres brigadas. La primera estaba comandada por el general Bossack-Hauke, y estaba compuesta por un regimiento de guardias móviles, un batallón de francotiradores una compañía inglesa y otra española a las órdenes de Antonio Orense Milá de Aragón. La segunda brigada estaba al mando del coronel Marie y después de Louis Delpèche, que había sido prefecto del departamento de Bouches-du-Rhône y que, antes de la llegada del general, había organizado un regimiento de voluntarios franceses. La tercera, bajo el mando de Menotti, comprendía a los guardias móviles, dos batallones de cazadores del Argonne italianos y otro de Niza.

Posteriormente, otros grupos que se unieron al Ejército de los Vosgos incluían a los exploradores de Gray, los guías de Farlatti —unidad de cazadores montados—, los guías de Garibaldi y otros. Entre las formaciones francesas regulares estaban los *Chasseurs d'Afrique* y la *Garde Nationale*.

El pueblo francés se preparó a hacer todos los sacrificios que fuesen necesarios y dieron su apoyo a los garibaldinos. No lo hicieron así las autoridades. Una de las principales dificultades de esta campaña fue que los «camisas rojas» tenían que encargarse no sólo de los alemanes sino también de los funcionarios locales, que en su mayor parte mostraban simpatías bonapartistas. El nuevo gobierno no había tenido tiempo de sustituir a los antiguos alcaldes y prefectos por republicanos probados y verdaderos. La mayoría de estos notables permanecían fieles al antiguo régimen, y sobre todo eran católicos extremistas que no ocultaban su antipatía hacia esos blasfemos «camisas rojas» y hacia su jefe, ese archiconocido enemigo de la Iglesia.

En algunas ciudades las autoridades manifestaron su hostilidad de forma muy clara. Por ejemplo, en Autun, M. Reyra, magistrado moji-gato de una estricta observancia bonapartista, declaró que el Ejército de los Vosgos era «una banda de vándalos, bandidos y rufianes, unas miserables hienas en busca de carroña, que estaban paralizando la defensa de Autun». Además les acusó de querer únicamente ascender, de vivir entre lujos y de hacer contrabando.

Exageraciones aparte, es probable que hubiera algo de verdad en lo que dijo. Como en las otras ocasiones, no hay duda de que algunos elementos sospechosos se habían infiltrado entre los garibaldinos. Sin embargo, la auténtica razón de la protesta del magistrado radicaba en que el general había alojado a sus hombres en conventos requisados y que, con su habitual falta de tacto, había comentado en esta ciudad clerical y bonapartista que Napoleón III era el «más estúpido de los tiranos».

Las relaciones con el gobierno central no eran mucho mejores que con las autoridades locales. Aquél no prestó mucha atención al suministro de armas y ropas; la falta de abrigo, sobre todo, fue muy penosa, ya que la temperatura bajó hasta los  $-18^{\circ}$  centígrados. Hasta la Navidad no recibieron un buen suministro de ropa, algunos buenos Reming-



tons y una batería de ametralladoras con veintisiete cañones, de calibre pesado, que fueron bautizados con los nombres de Garibaldi, Menotti, Ricciotti, Canzio, Ouvrière y Délivrance.

De hecho, los mismos franceses se tenían que contentar con pocos suministros. Cuando Garibaldi pidió algunos fusiles *chassepots*, el general Alexis Cambriels le respondió. «No tenemos ninguno en los arsenales; además, apenas tenemos munición para los nuestros.»

Las cosas se complicaron, ya que los servicios médicos en esta campaña dejaron mucho que desear, a pesar de los valientes esfuerzos de Timoteo Riboli, jefe del cuerpo médico, y de su ayudante, la siempre fiel Jessie White Mario. Riboli, de sesenta y un años de edad, era un famoso cirujano no sólo entre los círculos revolucionarios sino también en los teatrales: en realidad se le conocía como el «médico de las actrices».

Una dificultad aún mayor era que el mando francés, ya fuese por despecho o por indiferencia hacia los «camisas rojas», mantuvo al Estado Mayor de Garibaldi en la oscuridad sobre la situación general en el frente.

Por tanto, los garibaldinos tenían la clara sensación de ser utilizados, pero sin ser deseados ni queridos, lo que causó una gran tensión. Menotti, siempre frío y calmado, tuvo un choque con un subordinado que casi terminó en duelo. Hubo un momento en que todos los oficiales del Estado Mayor presentaron su dimisión basándose en presuntas irregularidades administrativas, que más tarde se vieron sin fundamento. El pobre Bourdon, jefe del Estado Mayor, hizo lo máximo que pudo por las tropas, pero como su tarea era servir de mensajero entre el ejército y los garibaldinos, siempre era el chivo expiatorio de la indignación de los comandantes.

Mientras, a pesar de todas las dificultades, continuó la preparación de los voluntarios, sobre todo bajo la supervisión de Canzio, Menotti y el coronel Cristiano Lobbia. El 1 de noviembre llegó Ricciotti: hasta ese momento había estado retenido por la policía italiana. Se encargó de la Cuarta Brigada, compuesta exclusivamente por francotiradores.

A principios de noviembre, las tropas francesas que defendían Dijon, a la izquierda de Garibaldi, fueron derrotadas por los alemanes que avanzaban y tuvieron que abandonar toda la ciudad. La pérdida de Dijon rompía seriamente la defensa de todo el sector: el camino a Lyon quedaba abierto para los alemanes, y si no se les detenía podrían atravesar en unos días la línea del Loira, tras la que se encontraba el general Charles Bourbaky, la última esperanza del gobierno republicano, que estaba ocupado en organizar un ejército.

Se ordenó a Garibaldi replegarse en Autun y defender a cualquier precio el macizo Morvan y las acerías de Le Creusot, que eran esenciales para la economía francesa. Se replegó según las órdenes recibidas, pero no se limitó a acciones defensivas. En todo el frente, de día y de noche, asaltaba a las patrullas alemanas que ocupaban los pueblos, o las atraía hacia emboscadas con incursiones y fintas. Era el tipo de guerrilla que los garibaldinos encontraban más adecuado; para los cuarenta mil soldados a las órdenes del general August Werder que habían hecho

retroceder a los franceses en el frente Dijon-Dôle-Besançon, por el contrario, representaba una seria amenaza.

El 20 de noviembre, en Châtillon-sur-Seine, la Cuarta Brigada de Ricciotti tomó por sorpresa a un cuerpo de infantería prusiana y lo puso fuera de combate, haciendo doscientos trece prisioneros. Luego, el general Werder, sobrestimando el tamaño de la unidad de Ricciotti, envió veinte mil hombres en su contra. Estas tropas formaban parte de la fuerza que ocupaba Dijon; esto, más el optimismo provocado por el éxito de Ricciotti le dio a Garibaldi la idea de lanzar un ataque sorpresa sobre Dijon. A sus tropas, que estaban ansiosas por luchar, les dijo: «Y bien, ¡a Dijon!» Fue un error: los alemanes aún les superaban cuatro a uno.

Atacaron la noche del 25 de noviembre. El combate continuó durante todo el día siguiente, pero los alemanes resistieron, y al final Garibaldi tuvo que ordenar la retirada a Autun. Los prusianos les persiguieron y atacaron la población el 1 de diciembre.

Garibaldi fue en coche (debido a su pie enfermo y al reuma) a animar a la artillería con su presencia: de todas las tropas, eran los más expuestos al fuego enemigo. Dos columnas prusianas tomaron Bligny y luego avanzaron sobre Autun; encontraron más resistencia en los francotiradores de la que habían esperado. Tras un denso intercambio de fuego artillero, una carga de los *carabinieri* genoveses, la legión de Tanara y los guardias móviles decidió el resultado de la acción: a las seis, los prusianos se retiraban. Los garibaldinos, que no deseaban repetir la escena de Dijon, pero a la inversa, no les persiguieron. Ambos lados habían sufrido severas pérdidas debido a la violencia de los ataques de bayoneta y a la precisión de la artillería. Sin embargo, los garibaldinos habían obtenido su primera victoria importante de la campaña.

Mientras tanto, a la derecha de las líneas garibaldinas, no muy lejos de Autun, el general Camille Cremer había reunido un ejército de quince mil hombres entre los restos del ejército regular y los guardias móviles. Este ejército, sin embargo, no estaba coordinado con el de los Vosgos; no participó en el ataque de Dijon ni en la defensa de Autun. Sin embargo, un día después de la retirada alemana se movió para ocupar Bligny, que había quedado abandonado. Dicho avance, tardío e inútil, enfureció al Estado Mayor de Garibaldi, pero éste aprovechó la oportunidad para descansar y cambiarse de ropa. Era muy raro conseguirlo en aquellos días.

La guerra franco-prusiana ya se estaba acercando a su fin. El ejército que el general Bourbaky había reunido, a toda prisa, en el Loira marchaba ya sobre Belfort. Los prusianos, para no ser rodeados, abandonaron Dijon. El 28 de diciembre Garibaldi recibió la orden de ocupar la ciudad y de defenderla a toda costa. Mientras tanto, Bourbaky fue derrotado varias veces y huyó a Suiza. Los garibaldinos, solos, se encontraron frente a un ejército de doscientos cincuenta mil hombres dirigidos por el príncipe Friedrich Karl von Hohenzollern. Los prusianos regresaban a Dijon, y desde allí pretendían invadir la región de Lyon.

Garibaldi se dio cuenta de la importancia estratégica de Dijon, y se preparó a defenderla con tenacidad. Llamó a todas las unidades desper-



digadas por el área al interior de la población, envió por todos los voluntarios que se hubieran alistado recientemente y que se encontraban en Lyon y reorganizó a sus propias tropas de manera que los recién llegados se incorporasen en la Quinta Brigada, dirigida por Canzio. También reorganizó a las tropas del general Philippe X. Péliissier, que se le habían asignado. Al final tenía una fuerza de cuarenta mil hombres; se encontró preparado para la batalla, que duraría tres días y que sería la última de su vida.

En el amanecer del día 21 de enero de 1871, en medio de una espesa niebla que entorpecería a los combatientes durante los tres días siguientes, el general prusiano Edwin H. K. von Manteuffel atacó la Primera Brigada, que constituía la primera línea de defensa. La unidad, sin comandante desde que Bossack-Hauke muriera en una emboscada, abandonó y se retiró a Daix.

Los prusianos atacaron la segunda línea entre Daix y Messigny (defendida por la brigada de Canzio y, en parte, por la de Ricciotti) y las alturas de Mont-Talant y Fontaine, donde estaba instalada la artillería garibaldina a las órdenes de Delpèche y Menotti.

La batalla transcurrió sobre todo entre Daix y Messigny, en una espesa niebla y bajo un denso fuego de artillería por ambas partes. Los oficiales del Estado Mayor estuvieron ocupados corriendo de un extremo del campo de batalla al otro y al cuartel general de Garibaldi, en lo alto de Mont-Talant, intentando mantener al general al corriente del desarrollo de esta lucha a ciegas.

Sobre las tres de la tarde todo iba a favor de los prusianos. Habían ocupado Daix y Messigny y estaban a punto de atacar a la legión de Tanara, que se encontraba al borde del agotamiento debido al bombardeo sufrido todo el día defendiendo las laderas de Mont-Talant. En aquel momento, Canzio atacó Daix con toda su brigada. Los primeros en atravesar fueron los españoles de Orense; luego siguieron los *carabinieri* genoveses, mientras que el escuadrón de *Chasseurs d'Afrique* cargaba contra la línea prusiana por la retaguardia. El ataque fue tan violento como inesperado; los prusianos no pudieron defenderse convenientemente y tuvieron que abandonar el pueblo. Al mismo tiempo, Ricciotti volvió a tomar Messigny.

El contraataque desconcertó a toda la línea prusiana; hacia las cuatro y media de la tarde, el rumbo de la batalla había cambiado. Los prusianos se replegaron y el combate de aquel primer día concluyó a favor del Ejército de los Vosgos.

A la mañana siguiente, los alemanes reanudaron el ataque. Su principal objetivo era la instalación de artillería de Mont-Talant. Avanzaron despacio y con cautela: la niebla era aún muy espesa y temían las emboscadas.

La ofensiva fue haciéndose cada vez más salvaje. A medio día los cañones prusianos estaban bombardeando las posiciones artilleras de Mont-Talant y Fontaine, que les respondían. Ambos lados disparaban más o menos al azar, ya que la visibilidad se reducía a unos cuarenta y cinco metros; luego, la niebla empezó a levantarse. Ya se podía apuntar

con mayor precisión y las dos artillerías entablaron una especie de duelo privado. El bombardeo se hizo más intenso.

La artillería prusiana estaba instalada en una loma frente a los garibaldinos. Varios regimientos de infantería estaban concentrados alrededor de ella. Garibaldi ordenó a la línea frontal que iniciase un ataque a bayoneta; los prusianos avanzaron para hacerles frente, pero tuvieron que retroceder de nuevo debido a los cañones de Mont-Talant. Los garibaldinos consiguieron así tomar la loma sin encontrar una resistencia directa.

Aroldi, testigo ocular, ha descrito la carga que tuvo lugar en la loma:

«Un zuavo con botas altas que se encontraba a la cabeza de toda la columna, incitaba con palabras y gestos a los indecisos *moblots*. En solitario, subió la loma hasta que llegó a un matorral tras el que se escondían unos prusianos. Lucharon cuerpo a cuerpo; algunos de los prusianos cayeron. Otros *moblots* llegaron al lugar y pusieron en fuga al resto de los prusianos. El zuavo y sus compañeros los persiguieron hasta la cima de la loma.»

Finalmente, los alemanes la abandonaron y los garibaldinos pudieron ocuparla. El combate del segundo día había durado dos horas, terminando también con la victoria del Ejército de los Vosgos.

En la noche del día 22 de enero, los prusianos concentraron sus fuerzas en la vecindad de Norges-la-Ville y Pouilly, en el camino de Langres, a las afueras de Porte Saint-Nicolas. Este era el punto más débil en el sistema de defensa de Dijon. Tras intentarlo dos veces, los alemanes no habían conseguido entrar en la ciudad por Porte Guillaume; esta vez preparaban un ataque sorpresa por el lado opuesto de la población.

Sin embargo, Garibaldi estaba preparado para este movimiento. Dejando a Menotti a cargo de las dos instalaciones en Mont-Talant y en Fontaine, hizo avanzar la brigada de Delpèche hasta un punto situado entre Saint-Apollinaire y Mirande, dos posiciones al sudeste de la ciudad. Dentro quedaron como reservas Ricciotti y Canzio.

Los alemanes, sin embargo, atacaron primero en el sector de Mont-Talant. Ocho batallones de los guardias móviles tuvieron que soportar la primera embestida; se defendieron en solitario durante una hora, hasta que Menotti los reforzó con tropas frescas. Los prusianos no consiguieron romper las líneas.

Pero las cosas eran algo más complicadas en el flanco izquierdo. También allí los guardias móviles soportaron la fase inicial del ataque; pero la presión fue en aumento y tuvieron que replegarse. A las dos y media de la tarde no había otros obstáculos al avance alemán hacia Porte Saint-Nicolas.

Garibaldi envió entonces a Ricciotti para que tomase la fábrica Bargy, una pequeña factoría a unos kilómetros de la ciudad. Le ordenó resistir, a cualquier precio: «Si la perdemos, perdemos también Dijon», manifestó a su hijo. Al mismo tiempo ordenó a Canzio que crease una segunda línea de defensa detrás y a la izquierda de la fábrica Bargy.

Canzio, con el batallón Isère y la compañía española, frustró un intento alemán de rodearlos. Los prusianos asaltaron la fábrica audazmen-



te y varias veces, pero sin resultados. Los francotiradores de Ricciotti disparaban desde las ventanas; Canzio les impedía avanzar más y al mismo tiempo reunió y reorganizó a los dispersos guardias móviles.

Al anoecer la batalla seguía indecisa. Una vez más Canzio resolvió el asunto. Recibió la orden de lanzar una carga a la bayoneta contra los prusianos, que aún seguían persiguiendo a algunas unidades de guardias móviles a su derecha. Canzio fue más allá y atacó el pueblo de Pouilly, que había sido tomado por los alemanes, ocupándolo. De nuevo las fuerzas enemigas quedaron desconcertadas. Entonces Ricciotti avanzó con las reorganizadas Primera y Segunda Brigadas. Con un último y supremo esfuerzo derrotaron a los alemanes, que abandonaron definitivamente Dijon, dejando abandonados en el campo (lo que posiblemente sea un caso único) a sus muertos y heridos y el banderín del Sexagésimo Primer Regimiento de Pomerania, el adversario directo de Ricciotti.

El 30 de enero llegó a Dijon la noticia de que se había firmado un armisticio con los alemanes. Sin embargo, cuando a la mañana siguiente una delegación encabezada por Bourdon fue al campo alemán a discutir el emplazamiento de los puestos avanzados, se le comunicó que los departamentos de Côte-d'Or, Jura y Doubs (es decir, los territorios controlados por los garibaldinos) no estaban incluidos en el mismo.

De vuelta a Dijon, nadie podía creer a Bourdon; parecía imposible que el gobierno hubiese firmado un armisticio que no se aplicara al frente defendido por el Ejército de los Vosgos y sin siquiera consultar a Garibaldi. El general envió un telegrama al gobierno; por la noche recibió la respuesta, explicando que este ejército se había quedado fuera «debido a un error».

Lo que realmente ocurrió sigue siendo un misterio. Es posible que el gobierno de Berlín deseara terminar la campaña con la derrota del Ejército de los Vosgos. Bismarck había dicho: «¡Quiero ponerle las manos encima a Garibaldi! Quiero verle marchar por las calles de Berlín, con un cartel que diga: "¡He aquí la gratitud italiana!"» También es posible que los generales alemanes quisieran satisfacer al canciller, y que el gobierno francés, incapaz de hacerles frente, aceptase la cláusula. Pero como Arnoli escribió: «Por mucho que uno se afane buscando una excusa para el gobierno francés, no se puede evitar llegar a la conclusión de que engañaron a Garibaldi y a su pobre ejército de la forma más despreciable.»

Para confirmar tan lamentable estado de cosas, los alemanes atacaron Mirande, al este de Dijon, y comenzaron a concentrar las tropas cerca de la ciudad, preparándose para una batalla de castigo.

Garibaldi, sin embargo, ya había decidido retirarse. Abandonó Dijon a las siete de la madrugada el 31 de enero y se dirigió hacia Chagny. Fue una marcha larga y tensa; sabían que si los alemanes les atacaban en masa, serían con toda seguridad aniquilados. Garibaldi marchaba en absoluto silencio a la cabeza de sus tropas; no pronunció ni una palabra de recriminación cuando atravesaron la red de las líneas prusianas. Consiguió llevarles a lugar seguro; tenía sesenta y cuatro años y era una ruina física, pero durante la retirada no perdió ni un solo hombre.



Museo del Risorgimento, Milán

Garibaldi en la isla de Caprera.



«El 13 de febrero —cuenta Arnoldi—, estábamos cenando Canzio, Bayard, Orense, Canessa y yo. Seis jóvenes de los *mobilisés* entraron en el comedor y se sentaron en la mesa de enfrente. Parece que uno de ellos dijo algunas palabras irónicas a nuestras expensas, debido a los uniformes que llevábamos. Ninguno de nosotros se dio cuenta, excepto el comandante Bayard, quien, como francés, comprendió toda la conversación. Estuvieron a punto de batirse en duelo, pero afortunadamente acabaron limándose las asperezas.»

Este no fue un incidente aislado. A pesar del afecto de la población, empezó a extenderse el odio y el desprecio por los garibaldinos entre las tropas francesas; las riñas eran frecuentes y los contendientes eran afortunados si salían de las mismas sólo un ojo morado. La única explicación es que muchos antiguos bonapartistas se vestían con los colores republicanos sin haber cambiado realmente sus simpatías.

Garibaldi fue elegido diputado por seis departamentos diferentes; dejando a sus tropas al mando de Menotti, se trasladó a Burdeos, en aquel momento la sede provisional del gobierno, donde fue recibido por manifestaciones populares de entusiasmo.

El 13 de febrero, a las dos de la tarde, Garibaldi entró en el Parlamento, que estaba reunido en el Grand Théâtre de la población. Acababa de dimitir como general, y en aquel momento, antes de finalizar la sesión, el presidente leía su carta de dimisión como diputado: «... Como último deber a la República he venido a Burdeos, donde están reunidos los representantes de la nación. Pero debo renunciar al honor para el cual he sido elegido.» No obstante, cuando se levantó la sesión, Garibaldi se puso en pie y pidió la palabra. Como siempre, vestía la camisa roja y el sombrero gaucho, con el inevitable poncho sobre los hombros. «¡Quítate el sombrero!», gritó un diputado de la derecha, y con esto se desató el pandemonio. La izquierda se puso en pie defendiendo a Garibaldi; la derecha, considerando que el hecho de pedir la palabra y su manera de vestir eran provocaciones, gritaba insultos y acusaciones. El presidente de la Asamblea, el conde Benoit d'Azy, se irritó ante este furor; le preguntó a Garibaldi qué es lo que quería decir, puesto que la sesión ya se había levantado. No llegó a comprender que el general estaba pidiendo permiso oficial para hablar.

Adolphe Thiers gritó: «¡Esto es una tontería!» «Esta "tontería" es Garibaldi, y es mucho más digno que todos vosotros», gritó alguien desde los palcos. La confusión aumentó. Garibaldi nunca consiguió hablar. Su sola presencia en público, como siempre, bastaba para abrir un abismo entre los políticos y el pueblo: los ciudadanos encontraban de pronto valor para decir su opinión, algo que de otra forma raras veces ocurría. Cuando salió del teatro, le rodeó una enorme muchedumbre que le imploraba que se quedase. Garibaldi se mantuvo silencioso. Partió hacia Marsella, y de allí hacia Caprera.

Sólo una voz con autoridad se alzó en su favor, la de Victor Hugo: «Hace tres semanas os negasteis a escuchar a Garibaldi. Hoy os negáis a escucharme a mí. Me iré y hablaré desde muy lejos de aquí.» Abandonó Francia en un exilio voluntario.

Todos los voluntarios fueron desmovilizados el 1 de marzo; ya podían volver a sus casas.

Ciertamente no es verdad, como algunos historiadores muy parciales han dicho, que los garibaldinos salvaran a Francia o que Garibaldi fuera mejor estratega que Von Moltke. Pero tampoco hay duda alguna de que sin el Ejército de los Vosgos Francia hubiera sufrido una derrota aún peor.

«El Gobierno de Defensa Nacional falló a Garibaldi, así como a sus propios intereses. Pero no se debe olvidar la situación en que se encontraba y los enemigos a los que tenía que hacer frente. De éstos, tal vez los prusianos fueran los menos temibles». Ciertamente, Francia viviría muy pronto una tragedia aún mayor, que al mismo tiempo la situaría de nuevo a la vanguardia de la historia humana.

Garibaldi regresó a Caprera el 16 de febrero de 1871. La campaña francesa, la última en que participaría, había durado ciento treinta días.

En los años que le quedaban, los conflictos políticos cedieron paso a la lucha diaria, cada vez más urgente, contra las miserias de la existencia humana. La pierna le dolía cada vez más y pronto se vio obligado a utilizar muletas. Pero esto apenas le molestaba; lo que le atormentaba era una carta que le envió, mientras todavía estaba en Francia, Francesca Armosino, mujer con la que vivía desde hacía cinco años, comunicándole la muerte de su hija pequeña, Rosa.

Tras la muerte de Anita había habido una larga serie de mujeres en la vida del general, que caían rendidas a sus pies no tanto debido a su fama como por su voz de tenor, su compostura varonil, los modales gentiles, los ojos azules y el cabello rubio.

En 1855, Battistina Ravello fue a trabajar para él como doméstica en Caprera. Era una chica torpe, hija de un marinero, que sólo presentaba un punto a su favor: tenía dieciocho años de edad. Garibaldi la sedujo; no le hubiera importado casarse con ella, pero su familia se opuso totalmente a la idea. Nació una hija de la unión, una pobre criatura abandonada por la madre (a quien se envió lejos de la isla) y olvidada por el padre. La siguiente amante de Garibaldi, Speranza, se encargó de su crianza, pero la niña murió de corta edad.

Battistina fue pronto olvidada cuando Garibaldi se enamoró de Speranza, que resultó lo suficientemente inteligente para negarle su mano: se daba cuenta de que sus arrebatos amorosos no duraban mucho. Casados ambos hubieran sido seguramente muy desdichados, mientras que así, la aventura se convirtió en una amistad sincera y duradera.

Durante la campaña de 1859 Garibaldi conoció a la condesa Raimondi. Al igual que Battistina, sólo tenía dieciocho años; pero ya poseía un pasado considerable, incluyendo una aventura con Luigi Caroli (que seguiría a Nullo a Polonia y moriría en una prisión siberiana), de quien estaba embarazada cuando Garibaldi se casó con ella. El día de la boda alguien pasó una nota anónima a Garibaldi en el momento en que abandonaban la iglesia. Le comunicaba el estado de su esposa, y el matrimonio terminó a los cinco minutos de celebrado. La historia se prolongaría durante años, con momentos muy incómodos para ambos, en es-



pecial cuando Garibaldi solicitó el divorcio: naturalmente, la prensa publicó todos los detalles escandalosos que pudo conseguir. Fue una prueba amarga y humillante para ambos.

Francesca Armosino, muchacha campesina de Asti, llegó a Caprera a principios de 1866 para criar al tercer retoño de Teresita (la hija de Garibaldi tendría catorce hijos en total). Carecía de atractivos y era hija ilegítima de dudosa paternidad. Sin embargo, despertó los apetitos del general, y de la unión nacería una hija, Clelia, el 16 de febrero de 1867; después llegarían Rosa y Manlio, nacido el 23 de abril de 1873. Cuando éste vino al mundo Garibaldi tenía sesenta y seis años. En esta ocasión escribió a Speranza: «Ya es hora de que pare, ¿no crees? Me estoy haciendo cada día más viejo.»

Lo cual era cruelmente obvio: había días en que no podía levantarse de la cama debido a los lacerantes dolores de huesos. Pero nunca dejó de tomar su baño. El ritual consistía en provocarse un saludable sudor sentado dentro de una gran caja cerrada y calentada con fuego; después, Francesca le arrojaba un cubo de agua fría, le secaba con un vigoroso masaje y le volvía a meter en la cama. El tratamiento no estaba prescrito por los doctores, ya que nunca los consultaba, pero tenía la convicción de que el agua fría poseía poderes terapéuticos. Aconsejó a Teresita el mismo régimen para los niños: «Acostúmbrales a un baño frío por las mañanas. Serán mucho más guapos, más sanos y más fuertes.»

Cuando se tenía que quedar en la cama, pasaba el tiempo escribiendo. Le habían regalado un tablero de escribir ajustable, con un artilugio que mantenía los papeles en su sitio.

Los días en que el reuma era menos doloroso, se levantaba temprano y, si el tiempo era bueno, ensillaba a la yegua «Marsala», que también era vieja y decrepita, y daba una vuelta por la isla. Cuando la yegua murió (tal vez debido a los remedios, confeccionados con vino de Marsala, con los que el general intentaba curarla) la lloró mucho y se resignó a ir a pie.

Siempre vestía la camisa roja y el poncho. Se hacía los pantalones él mismo, en tanto sus dedos artríticos se lo permitieron; no tenían botones, ya que nunca aprendió a coser ojales, y se ataban con lazos.

A pesar de la edad y de sus males no cambió su dieta: le gustaban las aceitunas con sal, un tomate abierto con aceite de oliva, albahaca y anchoas y medio vaso de vino con agua. Sólo se permitía algún exceso cuando era época de habas. Comía poca carne, pero cuando le apetecía la cocinaba a la manera de América del Sur, colocándola sobre los carbones y comiéndola tira a tira mientras se asaba.

En la vejez, Garibaldi empezó a mostrar signos de avaricia. Llegó incluso a supervisar la preparación de la ensalada, para que el precioso aceite no se malgastase, y dejó de tomar azúcar en su casa, que sustituyó por miel de sus propias colmenas. No hay duda de que aprendió todas estas precauciones de Francesca Armosino, que siempre le decía que el hambre estaba a la vuelta de la esquina y que esperaba así persuadirle de que aceptase la Donación Nacional que se le había ofrecido

y que siempre rechazaba. Naturalmente no era verdad; Francesca dirigía un próspero negocio de venta de ganado y vino de la isla, e invertía lo obtenido en fincas que adquiría en su provincia.

Francesca no fue la arpía que algunos historiadores han dicho. Cuidó de Garibaldi con amor y llenó los últimos años de su vida con un calor de hogar que seguramente le habría faltado sin ella; le bañaba, le mimaba, le cortaba el cabello. Por otro lado, mantuvo un ojo de águila sobre todas sus pertenencias, e incluso, según parece, traficó con ellas; ciertamente conocía el valor en el mercado de un bucle del cabello de Garibaldi. Su avidez puede explicarse por sus antecedentes campesinos: esta mujer conocía el hambre en su propia carne.

En cualquier caso, su mentalidad era muy diferente de la de los garibaldinos. Cuando se convirtió en ama de Caprera, fue librándose gradualmente de las personas que no le gustaban, sobre todo de las que le recordaban la diferencia cultural existente entre ella y Garibaldi. Muy pronto, los hijos y nietos del general empezaron a marcharse, y su puesto era ocupado por parientes de Francesca. Antes, la casa de Caprera había estado abierta a todo el mundo, se oían lenguas y dialectos de todas las naciones y allí se pasaba el tiempo tirando al blanco y en medio de discusiones políticas; luego, sólo se hablaba el pesado dialecto piomontés, siendo los únicos temas de conversación el dinero y la dichosa Donación Nacional. Estos cambios hicieron sufrir a Garibaldi, pero no hizo nada para impedirlos. El intrépido guerrero necesitaba tanto la paz doméstica que estaba dispuesto a hacer todo tipo de sacrificios para preservarla.

La Donación Nacional, así llamada para no herir la sensibilidad del general, era sencillamente una anualidad de cincuenta mil liras que el Estado había decidido otorgarle después de que la prensa airease el tema de la pobreza de Garibaldi. Siempre la había rechazado, diciendo que no quería ser prisionero del gobierno. Francesca le había persuadido para que vendiese el yate que unos admiradores ingleses le habían regalado. Obtuvo ochenta mil liras por la venta, pero, tan confiado como siempre, entregó el dinero a un antiguo camarada, Antonio Bo, que desapareció con él, marchándose a América. Entonces obtuvo una hipoteca sobre la isla en el Banco de Nápoles, momento en que la prensa empezó a interesarse por sus finanzas.

Con el tiempo, Francesca se salió con la suya en el tema de la anualidad. Garibaldi se sintió humillado, pero en cualquier caso muy poco dinero llegó a sus bolsillos: Veinte mil liras fueron para Menotti, que le salvaron de la bancarrota; cinco mil para Ricciotti, cuatro mil para Teresita, dos mil (a cada uno) para Francesca, Clelia y Manlio, diez mil para una póliza de seguros de la que los dos hijos jóvenes eran los beneficiarios, y las restantes cinco mil para pagar las deudas de Ricciotti.

Teniéndose en cuenta cómo se empleó el dinero, se puede sospechar que fueron los hijos, así como Francesca, quienes le convencieron para aceptar la humillación. De hecho, Menotti había entrado en el negocio de la construcción, pero fracasó debido a la falta de experiencia. Ricciotti se dedicó a frecuentar las altas esferas: vivía en Londres, por



encima de sus posibilidades y escandalizó a los compañeros de armas de su padre vendiendo la Estrella de Arturo, condecoración concedida a Garibaldi por la expedición de los Mil. La espada y otras reliquias de su padre corrieron la misma suerte, y se metió en dudosos negocios comerciales hasta que fue arrestado, aunque oficialmente se dijera que había sido por motivos políticos.

Garibaldi buscó consuelo a todas estas penas en la escritura. Era una vieja manía suya, pero le gustaba decir que lo hacía para «ganarse el pan honradamente». Su primera obra fue *Clelia*, novela histórica de setenta y seis capítulos con apéndice y epílogo. Estaba basada en los hechos de Monterotondo y Mentana, y llena de personajes históricos, buenos y malos, presentados en blanco y negro, con muy poco gris. Su anticlericalismo era ya feroz, y naturalmente todos los personajes malos estaban relacionados con la Iglesia de una u otra forma. La novela era una absurda mezcla de hechos reales y ficticios, y un medio muy apropiado para insultar a todos los que el general consideraba responsables por la derrota en Mentana: los franceses, los mazzinianos, los moderados y, naturalmente, el clero.

Conseguir su publicación no fue fácil. Hasta los editores que deseaban explotar el nombre de Garibaldi lo rechazaban en cuanto leían el manuscrito. Al final lo publicó una casa inglesa, traducéndolo como *The Rule of the Monk*. Luego siguió el ejemplo un editor italiano, pero el libro fue muy mal recibido en ambos países.

El aspirante a escritor no se desanimó así como así; muy pronto había producido dos volúmenes más: *Los voluntarios Cantoni* y *Los Mil*. Esta vez los amigos montaron una gran campaña publicitaria y apoyaron la publicación de *Los Mil* con una suscripción pública. Garibaldi se embolsó la bonita cantidad de 10.380 liras por derechos de autor; nunca supo que de las doce mil seiscientos cuarenta personas a las que se abordó como suscriptores potenciales, más de ocho mil no habían respondido a la oferta. Como *Clelia*, *Los Mil* era una novela histórica que tenía muy poco que ver con los hechos reales que se suponía estaba relatando. En resumen, Garibaldi hubiese hecho mejor en no publicar los libros; sólo consiguieron manchar su reputación.

El 14 de enero de 1880, el divorcio de la condesa Raimondi fue definitivo y pudo regularizar la posición de Francesca y sus hijos. El día 26, Giuseppe Garibaldi, granjero, y Francesca Armosino, ama de casa se casaron ante el alcalde de La Maddalena. Todo el mundo estaba allí: Menotti y su esposa, Italia; Teresita con su marido, Canzio, y una gran prole de nietos. Sólo faltaba Ricciotti. Sentado en el carruaje, una vez finalizada la ceremonia, Garibaldi se sintió emocionado y lloró.

La prensa hizo mucho ruido en torno a este hecho, y naturalmente no perdió la oportunidad de desenterrar las viejas historias sobre la condesa Raimondi. Pero también la condesa se había vuelto a casar; el drama había acabado, y aquella nota anónima, con toda la verdad o falsedad que contuviese, había cesado por fin de hacer daño.

Aquel año declinó la salud del general. Permanecía confinado en la cama, en la misma habitación en la que moriría. En la actualidad, dicha

habitación se ha convertido en una especie de santuario. Merece la pena recordar, por su valor humano, un episodio que la signora Garibaldi relató al periodista Ugo Ojetti, años después.

«¿Cuándo le cambié a la habitación donde murió? Fue en 1880, para su cumpleaños, el 4 de julio. En abril mi marido había tenido un terrible ataque de reuma; dos doctores me dijeron que tendría problemas durante tres meses, hasta la llegada del tiempo cálido. Él se quejaba de que no podía ver el mar desde nuestra cama; sin el mar se ahogaba. Así que pensé en prepararle la habitación del final, la habitación que usted acaba de ver... Pero quería darle una sorpresa. Había que rebajar la roca de fuera, y en un espacio de tres meses; afortunadamente encontré dos canteros que trabajaban al otro lado de La Maddalena, en Cala Francese. Y traje dos albañiles, Agostino y Ricardo, de Livorno. Se lo planteé claramente: "Os pagaré lo que me pidáis —les dije— si acabáis el trabajo para el 4 de julio; si no, no recibiréis ni un centavo." Hice que el acuerdo se pusiese por escrito. Le oculté todo el asunto a mi marido; sólo le conté que estaba agrandando la puerta de aquí detrás, por si alguna vez queríamos sacar su cama afuera. "Eso costará mucho", dijo. "¡No!", le contesté. "Como quieras, Francesca —me dijo finalmente—, pero procura que hagan un buen trabajo." Podía oír los martillazos sobre la piedra desde su cama. "¿Sólo están agrandando la puerta? Llevan demasiado tiempo, ¡ten cuidado! Eso va a costar un montón de dinero.»

»Traje una cama de hierro desde Livorno, ya la ha visto, con un mosquitero y un bonito candelero, sillas nuevas y un sillón. También pedí algunas macetas de gardenias, era su flor favorita y por aquí no crecen. Y unos pescadores de La Maddalena habían formado una banda musical: vinieron a preguntarme si podía hacer director a Manlio y si les podía dar una bandera. Les podía hacer una tricolor, pero sin el escudo de armas: eso ya era muy difícil. Además de la bandera tricolor para la banda, cosí otras para decorar la habitación. Luego llegó el 4 de julio. "Ahora déjame hacer a mí", le dije a mi marido. Le vestí, le arreglé y le senté en la silla de ruedas. Lo hice yo sola, naturalmente. Yo era fuerte, ¿sabe?, y desde el momento en que nos conocimos nadie más tocó nunca a mi marido. Le levantaba yo misma, le cambiaba, le ponía en el baño, le metía en la cama, empujaba la silla de ruedas.

»Fui de espaldas, empujando la silla de ruedas; podía ver lo feliz que era. Cruzamos al comedor, donde está el libro de visitas, y luego la otra habitación, el salón. Abrí la puerta de la nueva habitación con el hombro; estaba llena de sol, se lo puede imaginar, era julio y las ventanas estaban abiertas; ahora siempre están cerradas por las coronas. Por un minuto contuvo el aliento; miró la cama, las ventanas, la puerta, el candelero, las banderas, las gardenias en flor. Luego, a una señal de Manlio, la banda de La Maddalena empezó a tocar el himno. Y mi marido rompió a llorar, y me besó las manos, e hizo que me inclinara para besarme la cara, y luego besó a los niños y lloró. Repetía: "¡Dad las gracias a vuestra mamá, dad las gracias a vuestra mamá!" Me llevó un cuarto de hora calmarle.»



El 1 de junio de 1882, el doctor Cappelletti, médico del barco *Cariddi*, anclado a la altura de La Maddalena, recibió un mensaje urgente para que fuera a Caprera. El general no podía respirar debido a una congestión bronquial.

Menotti y Francesca se encontraban junto a su cama. Al poco se le paralizó la garganta. El estertor de muerte ya había comenzado, aunque se hallaba completamente consciente. Pasó la noche y el día siguiente mirando por la ventana que Francesca había construido para él. Por la tarde dos mirlos llegaron y se posaron en el alféizar de la ventana. «Quizá son las almas de mis niñas», murmuró. Luego preguntó el paradero de Manlio y la hora, pero no oyó la respuesta. Eran las seis y media de la tarde del 2 de junio de 1882. El jefe carismático había muerto. Los historiadores oficiales empezaron a manipular los hechos al instante, y el mundo de Garibaldi fue sepultado bajo monumentos, guirnaldas de bronce y placas de mármol. Sólo dos reliquias realmente humanas quedan: el calendario, ya amarillento por el tiempo, abierto en junio, y el prefacio que escribiera a la última versión de sus memorias.

«La mía ha sido una vida tempestuosa, en la que ha tenido cabida (como en la de todo el mundo, supongo) tanto el bien como el mal. Puedo decir que siempre he deseado el bien, para mí y para mis semejantes. Si en alguna ocasión he hecho el mal, fue involuntariamente.»

## 9. La tercera generación

La ausencia del general y su forzada ociosidad en Caprera no disminuyeron el entusiasmo de sus seguidores ni redujeron el deseo de participar en las luchas por la independencia, aunque pasarían muchos años antes de que se volviera a considerar a los garibaldinos como una gran fuerza.

Al final de la campaña francesa algunos garibaldinos fueron a París, donde la Comuna era la causa por la que luchar. Otros regresaron a sus países de origen y se lanzaron a la lucha política por los derechos de las clases trabajadoras.

En 1874, los encontramos en España, adonde habían acudido en defensa de la recién nacida República. Habían formado una legión de unos cien hombres, bajo el mando de Antonio Orense Milá de Aragón, oficial español que había pertenecido al Estado Mayor garibaldino en la campaña francesa de 1870. Su contribución fue muy limitada, en parte por su reducido número, pero también porque la misma campaña fue muy corta: en esta confrontación entre republicanos, carlistas y cantonalistas, la monarquía borbónica salió ganando ante la sorpresa de todo el mundo. O, como se decía en aquella época en Madrid: «¡Los republicanos mataron la República!»

A la muerte de Garibaldi, la mayoría de la gente creyó que el movimiento de los «camisas rojas» había muerto con él. Pero los garibaldinos más jóvenes, que sólo habían luchado en 1867 y 1870, querían emular a sus predecesores, y además sentían que el mundo aún les necesitaba.

Esta fue la «tercera generación» garibaldina. La prensa creía que no merecían tanta atención como sus predecesores; ciertamente el papel que desempeñaron en la historia es menos importante, pero el idealismo seguía la vieja tradición y no fue menos auténtico por falta de publicidad.

El jefe de esta tercera generación fue un hombre cuyas aspiraciones eran similares a las de ellos: Ricciotti Garibaldi, el tercer hijo del general y el más belicoso, nacido en Montevideo el 4 de febrero de 1847. No fue un gran estratega como su padre; no ganó ninguna gran batalla, ni cambió el destino de las naciones (la historia nunca le ofreció una oportunidad). Pero era un gran comandante; siempre que emprendió una campaña supo hacer frente de forma eficiente a todos los problemas que se presentaron; y ciertamente su tacto político era superior al de su padre.



Ricciotti adquirió su primera experiencia militar en Bezzeca en 1866 como guía montado de Missori, dando prueba desde el primer momento de su capacidad de mando y su segura intuición militar. Su padre le había enviado con un mensaje a otro comandante; de regreso, vio caer al abanderado del Noveno Regimiento. Las tropas quedaron por un momento confusas. Comprendiendo la importancia de la bandera para la orientación y la moral de las tropas, Ricciotti se apresuró a recogerla y dirigió el contraataque.

El año siguiente fue a Grecia, pero su presencia fue puramente simbólica; la paz llegó antes de que él entrara en acción. Regresó a Italia a tiempo de ayudar a su padre en la desastrosa campaña romana de 1867. En 1870, tras un intento fracasado de rebelión en el sur de Italia, fue a Francia y se distinguió como comandante de la Cuarta Brigada.

Ricciotti siempre fue generoso con sus enemigos: respetaba su capacidad y buena fe. En la campaña de 1867 consiguió que un sacerdote asistiera a los prisioneros del ejército del papa heridos, ofreciendo su garantía personal de que no se molestaría al sacerdote, cosa que no fue nada fácil, teniendo en cuenta el rabioso anticlericalismo de los garibaldinos en aquel momento.

Los Balcanes, y sobre todo Grecia, constituyeron el punto que puso a prueba la capacidad de mando de Ricciotti. La península Balcánica, casi toda ella dominada por los turcos, de siempre había supuesto un «problema» para los liberales europeos. Se llamaba al Imperio otomano el «enfermo de Europa», pero tenía mejor salud de lo que se creía: era muy capaz de suprimir con gran rapidez toda rebelión dentro de sus fronteras.

Los rusos y los austríacos habían puesto los ojos en la península Balcánica como hicieran los liberales, pero el objetivo de aquéllos era sustituir a Turquía como poder dominante en el área. Durante la segunda mitad del siglo XIX, interfirieron de forma activa en los asuntos políticos de los diferentes y recientes Estados balcánicos y también ocuparon algunos pequeños territorios.

Pero los revolucionarios no abandonaron la lucha, y la «independencia de los Balcanes» se convirtió en una de las grandes causas. En junio de 1862, Garibaldi escribió un mensaje para los esclavos: «¡Uníos y formad y un solo pueblo! Olvidad vuestros odios, discordias, prejuicios religiosos y raciales. Dejad que el pensamiento de la venganza y la libertad os una.»

Sin embargo, el deseo de la libertad no pareció cuajar entre la gente, y todos los intentos de rebelión se redujeron a estériles luchas de guerrillas. Los garibaldinos, no obstante, no dejaron de ofrecer su apoyo.

Cuando en 1875 Bosnia-Herzegovina se rebeló contra los turcos, la rebelión se extendió rápidamente a las provincias adyacentes y un grupo de «camisas rojas» dirigido por el veterano Celso Cerretti se puso a disposición del jefe rebelde Mico Liubitravic. Pero la rebelión fue un fracaso. En 1878 los austríacos arrebataron ese territorio a Turquía, y el movimiento de independencia tuvo que empezar de nuevo desde el principio.

Cuando se enteró de la invasión, Garibaldi lanzó un llamamiento a los soldados austríacos: «¡Id a las colinas! No vayáis contra vuestros heroicos hermanos de Herzegovina, que libraron a Europa de un terrible imperio.» Pero fue en vano. Unos cuantos soldados austríacos desertaron, pero no los suficientes como para alterar el resultado de la invasión.

Después de esto, la causa de la independencia balcánica sólo la promovieron unos cuantos folletistas, y éstos no consiguieron prevalecer sobre los intereses y el miedo de otras naciones europeas. No se hizo nada a pesar de las advertencias proféticas de que, si no se daba la independencia a los Balcanes, podía provocarse una situación muy explosiva con serias implicaciones para todo el continente. Ciertamente, los problemas sin resolver del «barril de pólvora balcánico» tuvieron trágicas consecuencias, años después, para el mundo entero.

La participación de los garibaldinos en Grecia fue más sustancial y significativa. Empezó poco después de la expedición de los Mil, cuando un hombre llamado Zuccoli, que había luchado con Garibaldi en Sicilia a la cabeza de los voluntarios griegos y albanos, marchó a Creta, que en aquel momento se rebelaba contra el dominio turco.

En 1821, Grecia se había alzado para expulsar la secular ocupación otomana. Los portavoces de las aspiraciones de los rebeldes fueron Pierre-Jean Béranger y George Gordon, lord Byron (que moriría en el asedio de Missolonghi, en abril de 1824). Gracias a la influencia de estos poetas, aparecieron comités panhelénicos por toda Europa, cuyos propósitos eran promover la causa griega de todas las formas posibles. Muchos exiliados liberales fueron también a Grecia tras el fracaso de los alzamientos constitucionalistas de 1821.

Pero el apoyo de estos voluntarios no era suficiente. La opinión internacional se escandalizó tanto ante la crueldad de la represión turca, que las grandes potencias tuvieron que intervenir. Las flotas británica, francesa y rusa derrotaron a la turca en Pilos en 1827; el sultán pidió la paz, y se firmó un tratado en Adriópolis en 1828.

En el Protocolo de Londres (1830) se reconoció que Grecia era una nación independiente; pero buena parte del territorio griego, incluido Epiro, Macedonia, Creta y la mayor parte de las islas del Egeo, permanecieron en manos turcas. Los habitantes de estas áreas, de lengua y cultura griegas, aspiraban, naturalmente, a la independencia y durante décadas existió un estado de guerra no declarado entre Grecia y Turquía.

En 1866 la revuelta estalló en Creta. Cerca de dos mil garibaldinos, veteranos de la recién terminada Tercera Guerra de la Independencia, se apresuraron a ir a Atenas. Partieron de varios puertos del Adriático y se reunieron en Siros. Parte de ellos salieron de inmediato a bordo de dos vapores: el *Panhellenion*, capitaneado por un tal Orlof, y el *Idra*, al mando del capitán Correntini, italiano que vivía en Galaxidion.

En contra de todas las previsiones, este primer núcleo fue mezclado con diversas formaciones cretenses dirigidas por Lambrakakis Bisanzios y por el coronel Coroneos. Tan sólo un grupo permaneció intacto: su comandante, Luciano Mereu, era un brillante oficial garibaldino que ya se había distinguido en las guerras del *Risorgimento* italiano.



La campaña cretense fue un total desastre, en parte debido a las rivalidades existentes entre los jefes griegos y a su ineficacia, y en parte a la superioridad turca en número y armamento. Por último, y como Garibaldi señalara apropiadamente, porque el conflicto turco-griego apenas se podía resolver en una isla que era demasiado pequeña para grandes maniobras; tendría que solucionarse en el continente, y cuando eso ocurriera seguramente todos los Balcanes se alzarían en armas contra Turquía.

Los garibaldinos no consiguieron convencer a los griegos de este punto de vista. En cualquier caso, eran demasiado pocos para garantizar un apoyo adecuado en el caso de una guerra a gran escala con Turquía. La incertidumbre de la situación, sin embargo, era una de las razones para la escasez de voluntarios. Oficialmente no se había declarado la guerra y los griegos, comprensiblemente, no deseaban hacerlo, ya que eran inferiores en número; pero al no declarar la guerra, alejaron a muchos posibles voluntarios que no deseaban hacer un viaje en vano.

De hecho, los garibaldinos fueron recibidos con hostilidad por muchos guerrilleros cretenses: las camisas rojas les recordaban las solapas y pantalones rojos utilizados por muchas unidades turcas. Costó muchas discusiones convencerles de que ¡los garibaldinos no eran turcos!

Los encuentros en Creta consistieron en inútiles ataques a fortalezas y en emboscadas en las montañas que hoy eufemísticamente se llaman batallas. Las presentamos aquí para completar el relato. Alikambo (28 de octubre), Promezo (1 de noviembre), Spekia (21 de noviembre), Kipamosi y Malevis, donde los garibaldinos combatieron contra las unidades egipcias que habían llegado para ayudar a los turcos (15 de diciembre), y Gerakari (22 de febrero de 1867), que sería la última victoria de la campaña.

Finalizada ésta, la presión sobre los garibaldinos fue abrumadora. Los que no murieron en batalla o de gangrena (la ayuda médica era inexistente) partieron a refugiarse en una fragata rusa.

A principios de 1867, otro grupo de voluntarios partió hacia Grecia. Eran cuarenta hombres de Livorno, dirigidos por el viejo «camisa roja» Andrea Sgarallino. En Caprera se les unió Ricciotti Garibaldi, que era portador de un mensaje del general para las autoridades griegas en el que se les recomendaba transferir el conflicto al continente, asegurándoles que una vez que la gran revuelta estallase en Epiro (el escenario de operaciones que les recomendaba), él mismo intervendría con una gran fuerza.

Al llegar a Siros, el grupo fue enviado a Atenas, donde se estaban congregando todos los voluntarios. Se les alojó en el mismo edificio que a un contingente de refugiados cretenses; los garibaldinos coquetearon de forma tan descarada con las muchachas que ello provocó una violenta reacción entre sus madres, las cuales «invadieron el área de los voluntarios en el edificio y en un momento ¡expulsaron a todos nuestros jóvenes!» Calmarlas no fue fácil.

Mientras tanto, la situación entre Grecia y Turquía pareció haber llegado a un punto crucial: la guerra.

Algunos de los voluntarios ya habían empezado a marchar hacia Epiro, la provincia ocupada por los turcos. El ejército regular estaba decidido a unírseles tan pronto como hubieran cruzado la frontera. En ese momento intervinieron las potencias europeas: comunicaron a los griegos que a no ser que disolvieran las formaciones de voluntarios y las enviaran de regreso a sus países, no podrían impedir que las fragatas turcas bombardeasen Atenas. El gobierno no tuvo otra solución que poner al mal tiempo buena cara y posponer una vez más la realización de los sueños del pueblo griego.

Grecia fue olvidada durante los siguientes treinta años. Aún tenía simpatizantes, pero su error de no aprovechar la situación creada durante la guerra ruso-turca de 1872, junto con el profundo letargo político en que parecía haber caído, hizo que muchos de los interesados en el conflicto dirigieran su interés hacia otros asuntos.

Los nuevos disturbios en Creta en 1886 renovaron el interés de Europa por la zona. Muchos oficiales y soldados griegos acudieron a toda velocidad a la isla para ayudar a los rebeldes, mientras que la nación se preparaba para la guerra. Pero de nuevo la diplomacia europea cortó de raíz el conflicto, y una vez más los griegos tuvieron que renunciar, temporalmente, a sus esperanzas.

En 1897 Creta se alzó de nuevo contra Turquía, esta vez a las órdenes del patriota Venizelos. La prensa europea se puso inmediatamente a favor de los cretenses, pero no así los gobiernos. Estos enviaron una flota internacional con la excusa de restaurar el orden y de poner fin a las atrocidades turcas. Sin embargo, cometieron las suyas propias al bombardear a los indefensos guerrilleros cretenses en la Ierápetra y Akrotiri.

Las noticias de la revuelta reanimaron las pasiones de los garibaldinos. El 20 de marzo de 1887 Ricciotti Garibaldi recibió una carta desde Creta en la que se resumía el estado de las cosas en la isla y se insinuaba que los griegos podrían conseguir vapores para transportar gran número de voluntarios.

Los griegos, sin embargo, nunca pusieron a su disposición los barcos; y a ello se sumaron muchos otros obstáculos interpuestos para evitar la participación de los garibaldinos en la lucha por la libertad de Creta y por la unidad nacional de Grecia.

El primer obstáculo fue el gobierno italiano, que había sido uno de los primeros en enviar un ejército a Creta «para mantener la paz». Se hizo todo lo que se pudo para apagar el entusiasmo del pueblo y para anticiparse a la intervención de los garibaldinos. Cuando se comprobó que los intentos de persuasión no servían, y que los voluntarios se estaban preparando para partir, impuso un bloqueo en los puertos, para que ningún buque de tropas pudiese zarpar. En otra ocasión, la lucha entre los garibaldinos y las autoridades dio lugar a más de una escaramuza con los *carabinieri*. Se hicieron disparos, y aunque afortunadamente no hubo muertos, sí se efectuó un gran número de arrestos.

El transporte también fue un gran problema. Los propietarios de buques fantasmas tomaron dinero a cuenta y luego desaparecieron;



otros navieros siguieron subiendo el alquiler de los barcos incluso después de haberse llegado a un acuerdo final sobre el precio.

Canzio y Menotti se oponían a la expedición; no porque no compartiesen el ideal que la inspiraba, sino porque creían que la falta de organización la condenaría al fracaso. Al final, sin embargo, su entusiasmo también se inflamó; se pusieron de inmediato a organizar expediciones de ayuda, y ambos terminaron en la cárcel, acusados de «acciones provocadoras sobre la persona de un oficial público en el ejercicio de sus funciones».

Todavía hubo otras dificultades. Unidades que se autodenominaban garibaldinas se negaron a reconocer la autoridad de Ricciotti; el gobierno griego declaró públicamente que sólo negociaría la formación de una fuerza militar irregular con el general Ricciotti Garibaldi. Pero también temía a estos republicanos y socialistas (había incluso algunos anarquistas declarados), y en realidad hizo todo lo que pudo para evitar la constitución de una fuerza garibaldina demasiado grande. En resumen, era la misma historia de siempre.

Pero ninguno de estos impedimentos pudo poner freno al entusiasmo público. Ettore Socci, viejo garibaldino y miembro del Parlamento, nos ha dejado una descripción de la situación en Italia durante aquel tiempo.

«Cuando las noticias de la insurrección en Creta se propagaron, y los periódicos informaron de que el gobierno de Atenas, deseoso de defender la causa de la libertad personificada en aquellos heroicos rebeldes, estaba enviando armas y reclutando voluntarios, se produjo en Italia una gran conmoción. Desde los Alpes hasta la lejana Sicilia los más celosos jóvenes, los más atrevidos estudiantes universitarios, los más viejos y más probados patriotas consideraron deber suyo proclamar al mundo que la causa griega era la causa de la civilización. Se realizaron asambleas, mítines y manifestaciones públicas en todas partes de la península. La gente aplaudía bajo las ventanas de los consulados griegos. En el Parlamento, Imbriani vituperó a los turcos y al sultán; Cavallotti, un devoto de la Grecia clásica, saludó este nuevo nacimiento con alados versos. Numerosos jóvenes, demasiado impacientes para esperar el desarrollo de los acontecimientos y convencidos tan sólo de la santidad de la causa, partieron hacia Grecia sin más consejo o ánimos.

»La necesidad de ir se convirtió en un deseo ardiente: era un deber sacrosanto perpetuar la gloriosa tradición de la camisa roja, símbolo de la libertad para el oprimido y de la justicia para todos. Ver a un hermano en todo ser humano sufriente, y a la propia madre patria en toda nación oprimida: ésa fue la misión a la que Giuseppe Garibaldi permanecería fiel hasta el fin de sus días...»

Antonio Fratti y Federico Gattorno se unieron a Ricciotti para intentar poner algo de orden en aquel caos. Ambos eran viejos garibaldinos, Gattorno incluso había participado en la defensa de la República romana, y ambos eran miembros del Parlamento. Con su ayuda, un gran número de voluntarios, en solitario o en grupos, consiguió eludir la vigilancia de la policía y partir hacia Grecia.

Sin embargo, nadie les esperaba en Atenas ni se ocupaba de su organización, por lo que la mayoría de ellos se alistaron en la Legión Filohelénica Internacional, formada por unidades de diversos países, en las que se incluían unas dudosas unidades «garibaldinas», como la legión Bertet y el grupo dirigido por Amilcare Cipriani. Este último había tomado el pretencioso nombre de «Compañía de la Muerte», pero, ciertamente, su valor y capacidad eran muy reales. La Legión Bertet se mantenía aparte, ya que se temía que se produjeran fricciones entre ésta y los «camisas rojas»; de hecho, fue enviada a combatir a otra sección totalmente diferente. Una unidad dirigida por Nicola Barbatto fue demasiado impaciente para seguir esperando: salió hacia Creta de inmediato y allí la absorbieron las formaciones guerrilleras. Los otros grupos fueron reunidos en el «Cuerpo Garibaldi», como se le llamó oficialmente en 1897.

La «Compañía de la Muerte» de Cipriani había sido el principal grupo de voluntarios anterior a la llegada de Ricciotti. Era una legión de setenta y ocho hombres, armados y equipados por la Etniki Ektaria, la «Sociedad Nacional» griega. Cipriani era un típico revolucionario del siglo XIX chapado a la antigua, republicano y socialista. Había luchado con quince años en el ejército regular del Piamonte en la campaña de 1859. Al año siguiente desertó para unirse a los Mil, y desde entonces permaneció con los «camisas rojas», participando en todas las campañas. En 1871, tras la campaña francesa, fue coronel entre los comuneros; cuando la Comuna cayó, se le sentenció a diez años de deportación en Nueva Caledonia. A su regreso a Italia se le había elegido diputado varias veces, pero nunca se sentó en el Parlamento, porque se negaba a prestar el juramento de lealtad al rey.

El 19 de marzo la «Compañía de la Muerte», junto con una unidad griega de unos tres mil hombres dirigidos por dos antiguos oficiales del ejército regular griego, Melonas y Kapsalapoulos, partieron para un ataque sorpresa. Pretendían invadir el territorio ocupado por los turcos para hacer estallar la revuelta entre la población de Epiro y Albania.

A las siete de la madrugada del 9 de abril, una vanguardia comandada por Daveli (apodado el «Terror de los turcos») en la que se incluía la «Compañía de la Muerte» cruzó la frontera, atacando y destruyendo las instalaciones turcas allí existentes. Pronto tomaron los pasos de Métsovon y Samovini, entre Grevena y Dheskíti, y luego la batalla se centró en la fortaleza de Baltinon, asediada por los rebeldes. Al día siguiente, un regimiento turco acudió en socorro de la fortaleza, pero fue derrotado y obligado a retirarse. La guarnición intentó dos salidas el día 10, sin resultado. Una tercera, al alba del día 11, tuvo éxito, pero el campo de batalla quedó cubierto de cadáveres griegos y turcos; la «Compañía de la Muerte» se vio reducida a treinta y dos hombres.

Aquella tarde, los rebeldes se internaron doce kilómetros dentro de Macedonia, dirigiéndose hacia Kraniá. Tres de sus dirigentes perecieron en el curso de una escaramuza en Kipria. Por la noche habían llegado a la vecindad de Kraniá, establecieron las avanzadillas y acamparon en las colinas que rodean la población. El 12 de abril unos mil turcos les atacaron, colocándolos en serias dificultades, pero, no obstante,



sin conseguir derrotarlos definitivamente. Hacia las tres de la tarde, llegó la noticia de que se acercaban unos tres mil turcos más; los griegos, temiendo ser rodeados y llenos de pánico, huyeron en desorden. La «Compañía de la Muerte» permaneció en su puesto, a pesar de las súplicas de que se retirasen. Luego, unos cincuenta griegos dirigidos por un sacerdote fueron hechos prisioneros por los turcos. Cipriani dirigió una carga temeraria, a la que arrastró a los desmoralizados griegos, y liberó a los prisioneros.

No obstante, los turcos casi los habían rodeado y la única salida que les quedaba era cruzar un estrecho paso de montaña que llevaba de vuelta a territorio griego. Los turcos los persiguieron, sometiéndoles a un implacable fuego, y la retirada griega, aunque cubierta por la «Compañía de la Muerte», fue un desastre.

De regreso en Grecia, los voluntarios se reunieron en Koutzofliani al día siguiente. Tuvieron que admitir que el ataque había sido un fracaso, especialmente porque la población de los territorios ocupados por los turcos no había mostrado muchas ganas de alzarse en rebelión. La opinión general fue de que no habría guerra después de todo; por tanto, el 13 de abril de 1897 Cipriani disolvió su legión. Cuatro días más tarde, el 17 de abril, se declaraba la guerra entre Grecia y Turquía.

Mientras tanto, Luciano Mereu, el veterano «camisa roja» que había tomado parte en anteriores empresas garibaldinas en Grecia, llegó a Atenas. Pronto se le unió Gattorno, y los dos empezaron a organizar a los garibaldinos, cuyo número había ido aumentando. Se formaron tres batallones, dos de italianos y uno de griegos (Gattorno, más tarde, formaría un cuarto batallón, de composición mixta, pero no estaría preparado a tiempo para tomar parte en la campaña). También había una sección inglesa al mando del comandante Enric Short, y una francesa bajo el del capitán Paul de Barre. La fuerza entera, incluyendo el Estado Mayor, ingenieros y los trescientos hombres del Cuarto Batallón (que nunca entrarían en acción), estaba compuesta por mil trescientos veintitrés hombres.

Como siempre los voluntarios procedían de todos los niveles concebibles. Había estudiantes, obreros, profesionales y gran número de periodistas que creían que cubrirían mejor la campaña alistándose. El más curioso de éstos fue Palmer T. Newbold, corresponsal del *Star*: luchaba contra los turcos con gran ferocidad, pero en el minuto en que se declaraba un armisticio corría al campo enemigo para recoger noticias del otro lado.

Otra figura clave de la campaña fue el conde Alexander K. Romas, miembro del Parlamento griego y antiguo ministro de Educación. Un diputado francés, Antide Boyer, servía como subteniente con el Estado Mayor. De hecho, se alistaron tantos parlamentarios que Ricciotti comentó que nunca había visto un «Estado Mayor tan político». Tal vez la contribución militar de éstos no fuese memorable, pero probaron ser inapreciables para suavizar las diferencias con las autoridades griegas. En realidad, en esta campaña los garibaldinos pusieron más empeño que nunca en que se les considerase unos «buenos chicos».

La camisa roja hizo su aparición en Grecia con un corte diferente: era una especie de chaqueta en forma de blusón cruzado que llegaba hasta la cintura. El tocado garibaldino era el ya familiar gorro de visera flexible, y llevaban los pantalones de la caballería griega. El gobierno suministró a todo el mundo rifles Gras.

En esta campaña, el servicio médico era de primera clase. La Cruz Roja de muchos países envió voluntarios; los alemanes eran realmente eficaces, gracias a la organización y a los medios de los que disponían. Pero el oficial médico que destacaba entre todos era un danés, el doctor Niewenhuis, que servía en la sección inglesa.

Los garibaldinos estaban preparados para entrar en batalla. Pero hacia finales de abril, el gobierno griego empezó a vacilar; parecía como si ya no quisiera seguir con la guerra o no pensara enviar a los «camisas rojas» a la acción. El ejército regular sufrió una derrota en Tesalia, y el gobierno al momento pidió una tregua, lo cual se interpretó como el prelude de las negociaciones de paz. Una vez más la diplomacia internacional estaba manipulando soterradamente los acontecimientos. Pero si se firmaba la paz en ese momento, la situación sería mucho más favorable a los turcos que a los griegos.

Un grupo de patriotas griegos forzó entonces al gobierno a tomar una postura clara. Tres mil voluntarios dirigidos por Markos Botzaris (nieto de uno de los héroes de la rebelión de 1821) formaron una unidad que llamaron la «Falange Epirota» y realizaron un atrevido ataque en territorio turco, rompiendo con ello la tregua. Y consiguieron su propósito: la reanudación de las hostilidades. El gobierno, sin embargo, no apoyó la iniciativa de Botzaris con el envío de tropas y suministros; parecía más que nunca como si su objetivo fuese en realidad llevar la guerra a su fin. Se ha sugerido que las acciones militares que se tomaron más tarde, la batalla de Domokós y la defensa del paso Phourka, fueron deliberadamente preparadas para apagar el ardor y ahogar las aspiraciones de los patriotas griegos. Si fue así, no hay palabras para condenar tan cruel gasto de vidas humanas.

Ricciotti llegó a Atenas procedente de Italia el 24 de abril. Se había perdido demasiado tiempo; los garibaldinos aún no estaban adecuadamente organizados en Grecia y la situación política ya estaba comenzando a deteriorarse. Si querían mantener su prestigio, tendrían que encontrar una oportunidad para combatir. Pronto se presentó la ocasión en la primera y la última batalla real de esta curiosa guerra.

El 8 de mayo, Ricciotti y el Segundo y Tercer Batallones salieron de Atenas para unirse al ejército griego; el Primero, a las órdenes de Mereu, había salido ya el día 26 de abril.

El general Edhem Bajá, comandante de las fuerzas turcas en Grecia, había reanudado las operaciones el 5 de mayo tras la ruptura de la tregua por parte de los griegos. Reunió cinco divisiones en Farsala, al mando de los generales Hairi Bajá, Neschat Bajá, Mendouk Bajá, Hairdar Bajá y Hamdi Bajá. El día 15 partió de Farsala y se dirigió hacia Domokós, donde se había concentrado el ejército griego. Llegó allí el 17 de mayo, preparado para la batalla.



La ofensiva turca se iba a desarrollar como sigue: la división de Mendouk atacaría el flanco derecho del ejército griego, mientras Hamdi, cruzando las colinas en dirección del pueblo de Karatzali, atacaba a los griegos por la retaguardia, impidiéndoles la retirada; la división de Neschat atacaría frontalmente al ejército griego y ocuparía el pueblo de Domokós, mientras Hairi atacaba el flanco izquierdo, donde se encontraban Ricciotti y los garibaldinos; la división de Haidar se mantendría en reserva, a unos ocho kilómetros detrás de las líneas turcas.

Hamdi Bajá empezó el ataque intentando envolver las posiciones griegas; pero encontró una resistencia particularmente dura, y hasta después de las seis de la tarde no alcanzó su objetivo, el poblado de Karatzali, al este de Domokós.

Hacia el mediodía, toda la línea griega estaba siendo atacada. La división de Neschat, apoyada por la artillería, empujó por el centro; era la mejor división de combate turca, la más moderna, y toda la infantería estaba armada con Mausers. No obstante, se encontró con una gran oposición por parte de los griegos y a las tres y media de la tarde tuvo que llamar a la división de reserva; aun así no consiguió atravesar las líneas griegas hasta las cinco de la tarde. Luego, a las seis y cuarto, Hamdi, que por fin había tomado Karatzali, empezó a bombardear las trincheras griegas desde la derecha. Los griegos no tuvieron otra opción que abandonar las posiciones y replegarse.

Hacia las siete y media, los turcos habían ganado virtualmente la batalla, y los griegos iban huyendo hacia el paso Phourka.

Pero los turcos no pudieron seguir con su ventaja, o tal vez no habían podido completar la maniobra envolvente debido a la insospechada y tenaz resistencia que encontraron en los cinco mil hombres de la división Tertipis en el flanco izquierdo griego. En el extremo de este flanco estaban la Legión Filohelénica, una exigua compañía griega llamada los Euzones, una pequeña batería y, en la retaguardia de estas unidades, Ricciotti con el Segundo y Tercer Batallones.

Hairi Bajá mantuvo a la división de Tertipis en combate con el cuerpo principal de sus tropas; luego, sobre las cuatro de la tarde, envió una brigada de infantería y un fuerte destacamento de caballería para atacar a la Legión Filohelénica.

Los Gheghidas, formación turca irregular, saltaron al ataque gritando: «¿Queréis Creta? Muy bien, ¡os vamos a dar Creta!» Los turcos estaban ganando; las tropas filohelénicas, en realidad, estaban a punto de sucumbir cuando «de pronto, una mancha roja apareció en el campo de maíz a la izquierda de la colina; luego se convirtió en una línea».

Ricciotti había visto desde la cima de Amaslar el peligro que corrían los griegos. Sin dudar, él y sus hombres entraron en batalla, atacando el centro de las líneas turcas y atravesándolas. Se desarrolló un furioso combate alrededor de un edificio en ruinas, tal vez una iglesia, en el que estaba pintada la figura de la Virgen. La caballería turca avanzó para socorrer a los Gheghidas y estuvo a punto de dividir a los garibaldinos, que en su entusiasmo habían avanzado demasiado. Entonces los Euzones contraatacaron y detuvieron la maniobra turca.

El entusiasmo de los garibaldinos era contagioso, y los Euzones, las tropas filohelénicas y la compañía a las órdenes del capitán Stifiliades se unieron a los hombres de Ricciotti en el ataque. El grito de batalla era: «Por orden del general, *Embrós!*» (*Embrós* significa «adelante» en griego.)

Las otras divisiones griegas se estaban retirando, pero a las siete de la tarde Ricciotti ordenó a sus hombres que calaran las bayonetas para una última carga. No fue necesaria, porque los turcos cometieron el error de abandonar sus posiciones y replegarse. Si hubieran contraatacado, con toda certeza hubieran vencido o debilitado a los garibaldinos. El propio Ricciotti lo admitió más tarde.

La batalla, que duró tres terribles horas, fue especialmente feroz en el combate cuerpo a cuerpo, ya que ningún bando estaba interesado en hacer prisioneros. Solamente se capturó a dos gheghidas, que debieron su supervivencia a la vigorosa intervención personal de Romas y Mereu.

Ricciotti deploró tan inútil carnicería, sobre todo porque admiraba la valentía y tenacidad del enemigo, que a pesar de sus pérdidas tan sólo había retrocedido un kilómetro aproximadamente hasta que recibió la orden de retroceder más.

A la una de la madrugada, Ricciotti, que había permanecido en la posición que había ocupado, recibió la orden de retirarse. Pero se negó a hacerlo antes de haber enterrado a los cien muertos que su grupo había tenido (Fretti, su más cercano colaborador, entre ellos) y de haber reunido a las tropas dispersas por los alrededores. Pero el comandante griego, no quiso esperar, y los garibaldinos se encontraron solos en el campo de batalla.

Cuando enterró a los muertos, Ricciotti quiso que las secciones inglesa y francesa, que estaban a cierta distancia, se le unieran en la retirada. Dio la orden al comandante Short, para que se la transmitiera al capitán De Barre. Esto dio lugar a un divertido episodio; el caso es que Short no hablaba francés y De Barre no comprendía el inglés. La orden fue mal comprendida, y la sección francesa marchó en arco en dirección de las líneas turcas.

«De Barre llevaba ya algún tiempo de marcha, cuando desde la cima de una colina atisbó el campo turco a un kilómetro más o menos a su izquierda; a su derecha, había una aldea en la que se oía el alboroto de las aves de corral. Como era un excelente estratega, envió un destacamento de ocho hombres, distanciados entre ellos, contra el campamento turco, donde se habían reunido miles de soldados, y envió a los otros ocho hombres restantes a la aldea a confiscar las aves. Los turcos se asombraron ante un ataque de esta fuerza en miniatura; salieron en enjambres de las tiendas y se quedaron de pie mirando. Los ocho franceses continuaron disparando, y al cabo de un tiempo los turcos decidieron enviar un escuadrón o dos contra ellos. Para entonces los otros ocho habían conseguido capturar las aves, y De Barre pudo ordenar una retirada digna, con la cena segura para ese día por lo menos.»



La retirada no siempre fue tan jovial. La comida escaseaba, y sólo tenían queso salado y Mastica, un licor local que provoca graves inflamaciones intestinales. El ejército turco no les atacaba, pero iba pegado a sus talones, lo cual les mantenía en un estado constante de tensión psicológica.

Cuando los garibaldinos llegaron al paso Phourka, donde esperaban reunirse con los griegos, se encontraron con que lo habían tomado los turcos. Los griegos se había retirado a las Termópilas, y las tropas de Ricciotti los alcanzaron el día 21 de mayo. Allí encontraron también lo que quedaba del Primer Batallón.

Esta unidad había estado operando independientemente: el 25 de abril salió de Atenas hacia Epiro, a las órdenes de Mereu. De regreso se reunieron con el ejército griego en Domokós. Ricciotti les envió un mensaje para que se les uniesen en Dranitza, a unos kilómetros al oeste. Pero las circunstancias les impidieron moverse: primero, hubo alguna dificultad en el reparto del material; luego, el comandante griego de Domokós les prohibió partir, ya que creía que el camino a Dranitza había sido tomado por los turcos, y por último, comenzó el ataque de estos últimos.

Se les envió al frente a las diez de la mañana y hubieron de soportar durante todo el día el ataque turco. Mereu se había adelantado para reunirse con Ricciotti, por lo que los hombres quedaron al mando del lugarteniente, el comandante Antonio Mosca, y de Amilcare Cipriani, que estaba malherido.

El batallón no sufrió muchas pérdidas durante la batalla, pero una vez que se inició la retirada y las tropas tuvieron que salir a campo abierto, las camisas rojas formaron un blanco fácil para los turcos. Los jefes, obsesionados por el deseo de ser heroicos, dieron un mal ejemplo a los hombres, olvidando las reglas más fundamentales de prudencia. Quedaron ciento cuarenta y ocho hombres después de la batalla de Domokós; durante la retirada perdieron a unos cincuenta.

Muchos soldados abandonaron el batallón en retirada para unirse a Ricciotti; se abrieron camino entre las colinas y tuvieron mucha suerte: consiguieron alcanzarle sin encontrar ningún turco.

En las Termópilas Ricciotti recibió la noticia de un nuevo armisticio; y se le aseguró que esta vez sería el preludio de la paz permanente. Por tanto, había terminado su tarea y pidió que se le enviase a casa con sus hombres.

La serie de incidentes que marcaron el viaje de regreso daría origen a muchos resentimientos y controversias. Se les hizo subir a un buque llamado *Urania*, pero como llevaba un cargamento de harina, los garibaldinos estaban apiñados en el puente. Cuando se detuvieron en Atenas, las autoridades intentaron impedir que bajasen a tierra, a pesar de que todos los efectos personales los habían dejado en los cuarteles de Illissia. Los hombres estaban dispuestos amotinarse, y Ricciotti tuvo que actuar con gran rapidez para evitar la tragedia. Al fin consiguió permiso para que desembarcaran, pero con la condición de que debían regresar al barco hacia las ocho de la tarde.

Por otro lado, se transfirió a los garibaldinos griegos a otro buque, que les condujo a la isla de Póros, donde se les mantuvo virtualmente en cuarentena. Por fin se les llevó de vuelta a Atenas, pero el gobierno no se preocupó por su suerte y muchos de ellos tuvieron que pedir limosna para sobrevivir.

Los británicos permanecieron en Atenas esperando un buque que los llevase directamente a Inglaterra. Los franceses y los italianos fueron en un barco del gobierno directamente hasta Brindisi, haciendo escala en Corfú, pero de nuevo se les prohibió bajar a tierra. Algunos de ellos saltaron al agua y fueron nadando hasta el puerto; el cañonero griego que les «escoltaba» estuvo a punto de abrir fuego sobre ellos, pero una vez más Ricciotti consiguió evitar la tragedia.

Había dos razones para la extraña conducta del gobierno griego. Por un lado, temía que si se permitía a los garibaldinos bajar a tierra en Atenas, podían fomentar la oposición del pueblo a un tratado de paz que iba contra los objetivos que habían motivado la guerra. Por otro lado, Italia y Austria le presionaban para que impidiera a los garibaldinos desembarcar en Dalmacia y provocar problemas allí. Incluso se propuso que un buque de guerra italiano fuese a Corfú para asegurarse de que seguían viaje hacia Brindisi.

Pero no fue necesario; tras un corto descanso en Corfú, los garibaldinos partieron hacia Brindisi con total docilidad. Había acabado otra campaña, y estaban ansiosos de regresar a la vida civil. Pero, como a Giuseppe Garibaldi le gustaba decir, «en cuanto uno cree que todo ha terminado ya, aparece algo que sigue pendiente».



## 10. Los últimos garibaldinos

El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando de Habsburgo, heredero del trono imperial de Austria-Hungría, y su esposa Sofía fueron asesinados en Sarajevo por el revolucionario Gavrilo Princip.

Posteriormente se dijo que una gitana había predicho el acontecimiento; pero hasta el mismo Bismarck había comprendido que tarde o temprano «la guerra se declararía debido a alguna tontería en los Balcanes». Por desgracia, la «tontería» implicó a dos Estados enemigos: Austria y Servia.

El Imperio austro-húngaro había perdido ricas provincias en Italia y Alemania, pero desde hacía años estaba intentando suplantar la hegemonía turca en los Balcanes. Al mismo tiempo, los rusos, con su ideología paneslava, habían intentado el mismo objetivo. Servia, aunque oficialmente era un reino independiente, dependía de hecho de Austria. En 1901, sin embargo, la dinastía gobernante de los Obreanovich fue reemplazada por la de Karageorgevich. El país se alió a Rusia y tras una serie de fructíferas campañas militares había duplicado casi su territorio. En aquel momento aspiraba a liberar otras tierras eslavas del dominio austríaco.

El emperador de Austria era entonces Francisco José; llevaba reinando desde 1848, y sus ideas seguían siendo las de la primera mitad del siglo XIX. El ministro de Asuntos Exteriores, el elegante y refinado conde Leopoldo Berthold, no era mucho mejor. De hecho, en su ceguera, emperador y ministro iniciaron juntos el camino de la I Guerra Mundial al utilizar el pretexto del asesinato para extirpar, como dijo Francisco José en una carta al káiser Guillermo, «el paneslavismo ruso y serbio» y «para aislar Servia y reducir su territorio».

Alemania estaba aliada con Austria desde 1882, y el tratado se había renovado varias veces. Los alemanes se sentían amenazados por las naciones que se resentían de su crecimiento económico y militar o que ansiaban cancelar «el deshonor de la derrota». En una crisis similar ocurrida dos años antes habían aconsejado moderación, pero esta vez la respuesta de Berlín a la carta de Francisco José fue: «La inmediata acción contra Servia es la mejor solución.»

La guerra fue el resultado de los miedos y las sospechas que, hacia finales del siglo XIX y principios del XX, habían llevado a una carrera armamentística a alianzas militares que provocaban «incesantes intervenciones». Una conflagración europea de escala sin precedentes ya había sido predicha por todos los profesionales de la política internacional;

pero no hicieron nada para evitarla. Cuando un personaje de alto rango en el Almirantazgo británico conoció las noticias de Sarajevo comentó: «Si ahora estalla la guerra, se hará general inevitablemente»; en la actualidad nos parece un chiste malo el mensaje que el escuadrón británico participante en la Semana de Kiel, festividad naval, envió a su colega alemán cuando levaron anclas: «Amigos en el pasado, amigos para siempre.»

El 28 de julio Austria declaró la guerra a Servia. El 31, Rusia anunció la movilización general. Alemania declaró la guerra a Rusia el 1 de agosto, y Francia e Inglaterra inmediatamente entraron en el conflicto al lado de Rusia. Así comenzó la I Guerra Mundial. Francia se había preparado para ella durante cuarenta años con gran paciencia, confiando recuperar los territorios perdidos en 1870; Rusia deseaba (descabelladamente, como después de comprobó) emplear su enorme maquinaria militar; Inglaterra quería detener la expansión alemana, y Alemania encontrar una salida para su próspera industria.

La guerra duró cuatro años, costó ocho millones de vidas y no resolvió nada. Los mismos problemas harían eclosión veinte años después, provocando en esta ocasión una carnicería aún mayor.

Durante el primer año de la guerra, la política de Italia fue indecisa. Como miembro, con Alemania y Austria, de la Triple Alianza, se podía esperar que se pusiese del lado de aquellos países. Pero el tratado pedía la intervención automática sólo si una nación miembro era atacada por otra no miembro, mientras que en este caso Alemania y Austria habían sido las agresoras. El gobierno se agarró a esta cláusula: no veía beneficio alguno para Italia en esa guerra, y se oponía a una mayor expansión de Austria por los Balcanes. Los socialistas y los sindicatos estaban convencidos de que la guerra era contraria a los intereses del proletariado, y la opinión pública en general se oponía al alineamiento con las potencias centrales. El sentimiento antiaustríaco estaba muy extendido, ya que Austria aún poseía dos provincias italianas: el Trentino y la Venecia Julia. A pesar del tratado, había habido fricciones entre Viena y Roma.

Por otro lado, Italia parecía destinada a entrar en el conflicto debido a su posición geográfica, y porque gran parte de la población veía en ello una buena oportunidad para completar el proceso de unificación de una vez por todas, anexionándose los territorios que todavía permanecían en manos austríacas.

Ambos lados temían y esperaban la entrada de Italia por razones contrarias. Los italianos podían bloquear a la marina austríaca en el Adriático, impidiendo su empleo en el Mediterráneo. O podía unir sus fuerzas con Austria y plantearle un serio problema a la marina británica, mientras que simultáneamente podía ayudar a los turcos, aliados de las potencias centrales. Además, el ejército italiano podía interferir con el sistema defensivo aliado no sólo en el continente europeo sino también en Africa, inmovilizando a las tropas coloniales e impidiendo que acudiesen en ayuda de la «madre patria». O podía atacar a Austria y distraer a un gran número de tropas del frente ruso, mientras que al mis-



mo tiempo amenazaba a los aliados de las potencias centrales en los Balcanes.

Por tanto, ambos lados pretendían convencer a los italianos para que se les uniesen. En Italia, el debate entre los intervencionistas y los antiintervencionistas fue haciéndose cada vez más apasionado. Entre tanto, un pequeño grupo de hombres sin motivaciones egoístas se preparaba a luchar por Francia y su libertad. Eran los garibaldinos de 1914: los últimos garibaldinos.

Entre 1897 y 1914 los «camisas rojas» habían seguido combatiendo por la independencia nacional o su mantenimiento por todo el mundo. Así, en 1900 trescientos sesenta y un hombres a las órdenes del coronel Ricciardi habían marchado a Africa del Sur a combatir por los bóers. Se les asignó a la Legión Extranjera, al mando de Emile van Ameringen. Todos eran republicanos leales, y algunos anarquistas. Cuando regresaron a Europa desembarcaron en Trieste, donde fueron detenidos por los austríacos debido a sus opiniones subversivas; más tarde los italianos les arrestaron por las dificultades diplomáticas que habían provocado: Roma oficialmente estaba de acuerdo con Londres en la cuestión bóer.

Entre 1903 y 1911 Ricciotti Garibaldi, que había fundado un comité para la liberación e independencia de Albania, intentó varias veces organizar una expedición para combatir en aquel país. Pero el gobierno italiano siempre le desbarataba los planes, queriendo evitar problemas con Austria.

En 1912 estalló la Primera Guerra Balcánica: Servia, Montenegro, Bulgaria y Grecia se aliaron contra el Imperio turco. Los garibaldinos de Ricciotti se apresuraron a combatir por los griegos; una vez más, y la última, se pudo ver la vieja camisa roja en el campo de batalla. Toda la familia Garibaldi se encontraba allí, incluso la esposa de Ricciotti, Constanza, y sus hijas Anita y Rosa, que se habían alistado como enfermeras.

El cuerpo estaba formado por dos mil hombres en total, incluyendo a los italianos y a los griegos: un grupo marginal. Pero a pesar de su escaso número y de la avanzada edad de Ricciotti (a lo cual algunos observadores atribuyeron los escasos resultados de la expedición), consiguieron derrotar a diez mil turcos en Drisko, confirmando una vez más que eran invencibles.

Su presencia apenas pudo influir en el resultado de la guerra; sirvió más que nada para mantener vivo un nombre y una leyenda que aún provocaba la curiosidad y el respeto del mundo. Los voluntarios, sin embargo, ya no acudían como antes; además, la misma imagen del garibaldino como «soldado de fortuna» sin paga que iba a luchar por la causa de la libertad a otros países había perdido gran parte de su significado. En esta época de rivalidades nacionales sin precedentes, por lo general no se consideraba a los combatientes que luchaban en otros países como los abanderados de la libertad.

No obstante, contra este *mal du siècle* los garibaldinos se alzaron en armas, por última vez en su historia. El tiempo había pasado por ellos: sus ideales parecían tan descoloridos como el color de las camisas. En esta ocasión los nietos del general dirigían a los voluntarios; eran

los hijos de Ricciotti: Giuseppe II (llamado Peppino), Ricciotti el joven, Sante, Bruno, Costante y Ezio. Todos habían adquirido un buen entrenamiento militar en diferentes campos de batalla; el más experto, y por tanto el jefe de los hermanos, era Peppino. Tenía treinta y cinco años y había luchado en Grecia en 1897, con los bóers en 1900, en México con Pancho Villa contra Porfirio Díaz, y de nuevo en Grecia en 1912-1913. Oficialmente era el jefe del Estado Mayor de los garibaldinos, pero de hecho era el comandante de la Legión.

Cuando estalló la I Guerra Mundial, Peppino y Ricciotti el joven, siguiendo los pasos del abuelo, ofrecieron sus espadas a Francia; los hermanos pronto siguieron su ejemplo. Los voluntarios comenzaron inmediatamente a ofrecer sus servicios, tanto en Italia como en Francia. Pero las cosas no les fueron fáciles en ningún país. El gobierno italiano seguía una política de neutralidad estricta y quería evitar problemas diplomáticos. Por tanto, hizo todo lo que pudo para sabotear sus esfuerzos. Además, en Francia el ejército regular veía con muy malos ojos la constitución de un cuerpo militar independiente; se recibía bien a los voluntarios, pero las autoridades querían que se alistasen en la Legión Extranjera, que por primera vez en su historia iba a combatir en suelo francés.

Al principio, el ministro de Guerra francés quiso organizar una gran legión de voluntarios que también incluiría a los garibaldinos; pero los militares se lo impidieron, ya que insistían en mantener a éstos separados de los demás voluntarios. De hecho, de los diecisiete mil voluntarios que llegaron a Francia, catorce mil se unieron a los batallones de la Legión Extranjera (algunos formarían más tarde legiones independientes debido a los desarrollos políticos de sus países); sólo se asignaron tres mil a la Legión Garibaldi. La actitud del ejército francés es muy comprensible, por dos razones: aunque Italia era neutral por el momento, podían entrar en conflicto en el futuro, y no se podía estar seguro de qué lado; y los «cuerpos libres» no tenían lugar en la guerra moderna, que dependía de la interacción organizada de unidades disciplinadas.

El 24 de agosto de 1914, acompañados por el senador francés Rivet, Peppino, Ricciotti el joven y Bruno presentaron al primer ministro Viviani un informe en el que proponían la creación de una Brigada Garibaldi de siete mil quinientos hombres, compuesta por voluntarios de todas las nacionalidades que empezaban a llegar a Francia. Pero Viviani tenía otros problemas en la mente: el ejército había sufrido una serie de derrotas y la ofensiva alemana estaba amenazando París: el gobierno tenía que trasladarse a Burdeos. Por el momento no tenía tiempo para pensar en la propuesta de los hermanos Garibaldi.

Mientras tanto, y a pesar de los impedimentos, la primera oleada de garibaldinos estaba llegando a Francia. El gobierno no había dado instrucciones, así que por el momento les alojaron en los cuarteles de Nîmes y Montélimar. De acuerdo con la tradición garibaldina, estaban representadas todas las edades, condiciones sociales e ideologías políticas. Muchos eran veteranos de otras campañas; el oficial en jefe de Montélimar, comandante Orlando Carini, llevaba la camisa roja desde la batalla de Mentana.



El 7 de septiembre, el gobierno le pidió a Peppino que enviase un emisario a Burdeos para discutir la propuesta de la Legión Garibaldi. Se envió a Ricciotti el joven, el cual llegó a un acuerdo con mucha dificultad con su interlocutor, el coronel Martin, jefe del departamento de infantería del Ministerio de la Guerra. Al final Ricciotti fue autorizado a constituir la legión, pero dentro de la Legión Extranjera. Este accedió y así se formó el cuarto Regimiento de la Primera Legión Extranjera.

Peppino recibió el mando de la legión con el rango de teniente coronel, siendo el segundo en el mando el comandante Peat de Garat, ya que los legionarios eran en su mayoría franceses.

La elección de Peppino no presentó dificultad alguna, pero no ocurrió lo mismo con el uniforme. Los garibaldinos querían llevar la legendaria camisa roja de sus predecesores, pero dos consideraciones prácticas lo hacían inviable. La camisa roja era demasiado visible en una época en que el campo de batalla no estaba ya oscurecido por el humo de la pólvora; de hecho, la mayoría de los ejércitos mundiales había sustituido ya sus viejos uniformes ostentosos por otros de colores oscuros que proporcionaban alguna protección. En segundo lugar, se temía que si alguno de los garibaldinos caía prisionero, sería fusilado como espía por no llevar el uniforme francés. Al final se acordó que podían llevar las camisas rojas bajo el abrigo azul del ejército francés.

Los hermanos Garibaldi no perdieron el tiempo. El 14 de septiembre estaban en Montélimar; con la ayuda de unos cuantos oficiales franceses emprendieron la organización y entrenamiento de los voluntarios, divididos en tres batallones, con un total de doce compañías y dos unidades de ametralladoras.

Crear un cuerpo militar *ex novo* siempre es problemático, pero los hermanos se encontraron con dificultades especiales. Los garibaldinos eran conocidos como republicanos, y por tanto el movimiento republicano en Italia se sintió capacitado no sólo para intervenir en la creación y formación de la legión, sino además para negociar sobre ella con el gobierno francés. Esto iba contra los deseos de los hermanos, que no querían que su cuerpo fuese identificado con ningún grupo político; temían que la intervención de los republicanos diese lugar a la disolución de la legión. Por tanto, Peppino informó al gobierno de que nadie estaba autorizado a hablar por la legión, y rompió definitivamente con el movimiento republicano al conseguir que disolviese una Compañía Republicana que se había formado de manera autónoma en Niza.

El 7 de noviembre, y por insistencia de Peppino, se envió a los garibaldinos a la zona en guerra.

Al principio, el gobierno francés había querido enviarlos a Dalmacia, pero comprendió que el italiano nunca permitiría la presencia de voluntarios de su país en aquel territorio y abandonó la idea. El 20 de noviembre se incorporó a los garibaldinos a la Décima División del general Gouraud, y el 12 de diciembre fueron enviados al frente en el bosque de Argonne, al oeste de Verdún, donde la guerra de trincheras, de la peor clase, había ido arrastrándose durante meses en medio de un mar de alambradas.

El 26 de diciembre el Cuarto Regimiento de la Primera Legión Extranjera recibió su bautismo de fuego. Las órdenes eran atacar al enemigo en un lugar llamado Abri de l'Etoile, de acuerdo con unos cuantos batallones de infantería francesa al mando del coronel Valdant y con el apoyo de dos unidades de ingenieros y una de ametralladoras. Pero la operación fue una suma de errores tan tremendos como desastrosos. La artillería no sólo no le dio el apoyo suficiente, sino que además bombardeó a los mismos garibaldinos. El comandante de un batallón francés, un tal Dugla, dio la señal de carga con clarín, lo que permitió a los alemanes bastante tiempo para recibirles. Después de que los garibaldinos atravesasen las alambradas que les separaban de las trincheras enemigas, y cuando estaban a punto de cargar sobre los alemanes, éstos les recibieron con un fuego denso que dejó muchos claros en las filas. Consiguieron tomar dos líneas de trincheras alemanas, pero no pudieron ocupar la tercera y, después de tres horas de combate, se vieron obligados a retirarse.

Las pérdidas del día fueron serias: tuvieron ciento once heridos, dieciséis desaparecidos y treinta y un muertos. Entre ellos estaba Bruno Garibaldi; éste no formaba parte del batallón de combate, pero había cargado a la cabeza. Herido al principio de la carga, prefirió seguir luchando; incluso después de recibir una segunda bala continuó la carga, hasta que una tercera le mató. Su cuerpo quedó atrás, en «tierra de nadie», y sólo unos días más tarde consiguieron recuperarlo.

Tras seis días detrás de las líneas, el 5 de enero regresaron a las trincheras; el objetivo era una fuerte posición enemiga situada en una pequeña pendiente llamada Courtes Chaussées. Esta vez, Peppino obtuvo permiso para dirigir a sus hombres en persona; el ataque estaba coordinado con otro de las tropas francesas del coronel Valdant.

Peppino, como su abuelo, creía en las cargas a bayoneta; pero comprendió que los tiempos habían cambiado y que los alemanes, a salvo en las trincheras, les aniquilarían si avanzaban a campo abierto. Por tanto, precedió su ataque con un denso bombardeo de las líneas alemanas; luego, según dijo el coronel Valdant, «antes de que los restos de las trincheras enemigas regresasen a la tierra, atacaron». Dominaron con toda facilidad las tres trincheras enemigas; en una sola carga tomaron ciento veinte prisioneros, tres ametralladoras y dos morteros.

La acción fue rápida y violenta, y se vio coronada por el éxito, pero una vez más los garibaldinos sufrieron una trágica pérdida: Constante Garibaldi. Como Bruno, Constante se encontraba con las tropas de reserva, y como él, quiso intervenir en el ataque personalmente y murió.

Aquel día murieron cuarenta y siete garibaldinos, ciento setenta y dos fueron heridos y setenta y siete desaparecieron. Tan serias fueron sus bajas que se les envió de nuevo tras las líneas para que se reorganizasen. Pero el 7 de enero se les volvió a llamar.

Los alemanes habían atacado en masa Abri de l'Etoile, destruyendo casi totalmente el 46.º Regimiento de Infantería francés, ocupando todas las posiciones en aquel sector y amenazando las instalaciones de artillería pesada francesas.



La batalla duró desde el día 7 hasta el 9. Fue muy dura para ambos lados, pero al final los alemanes tuvieron que retirarse. Los garibaldinos recuperaron todas las posiciones perdidas y fueron al rescate de los exhaustos supervivientes del 46.º Regimiento, que aún resistían. Esta vez las bajas fueron relativamente ligeras: quince muertos, cincuenta y cuatro heridos y cuarenta y dos desaparecidos.

Mientras tanto, Italia se había decidido: el 24 de mayo de 1915 declaró la guerra a las potencias centrales. Por tanto, los garibaldinos regresaron a casa y se alistaron a la Brigada Alpi, unidad que preservaba las tradiciones de los *Cacciatori delle Alpi* que Giuseppe Garibaldi dirigiera medio siglo atrás.

En dos semanas de lucha en Francia habían muerto noventa y tres hombres, ciento treinta y seis habían desaparecido en combate y trescientos treinta y siete estaban heridos. Como reconocimiento de su valentía, recibieron once cruces de los Caballeros de la Legión y cuatro condecoraciones militares.

Así se puso fin a la epopeya que comenzó sesenta y dos años atrás en las llanuras de América del Sur.

Los garibaldinos regresaron a Francia en 1917, dirigidos por Peppino, general de división del ejército italiano; pero ahora se llamaban Brigada Alpi y vestían el uniforme gris verdoso.

El nombre de los garibaldinos no desapareció; vivió en las Brigadas Internacionales de la Guerra Civil española y entre los guerrilleros de Yugoslavia e Italia durante la II Guerra Mundial. Pero estas brigadas estaban al servicio de ideologías y regímenes que tenían muy poco que ver con el espíritu de los antiguos «camisas rojas». Por ejemplo, los garibaldinos de Ezio Garibaldi se pusieron abiertamente del lado del fascismo.

De hecho, la familia Garibaldi estaba dividida por diferentes ideologías políticas. Aunque Ezio se hizo fascista, los hermanos supervivientes eran opositores incondicionales al régimen y el precio que pagaron fue el exilio, o peor: Sante murió debido a los malos tratos recibidos en Dachau. Pero esta locura es historia reciente; la épica de los «camisas rojas» terminó en Argonne. Todo lo que queda de ellos son unos viejos grabados, algunos recuerdos y reliquias, y una enorme cantidad de opiniones, la mayoría de ellas totalmente contradictorias, sobre sus logros. Es cierto que no se puede comprender a los garibaldinos en nuestro mundo de cemento y máquinas; hoy sólo podemos darnos cuenta de lo alejados que estamos de sus sueños, aspiraciones e ideales.

Conscientes de ello, queremos poner punto final a este libro con el juicio que Garibaldi hizo sobre sí mismo:

«La mía ha sido una vida tempestuosa, en la que puede encontrarse (como en la de todo el mundo, creo) tanto el bien como el mal. Puedo decir que siempre he querido el bien, para mí y mis semejantes. Si en alguna ocasión he hecho el mal, fue involuntariamente.»

## AGRADECIMIENTOS

Desearía agradecer su colaboración a todas las personas que me han ayudado y aconsejado durante la investigación y redacción de este libro. En primer lugar, al profesor Alberto María Arpino y a Stefania Bonnani, del Museo Centrale delle Risorgimento de Roma, por su constante apoyo. A la profesora Lucía Romaniello, del Museo delle Risorgimento de Milán. A Paola Lombardi, por su inestimable ayuda en la búsqueda de ilustraciones. Al profesor John Daley. A Su Majestad la reina Isabel II, por su amable autorización para reproducir parte del *Diario* de la reina Victoria. Al profesor Leo Moravito, del Istituto Mazziniano de Génova. A los profesores Bianca Rosa y Vittorio Parmentola, del Museo del Risorgimento de Turín. A Janet Davis, de la Galería Nacional de Retratos de Londres. A H. E. Bray, del departamento fotográfico del *Illustrated London News*, y a Gordon Phillips, de los archivos de *The Times*. A Krzysztof Barbariski, del Instituto Polaco de Londres. Al personal de la Biblioteca de Historia Moderna y Contemporánea de Roma.

El extracto del *Diario* de la reina Victoria, que forma parte de la Biblioteca Real de Windsor, se reproduce con autorización de Su Majestad la reina Isabel II.

El autor y los editores desean agradecer a las siguientes instituciones su autorización para incluir ilustraciones de sus fondos: Museo del Risorgimento, Roma; Museo del Risorgimento, Milán; Museo del Risorgimento, Turín; Istituto Mazziniano, Génova; *Illustrated London News*, Londres; *Radio Times Hulton Picture Library*, Londres; Victoria and Albert Museum, Londres; *Storia Illustrata* (Archivo Mondadori), Mondadoripress, Milán; Galería Nacional de Retratos, Londres.

A todos ellos deseo reiterarles mi agradecimiento y pedirles disculpas si he olvidado incluir algún nombre en esta relación.



# Cronología

- 1807 4 de julio: nace Giuseppe Garibaldi en Niza.
- 1826 Realiza diversos viajes en buques mercantes (hasta 1832).
- 1833 Abril: conoce a Émile Barrault y a Giovan Battista Cuneo.  
Diciembre: conoce a Mazzini y se une a la Giovane Italia. El día 26 se alista en la marina piemontesa en Génova.
- 1834 3 de febrero: se embarca en la fragata *Des Geneys*.  
4 de febrero: fracasa la insurrección en Génova. Garibaldi huye a Marsella.  
3 de junio: es condenado a muerte por un consejo de guerra, celebrado en Génova.
- 1835 Parte desde Marsella hacia Río de Janeiro.
- 1836 Llega a Río de Janeiro y conoce a Luigi Rossetti.
- 1837 4 de mayo: Garibaldi y Luigi Rossetti reciben de la República de Rio Grande patente de corsarios contra Brasil.  
15 de junio: batalla naval contra los uruguayos en Punta de Jesús y María. En ella, Garibaldi resulta gravemente herido.  
23 de junio: el *Farroupilha* es capturado y los prisioneros son llevados a Gualaguay.  
Noviembre: Garibaldi intenta escapar, pero es capturado de nuevo y torturado.
- 1838 Julio: Garibaldi es liberado y se reúne con Rossetti en Montevideo. Juntos regresan a Rio Grande y reanudan la guerra contra Brasil.  
Agosto: Garibaldi conoce a Anita.  
15 de noviembre: batalla naval de Laguna.
- 1840 16 de septiembre: nace Menotti, el hijo primogénito de Garibaldi, en Saint Simon.  
Invierno: retirada de las tropas de Rio Grande.
- 1841 Primavera: Garibaldi regresa a Montevideo y trabaja como vendedor.
- 1842 Enero: recibe el mando de la marina uruguaya durante la guerra contra Argentina.  
26 de marzo: Garibaldi y Anita contraen matrimonio.  
28 de junio: partida de la misión suicida a Panamá.  
15-17 de agosto: batalla naval de Costa Brava.

- 1843 Febrero: comienza el asedio de Montevideo.  
20 de abril: se crea la Legión Italiana en Montevideo.  
10 de junio: batalla de El Cerro.
- 1844 28 de marzo: segunda batalla de El Cerro.
- 1845 6-23 de diciembre: batalla de Salto.
- 1847 4 de febrero: nace en Montevideo Ricciotti, segundo hijo de Garibaldi.
- 1848 12 de enero: levantamiento de Palermo; la rebelión se extiende rápidamente por toda Italia.  
23 de marzo: el Piamonte declara la guerra a Austria.  
15 de abril: Garibaldi y sus seguidores zarpan hacia Italia.  
28 de junio: los ciento cincuenta garibaldinos llegan a Génova.  
5 de julio: encuentro entre Garibaldi y el rey Carlos Alberto en Roverbella.  
14 de julio: el gobierno provisional de Milán toma a su servicio a Garibaldi en calidad de general.  
15 de agosto: batalla de Luino.  
25 de agosto: los piemonteses son derrotados en Custoza.  
26 de agosto: batalla de Morazzone.  
27 de agosto: los hombres de Garibaldi se refugian en Suiza.  
24 de noviembre: el papa Pío IX huye de Roma y se refugia en Gaeta.  
8 de diciembre: los garibaldinos son llamados a Roma.
- 1849 Enero: marcha a través de los Apeninos hasta Rieti.  
20 de enero: Garibaldi es elegido diputado al Parlamento romano por la ciudad de Rieti.  
5 de febrero: llega a Roma y asiste a la apertura del Parlamento.  
9 de febrero: proclamación de la República romana.  
23 de marzo: derrota definitiva de los piemonteses. Carlos Alberto abdica.  
24 de abril: Garibaldi recibe el nombramiento de general de brigada de la República romana.  
25 de abril: los franceses desembarcan en Civitavecchia para atacar Roma.  
30 de abril: primera victoria sobre los franceses. Garibaldi resulta herido en la batalla.  
4-9 de mayo: campaña napolitana (batallas de Paestrina, Valmontone, Vallettri).  
3 de junio: los franceses reanudan al ataque contra Roma.  
30 de junio: última batalla y caída de la República romana.  
2 de julio: Garibaldi abandona Roma con sus hombres decidido a continuar la lucha. Les acompaña Anita.  
31 de julio: llega a San Marino, disuelve la legión y parte con doscientos cincuenta seguidores fieles.  
1 de agosto: en Cesanatico los garibaldinos se embarcan en 13 barcos de pesca y se dirigen hacia Venecia. Un encuentro con los austríacos les obliga a desembarcar en Magnavacca.  
4 de agosto: muere Anita.  
5 de agosto-2 de septiembre: Garibaldi atraviesa Romaña y Toscana.  
7 de septiembre: llega a Génova y es arrestado por la policía piemontesa.  
16 de septiembre: sale de Génova rumbo a su segundo exilio.



- 1850 30 de julio: llega a Nueva York, donde trabaja para Antonio Meucci.
- 1851 Como capitán mercante, Garibaldi recorre las rutas de América, China y Australia (hasta 1853).
- 1852 4 de noviembre: Cavour es nombrado primer ministro del Piamonte.
- 1854 12 de enero: Garibaldi regresa a Europa.  
Febrero: estancia en Londres.  
7 de mayo: llega a Génova.
- 1855 29 de diciembre: compra la mitad de la isla de Caprera.
- 1857 Enero: se instala definitivamente en Caprera.
- 1858 Establece contacto con el «Grupo de Génova», y en agosto se entrevista con Cavour. Mercantili escribe un *Himno Garibaldi*, con música de Olivieri.
- 1859 24 de enero: tratado secreto entre Francia y el Piamonte.  
2 de marzo: Garibaldi se reúne con el rey y empieza a alistar voluntarios.  
17 de marzo: es nombrado general de división del ejército piamontés y comandante de los *Cacciatori delle Alpi*.  
27 de abril: estalla la guerra entre Austria y el Piamonte.  
Batallas de Varese (26 de mayo), San Fermo (27) y Laveno (31). Los garibaldinos toman Lecco y Bérgamo (6 y 8 de junio).  
14 de junio: batalla de Tre Ponti.  
8 de julio: armisticio de Villafranca.  
23 de julio: fin de la segunda campaña de Lombardía.  
1 de agosto: Garibaldi presenta su dimisión como general sardo.  
17 de agosto: se le nombra general de división en el ejército de Italia Central. Muchos de sus hombres le siguen.  
Septiembre: se inicia la suscripción para comprar «un millón de rifles» para la unidad de Italia.  
16 de noviembre: Garibaldi abandona el ejército toscano.
- 1860 24 de marzo: Francia consigue Niza y Saboya.  
4 de abril: levantamiento en Palermo, Messina y Catania. Crispi y Bixio empiezan a preparar una expedición en su ayuda.  
12 de abril: Niza elige a Garibaldi diputado en el Parlamento, cargo del que dimite once días después.  
6 de mayo: Los Mil parten de Quarto; cinco días después desembarcan en Marsala.  
13 de mayo: toma de Salemi. Garibaldi llama al servicio militar obligatorio general y asume la dictadura en nombre del rey Víctor Manuel II.  
15 de mayo: batalla de Calatafimi.  
27 de mayo: los garibaldinos entran en Palermo. Nueve días más tarde los realistas napolitanos se rinden y evacúan a sus tropas de la ciudad.  
Junio-julio: los garibaldinos toman el nombre de Ejército del Sur.  
20 de julio: batalla de Milazzo.  
1 de agosto: tras un acuerdo con los Borbones, Sicilia es liberada.  
19 de agosto: la división de Bixio desembarca en Melito.  
21 de agosto: batalla de Reggio Calabria.  
22 de agosto: toma de Villa San Giovanni.

- 30 de agosto: rendición de las últimas tropas borbónicas. Calabria es liberada.  
31 de agosto: los garibaldinos llegan a Cosenza.  
7 de septiembre: Garibaldi entra en Nápoles.  
19 de septiembre: batalla del Caiazzo.  
1-2 de octubre: batalla de Volturno.  
26 de octubre: Garibaldi se reúne con Víctor Manuel II en Teano.  
8 de noviembre: ofrece al rey la anexión de la Italia del Sur.  
9 de noviembre: zarpa hacia Caprera. Se disuelve el Ejército del Sur. Zuccoli parte hacia Creta con un grupo de garibaldinos.
- 1861 17 de marzo: proclamación del Reino de Italia.  
27 de marzo: Nápoles elige a Garibaldi como diputado en el nuevo Parlamento italiano.  
6 de junio: muerte de Cavour.  
Agosto: el presidente Lincoln ofrece a Garibaldi un mando en el Ejército de la Unión.
- 1862 27 de enero: Los restos del Ejército del Sur se incorporan al ejército italiano.  
27 de junio: Garibaldi sale de Caprera hacia Palermo.  
29 de agosto: escaramuza en Aspromonte. Garibaldi resulta herido en la acción.  
31 de agosto: es encerrado en la fortaleza de Varignano (La Spezia).  
5 de octubre: armisticio general.
- 1863 18 de enero: los polacos se rebelan contra el dominio ruso.  
Abril: Nullo parte para Polonia con treinta y ocho voluntarios.  
2 de mayo: seiscientos polacos se unen a Nullo y cruzan la frontera.  
5 de mayo: batalla de Krzykawka. Nullo muere.
- 1864 26 de marzo-28 de abril: Garibaldi visita Inglaterra.  
Junio-julio: proyecta la intervención de los garibaldinos en los Balcanes.
- 1865 Los admiradores ingleses de Garibaldi le regalan la otra mitad de la isla de Caprera.
- 1866 8 de abril: alianza italo-prusiana.  
Junio: formación del Cuerpo de Voluntarios Italianos.  
20 de junio: se inicia la guerra entre Austria e Italia, aliada de Prusia.  
Julio: Batallas de Monte Suello (día 3), Caffaro (día 16), Ampella (días 18 y 19) y Bezzecca (día 21).  
9 de agosto: los garibaldinos que habían salido victoriosos, reciben órdenes de retirarse del Tirol.  
Noviembre: dos mil garibaldinos van a Grecia. Luciano Mereu, con un pequeño grupo, se dirige a Creta y participa activamente en la revuelta.
- 1867 Enero: Andrea Sgarallino parte hacia Grecia con Ricciotti y cuarenta voluntarios.  
9 de septiembre: Garibaldi y algunos colaboradores asisten al Congreso Internacional de la Paz en Ginebra.  
22 de septiembre: cuando preparaba la invasión de los Estados Pontificios, Garibaldi es arrestado en Sinalunga. Menotti continúa organizando a los hombres.



- 26 de septiembre: Garibaldi es confinado en Caprera.  
 28 de septiembre: los garibaldinos entran en territorio pontificio.  
 14 de octubre: Garibaldi escapa de Caprera.  
 23 de octubre: se une a sus hombres en Passo Corese. Los hermanos Cairoli combaten en Villa Glori.  
 25 de octubre: batalla de Monterotondo.  
 3 de noviembre: batalla de Mentana (la Gran Derrota). Los voluntarios se disuelven en Passo Corese.  
 5 de noviembre: Garibaldi es detenido y encerrado de nuevo en Vairignano.  
 25 de noviembre: puesto en libertad, Garibaldi regresa a Caprera.
- 1870 2 de septiembre: los franceses son derrotados en Sedan.  
 4 de septiembre: se proclama la República en París.  
 7 de septiembre: Garibaldi ofrece sus servicios a Francia en la guerra contra Prusia.  
 20 de septiembre: el ejército italiano ocupa Roma.  
 10 de octubre: Garibaldi recibe el mando del Ejército de los Vosgos. Los voluntarios empiezan a llegar a Francia.  
 20 de noviembre: Ricciotti ataca por sorpresa a los prusianos en Châtillon-sur-Seine.  
 25-26 de noviembre: primera batalla de Dijon.  
 1 de diciembre: batalla de Autun.  
 28 de diciembre: toma de Dijon.
- 1871 21-23 de enero: segunda batalla de Dijon.  
 29 de enero: armisticio franco-alemán.  
 31 de enero: los garibaldinos empiezan a retirarse de Dijon.  
 13 de febrero: Garibaldi dimite de su cargo de diputado en la Asamblea francesa.  
 Marzo: los garibaldinos se disuelven; algunos se suman a la Comuna.
- 1874 Noviembre: Garibaldi es elegido diputado en Roma. Unos cien garibaldinos van a España con Antonio Orense.
- 1875 Celso Cerretti y un grupo de garibaldinos participan en la rebelión de Bosnia y Herzegovina a las órdenes de Mićo Ljubibratić.
- 1880 14 de enero: el Tribunal de Apelaciones de Roma anula el matrimonio de Garibaldi con la condesa Raimondi.  
 26 de enero: mediante una ceremonia civil, se casa con Francesca Armosino, madre de sus hijos Clelia y Manlio.
- 1882 2 de junio: Garibaldi muere en Caprera.
- 1897 20 de marzo: se invita a Ricciotti a que reclute voluntarios para ir a Creta, donde ha estallado una revuelta.  
 Marzo: Amilcare Cipriani forma en Atenas la «Compañía de la Muerte».  
 9 de abril: entran en territorio turco con un gran contingente de voluntarios griegos.  
 17 de abril: Grecia declara la guerra a Turquía.  
 24 de abril: Ricciotti llega a Atenas.  
 17 de mayo: batalla de Domokós.  
 21 de mayo: los garibaldinos se reúnen con el ejército griego en las Termópilas; allí reciben órdenes de regresar a Atenas y de disolverse.

- 1900 Un pequeño grupo de garibaldinos combate en Africa del Sur con los bóers.
- 1912 Los garibaldinos participan en la guerra greco-turca.
- 1914 28 de julio: Austria declara la guerra a Serbia. Se inicia la I Guerra Mundial.  
 24 de agosto: los hijos de Ricciotti proponen al gobierno francés la creación de una legión garibaldina. El 7 de septiembre se acepta la propuesta.  
 12 de diciembre: los garibaldinos son destinados al frente, en los bosques del Argonne.  
 26 de diciembre: Bruno Garibaldi muere en combate en Abri de l'Etoile.
- 1915 5 de enero: Constante Garibaldi muere en Courtes Chausses.  
 7-9 de enero: tercera batalla en Abri de l'Etoile.  
 24 de mayo: Italia entra en guerra. La legión garibaldina es disuelta.



# Testimonios

## William Gore Ouseley

Garibaldi poseía una cualidad excepcional y extremadamente útil: era capaz de mandar a sus hombres tanto en el mar como en la tierra, y era un marino excelente, con grandes conocimientos de náutica... Sabía perfectamente cómo mantener la disciplina de sus hombres y conseguir su obediencia. Nadie ha podido decir de él que se haya aprovechado una sola vez de las múltiples posibilidades que se le presentaron de extraer ventajas personales. Y no sólo eso. Además, tenía rigurosamente prohibido a sus hombres el saqueo o cualquier forma de mala conducta.

(En *Garibaldi*, de Denis Mack Smith, 1970)

## George Sand

No me sorprendió ver en aquellos días el retrato de Garibaldi en las casas de los piadosos campesinos de Velay y Cavenne. Este aventurero ilustre, a quien hace muy poco ciertos espíritus temerosos describían como un bandido, estaba colocado allí, en medio de las imágenes de los santos. ¿Y por qué no? ¿Por qué no iba a ocupar un lugar entre los protectores de la gente humilde precisamente él, que había anunciado al pueblo italiano una nueva fe? Su palabra recordaba a la de los primeros cristianos. De su boca no salían argumentaciones políticas, no se trataba de la teoría materialista del interés personal. Os traigo —les dice— el peligro, la fatiga, la muerte; predico la salvación del alma y no una vida tranquila. ¡Levantaos y seguidme! Así habla a los campesinos italianos, y ellos se levantan y andan, obedeciendo la llamada del entusiasmo. ¡Y aún hay quien sostiene que el tiempo de los milagros ha pasado!... El rey de Cerdeña y Cavour... han vislumbrado en Garibaldi lo que el pueblo había visto ya: una especie de caballero de los tiempos pasados, un apóstol de la emancipación... Garibaldi no se parece a nadie, y hay algo en él que le hace reverberar. Los necios atribuyeron su fama a su juventud y a su belleza; otros a su fuerza física, a su voz estentórea y a su cuerpo fornido; incluso hay quien la atribuye a lo teatral de su forma de vestir. Afortunadamente, nada de esto es cierto hoy. Garibaldi viste según conviene a su grado militar, no está ya en la primera juventud y en su rostro hay más nobleza y serenidad que belleza. Su aspecto no es el de un gigante ni el de un bandido; exhibe más bien una naturaleza delicada y poco común, en la cual el alma reina sobre el cuerpo confiriéndole su propio poder. Tiene la voz dulce, el trato afable y los ademanes distinguidos, una gran generosidad y una inmensa bondad que acompañan a una resolución inflexible y un inquebrantable espíritu de justicia. Es un hombre hecho para mandar, pero a través de la persuasión: tan sólo puede gobernar sobre hombres libres... En sus relaciones con los soldados hay algo de entusiástico y de religioso, sin parangón en el ejército regular, y que constituye uno de los fenómenos más singulares de nuestro tiempo...

(En *Garibaldi*, de Denis Mack Smith, 1970)

## The Times

En sus momentos de inactividad, y especialmente en la soledad de Caprera, Garibaldi leía muchísimo, acumulando una masa de conocimientos mal asimilados, en los que el misticismo utópico de Mazzini y las extravagantes paradojas de Víctor Hugo constituían los principales ingredientes. Pero le faltaban los rudimentos de base, tanto en política como en materia militar. Se precipitaba en sacar sus conclusiones sin detenerse en la argumentación intermedia. Toscas nociones de democracia, comunismo, cosmopolitismo y positivismo se mezclaban en su cerebro en una confusión inestable, que le llevaba a caer en contradicciones de las que no era consciente, a despecho de todos sus esfuerzos por mantenerse coherente... Pero con un corazón como el que tenía Garibaldi, un hombre puede permitir a su cerebro ciertas distracciones... La emancipación final de Italia se halla vinculada para siempre a los nombres de Víctor Manuel, Cavour y Garibaldi; pero si bien las dos primeras figuras de este trío serán sin duda objeto de un estudio profundo, de exhaustivas investigaciones y de un juicio que establezca el valor exacto de su labor histórica, la tercera apelará a la imaginación como una realidad de leyenda (análoga a la de Guillermo Tell), como algo fabuloso, de naturaleza inaprensible...

(Londres, 5 de junio de 1882).

## Giovanni Papini

Dos años después, en 1862, [mi padre] había respondido nuevamente a la llamada de Garibaldi, y se encontró en la acción de Aspromonte donde fue hecho prisionero, junto con su general y sus compañeros, y encerrado algunos meses en la fortaleza de Bord. Suave y tenue cárcel porque, según me contó, los jóvenes garibaldinos se pasaban casi todo el día jugando a la pelota en el patio de la fortaleza. Uno de los primeros libros que yo había conseguido leer fueron las *Memorias de Garibaldi*, escritas por Dumas, y todavía caliente de aquella lectura, veía en mi padre a un hombre fuera de lo común porque había podido contemplar al héroe de cerca y había combatido con él. Cuando me hablaba del resplandor imperioso y dulce de los ojos de Garibaldi, se transformaba, él que nunca era locuaz, en un hombre casi elocuente.

(*Autobiografía. Pasado Remoto*, 1948)

## Vintila Horia

Fue [Garibaldi], igual que Cavour, un católico desviado. Creía en Dios, pero tenía que enfrentarse con el poder terrenal de la Iglesia. Muchos sacerdotes fueron sus amigos y el clero siciliano lo apoyó cuando desembarcó en la isla. Su error fue el de su siglo, dominado por doctrinas poco ortodoxas, exacerbadas por la lucha política y la violencia de las armas. Esta pasión partidista se refleja en los nombres que daba a los burros de Caprera, a los que llamaba Francisco José, Napoleón III, Oudinot, etc. Viejo y solitario, obligado a dominar una pequeña isla perdida en el Mediterráneo, se consolaba como podía, sustituyendo el humor a la espada. Fue un hombre bueno, a pesar de su sed de batallas. Muchas veces perdonó a sus enemigos y siempre quiso formalizar sus numerosas aventuras galantes. No tuvo mucha suerte en sus empresas económicas y siempre, cuando acababa sus empresas victoriosas, regresaba a Caprera sin dinero, aunque sí con un saco de semillas destinado a dar vida a los campos baldíos de su querido refugio. Fue, sin duda, una de las figuras características y más populares del siglo XIX, concorde en todo con el ideal heroico, guerrero y libertador del Romanticismo.

(*Giuseppe Garibaldi. El guerrero que remata la unidad de Italia*, 1960)



## Vecchi

Estábamos encerrados en la quinta *Spada*, sosteniendo un mortífero fuego con el enemigo. Empezaban a faltarme las municiones, cuando el general Garibaldi apareció con una columna de legionarios y algunos soldados del Sexto Regimiento de línea, mandados por Pasi, resuelto a intentar un supremo esfuerzo, no por la salvación, sino por el honor de Roma. En unión de nuestros compañeros nos arrojamos por la brecha, esgrimiendo indistintamente lanzas, espadas y bayonetas: carecíamos de pólvora y proyectiles. Los franceses, asombrados ante este choque terrible, retrocedieron; pero llegaron otros, al tiempo que sus artilleros, haciéndonos blanco de sus disparos, nos aniquilaban. El recinto Aurelino fue tomado y perdido sucesivamente; los muertos y los heridos cubrían el suelo. En aquella noche, la figura de Garibaldi adquirió proporciones como nunca había visto en él, como nunca le vio nadie. Su espada producía un deslumbrador centelleo; todo enemigo que su punta alcanzaba, era hombre muerto. La sangre de un nuevo adversario lavaba la del que acababa de caer. Era la apoteosis de Leónidas en las Termópilas, la de Ferruccio en el castillo de Gavissana. Yo temía verle caer de un momento a otro; pero, no: lo mismo que el Destino, el héroe continuaba en pie, erguido.

(Citado por A. Dumas en *Memorias de Garibaldi*.)

# Bibliografía

## Obras de Garibaldi

*Memorie autobiografiche*. Florencia, 1888.

*Scritti di Garibaldi. Edizione nazionale degli scritti di Giuseppe Garibaldi a cura della Reale Commissione*. Bolonia, 1932-37.

*Scritti politici e militare*. Roma, 1907.

## Algunas obras sobre Giuseppe Garibaldi

BIRCH, B.: *Garibaldi*. Barcelona, Molino, 1978.

CAILLET BOIS, R.: *Garibaldi en el Río de la Plata*. Buenos Aires, 1947.

DUMAS, A.: *Mémoires de Garibaldi*. París, 1861.

—: *Les Garibaldiens. Révolution de Sicile et de Naples*. París, 1868.

—: *Montevideo ou une nouvelle Troie*. París, 1850.

FARGA PELLICER, R.: *Garibaldi. Historia liberal del siglo XIX. Ideas, movimientos y hombres importantes, de 1789 a 1889*. Barcelona, Ed. de Cultura, 2 vols.

GARIBALDI, A. I.: *Garibaldi en América*. Buenos Aires, 1930.

GARIBALDI, C.: *Mio padre. Ricordi di Clelia Garibaldi*. Florencia, 1948.

HUGO, V.: *L'expédition de Rome*. Turín, 1849.

LERROUX, A.: *Historia de Garibaldi desde 1807 a 1849, entresacada de sus «Memorias autobiográficas» y de los escritos de Alejandro Dumas sobre José Garibaldi*. Barcelona, 1904.

POTURZYN, K. von: *Garibaldi*. México, Grijalbo, 1966.

TREVELYAN, G. M.: *Garibaldi a la difesa della Repubblica romana*. Bolonia, 1908.

—: *Garibaldi ed i Mille*. Bolonia, 1910.

WHITE MARIO, J.: *Garibaldi e i suoi tempi*. Milán, 1887.



## **BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS**

1. **Napoleón**, por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel**, por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi**, por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin**, por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia**, por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx**, por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill**, por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway**, por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare**, por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie**, por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1)**, por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2)**, por Ernest Jones.
14. **Dickens**, por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante**, por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche**, por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez**, por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1)**, por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2)**, por René J. Dubos.
20. **Luis XIV**, por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell**, por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt**, por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César**, por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca**, por José Luis Cano.
26. **Edison**, por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi**, por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin**, por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1)**, por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2)**, por Henri Troyat.
31. **Falla**, por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh**, por Herbert Frank.
33. **Sartre**, por Walter Biemel.
34. **Buda**, por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron**, por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII**, por José Jiménez Lozano.
37. **Casals**, por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega**, por Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau**, por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo**, por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.
41. **A. Machado**, por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi**, por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe**, por Walter Lenning.



EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>



GARIBALDI

Aunque el nombre de Giuseppe Garibaldi está estrechamente ligado en la memoria de todos al nacimiento de Italia como nación, el héroe italiano y sus "camaradas" combatieron por la libertad en numerosos países de Europa y América. Por eso, la carismática figura de Garibaldi evoca, quizá como ninguna otra, las luchas revolucionarias del siglo XIX y la importancia de unos ideales que unían al romanticismo y la necesidad de conquistar una existencia digna.

Andrea Viotti, profundo conocedor de la vida de Garibaldi, además de ofrecer los principales datos biográficos del militar y político italiano, narra detalladamente las impresionantes acciones protagonizadas por los garibaldinos. Este libro no cuenta la historia de unos héroes, sino la de unos hombres corrientes —obreros, estudiantes, pintores, carpinteros, abogados, corredores de bolsa, oficinistas...— que abandonaron sus ocupaciones diarias para luchar en nombre de la libertad.

GARIBALDI  
Andrea Viotti

# GARIBALDI

## ANDREA VIOTTI



BIBLIOTECA SALVAT DE  
GRANDES BIOGRAFIAS